

JURÓ QUE SERÍA LA ÚLTIMA VEZ. NO DEBÍA SALIR MAL.

III

S.A. COSBY

MALDITO

ASFALTO

Beauregard «Bug» Montage es un marido, padre, y mecánico honesto. Pero alguna vez fue reconocido, desde Carolina del Norte hasta las playas de la Florida, como el mejor piloto de carreras clandestinas de la región. Igual que su padre desaparecido hace muchos años.

Su vida empezaba a encaminarse, parecía que podía dejar atrás definitivamente el mundo del crimen que lo marcó desde pequeño. Pero su situación financiera se ha vuelto imposible: las necesidades de su familia se acumulan, está endeudado y a punto de perderlo todo. Pocos le pueden ayudar en la pequeña ciudad donde vive, llena de prejuicios raciales.

Bug detesta tener que recurrir a lo único que sabe hacer: buscar un trabajo sucio usando su habilidad incomparable para conducir bajo alto riesgo y a toda velocidad. El maldito asfalto es su condena, es el legado de su padre y es donde Bug sabe que encuentra algo más, casi como una droga.

Por eso acepta participar en un robo de diamantes —le jura a Kia, su mujer, «que será el último»— aún con esos advenedizos que lo han contratado. No debió hacerlo. Algo sale terriblemente mal, y Bug es arrastrado a un inframundo repugnante y asesino, del que no sabrá cómo escapar sin destruir lo que más ama en este mundo.

S.A. Cosby

Maldito asfalto



Título original: *Blacktop Wasteland*
S.A. Cosby, 2020
Traducción: Miguel Sanz Jiménez, 2021

Revisión: 1.0
24/08/2022

*Para mi padre, Roy Cosby.
A veces querías llegar demasiado lejos,
pero en cuanto agarrabas el volante,
conducías como si lo hubieras robado.
Sigue conduciendo, salvaje.
Sigue conduciendo.*

*Un padre es la persona que espera que su hijo
sea el buen hombre que él iba a ser.
Frank A. Clark*

Personajes de Maldito asfalto

Beauregard (Bug) Montage, dueño de un taller de reparación de coches. Es el mejor conductor de la región, está endeudado y lucha por escapar de su pasado violento.

Kelvin, mejor amigo de Bug y compañero de trabajo en el taller.

Anthony (Ant) Montage, padre de Beauregard. Lo abandonó cuando era un niño. De él aprendió todo y aún lo echa mucho de menos.

Boonie, dueño de un desguace de coches y amigo de Ant. Tiene relaciones con el mundo del crimen.

Kia, esposa de Bug. Lo ama, pero teme por ella y los niños.

Javon y Darren, los hijos de Beauregard y Kia, un preadolescente y un niño.

Ronnie Sessions, ladrón que convoca a Beauregard para un trabajo de chófer en un atraco.

Reggie Sessions, hermano torpe de Ronnie.

Ella Montage, madre de Beauregard. Está en un geriátrico al que Bug debe mucho dinero.

Capítulo 1

Shepherd's Corner (Virginia), 2012.

Beauregard pensó que el cielo nocturno parecía un cuadro. Las carcajadas inundaban el aire. Solo las ahogó el estruendo de los motores revolucionados, cuando la luna se dejó ver entre las nubes. Los graves del equipo de música de un Chevelle cercano le golpeaban en el pecho con fuerza, sentía que le hacían la RCP. Había una docena de coches de último modelo aparcados al azar, delante del viejo supermercado. Además del Chevelle, había un Maverick, dos Impalas, unos cuantos Camaros y otros cinco o seis ejemplos de los días de gloria de la potencia estadounidense. Hacía fresco y el olor a gasolina y a aceite inundaba el aire. Había un olor intenso y acre a tubo de escape y a neumático quemado. Un coro de grillos y chotacabras trataba de hacerse oír, en vano. Beauregard cerró los ojos y aguzó el oído. Apenas los oía. Buscaban el amor a gritos. Pensó que había mucha gente que se pasaba gran parte de la vida dedicándose a lo mismo.

El viento empujó el cartel que le colgaba encima de la cabeza, de un mástil a unos seis metros de altura. La brisa lo empujó adelante y atrás y crujió.

El cartel rezaba «Supermercado de Carter» en grandes letras negras sobre un fondo blanco. Comenzaba a amarillear por la edad. Las letras estaban desgastadas y descascarilladas. La pintura barata se caía igual que la piel muerta. La segunda o de «supermercado» había desaparecido. Beauregard se preguntó qué había sido de Carter, si también había desaparecido.

—¡Hijos de puta! ¡No estáis listos pa'l legendario Oldsmobile! Más os vale largaros a casa, a echar un polvo con vuestras feas mujeres el martes por la noche. En serio, ¡no tenéis na que hacer contra el legendario Olds! Va de cero a cien en un segundo. Os apuesto quinientos dólares de aquí a la meta, ¿eh? ¡Qué calladitos estáis! Venga, el Olds ha enviado a muchos a casa, con los bolsillos vacíos. El Olds y yo hemos dejado atrás a más polis que los primos de *El sheriff chiflado*. ¡No vais a poder con el Olds, colegas! —se jactó un tal Warren Crocker.

Se pavoneaba de su Oldsmobile Cutlass de 1976. El coche era precioso. La chapa era de color verde oscuro, tenía llantas de aleación y embellecedores cromados que recorrían la superficie como un relámpago líquido. Los cristales ahumados y las luces LED emitían un brillo azul y etéreo, igual que una criatura marina y bioluminiscente.

Beauregard se apoyó en su Plymouth Duster y Warren siguió predicando sobre la invencibilidad del Oldsmobile. Beauregard le dejó hablar. Las palabras no querían decir nada. Las palabras no conducían el coche, solo eran ruido. Tenía mil dólares en el bolsillo. Eran todas las ganancias de las últimas dos semanas en el taller, después de haber pagado la mayoría de las facturas. Le faltaban ochocientos dólares del alquiler del local. Le tocó decidir entre el alquiler y las gafas de su hijo pequeño. En realidad, no había nada que decidir. Se puso en contacto con su primo, Kelvin, y le pidió que se enterase de si había alguna carrera callejera cerca. Kelvin seguía en contacto con unos tipos que conocían a otros tipos que sabían dónde había carreras que daban dinero.

Así fue como llegaron a las afueras del condado de Dinwiddie, a dieciséis kilómetros del ferial donde se celebraban las carreras legales. Beauregard volvió a cerrar los ojos. Escuchó el coche de Warren al ralentí. Entretanto alardear y presumir de polla, Beau oyó un ruidito inconfundible.

El motor de Warren tenía una válvula mal. Había dos posibilidades. A lo mejor Warren ya lo sabía y creía que era una tara aceptable, ningún problema para la potencia pura del motor. Quizá le había instalado un inyector de nitrógeno y le daba igual que hubiera una válvula suelta. O bien no sabía que estaba mal y no paraba de decir chorradas.

Beau le hizo una señal a Kelvin. Su primo estaba pululando entre la

multitud, en busca de una carrera que diera dinero de verdad. Ya había habido cuatro competiciones, pero nadie estaba dispuesto a jugarse más de doscientos dólares. No era suficiente. Beau necesitaba una apuesta de, al menos, mil dólares. Necesitaba que alguien mirase el Duster y viera dinero fácil, que observara el exterior austero y pensara que era pan comido.

Necesitaba a un gilipollas tipo Warren Crocker.

Crocker ya había ganado una carrera, pero fue antes de que vinieran Beauregard y Kelvin. Lo ideal habría sido ver cómo conducía el tío antes de apostar, ver cómo se portaba al volante, cómo navegaba por el asfalto agrietado de aquel tramo de la carretera 83, pero a falta de pan, buenas son las tortas. Tardaron una hora y media en llegar allí. Fueron porque Beauregard no sabía de nadie del condado de Red Hill que quisiera competir con él. Contra el Duster, no.

Kelvin se puso delante de Warren, que se pavoneaba alrededor del coche.

—Mi colega y sus diez amigos dicen que van de cero a ciento diez en un segundo y a ti no te da tiempo ni a levantar el culo —dijo con una voz atronadora que retumbó en la noche.

Todos dejaron de charlar. Los grillos y los chotacabras se pusieron histéricos.

—Se te va la fuerza por la boca —dijo Beauregard.

—¡Hostias! —exclamó un fulano entre la multitud que se había congregado.

Warren dejó de fardar y se apoyó en el techo del coche. Era alto y delgado. La piel oscura se le veía azul a la luz de la luna.

—¡Joder! ¡Menuda chulería, hijoputa! ¿Tienes la pasta pa demostrarlo? —preguntó.

Beauregard cogió la cartera y sacó diez billetes de cien dólares. Parecían una baraja de cartas en sus manazas.

—La cuestión es si tú tienes los cojones de demostrarlo —dijo Kelvin.

Sonaba igual que un locutor de Quiet Storm, la emisora de música negra. Sonrió como un loco a Warren Crocker, que se tocó el interior del carrillo con la lengua.

Transcurrieron unos instantes y Beauregard notó que se le formaba un

vacío en el pecho. Vio cómo funcionaban los engranajes de la cabeza de Warren y, por un momento, creyó que iba a pasar del tema. Pero Beauregard sabía que aceptaría. ¿Cómo negarse? Se había puesto en un brete de tanto hablar y el orgullo no le permitía decir que no. Además, el Duster no parecía muy impresionante. Se veía limpio y la carrocería no estaba oxidada, pero la pintura de color rojo manzana de caramelo no quedaba digna de exposición y los asientos de cuero tenían unos cuantos desgarrones y grietas.

—Vale. Vamos de aquí al roble que está partido por la mitad. Sherm guarda el dinero, ¿o quieres que nos juguemos los coches? —dijo Warren.

—No, que guarde el dinero. ¿Quién quieres que sea el árbitro? —preguntó Beauregard.

Sherm señaló a otro tipo con la cabeza.

—Jaymie y yo hacemos de árbitros. ¿También quieres que venga tu amigo? —dijo. Más que hablar, chillaba.

—Sí —dijo Beauregard.

Kelvin, Sherm y Jaymie subieron al coche de Sherm, un Nova de pintura opaca. Se marcharon al árbol partido, que quedaba a medio kilómetro. Beauregard no había visto más conductores desde que llegaron, la mayoría evitaban aquel tramo y preferían la autopista de cuatro carriles que serpenteaba desde la autovía interestatal y atravesaba el propio Shepherd's Corner. El progreso se había olvidado de aquella zona de la ciudad. Se quedó abandonada, igual que el supermercado. Un maldito asfalto torturado por los fantasmas del pasado.

Dio media vuelta y subió al Duster. Cuando arrancó el coche, el motor rugió igual que una manada de leones enfadados. Las vibraciones ascendieron desde el motor hasta el volante. Pisó el acelerador varias veces. Los leones se convirtieron en dragones. Encendió los faros. La doble línea amarilla del centro de la carretera cobró vida. Agarró la palanca de cambios y metió primera. Warren salió del aparcamiento y Beauregard se situó a su lado. Uno de los tipos de la multitud se acercó y se colocó entre ambos coches. Levantó el brazo y apuntó al cielo. Beauregard volvió a mirar de soslayo las estrellas y la luna. Con el rabillo del ojo, vio cómo Warren se ponía el cinturón de seguridad. El Duster no tenía cinturones. Su padre

decía que, si tenían un accidente, los cinturones solo servirían para que al enterrador le costara más sacarte del coche.

—¿Listos? —gritó el tipo del medio.

Warren levantó el pulgar.

Beauregard asintió con la cabeza.

—Uno, dos... ¡y tres! —gritó el tipo.

»El secreto no es el motor. Es una parte, sí, pero no es lo principal. Lo que importa, lo que la mayoría no quiere mencionar, es cómo conduces. Si conduces como si tuvieras miedo, pierdes. Si conduces como si no quisieras tener que reconstruir todo el motor, pierdes. Has de conducir como si solo te importara llegar a la meta. “Conduce, carajo, como si te lo hubieras robado” Beauregard oía la voz de su padre siempre que conducía el Duster. A veces la oía cuando conducía para las bandas. En esos momentos, le proporcionaba amargas perlas de sabiduría. Una charla absurda que le recordaba que no debía acabar igual que su padre. Un fantasma sin tumba.

Beauregard pisó el acelerador hasta el fondo. Las ruedas giraron y salió humo blanco de la parte trasera del Duster. La fuerza de la gravedad le presionó el pecho y le aplastó el esternón. El coche de Warren cruzó la línea de un salto y las dos ruedas delanteras se despegaron de la carretera. Beauregard metió la segunda de golpe, justo cuando las ruedas delanteras del Duster se agarraron a la calzada igual que las garras de un águila.

Los árboles de ambos lados de la carretera se emborronaron y centellearon mientras atravesaba la noche. Echó un vistazo al velocímetro. Ciento diez kilómetros por hora.

Beauregard pisó el embrague y metió tercera. La palanca de cambios no tenía números. Era una vieja bola ocho de billar, su padre se las había ingeniado para que encajara en la palanca. No necesitaba los números. Sabía en qué marcha iba por el sonido, lo sentía. El coche temblaba como un lobo que se sacude el pelaje.

Ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora.

El volante recubierto de cuero le crujía en las manos. Vio el coche de Sherm delante, estaba al ralentí, a un lado de la carretera. Metió cuarta. El motor dejó de rugir y profirió el grito de guerra de un dios. Los tubos de escape eran las trompetas que anunciaban su llegada. Llevaba el pedal

plano, aplastado contra el suelo. Parecía que el coche se contorsionaba y saltaba adelante, igual que una serpiente a punto de atacar. El velocímetro marcaba ciento setenta kilómetros por hora.

El Duster había adelantado a Warren como si su rival se hubiera quedado pegado al suelo. El viejo árbol partido en dos quedaba más y más atrás en el espejo lateral. Por el retrovisor, vio cómo Kelvin entrechocaba los puños. Pisó el embrague y redujo las marchas hasta volver a primera. Frenó un poco más, dio la vuelta en tres movimientos y regresó al viejo supermercado.

Detuvo el coche en el aparcamiento y Warren paró justo detrás. Unos instantes después llegaron Sherm, Kelvin y Jaymie. Beauregard bajó del coche, fue hasta la parte delantera y se apoyó en el capó.

—¡El viejo Duster corre que se las pela! —dijo un negro fornido y de nariz ancha. El sudor se le perlaba en la frente y estaba apoyado en un Maverick blanco y negro, la respuesta de Ford al Duster.

—Gracias —dijo Beauregard.

Sherm, Jaymie y Kelvin bajaron del Nova. Kelvin fue trotando hasta el Duster y le tendió la mano izquierda. Beauregard chocó los cinco sin mirar.

—Le has dado una paliza, parecías un esclavo fugitivo —dijo Kelvin. Le salió del pecho una risa grave.

—La válvula suelta le ha dado por culo. Fíjate en el tubo de escape. Quema aceite —dijo Beauregard.

El tubo de escape del Olds emitía una nube de humo negro. Sherm se acercó y le dio a Beauregard dos fajos de billetes. Los mil que apostó y la parte de Warren.

—¿Qué llevas debajo del capó de ese trasto? —preguntó Sherm.

—Dos cohetes y un cometa —dijo Kelvin.

Sherm se rio entre dientes.

Warren por fin bajó del Oldsmobile. Se quedó junto al coche y se cruzó de brazos. Torció el gesto e hizo una mueca.

—¿Le das mi pasta? ¡Salió antes de tiempo! —exclamó.

El ambiente jocoso dio paso a un silencio sepulcral. Beauregard no se apartó del capó ni miró a Warren. Su voz cortó la noche igual que una cuchilla.

—¿Insinúas que he hecho trampas?

Warren descruzó los brazos y luego los volvió a cruzar. Torció el cabezón, sujeto a un cuello delgado.

—Solo digo que ya ibas dos pasos por delante antes de que dijeran «tres». Na más —dijo Warren.

Se metió las manos en los bolsillos del ancho pantalón que llevaba y luego las sacó. Parecía no saber dónde meterlas. La bravuconería inicial se evaporaba.

—No necesito hacer trampas para ganarte. Por cómo suena esa válvula suelta, cualquier día se te va a gripar el motor. Se te va a quedar más prieto que el chochito de una virgen. El árbol de transmisión y la parte trasera soportan demasiado peso; por eso saliste de un salto —dijo Beauregard.

Se levantó del capó y se volvió para mirar a Warren, que clavaba la vista en el cielo nocturno. Se observaba los pies y hacía de todo menos mirar a Beauregard.

—Oye, tío. Has perdido. Asúmelo y admite que el Olds no es lo legendario que creías —dijo Kelvin.

Provocó unas cuantas carcajadas de los demás. Warren se apoyó en las puntas de los pies, Beauregard dio tres pasos y acabó con la distancia que los separaba.

—¿A que no me dices a la cara que he hecho trampas? —le preguntó.

Warren se lamió los labios. Beauregard era más bajo, pero el doble de corpulento. Todo músculos duros y ancho de espaldas. Warren dio un paso atrás.

—Solo es un comentario —dijo, con una voz fina como el papel crepé.

—Solo es un comentario. Solo es un comentario y no vale una mierda —dijo Beauregard.

Kelvin se puso en medio.

—Venga, Bug. Vámonos. Ya tenemos el dinero —dijo.

—Hasta que lo retire, no —contestó Beauregard.

Unos cuantos conductores los rodearon. Kelvin creyó que estaban a punto de corear «¡Pelea! ¡Pelea!», como si estuvieran otra vez en el colegio.

—Retíralo, tío —dijo Kelvin.

Warren giró la cabeza a la izquierda y a la derecha. Eludía las miradas

directas a Beauregard y a los que los rodeaban.

—Vale, quizá me he equivocado. Solo digo que... —comenzó a decir, pero Beauregard alzó la mano y Warren cerró la boca de forma audible.

—Déjate de «solo digo». Y nada de que te has equivocado. ¡Retíralo! —dijo Beauregard.

—¡Que no te time, tío! —gritó alguien de la multitud.

Kelvin se volvió y se encaró con Warren. Habló con voz grave.

—¿Quieres que estos tipos te pongan la cara como un mapa? Mi primo se toma en serio esta mierda. Retíralo y te vas a casa con todos los dientes.

Beauregard tenía las manos a ambos lados del cuerpo; abría y cerraba los puños a intervalos regulares. Observó los ojos de Warren. Seguía mirando en todas direcciones, como si buscara una escapatoria que no implicara retirar lo que había dicho. Beauregard se dio cuenta de que no lo iba a retirar, no podía. Los tipos como Warren se nutrían de la propia arrogancia, la necesitaban igual que el oxígeno. Dar marcha atrás les costaba lo mismo que dejar de respirar.

Los faros alumbraron el aparcamiento y, de pronto, unas luces azules iluminaron la fachada deslucida del supermercado.

—¡Mierda! Son las luces del sexo —dijo Kelvin.

Beauregard vio un coche rojo de policía, sin identificación, que aparcaba en diagonal y cortaba la salida del supermercado. Hubo algunos que fueron andando despacio hacia sus coches. La mayoría se limitaron a quedarse quietos.

—¿Las luces del sexo? —preguntó el negro sudoroso.

—Sí. Cuando las ves, te van a joder —dijo Kelvin.

Dos agentes bajaron del coche y sacaron las linternas. Beauregard levantó la mano y se protegió los ojos.

—Bueno, chicos, ¿qué tenemos aquí? ¿Una carrerita nocturna? No veo que ponga NASCAR por ninguna parte. ¿Ve los carteles del NASCAR, agente Hall? —preguntó el policía que no era Hall.

Era un blanco rubio de mandíbula tan cuadrada que seguro que tuvo que estudiar geometría para aprender a afeitársela.

—No, no veo que ponga NASCAR, agente Jones. Chicos, ¿qué tal si nos dais la documentación y os sentáis en el suelo? —dijo el agente Hall.

—No hemos hecho nada. Solo hemos aparcado aquí, agente —dijo el negro sudoroso.

El agente Jones se volvió y se llevó la mano a la pistola.

—¿Acaso te he preguntado? ¡Al puto suelo! Enseñadnos la documentación y sentaos todos en el suelo.

Había unas veinte personas y quince coches, pero todos eran negros y los dos polis eran blancos e iban armados. Todos sacaron la cartera y se sentaron en la calzada. Beauregard se sentó encima de la rama de un matorral que se había abierto paso por el pavimento. Sacó el carnet de conducir de la cartera. Cada policía empezó a revisar un extremo de la fila y los dos terminaron coincidiendo en el medio.

—¿Hay alguien con cargos? ¿Por no pagar la manutención, por agresión o por hurto? —preguntó el agente Hall.

Beauregard intentó ver de qué condado eran, pero no dejaron de deslumbrarle con las linternas. El agente Jones se detuvo enfrente de él.

—¿Algún cargo? —preguntó cuando cogió el carnet de Beauregard.

—No.

El agente Jones alumbró el carnet de conducir con la linterna. En el hombro lucía un parche que rezaba «Policía».

—¿De qué condado son? —preguntó Beauregard.

El agente Jones le enfocó con la linterna en toda la cara.

—Del condado de A tomar por culo, de un solo habitante —dijo el agente Jones.

Le devolvió el carnet a Beauregard, se volvió y le habló a la radio que llevaba en el hombro. El agente Hall lo imitó. Los chotacabras, las ranas y los grillos habían reanudado el concierto. Transcurrieron unos instantes mientras los dos agentes deliberaban con quienquiera que estuviera al otro lado de la radio.

—Vale, chicos. Así están las cosas. Unos tenéis cargos y otros no, pero da igual. No queremos que andéis yendo de acá para allá por las carreteras de Shepherd's Corner. Os vamos a dejar marchar. Para que no se os ocurra volver, nos tenéis que pagar el impuesto de carreras —dijo el agente Hall.

—¿Qué coño es el impuesto de carreras? —preguntó el negro sudoroso.

El agente Jones sacó la pistola y apretó el cañón contra la mejilla del

negro sudoroso. Beauregard notó cómo se le hacía un nudo en el estómago.

—Todo lo que tengas en la cartera, gordo. ¿Quieres ser víctima de la brutalidad policial? —preguntó el agente Jones.

—Ya le habéis oído. Vacíen los bolsillos, caballeros —dijo el agente Hall.

Empezó a soplar una brisa suave. El viento le acarició el rostro a Beauregard. Un aroma a madreselva viajaba en aquella brisa. Los agentes recorrieron la fila de hombres y les fueron quitando el dinero de las manos. El agente Jones se acercó a Beauregard.

—Vacíate los bolsillos, hijo.

Beauregard le sostuvo la mirada.

—Deténganme, arréstenme, pero no les voy a dar el dinero.

El agente Jones le clavó la pistola en la mejilla. El áspero olor a lubricante de armas le subió por la nariz y se le atragantó.

—Quizá no has oído lo que le he dicho a tu amigo.

—No somos amigos —dijo Beauregard.

—¿Te quieres comer una bala? ¿Quieres ser víctima de suicidio por poli? —dijo el agente Jones. Los ojos le brillaban a la luz de la luna.

—No, pero no le voy a dar el dinero —dijo Beauregard.

—Vale ya, Bug —dijo Kelvin.

El agente Jones le lanzó una mirada y le apuntó con la pistola.

—Es tu amigo, ¿a que sí? Hazle caso, Bug —dijo Jones.

Sonrió y enseñó una fila de dientes marrones y retorcidos. Beauregard sacó los dos fajos de billetes, el suyo y el que le había ganado a Warren. El agente Jones se los quitó de las manos.

—Buen chico —dijo.

—Vale, colegas. Largaos de aquí y no volváis a Shepherd's Corner —dijo el agente Hall.

Beauregard y Kelvin se pusieron de pie. La multitud se dispersó entre unas cuantas quejas amortiguadas. Los aullidos de los Chargers, los Chevelles, los Mustangs y los Impalas que cobraban vida inundaron la noche. Kelvin y Beauregard subieron al Duster. Los polis les dejaron pasar y los coches partieron lo más rápido que la ley permitía. Warren se quedó sentado en el Olds y miró al frente.

—¡Vete, Warren! —dijo el agente Hall.

Warren se frotó la cara con las manos.

—No arranca —murmuró.

—¿Qué? —preguntó el agente Hall.

Warren se quitó las manos de la cara.

—¡Que no arranca! —dijo.

Kelvin se reía mientras salía del aparcamiento con Beauregard.

Beauregard giró a la izquierda y enfiló la carretera estrecha.

—A la autovía se va por allí —dijo Kelvin.

—Sí. A la ciudad se va por aquí, y a los bares también —dijo Beauregard.

—¿Y cómo vamos a echar un trago sin pasta? —dijo Kelvin.

Beauregard detuvo el Duster y dio marcha atrás hasta situarse en la entrada de un antiguo sendero de leñadores. Apagó las luces y dejó el coche al ralentí.

—No eran polis de verdad. No llevaban la insignia del condado en el uniforme y la pistola era una 38. Hace veinte putos años que los maderos no llevan pistolas del 38. Y sabían cómo se llamaba —dijo Beauregard.

—¡Hijo de puta! Nos la ha jugado —dijo Kelvin. Dio un puñetazo al salpicadero y Beauregard le fulminó con la mirada. Kelvin acarició el salpicadero con la mano y alisó el cuero—. Mierda. Lo siento, tío. ¿Qué pintamos aquí?

—Warren dijo que no le arrancaba el coche. Es el único que se ha quedado atrás —dijo Beauregard.

—¿Crees que es un soplón?

—Nada de soplón, estaba en el ajo. Se ha quedado atrás para llevarse su parte. Ninguno de los que vinimos a la carrera éramos de por aquí. Creo que un tipo como Warren querrá beber para celebrarlo —dijo Beauregard.

—La mierda esa de que habías hecho trampa era una pantomima.

Beauregard asintió.

—No quería que me marchara. Ganaba tiempo para que llegaran sus amigos. Corrió un par de carreras para animar a la gente. Igual comprobaba cuánto dinero se jugaban. Luego, cuando solté la pasta, les escribí.

—¡Será cabrón! Je, je, el doctor King estaría orgulloso. Los blancos y

los negros trabajando juntos —dijo Kelvin.

—Sí.

—¿Crees que va a pasar por aquí? No será tan tonto, ¿no? —preguntó Kelvin.

Beauregard no habló. Tamborileó con los dedos en el volante. Supuso que no todo lo que había dicho y hecho Warren era falso. Era un auténtico gilipollas integral. Los tipos así creen que nunca los van a pillar. Se piensan que van siempre un paso por delante de todo el mundo.

—Cuando conducía para las bandas, me topaba con tíos así. No es de por aquí. Habla como si fuera del norte de Richmond, quizá de Alexandria. Los tipos estos no se esperan a llegar a casa para celebrarlo. Quiere celebrarlo, porque cree que ha ganado. Se cree que nos ha timado a base de bien. Querrá ir al sitio más cercano que sirva alcohol y ponerse a beber. Estará solo, sus compinches no pueden andar por ahí con los uniformes de pega. Estará allí soltando gilipolleces, igual que antes. No tiene remedio.

—¿Estás seguro? —preguntó Kelvin.

Beauregard no contestó. No podía aparecer en casa sin el dinero. Con mil dólares no tenía para pagar el alquiler, pero eso era mejor que volver sin blanca. Su intuición le decía que Warren iría al pueblo a beber.

Pasó un tiempo y Kelvin miró el reloj.

—Tío, no creo que... —empezó a decir.

Un coche pasó a toda velocidad junto a ellos. El verde vivo de la pintura resplandeció a la luz de la luna.

—El legendario Olds —dijo Beauregard.

Salió detrás del Oldsmobile. Lo siguieron por las llanuras y las lomas suaves de colinas poco pronunciadas. La luz de la luna dio paso a los faroles de los porches y a los focos de los jardines a medida que pasaban junto a *bungalows* y casas móviles. Tomaron una curva cerrada y vislumbraron el centro de Shepherd's Corner. Era una serie de adustos edificios de ladrillo y hormigón, a la luz de las pálidas farolas. Una biblioteca, una farmacia y un restaurante delimitaban la calle. Cerca del final de la acera había un ancho edificio de ladrillo y el cartel colocado sobre la puerta de entrada decía «Dino: Bar y parrilla».

Warren torció a la derecha y condujo hasta la parte trasera de Dino.

Beauregard aparcó el Duster en la calle. Rebuscó en el asiento trasero y cogió una llave inglesa ajustable. No había nadie en la acera ni holgazaneando a la puerta del bar. Había unos pocos coches delante del Duster. El latido grave y tribal del hiphop se filtraba por las paredes del bar de Dino.

—Quédate aquí. Si viene alguien, toca el claxon —dijo Beauregard.

—No le mates, tío —dijo Kelvin.

Beauregard no prometió nada. Bajó del coche, corrió por la acera y cruzó el aparcamiento del bar. Se detuvo en la esquina trasera del edificio. Echó un vistazo y vio a Warren, de pie junto al Oldsmobile. Estaba meando. Beauregard cruzó corriendo el aparcamiento. La música del bar ocultó sus pisadas.

Warren se empezaba a dar la vuelta justo cuando Beauregard le golpeó con la llave inglesa. Le atizó con la herramienta en el músculo trapecio. Beauregard oyó un crujido húmedo, igual que cuando su abuelo partía las alitas de pollo durante la cena. Warren se desplomó y manchó de orina el lateral del Oldsmobile. Rodó, quedó de costado y Beauregard le golpeó en las costillas. Warren se tumbó boca arriba. Le salió un hilo de sangre de la boca y le corrió por la barbilla. Beauregard se arrodilló a su lado. Agarró la llave inglesa y se la apretó a Warren contra la boca, igual que una mordaza. Sostuvo los extremos de la herramienta y apretó con todo su peso. La lengua de Warren se retorció alrededor del asa de la llave inglesa y parecía un gusano gordo y rosa. La sangre y la saliva le corrían por las comisuras de los labios y por las mejillas.

—Sé que tienes mi dinero. Sé que esos polis de alquiler y tú trabajáis juntos. Vais por ahí montando carreras y timando a los pardillos que os encontráis. Me da igual. Sé que tienes la pasta. Te voy a quitar la llave inglesa y, como hables de otra cosa que no sea el dinero, te rompo la mandíbula por siete sitios distintos —dijo Beauregard sin gritar ni chillar.

Se enderezó y retiró la llave inglesa. Warren tosió y ladeó la cabeza. Escupió unas gotas de saliva rosada que le cayeron en la mejilla. Tomó unas cuantas bocanadas de aire y se manchó la mejilla de más sangre y escupitajos.

—El bolsillo de atrás —resolló.

Beauregard le dio la vuelta y Warren se quejó. Fue un gemido agudo y animal. A Beauregard le pareció oír cómo entrechocaban con suavidad los huesos rotos de la clavícula. Sacó un fajo de billetes y lo contó con rapidez.

—Aquí solo hay setecientos cincuenta pavos. ¿Y mis mil dólares? ¿Y los tuyos? ¿Dónde está el resto? —preguntó Beauregard.

—Los míos... eran de pega —dijo Warren.

—¿Esta es tu parte? —dijo Beauregard.

A Warren le costó asentir con la cabeza. Beauregard apretó los dientes e inspiró. Se puso de pie y se guardó el dinero. Warren cerró los ojos y tragó saliva.

Beauregard se metió la llave inglesa en el bolsillo trasero y le dio un pisotón a Warren en el tobillo derecho, justo en la articulación. Warren chilló, pero no había nadie cerca para oírle, solo Beauregard.

—Retíralo —dijo Beauregard.

—¡Me cago en la puta! ¡Me has roto el puto tobillo!

—Retíralo o te rompo el otro.

Warren se volvió a tumbar boca arriba. Beauregard le vio las manchas oscuras que iban de la entrepierna a las rodillas. Seguía con la polla colgando fuera de los pantalones, parecía una lombriz. Le llegó el olor a orina.

—Lo retiro. No has hecho trampas, ¿vale? No eres un puto tramposo —dijo.

Beauregard vio que a Warren se le saltaban las lágrimas.

—Pues vale —dijo Beauregard. Asintió con la cabeza, se volvió y regresó caminando al Duster.

Capítulo 2

Las luces con sensor de movimiento del tejado del taller se encendieron cuando Beauregard paró delante del edificio. Frenó y dejó que Kelvin bajara del Duster y abriera una de las tres puertas enrollables. Beauregard dio la vuelta y entró marcha atrás en el taller. Los ecos del motor reverberaron en el interior cavernoso. Apagó el motor. Se pasó la mano ancha, de dedos gruesos, por la cara. Se retorció en el asiento y cogió la llave inglesa del asiento trasero. Aún estaba manchada de la sangre de Warren y de un poco de piel. Tendría que meterla en agua con lejía antes de guardarla en la caja de herramientas.

Bajó del coche y se dirigió al despacho. El destello de la lámpara fluorescente del techo emitió una luz pálida y azul. Fue al minibar que había debajo del escritorio y sacó dos cervezas. Dejó caer la llave inglesa en el escritorio. El sonido de metal contra metal le rechinó en los oídos. Kelvin entró y se sentó en una silla plegable delante de la mesa. Beauregard le lanzó una cerveza. Las abrieron a la vez y alzaron los botellines. Beauregard se bebió casi toda la cerveza de un largo trago, haciendo ruido. Kelvin le dio dos sorbos y la dejó en el escritorio.

—Bueno, voy a poner al puto Jerome de vuelta y media —dijo Kelvin.

Beauregard se acabó la cerveza.

—Bah, no es culpa suya. Seguro que los tíos esos van por la costa este con la misma mierda —dijo.

—No deja de ser una putada. Volveré a preguntar por ahí. ¿Tal vez en Raleigh? ¿O en Charlotte? —preguntó Kelvin.

Beauregard negó con la cabeza. Apuró la cerveza y la tiró a la basura.

—Sabes que no puedo alejarme tanto si no es dinero seguro. En fin, tengo que pagar el alquiler antes del veintitrés. No quería pedirle otra prórroga a Phil. Ha sido una faena no conseguir el contrato con la constructora de Davidson —dijo.

Kelvin sorbió la cerveza.

—¿Has pensado en hablar con Boonie? —preguntó.

Beauregard se hundió en la silla de oficina. Apoyó las botas en la mesa.

—Sí, lo he pensado.

Kelvin se terminó la cerveza.

—Solo digo que llevamos tres años abiertos, llega Precision y parece que la gente se ha olvidado de que estamos aquí. A lo mejor en Red Hill no hay espacio para dos talleres mecánicos, al menos no para uno de negros —dijo.

—No sé. Nos faltó poco para conseguir el contrato con Davidson. Hace veinte años, ni nos habrían dado una puta oportunidad. No pude bajar el precio tanto como Precision.

—Por eso digo que hables con Boonie. Nada grande, solo algo para seguir a flote hasta... no sé, hasta que se mude a Red Hill más gente que no sepa cambiar el aceite —dijo Kelvin.

Beauregard tomó la llave inglesa. Cogió un trapo de la pila que había en un cubo de plástico junto al escritorio y empezó a limpiar las manchas de sangre.

—Te he dicho que me lo estoy pensando.

—Bueno, vale. Me largo. Christy está libre esta noche y Sasha trabaja, así que voy a pasarme a decirle «holaaaa» —dijo, canturreando la palabra «hola» hasta acabar en falsete.

Beauregard sonrió con condescendencia.

—Una de las chicas esas te la va a cortar y a enviar por correo.

—¡Qué va! Me la van a bañar en bronce y a ponerla en un pedestal —dijo Kelvin al levantarse de la silla—. ¿Te veo por la mañana?

—Sí —dijo Beauregard. Volvió a dejar la llave inglesa en la mesa.

Kelvin se llevó dos dedos a la frente en señal de despedida y se marchó de la oficina. Beauregard se volvió y plantó los pies en el suelo. Setecientos

cincuenta. Era peor que tener mil dólares. Eso sin tener en cuenta la gasolina que gastó en ir a Shepherd's Corner. El mes anterior, Phil Dormer le había dicho que no podía concederle más prórrogas.

—Beau, sé que son tiempos duros. Lo entiendo, pero mi jefe me ha dicho que no te podemos dar más crédito ni tiempo para este préstamo. Mira, a lo mejor si lo refinanciamos...

—Solo me queda un año para pagarlo —dijo Beauregard.

Phil frunció el ceño.

—Bueno, es verdad, pero en realidad llevas tres meses de retraso. Según el contrato del préstamo, si te retrasas ciento veinte días, eres moroso. No quiero que lleguemos a eso, Beau. Refináncialo y tendrás que pagar más años, pero no perderás el edificio —dijo Phil.

Beauregard oyó lo que le decía y vio dolor en su rostro. En un mundo perfecto, habría creído que a Phil de verdad le importaba cómo vivía. El mundo era de todo menos perfecto. Beauregard sabía que Phil le estaba diciendo lo que él quería oír y que el terreno donde tenía el taller estaba justo al lado de un solar en obras. Estaban construyendo el primer restaurante de comida rápida de Red Hill. El viejo Tastee Freez no contaba, hacía diez años que había cerrado. Nunca fueron rápidos, pero preparaban unos batidos cojonudos.

Beauregard se puso de pie, dejó las llaves del Duster en el gancho del tablón de corcho y cogió las llaves de la camioneta. Cerró el taller y se marchó a casa.

El sol asomaba por el horizonte cuando salió marcha atrás a la calle. Beauregard pasó por la oficina municipal del condado de Red Hill, rumbo a los amplios campos abiertos. Siempre le pareció divertido que un condado cuyo nombre hacía referencia a las colinas rojas en realidad tuviera una terrible escasez de colinas. Pasó junto a Grove Lane, donde vivía su hija. El cielo estaba veteado de rojo y dorado cuando torció por Market Drive. Dos giros más por otras dos calles secundarias y entraría en el camino sin asfaltar que llevaba a su casa móvil.

Aparcó al lado del Honda de Kia, un cochecito azul de dos puertas. Nunca lo conducía, solo lo reparaba. Le iban más los potentes coches americanos. La casa estaba tranquila cuando pisó el porche. Entró en la casa

rectangular y pasó por la habitación donde dormían sus hijos. El sol se colaba por las persianas y los rayos de luz bañaban la casa móvil. La habitación que compartía con Kia estaba al final del vehículo. Entró con sigilo y se sentó a los pies de la cama. Kia yacía como una figura de origami. Beauregard le tocó el muslo que tenía descubierto. La pierna de color caramelo tembló ligeramente. Su esposa, sin volverse, le habló con la cara aún hundida en la almohada.

—¿Cómo te ha ido? —le murmuró a la almohada.

—He ganado, pero el tío no ha querido pagar. La cosa se puso un poco fea.

Entonces sí se volvió.

—¿Cómo que no ha querido pagar? ¿Qué coño dices? —preguntó Kia. Se apoyó en un codo. La sábana, que apenas la tapaba, se cayó. Tenía el pelo en punta, adoptando extrañas formas geométricas. Beauregard le masajeó la carne del muslo—. No te habrán arrestado, ¿no? —preguntó.

«Sí, unos polis de pacotilla», pensó Beauregard.

Le quitó la mano de la pierna.

—No, pero el tipo no tenía todo el dinero que decía. Se lio todo y aún me faltan ochocientos dólares —dijo.

Dejó reposar el tema un rato. Kia se tapó con la sábana y se llevó las rodillas al pecho.

—¿Y qué pasa con el contrato para encargarte de los camiones esos de la constructora? —le preguntó.

Beauregard se acercó y le rozó el hombro con el suyo.

—No lo hemos conseguido. Se lo ha quedado Precision. Además, hemos tenido que comprarle gafas a Darren. El mes pasado le tuve que dar dinero a Janice para el birrete y la toga de Ariel. Han sido un par de meses malos —dijo Beauregard.

En realidad, había sido un año malo. Kia lo sabía, pero a ninguno le gustaba decirlo en voz alta.

—¿Y si pedimos una prórroga? —preguntó.

Beauregard se acostó a su lado. Kia no se tumbó, sino que se abrazó las rodillas y apretó. Beauregard miró al techo. El ventilador del techo daba vueltas y el eje temblaba. La lámpara del ventilador tenía la imagen de un

rottweiler.

Llevaban cinco años con el dichoso ventilador y le seguía dando miedo, pero a Kia le encantaba. Una cosa que había aprendido sobre el matrimonio era que más te valía no pelear a muerte por un ventilador de moda.

—No sé —dijo.

Kia se pasó la mano por el pelo revuelto. Transcurrieron unos instantes y volvió a tumbarse, apoyada en Beauregard. Tenía la piel fresca al tacto y olía a rosas. Se había duchado antes de acostarse. Beauregard le pasó un brazo por el abdomen y le puso la mano en el vientre.

—¿Qué pasa si no nos dan prórroga? —preguntó Kia.

Beauregard le acarició el vientre.

—Intentaré vender algo, quizás el elevador hidráulico. Tal vez la segunda máquina de cambiar neumáticos. Pedí el puñetero préstamo para pagarla —dijo.

No mencionó que pensaba hablar con el tío Boonie.

Casi a modo de respuesta, Kia se volvió y le tocó la cara.

—¿No te lo estarás pensando? —preguntó.

—¿El qué?

—Ira ver a Boonie, pedirle trabajo. Ya sabes que no es una opción, ¿no? Tuviste suerte. Todos la tuvimos. Nunca te atraparon, lo dejaste y abriste el taller. Fue una suerte, cariño.

Los ojos claros de Kia buscaron en los oscuros de Beauregard. Llevaban juntos desde que tenían dieciocho y diecinueve años, respectivamente. Se casaron cuando ambos tenían veintitrés años. Casi quince años juntos. Le conocía mejor que nadie.

A muchas parejas les gustaba decir que eran incapaces de no decirse la verdad, que su cónyuge olía las mentiras a lo lejos. Aquella idea no se les aplicaba a ellos. Beauregard sabía cuándo su mujer había salido a beber con las amigas y cuándo se había comido la última galleta de chocolate. La cara de Kia era un libro abierto, y él ya había leído todas las páginas hacía mucho tiempo. Odiaba mentirle, pero nunca dejaba de asombrarle la facilidad con que era capaz de engañar a Kia. Pero, claro, tenía mucha práctica mintiendo.

—No, no me lo estoy pensando. ¿Se me ha pasado por la cabeza? Sí,

igual que se me ha pasado por la cabeza comprar lotería —dijo.

La abrazó con fuerza y cerró los ojos.

—Todo va a salir bien. Ya se me ocurrirá algo.

—Ayer me llamó el dentista. Javon a lo mejor tiene que llevar aparatos —le dijo Kia.

Beauregard la apretó más, pero no contestó.

—¿Qué vamos a hacer, cariño? Tal vez pueda trabajar turnos extra en el hotel —dijo Kia.

—Con eso no pagamos la ortodoncia.

El silencio los envolvió.

—Sabes que podrías vender el...

Beauregard la interrumpió en mitad de la frase.

—El Duster no se vende —dijo.

Kia le apoyó la cabeza en el pecho. Beauregard le deslizó el brazo por los hombros y observó cómo giraban las hojas del ventilador hasta que se quedó dormido.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Papi!

Beauregard abrió los ojos. Le parecía haberlos cerrado hacía cinco segundos. Darren estaba al lado de la cama. Llevaba en la mano su juguete favorito, una figura de acción de Batman de treinta centímetros. Con una diminuta mano marrón asía al Cruzado enmascarado y, con la otra, un bollo que se desintegraba con rapidez.

—¡Hola, Apestoso! —dijo Beauregard.

Su hijo más pequeño tenía el físico de él y los ojos de Kia. Unos ojos verdes y poderosos que contrastaban con su piel del color del chocolate negro.

—Dice mamá que vengas a desayunar antes de que nos lleve con la tía Jean —dijo Darren.

Una sonrisa le iluminaba los labios. Beauregard se imaginó que Kia había usado lenguaje florido para pedirle a Darren que fuera a despertarle. Cuando alguien decía palabrotas, Darren no paraba de reír y tardaba en pasársele. A juzgar por la ligera mueca que veía en la cara de su hijo, era probable que Kia hubiera soltado insultos hacía una hora.

—Pues entonces más vale que levante el culo —dijo Beauregard.

Darren prorrumpió en una lluvia de carcajadas. Beauregard salió de la cama de un salto y cogió a Darren de la cintura. Le levantó del suelo, se lo llevó a la cocina e hizo ruidos de avión por el camino.

—Ya era hora de que te levantaras, hostias —dijo Kia, sin malicia alguna.

Más que nada, lo decía para el agrado de Darren, que volvió a reírse a carcajadas.

—¡Aaaaah, has dicho una palabrota! —se quejó Darren mientras cogía aire—. ¡Vas a ir al infierno! —exclamó.

Javon estaba sentado a la mesa pequeña, absorto en los auriculares. Beauregard pensó que, cuando tenía su edad, Javon y él podrían haber parecido gemelos. Era alto y delgado, de ojos soñolientos. Dejó a Darren en el suelo y le tiró de la oreja a Javon con delicadeza. Javon alzó la vista y se quitó los auriculares.

—Buenos días a ti también —dijo Beauregard.

—Acabaos los bollos, nos tenemos que marchar a casa de la tía Jean —dijo Kia.

Beauregard cogió un bollo y lo mojó en la salsa de carne que contenía el cuenco de la mesa. Se lo metió todo en la boca.

—Sabía que me casé contigo por algún motivo —dijo con la boca llena de migas.

Kia resopló.

—No por los bollos —dijo cuando pasó a su lado para llevar el plato al fregadero.

Beauregard se la imaginó como la joven que era cuando se conocieron. Kia bailaba sobre el capó del coche de Kelvin al son de una canción funky sesentera. Llevaba el pelo fosco recogido en trenzas y vestía un pichi negro con una camiseta blanca. Todos estaban pasando el rato en la pista de baloncesto del parque que había al lado del instituto. Beauregard era un exdelincuente juvenil con una hija de dos años. Kia tenía dieciocho años y estaba en el último curso. Tres semanas después, se intercambiaron los anillos de compromiso. Cuatro años después, se casaron, con Javon en camino.

—¿Me dejas ir hoy contigo al taller? —preguntó Javon.

Beauregard y Kia se miraron.

—Hoy no —dijo Beauregard.

Mucho tiempo atrás, cuando trabajaba en otro campo, se había desvivido por asegurarse de no mezclar su vida privada con la profesional. No quiso que aquel mundo afectara a su familia, no quiso mancharlos con tal suciedad. Llevaba tres años apartado de todo aquello, pero sabía que aún le amenazaba. No quería que aquello hiciera daño a los chicos o a Kia. Los alejaba del taller por si acaso aparecía alguien de aquel mundo.

Javon se puso los auriculares y se levantó de la mesa. Se fue a esperar junto a la puerta. Beauregard sabía que su hijo quería que pasaran tiempo juntos. Le gustaban los coches y era un manitas. Esperaba que a Javon le siguieran interesando los coches cuando no hubiera peligro en visitar el taller.

—Venga, Darren. Nos vamos —dijo Kia.

Se puso de puntillas y besó a Beauregard en los labios. Le sabía el aliento a menta. Su marido le pasó el brazo por la cintura y la besó diez veces.

—¡Puaj! —dijo Darren. Sacó la lengua y puso los ojos en blanco.

—¡Ojo con lo que dices, niño! —dijo Kia tras zafarse de Beauregard.

—Te llamo en el descanso del almuerzo —dijo Beauregard.

—Más te vale.

Kia y los niños se marcharon. No había clases y Kia trabajaba en el turno de diez a seis del Comfort Inn de Gloucester. Javon no tenía edad para cuidar de sí mismo y de su hermanito, así que Beauregard y su esposa, mientras trabajaban, los dejaban con la hermana de Kia. Jean Brooks tenía una peluquería en la parte trasera de su casa. Los niños se dedicaban a jugar con los primos, igual que Beauregard jugaba con Kelvin y su hermano Kaden en casa de la tía Mara. Kaden había muerto hacía siete años. Le asesinaron con apenas veintitrés años en el atraco a un motel. Se rumoreó que fue una encerrona. Unas fiesteras que conocieron en la discoteca habían engatusado a Kaden y a su colega para ir a un motel de Church Hill. Era uno de los peores barrios de la ciudad de Richmond. Tenía tan mala fama que los carteros habían dejado de repartir el correo allí. Fueron buscando sexo esporádico y hierba de la hostia. Lo que encontraron fueron dos

balazos en la cabeza y un funeral a ataúd cerrado.

Cuando Kelvin y Beauregard dieron con los dos tipos que liquidaron a Kaden y a su amigo, trataron de culpar a las chicas. Luego se echaron la culpa el uno al otro. Al final, rompieron a Horary llamaron a sus madres.

Beauregard se quitó la ropa interior y caminó despacio hasta el baño. Iba a darse una ducha y a marcharse al taller después de hacer un par de recados. Cuando abrió el grifo, oyó un trino que venía del dormitorio. Era su teléfono móvil. De noche, Kia se lo había sacado de los pantalones y lo había puesto en la mesilla. Corrió a la habitación y lo cogió de la superficie mellada de la mesilla. Reconoció el número.

—Diga —dijo.

—Hola, ¿es el señor Beauregard Montage? —preguntó una voz un poco nasal.

—Sí. Soy yo, señora Talbot.

—Hola, señor Montage. Soy Gloria Talbot, de la residencia Lake Castor.

—Lo sé —dijo Beauregard.

—Ah, sí. Lo siento. Me temo que hay un problema con su madre, señor Montage —dijo la señora Talbot.

—¿Ha insultado a otro auxiliar? —preguntó él.

—No, es que...

—¿Ha vuelto a mearle a alguien a propósito?

—No, no es eso...

—¿Ha vuelto a llamar a la emisora de radio de Virginia y a decir que el personal la pega? —preguntó.

—No, no, señor Montage. No es por su comportamiento... esta vez. Parece que hay un problema con el papeleo de la ayuda a la dependencia. ¿Puede venir los próximos días y lo hablamos? —dijo la señora Talbot.

—¿Qué pasa?

—Será mejor que lo hablemos cara a cara, señor Montage.

Beauregard cerró los ojos y respiró hondo.

—Vale, me puedo pasar dentro de un rato.

—Me parece bien, señor Montage. Hasta luego, entonces. Adiós —dijo la señora Talbot.

Se cortó la llamada.

Después de ducharse, se puso unos vaqueros limpios y una camisa de manga corta con cuello abotonado; en un bolsillo del pecho se leía su nombre y, en el otro, «Motores Montage». Se preparó una taza de café y se detuvo a darle unos sorbos rápidos delante del fregadero. La casa estaba más tranquila que nunca. Veía el patio trasero por la ventana de encima del fregadero. Había un cobertizo de madera a la derecha y una canasta de baloncesto a la izquierda. La parcela se adentraba casi doscientos metros en el bosque. Dos ciervas cruzaron el patio y se detuvieron unos instantes a mordisquear la hierba. En aquel momento reinaba tal tranquilidad en la casa que las ciervas no parecían asustadas. Se movían sin prisas, igual que quienes visitan un mercadillo.

Beauregard se acabó el café. En otra época había soñado vivir en una casa como aquella. Una casa con agua corriente y un tejado que no chorreara igual que un colador. Una casa donde todos tuvieran su habitación y no hubiera un cubo para los residuos en el rincón. Dejó la taza de café en el fregadero. No sabía qué era más triste, que sus sueños fueran así de modestos o que hubieran sido proféticos. Aquello fue antes de que su padre desapareciera. Volver a verle había ocupado el primer puesto de su lista de deseos, pero, después de tantos años, había aprendido a aceptar que algunos sueños no se hacen realidad.

Cogió las llaves y el teléfono y salió de casa. Solo eran las diez y ya hacía un calor de mil demonios. Cuando bajó del porche, notó que el sol le golpeaba como si le debiera dinero. Se subió a la camioneta de un salto y aceleró el motor para poner en marcha el aire acondicionado. Salió marcha atrás, dio media vuelta, condujo por el camino de acceso y dejó una nube de humo tras de sí.

Tomó la carretera principal, pero en vez de torcer a la izquierda e ir el taller, viró a la derecha, rumbo a las afueras de la ciudad. Atravesó Trader Lane y dejó atrás las cáscaras secas de varias casas desiertas. Un poquito más adelante, pasó por el polígono industrial abandonado de Clover Hill. Años atrás, las autoridades del condado de Red Hill trataron de reconvertir la antigua comunidad agrícola en la meca de las fábricas. Ofrecieron sustanciosas exenciones fiscales a las empresas y, a cambio, estas

prometieron a la ciudad cientos de empleos. Durante un tiempo, la relación dio beneficios mutuos. Hasta que estalló la recesión de 2008. Casi a la vez que las empresas se dieron cuenta de que podían trasladar las fábricas al extranjero, ahorrarse la mitad en costes y duplicar los beneficios.

Los edificios vacíos parecían los monolitos olvidados de una civilización perdida. Apenas se distinguían las fábricas de hielo, de materiales aislantes, de banderas y de elásticos. La madre naturaleza reclamaba la tierra con una persistencia firme e implacable. Los pinos, los cornejos, la madreselva y el kudzu envolvían los viejos edificios en un abrazo arbóreo, sin prisa pero sin pausa. La madre de Beauregard había trabajado en la fábrica de elásticos desde que abrió hasta su deceso prematuro, justo dos años antes de que se jubilara y solo una semana después de que le diagnosticaran cáncer de mama. Un mes después, Beauregard consiguió su primer empleo. Boonie le había puesto en contacto con una banda de Filadelfia que necesitaba un conductor. Como era el nuevo, su parte solo fueron cinco mil de los grandes. Era la tarifa habitual, o eso le habían dicho. Tenía apenas diecisiete años, así que no lo puso en duda. Fue un error. Aprendió que o la tarifa habitual era una parte igual a la del resto o no había trato. No le dio muchas vueltas. Un error es una lección, a menos que cometas el mismo dos veces.

A medida que se aproximaba al término del condado, los cultivos de maíz y de judías comenzaban a dominar el paisaje. La expansión residencial aún no había alcanzado aquella parte del pueblo. Algún constructor emprendedor acabaría por plantar una docena de cajas rectangulares allí y llamarlo «parque de caravanas».

Circuló por una curva estrecha y vio el cartel. Había una hoja de sierra de metro y medio unida a un poste metálico de un metro. El cartel rezaba «Metales Red Hill» y había partes de la barra de acero pintadas de rojo intenso. Habían pintado de blanco la hoja de sierra, pero se pelaba igual que la piel abrasada por el sol. Beauregard giró y enfiló el camino de grava; a ambos lados le golpearon las enormes hortensias azules y blancas. Al final del camino de acceso había unas puertas de malla que medían casi cinco metros. Cuando se acercó, las puertas empezaron a rodar sobre grandes ruedas de metal. Hacía unos años que Boonie le había instalado un sensor

de movimiento a la puerta. Se cansó de tener que dejar de trabajar cada vez que algún tipo le venía con la vieja estufa de leña de su madre. El alambre de espino oxidado coronaba la puerta y la valla, igual de alta, a la que se unía. Dos hombres de piel oscura saludaron a Beauregard con la cabeza cuando pasó junto a ellos. Los dos blandían sendas sierras, inmensas. Daban la impresión de ir a partir en dos un AMC Gremlin destrozado.

Beauregard condujo por encima de la báscula de tres metros que había incrustada en el suelo, dio un giro brusco a la izquierda y aparcó delante de la oficina principal. Se bajó de la camioneta y rompió a sudar de inmediato. El calor había pasado de volcánico a infernal en el intervalo de veinte minutos. Gritos metálicos de dolor inundaban el aire a medida que las dos prensas hidráulicas aplastaban coches, camionetas y alguna que otra lavadora. Había cubos de hierro y acero apilados por todo el desguace. Detrás del edificio de la oficina se alzaba un cementerio de vehículos que esperaban su turno en las fauces de Crunchi Número Uno y Crunchi Número Dos. Kaden les puso los nombres un día de verano, hacía mucho tiempo.

Aquel día, el padre de Beauregard los había llevado a Kaden, a Kelvin y a él de paseo en el Duster.

—Tengo que ver al tío Boonie un momento. Luego vamos al Tastee Freez. ¿Queréis un poco de *whisky* con los batidos? —preguntó su padre, guiñándoles un ojo.

—¡Sí! —exclamó Kelvin.

Cómo no, Kelvin. Hasta levantó la mano.

El padre de Beauregard se rio tanto que se puso a toser.

—Si se entera tu madre, nos infla a azotes. Tal vez dentro de unos años.

Cuando entraron en el desguace, los tres se agolparon en el asiento delantero para observar cómo la grúa eructaba, gruñía y soltaba un coche en la trituradora. Le aplastó el maletero contra el capó antes de meterlo en la prensa.

—¡Crunchi Número Uno, remátalo! —aulló Kaden.

El padre de Beauregard se lo contó a Boonie y los nombres cuajaron, aunque nunca se tomaron aquel trago de *whisky*.

En la puerta estaba escrito «Oficina» con tubos de cobre. Beauregard

llamó tres veces con rapidez. Nunca se sabía en qué negocios andaban metidos allí dentro, así que más valía llamar.

—Adelante —dijo una voz áspera.

Boonie estaba sentado detrás del escritorio, que era una plancha de hierro dispuesta sobre cuatro anchos cilindros de metal. El cascado aire acondicionado resollaba en la ventana, por encima del hombro. Producía más ruido que aire fresco. Había unos pocos archivadores y estanterías en las paredes. Boonie sonrió.

—¡Bug! ¡¿Cómo estás, hostias?! Hace que no te veo... ¿seis meses? ¿Un año? —dijo Boonie.

—No hace tanto. He estado ocupado con el taller.

—Ah, estoy de coña. Sé que te matas a trabajar allí. No me enfado, es que... parece que ya no vienes tanto como antes —dijo Boonie.

Se quitó la gorra de béisbol manchada de aceite y se abanicó. El pelo gris acero, cortado a cepillo, le contrastaba con la piel negra como el carbón.

—Ya. ¿Cómo te va por aquí?

—Ah, ya sabes. No falta trabajo. A la gente no se le acaba la chatarra.

Beauregard se sentó en una silla plegable al lado de la mesa.

—Sí, siempre hay mierda que tirar.

—¿Y tú? ¿Qué tal Kia y los niños?

—Bien. A Darren le hacían falta gafas y ahora Javon necesita una ortodoncia especial. Kia está bien. Lleva casi cinco años en el hotel. ¿Qué más se cuece? —dijo.

Boonie se colocó la gorra y ladeó la cabeza.

—¿En serio?

Beauregard afirmó con la cabeza.

—No es que no me alegre de verte, ya sabes que sí. Creía que lo habías dejado —dijo Boonie.

—Estoy pasando una mala racha. La cosa está difícil desde que abrió Precision —dijo Beauregard.

Boonie entrelazó los dedos y se los apoyó en la enorme barriga.

—Bueno, ojalá tuviera algo, pero no ha habido na de jaleo los últimos años. Los rusos echaron a los italianos y solo trabajan con los suyos. Joder,

Bug, está todo tranquilísimo. Vienen los rusos esos y hablan como el luchador Ivan Koloff, intentan meter miedo y demás mierdas —dijo Boonie.

Puso cara de haber mordido una manzana podrida.

Beauregard dejó caer las manos entre las rodillas y agachó la cabeza.

—¿Has pensado ir al Oeste? Dicen que allí aún hay trabajo para un tipo que sepa desenvolverse al volante.

Beauregard gruñó.

—Mi padre se fue al Oeste y nunca volvió.

Boonie suspiró.

—Tu padre... Tu padre era uno entre un millón. Solo he visto a dos hombres con tanta mano al volante y bajo el capó como Ant Montage. Tú eres uno y el otro está encerrado en la prisión de Mecklenburg. Tu padre era igual de bueno con los amigos que con los coches, y era un conductor de la hostia —dijo Boonie; se volvió a ajustar la gorra de béisbol en la cabeza y clavó la mirada en las vigas de aluminio del techo.

Beauregard se dio cuenta de que Boonie se lo imaginaba, veía cómo su padre y él volaban por la carretera y transportaban *whisky* de contrabando o salían escopetados de un atraco a un banco por las calles de Filadelfia, sin dejar de gritar.

—¿Aún crees que va a volver? —preguntó Beauregard.

—¿Eh?

—Mi padre. ¿Aún crees que va a aparecer un día en mi puerta? ¿Con un balón de baloncesto y una botella de Jack Daniel's para ponernos al día? —dijo Beauregard.

Boonie soltó un poco de aire por el hueco entre los labios gruesos.

—Los hombres como tu padre, como yo y como tú eras antes no mueren en la cama del hospital. Ant no era perfecto. Le encantaban conducir, el alcohol y las mujeres, en ese orden. Vivía la vida a ciento sesenta kilómetros por hora. Los hombres como él, bueno, acaban como ellos quieren, a menudo con un disparo. Mira, si acabó así, te apuesto un huevo a que se llevó por delante a unos cuantos. Os parecéis mucho, como dos gotas de escupitajo. Eres distinto, tu papá no era de los que sientan la cabeza. Le puso las cosas difíciles a tu madre. ¿Qué tal anda Ella?

—Va tirando. Está en la residencia. Ha perdido mucho con el cáncer, pero sigue fumando. Echa más humo que si tuviera mal un segmento de los pistones del motor —dijo Beauregard.

—Joder. El cáncer ese, hijo, los consume poco a poco. Louise no duró na. El médico le dijo que tenía cáncer en marzo y se murió antes de septiembre. ¿Cuánto lleva tu madre con cáncer? —preguntó Boonie.

—Desde el noventa y cinco —dijo Beauregard pensando que su madre los iba a sobrevivir a todos. Al contrario que la señora Boonie, era demasiado terca para morir.

—Ella siempre ha sido más dura que el cuero de los zapatos —dijo Boonie. Su propia broma le hizo sonreír.

—Bueno, me tengo que marchar, Boonie.

Beauregard se puso de pie.

—Eh, espera, vamos a tomar un trago rápido —dijo Boonie.

Giró la silla y sacó un tarro de conservas de uno de los cajones del archivador que tenía justo detrás.

—Son las once en punto.

Boonie desenroscó la tapa. Por arte de magia, en la mesa también habían aparecido dos vasos de chupito.

—Bueno, como canta Alan Jackson, en alguna parte ya son las cinco. Me alegro mucho de que nos hayamos puesto al día —dijo Boonie.

Llenó los dos vasos. Beauregard cogió uno y brindó contra el que sostenía Boonie. El *whisky* de contrabando era igual de suave que el vaso que lo contenía. Un cálido hormigueo le recorrió la garganta.

—Vale. Acuérdate de mí si te enteras de algo —dijo Beauregard.

—¿Seguro? —preguntó Boonie.

—¿Qué?

Boonie guardó el tarro en el cajón.

—Solo digo que quizás es bueno que no tenga na. Como te decía, tu padre y tú sois distintos. Tú no vives pa esto, vales mucho más.

Beauregard sabía que Boonie no lo decía con mala intención. Ahora era un contacto, la persona que te podría presentar a otros tipos. También alquilaba los Crunchi Uno y Dos para gestionar residuos. Se deshacían de la clase de basura que sangraba, lloraba y llamaba a mamá antes de morir. Era

el tipo que te ayudaba a mover el botín sin cobrarte un precio desorbitado por hacer de intermediario. También era el padrino de Beauregard. Boonie le había ayudado a restaurar el Duster. Había acompañado a Kia al altar en la boda porque el suegro estaba cumpliendo de veinte años a perpetua en Coldwater por haber matado a su esposa. Boonie fue la tercera persona en coger a Javon en brazos cuando nació. Boonie se ocupaba de todo lo que Anthony Montage debería haberse ocupado, así que Beauregard sabía que no lo decía con mala intención. Pero Boonie no tenía una hija que iba a terminar el instituto el próximo mes, después de los cursos de verano. Tampoco tenía dos hijos que parecían crecer quince centímetros todas las noches. Ni una mujer que quería una casa con cimientos antes de morir. Ni un negocio a un mes de echar el cierre.

—Sí, seguro —dijo.

Se marchó.

Capítulo 3

Kelvin pasó por el taller sobre las once. Bug aún no había llegado, así que fue al 7-Eleven de enfrente. Se sentó en un reservado ajado, se comió el bocadillo y se bebió un refresco. La mayoría de los 7-Eleven no tenía una zona para sentarse a comer, pero aquel había sido un restaurante. Cuando los dueños, una familia egipcia, compraron el edificio, no tocaron los bancos corridos. Hacía un calor sofocante. Kelvin se planteó cortarse las trenzas, y no por primera vez. Era consciente de que su cabeza tenía forma rara, con demasiadas protuberancias para que la calvicie le sentara bien. Para cuando terminó de comer, Bug aún no había llegado, así que cruzó la carretera andando y abrió el taller. Tenían que montar la caja de cambios a Lulu Morris e iba a ser una verdadera lata. Shane Helton les había dejado la camioneta quejándose de que la dirección vibraba. Kelvin creyó que sería cosa del piñón y la cremallera. Bug se inclinaba por la junta homocinética del lado del conductor. Era probable que Bug tuviera razón, pero cambiar la junta homocinética solo valía trescientos pavos. El piñón y la cremallera costaban al menos mil quinientos.

Rogó a Dios que fuera cosa del piñón y la cremallera.

Kelvin abrió las tres puertas del taller que conducían a sendas zonas de reparación y encendió el climatizador del techo. Se puso a silbar y condujo la camioneta de Shane hasta el elevador hidráulico. Cuando se bajó, vio cómo un Toyota de azul descolorido frenaba junto a la primera puerta. El motor del coche se apagó y salió un blanco bajo y flaco, que entró en el taller. Se detuvo justo delante de la máquina de cambiar neumáticos. Tenía

el pelo castaño y un poco largo y llevaba barba rala y marrón. Sus ojos castaños y barrosos iban y venían de lado a lado.

—¿Beauregard? —preguntó con tono inquisitivo hacia el final de la frase.

—No, soy Kelvin. Aún no ha venido. ¿Le puedo ayudar?

El hombre se lamió los labios secos.

—Necesito hablar con Beauregard ya mismo —dijo.

—Bueno, como no está, ¿le ayudo yo? —preguntó Kelvin.

El hombre se pasó la mano por el pelo. Se acercó un poco más a Kelvin. Olía a cigarrillos y a sudor antiguo.

—Dile que le busca mi hermano Ronnie. Quiere hablar con él y hacer las paces. Quizá le dé trabajo —dijo.

—¿Qué Ronnie? —preguntó Kelvin.

—Ronnie Sessions. Ya le conoce. Antes trabajaban juntos —dijo el hombre.

Kelvin suspiró. Sabía quién era Ronnie Sessions o al menos le sonaba el nombre. Ronnie era un loco de los cojones, un pueblerino sureño del condado de Queen, en el talón del estado. A Ronnie le conocían por dos cosas: por los veintitrés tatuajes de Elvis y por robar todo lo que no estuviera sujeto con tornillos de titanio. Por lo que sabía Kelvin, Ronnie estaba cumpliendo cinco años de condena en Coldwater por allanamiento. Robó en un puerto deportivo o algo así después de que jodiera el golpe de Beauregard.

A Bug no le había hecho gracia.

Así que Kelvin no se imaginaba por qué diantres Ronnie quería acercarse a menos de treinta metros de Bug, ni tampoco contarle que había vuelto. Quizá le pusiera cachondo que le rompieran los dientes a patadas.

—Vale, se lo diré —dijo Kelvin.

El hermano de Ronnie asintió con rapidez, dio media vuelta y se dirigió al coche. Se detuvo a medio camino y se volvió.

—Eh, ¿no andarás trapicheando? —preguntó.

—¿Y por qué crees que trapicheo? ¿Porque soy negro? —preguntó Kelvin.

El hombre frunció el ceño.

—No, es solo que, en Red Hill, la mayoría trapichea. Era por saberlo.

Se subió al coche y cerró de un portazo. Intentó quemar rueda en la grava, pero el coche se caló. Arrancó otra vez y salió con cuidado del aparcamiento.

Kelvin se rio entre dientes. Pulsó el botón de «subir» del elevador y la camioneta de Shane ascendió hasta que pudo caminar por debajo de ella sin agacharse.

—Se pone a quemar rueda como si le hubiera insultado. Estos cabrones se empeñan en ofenderse por cualquier cosa —murmuró mientras empezaba a inspeccionar el chasis de la camioneta.

La residencia de mayores Lake Castor ponía mucho empeño en no parecer un asilo. La fachada del edificio tenía un elaborado pórtico de ladrillo que protegía las puertas automáticas de la entrada. Unos setos verdes y frondosos, que parecían recortados con láser, decoraban los lados de la acera como centinelas verdosos. La marquesina del aparcamiento era de ladrillo y lucía un par de contrafuertes volados en cada extremo. Todo el complejo se asemejaba, más que a una residencia, a un pequeño centro de estudios superiores con una decente asociación de exalumnos. Beauregard atravesó las puertas automáticas y el intenso aroma a orina le golpeó en la cara. Toda aquella arquitectura lujosa no podía ocultar el olor a pis.

Cuando entró en el edificio, le sonrió una recepcionista rubia. No le devolvió la sonrisa.

—Hola, ¿le ayudo? —le preguntó ella.

—Vengo a ver a la señora Talbot —dijo sin detenerse.

Conocía de sobra el despacho de la coordinadora de pacientes. Había albergado la esperanza de que ingresar a su madre en la residencia le fuera a dar un poquitín de respiro. Su madre podría quejarse al personal por no servirle la bebida con posavasos o por limpiarle el culo con brusquedad. Nunca se le pasaba por la cabeza que solo había un posavasos ni que tenía las hemorroides inflamadas. Meterla en la residencia la volvió más mezquina y a Beauregard le complicó más la vida. En los dos años que ella llevaba en Lake Castor, le habían llamado para hablar de problemas de

comportamiento por lo menos treinta veces.

Ella Montage no era una paciente ejemplar.

Al principio, Beauregard lo había apañado con un pago extra por aquí o con donar tal aparato por allí. A veces hasta le entregó un sobre a la administradora, sin más. Le sobraba el dinero y aún le quedaban ahorros de los golpes que había dado. Hacía mucho que se habían acabado aquellos tiempos. Se preguntaba si había llegado el momento de que por fin sacaran a su madre en silla de ruedas a aquella bonita acera de conglomerado y le dijeran que se la llevara. Se imaginaba que la administradora le diría que Ella no tenía por qué marcharse a casa, solo largarse de allí cagando leches.

Llamó a la puerta de la señora Talbot y miró el reloj. Casi mediodía. Puede que Kelvin ya estuviera trabajando, pero hacían falta dos personas para desmontar la caja de cambios de Lulu.

—Pase, por favor —dijo la señora Talbot.

Beauregard le hizo caso. La mujer, delgada y pulcra, estaba sentada a un escritorio de cristal. Llevaba el pelo recogido en un moño austero y un par de palillos de decoración le sobresalían de la parte trasera de la cabeza. Se puso de pie y le tendió la mano.

—Hola, señor Montage.

Beauregard le estrechó la mano con suavidad.

—Hola, señora Talbot.

Le señaló la silla y Beauregard se sentó. Le asombraba cuántas veces le había cambiado la vida al sentarse frente al escritorio de otra persona.

—Señor Montage, me alegro de que haya venido hoy a hablar de este asunto —dijo la señora Talbot.

—Por lo que dijo, tampoco me ha dado mucho a elegir.

La señora Talbot frunció los labios.

—Iré al grano, señor Montage. Hay cierto desajuste con la ayuda a la dependencia de su madre.

—No, no es así.

La señora Talbot parpadeó unas cuantas veces.

—¿Perdone? —dijo.

Beauregard cambió de postura en la silla.

—Dice que hay un desajuste. Suena a que no le salen las cuentas. No

hay desajustes con la ayuda a la dependencia de mi madre. ¿Pasa algo con los servicios que le cubre? —preguntó.

La señora Talbot se sonrojó y se inclinó adelante en la silla.

Beauregard era consciente de que hablaba igual que un capullo, pero no le gustaba cómo había planteado la situación la coordinadora. A la señora Talbot no le caía bien Ella, y Beauregard la entendía. Al mismo tiempo, no hacía falta describir el problema como si su madre fuera una ladrona. Cruel, insensible y manipuladora, sí. Ladrona, no. En la familia Montage, la corona de ladrones pasaba de hombre a hombre.

—Lo siento, me he expresado mal. Voy a decírselo de otra forma. Su madre tiene un seguro de vida que no declaró cuando ingresó en este centro. Ahora supera los requisitos para beneficiarse de la ayuda a la dependencia —dijo la señora Talbot.

A Beauregard se le secó la boca.

—¿No lo puede cancelar? ¿O cobrarlo?

La señora Talbot frunció los labios de nuevo.

—Bueno, puede cobrarlo, pero solo son quince mil dólares. Las autoridades se percataron del desajus... del error hace dos meses. Dejaron de sufragarle la residencia de inmediato. Ahora mismo tiene una deuda pendiente de... —Tocó la tableta que tenía en el escritorio—. Cuarenta y ocho mil trescientos sesenta dólares. Podría cobrar el seguro, pero aún nos debería...

—Treinta y tres mil trescientos sesenta dólares —dijo Beauregard.

La señora Talbot parpadeó con fuerza.

—Sí. El centro le pide que pague todo antes de que acabe el próximo mes. Si su familia y usted no tienen los recursos para pagar la deuda pendiente, la señora Montage tendrá que abandonar la residencia. Lo siento.

A Beauregard no le parecía que lo sintiera. Lo dijo como si se alegrase mucho.

—¿Sabe si mi madre ha accedido a cancelar el seguro? —preguntó, con la boca tan seca que a punto estuvo de escupir arena.

—Se la ha informado de la situación, pero insiste en que es la herencia para los nietos —dijo la señora Talbot.

El arco que le formaban las cejas revelaba que no se lo creía, y

Beauregard tampoco. Su madre apenas aguantaba a sus nietos. No, aquel seguro era una cuestión de control. A su madre le encantaba tener el control, ya fuera al no permitir que él se sacase el carnet de conducir hasta que rompiera con la madre de Ariel o al aferrarse a un seguro de vida. A Ella Montage le gustaba tener el poder. Así eran sus creencias, aunque citara la Biblia de vez en cuando.

—Deje que hable con ella. ¿Me imprime la fecha y el dinero que hay que pagar y lo recojo a la salida?

—Por supuesto, señor Montage. Si quiere, le imprimo también una lista de los centros cercanos y las listas de espera.

—Sí, claro.

No le hacía falta ver una lista de más sitios. Si echaban a su madre de allí, seguro que se moría antes de que hubiera una cama libre en otro centro.

Beauregard se levantó y fue a la habitación de su madre. De camino por el pasillo, pensó en lo que había dicho Boonie. No le parecía muy mala una muerte tranquila y digna en una de aquellas habitaciones de luz tenue. Al menos hasta que se dio cuenta de que ninguna muerte es digna. Es un proceso humillante. La Parca te ataca por la espalda y te ahoga hasta que te llenas de mierda el pañal para adultos y te revienta una arteria en el pecho. Te mete los dedos huesudos en las tripas y hace que tus propias células te coman vivo desde dentro. Te folla la calavera hasta que se te encoge el cerebro y te olvidas hasta de cómo se respira. Guía la mano del hombre al que has ofendido y le apunta la pistola a tu corazón y tu cara. No hay dignidad en la muerte. Beauregard había visto cómo morían demasiadas personas y se había dado cuenta. Solo hay miedo, confusión y dolor.

La puerta de la habitación de su madre estaba abierta de par en par. Había una auxiliar de enfermería al lado de la cama. Oyó alto y claro la voz de su madre, que sonaba a tres paquetes al día. La auxiliar también la oía y, por lo tensos que tenía el cuello y los hombros, no le gustaba lo que estaba diciendo.

—Llevo cuarenta y cinco minutos llamando al timbre. Andáis ahí con la nariz pegada al móvil y yo aquí sentada en el pis. Me he meado encima. ¿Sabes cómo me siento? ¿Me entiendes? Estoy aquí sentada en un charco de pis. —Se detuvo a inhalar bien el oxígeno de las gafas nasales—. No, no

hay manera. No te preocupes, un día te vas a enterar. Ahora eres mona y guapa, pero un día vas a estar aquí, igual que yo. Espero que te dejen sentada en tu propio pis, como si tuvieras las partes a remojo —dijo.

—Lo siento, señora Montage. Hoy nos falta mucho personal —dijo la auxiliar.

Lo dijo como si lo sintiera de veras. Craso error. Ella Montage era igual que una leona del Serengueti. Olía la debilidad.

—Ay, lo siento, hija. Os falta personal. Voy a intentar morirme sin hacer ruido —dijo Ella.

La auxiliar hizo un ruido lastimero y ahogado y se apresuró a salir de la habitación. Rozó a Beauregard al pasar y se marchó murmurando. Entendió las palabras «desgraciada» y «bruja».

—Hola, mamá —dijo Beauregard; dio un paso y entró.

Ella lo examinó de arriba abajo con un ligero vistazo.

—Te estás quedando en los huesos. Nunca he creído que esa chica supiera cocinar —dijo.

—Kia cocina bien, mamá. ¿Qué tal estás?

—¡Ja! Me muero. Por lo demás, estoy genial —dijo.

Beauregard avanzó otro pasito.

—No te pasa nada.

—Abre el cajón y alcánzame los cigarrillos —dijo Ella.

—Mamá, deja los cigarrillos esos. ¿No acabas de decir que te mueres?

—Sí, así que no pasa nada por algún que otro cigarrillo.

—¿Fumas con el oxígeno puesto? ¿Sabes que puede explotar la residencia? —preguntó Beauregard.

Su madre se encogió de hombros.

—Seguro que le haría un favor a la mayoría de esta gente —dijo.

Beauregard tuvo que reírse. Así era su madre. Jugaba con tus sentimientos un instante y al siguiente te hacía reír. Era igual que si te estampasen en la cara una tarta con un candado dentro. De niño, Ella había combinado aquel ingenio corrosivo con su físico para conseguir casi todo lo que quisiera. Todos los niños creen que sus madres son guapas, pero Beauregard se dio cuenta bien pronto de que había otras personas que también pensaban que su madre era guapa. El pelo largo y negro como el

carbón le caía por la espalda hasta la cintura, igual que una marea negra. La piel del color del café con demasiada leche contaba la historia de sus diversos ancestros. Los iris de un gris claro les daban a los ojos almendrados un toque sobrenatural.

Parecía que a los cajeros siempre les sobraba la calderilla si a Ella le faltaba dinero para hacer la compra. Los polis siempre le daban un mero aviso, incluso si Ella circulaba a la velocidad de la luz por una zona escolar. Parecía que las personas siempre querían hacer lo que Ella Montage les pidiera, incluso si las mandaba a tomar por culo. Todas salvo su padre. Le contó una vez que su padre fue el único hombre que la puso en su sitio.

—Por eso le amaba. También le odiaba —decía entre calada y calada de los omnipresentes cigarrillos More marrón oscuro.

Beauregard se acordaba de cuando se sentaba en el regazo de su madre y esta le contaba una y otra vez cómo conoció a su padre. De niño, nunca le contaron cuentos de hadas. Le contaron epopeyas de *Sturm und Drang* ambientadas en calurosas noches en el campo. Al final se dio cuenta de que, para su madre, era una especie de terapia extraña. Tenía a su propio psicólogo, un prisionero de ocho años.

El cáncer y los consiguientes tratamientos primero se cobraron su pelo. Ahora llevaba un pañuelo negro. Luego le marchitaron la piel. El estoma de la garganta miraba a Beauregard igual que la boca de un parásito desconocido, una lamprea que trataba de salirle del cuello. Solo los ojos grises seguían inmutables, a veces parecían azules de lo claros que eran. Unos ojos listos, que nunca olvidaban nada de lo que veían, ni tampoco dejaban que lo olvidases tú.

—Mamá, ¿por qué no me dijiste lo del seguro?

Ella fijó en él sus ojos fríos.

—Coño, porque no era asunto tuyo.

Ella extendió el brazo delgado, alcanzó la cajonera al lado de la cama y sacó un paquete de cigarrillos Morey un mechero. Encendió uno e inspiró profundamente. Una fina nube de humo le salió del agujero de la garganta y le rodeó la cabeza, igual que un halo sucio. Beauregard se frotó la cara con la mano. Lanzó un largo suspiro.

—Mamá, ese seguro cuenta como un bien y te penaliza en la ayuda a la

dependencia. Vas atrasada con los pagos a la residencia. ¿Me entiendes? Hablan de echarte de aquí —dijo.

—Y la señorita Culo Gordo y tú no me queréis ver ensuciando vuestra lujosa casa móvil, ¿eh? ¿Sabes que nunca viene de visita con los niños? He visto a Ariel más veces que a Darren y a Javon, y eso que a su madre ya no le gustan los negros —dijo Ella.

—No seas injusta con Kia. Los dos estamos ocupadísimos. Lo siento. Mira, mamá, ya sabes que la primera vez que enfermaste te pregunté si querías vivir con nosotros. Dijiste que no, que no querías vivir en mi casa ni con mis reglas. «¿Qué es eso de un hijo que le dice a su madre qué hacer?». ¿Te acuerdas de que lo dijiste? Es que... ahora necesitas muchos cuidados, más de los que te podemos dar.

Estiró el brazo y le tocó la mano libre a su madre. La piel parecía papel crepé. Ella dio otra calada al cigarrillo y se puso la mano en el regazo.

—Lo dijiste, pero no en serio —dijo con voz ronca y grave.

Beauregard se recostó en la silla y miró las placas acústicas del techo. Habían discutido mil veces por lo mismo, durante años. No le hacían falta un mapa ni señales para saber adonde conducían las riñas.

—Si papá estuviera aquí, no me haría falta ir a ninguna residencia. Si no me hubiera abandonado cuando más le necesitaba, no estaría aquí, sentada en mi propio pis. Estaría en mi propia casa y con mi propio marido. A la hora de asumir la responsabilidad, los dos sabemos que Anthony Montage era igual de inútil que un lápiz de color blanco, ¿a que sí? —preguntó Ella.

Beauregard dejó que la pregunta quedase flotando en el aire que los separaba.

—También me abandonó a mí, mamá —dijo.

Su voz de barítono había bajado cuatro octavas. Parecía que las palabras le emanaban del pecho y no de la boca. Si Ella le oyó, no tuvo ganas de reconocerlo.

—No debió abandonarme. Puto negro cabrón. Me prometió que siempre me cuidaría —masculló Ella.

Beauregard vio cómo le empezaban a brillar los ojos. Se puso de pie y dejó la silla en su sitio.

—Me tengo que ir, mamá —dijo.

Ella señaló la puerta con el cigarrillo.

Beauregard salió de la habitación, recorrió el pasillo y se marchó de la residencia. Tendría que preguntar a la señora Talbot cómo conseguía su madre los cigarrillos. No soportaba verla fumar. No le repugnaba, pero no soportaba ver que se hacía daño a sí misma. Le incomodó más que a su madre se le llenaran los ojos de lágrimas. Podía contar con los dedos de una mano cuántas veces había visto llorar a su madre. Era igual de tacaña con las lágrimas que con los cumplidos. Si lloraba, significaba que estaba sufriendo un profundo dolor, espiritual, físico o ambos a la vez. No era fácil querer a Ella Montage, pero ver lo frágil que era en realidad le afectó en rincones suaves y asustados. Fue como si le disparasen en el estómago y luego le hurgaran en la herida con el pulgar.

Para cuando llegó al taller, ya era hora de comer. Kelvin estaba sentado a su escritorio; comía una hamburguesa con queso y tenía la radio a todo volumen. Los altavoces medio rotos entonaban una canción de Stevie Wonder. Kelvin tenía los pies en la mesa y meneaba la cabeza al compás de la música.

—Quita los pies —dijo Beauregard cuando entró en la oficina.

—¡Vaya, vaya! ¡Mira quién viene! Se me ha ocurrido que podía poner los pies en la mesa porque era el único empleado que sí ha trabajado hoy —dijo entre bocado y bocado.

Cuando vio que Beauregard no se reía, quitó los pies de la mesa y dejó la hamburguesa.

—Eh, ¿estás bien? —dijo Kelvin.

—Acabo de hablar con mi madre —dijo Beauregard.

Kelvin contuvo el aliento.

—Jo, tío. ¿La tía Ella sigue igual de encantadora? —preguntó Kelvin.

Beauregard cogió una cerveza del minibar. Aunque había regañado a Boonie por beber temprano, necesitaba una después de tratar con su madre.

—Hay un lío con el seguro y quizá la echen de la residencia, a menos que pueda pagarla —dijo Beauregard. Le empezaba a doler la cabeza.

—Esto... ¿has ido a ver a Boonie?

—Sí. No tiene nada, así que estoy en las mismas. No, peor, porque tengo que pagar la residencia —dijo Beauregard.

Se bebió media cerveza de un trago.

—Es una de las ventajas de tener tu propio negocio. Cerveza para almorzar —dijo Kelvin.

Beauregard se rio entre dientes.

—Veo que la camioneta de Shane está en el elevador. ¿Qué le pasaba?

—La puta junta homocinética. Esperaba que fueran el piñón y la cremallera. No te preocupes, ya la he pedido —dijo Kelvin.

Beauregard se acabó la cerveza.

—Vale, a ver esa puñetera caja de cambios —dijo. Tiró la cerveza a la basura.

—Oye, ha venido un tipo y ha dicho que Ronnie Sessions te está buscando. Creo que era el hermano de Ronnie. Nunca hizo las paces contigo por lo del caballo, ¿no? —preguntó Kelvin.

Beauregard suspiró. Se pasaba los días suspirando.

—No.

El puto Ronnie Sessions. El cerebro de lo que a Bug le gustaba llamar «el golpe del puto caballo».

Ronnie se le había acercado una noche en el Wonderland. Según él, había un pijo de los cojones que criaba caballos en Fairfax e iba a vender un purasangre joven y sano a un famoso entrenador de Kentucky.

Uno de los peones del rancho del criador le compraba OxyContin al primo de Ronnie y se fue de la lengua cuando charlaban durante una transacción. Ronnie acudió con cautela a Beauregard para que le ayudara a robar el caballo y a vendérselo a otro entrenador de Carolina del Sur, que lo iba a usar de semental. Beauregard aceptó el encargo y luego se puso a planear el golpe porque, según Ronnie, él era el cerebro y Beauregard, el experto en los detalles. Fue a Fairfax y estudió la granja del criador, el remolque para caballos, el enganche del remolque, el peso del caballo y todo. Acabó construyendo una réplica exacta del remolque, que hasta incluía la abolladura del tamaño de un puño que había en el lateral derecho. Metió en el remolque el peso equivalente al del caballo en sacos de arena. Cuando los chicos que transportaban el remolque pararon a comer en el mismo restaurante donde siempre iban cuando le llevaban un caballo al criador, Beauregard y Ronnie los estaban esperando. Los tipos aparcaron en

la parte trasera del restaurante y entraron. Beauregard y Ronnie aparcaron al lado; llevaban el falso remolque tapado con una lona. A la tenue luz de las farolas de vapor de sodio del aparcamiento del restaurante, Beauregard y Ronnie dieron el cambiado. Era poco más de medianoche en mitad de la nada, en el valle del Roanoke, cuando se marcharon del aparcamiento y tomaron la autopista, rumbo a Carolina del Sur.

—¡Hostias! ¡Igual que un puto truco de magia! —dijo Ronnie cuando saltaron a la autopista 85.

Por desgracia, Beauregard desconocía lo que solo sabían el criador y el veterinario: que el caballo padecía una enfermedad bastante grave. Una enfermedad para la cual necesitaba tomar cierto medicamento, que llevaba en el bolsillo uno de los chavales que habían dejado atrás en el restaurante. La gallina de los huevos de oro estaba más muerta que Dillinger cuando Ronnie y Beauregard llegaron a Carolina del Sur.

A Beauregard no le había hecho gracia.

—No tengo nada que hablar con Ronnie Sessions —dijo.

Era una frase sencilla, pero Kelvin notó el peso de la siniestra implicación que se aferraba a ella como una sombra.

Para cuando desmontaron la caja de cambios, el calor en el taller había ascendido a niveles del Sáhara. Los dos estaban empapados en sudor, aunque tenían el aire a toda potencia. La caja de cambios se lo había puesto difícil a cada paso. Beauregard se reventó un nudillo de la mano derecha cuando se le resbaló el mango de una llave de tubo. Kelvin se limpió la cara con un trapo rojo. A Beauregard se le metió en la nariz el olor dulce y enfermizo a líquido de transmisión, tanto que notaba que le infectaba el cerebro. Kelvin miró el reloj.

—Joder, son casi las cinco. ¿Lo dejamos por hoy? De todas formas, el convertidor de par está hecho una puta mierda —dijo.

—Sí, pero mañana hay que venir temprano. Quiero quitarme de en medio los dos coches para que nos paguen. Le debo un pastizal a Snap-On y llevo dos semanas de retraso con la factura de la luz —dijo Beauregard.

—Mierda, ¿no te sientes como Jean Valjean? —preguntó Kelvin.

Beauregard entrecerró los ojos y le miró.

—A Cynthia le gusta esa peli. Bueno, me piro. Te veo mañana —dijo

Kelvin.

Beauregard cogió su trapo y empezó a limpiarse las manos. Lo único que consiguió fue mover la mugre y la grasa a otro sitio. Kelvin se detuvo a medio camino de la puerta.

—Eh, Bug. Todo va a salir bien. Ya se te ocurrirá algo, siempre lo consigues —le dijo Kelvin.

—Sí. Hasta mañana —dijo Beauregard.

Cuando Kelvin se marchó, comenzó a cerrar el taller. Apagó todas las luces, menos la de la oficina. Bajó las puertas enrollables. Apagó el compresor de aire y el climatizador del techo. De vuelta a la oficina, se detuvo junto al Duster. Le pasó la mano por el capó. Notó el metal cálido al tacto, como si estuviera vivo. Su padre había dejado el coche en casa de la abuela cuando se marchó al Oeste. Permaneció cinco años en el patio trasero mientras Beauregard estaba en el reformatorio. Cuando salió, la abuela Dora Montage le dio las llaves y la documentación del coche.

—Tu madre se lo quería vender a Bartholomew, como si fuera chatarra. No la dejé. Puede que esté a su nombre, pero el coche te pertenece a ti —le dijo.

Beauregard recordaba lo raro que fue oír el nombre de pila de Boonie. Recorrió la parte delantera del coche y se sentó en el asiento del conductor. Acarició el volante.

Su padre estaba muerto, ahora lo sabía con certeza. Era probable que lo hubieran enterrado en una tumba poco profunda o que lo hubieran despedazado y tirado al río los mismos tipos para los que trabajó de conductor. Para los asesinos solo habría sido otro encargo, no les importaría que tuviera un hijo que adoraba los chistes malos de su padre. Anthony Montage siempre parecía tan vivaz que costaba aceptar que hubiera muerto. Beauregard no dudaba que, de haber seguido vivo, su padre ya habría regresado. La mayoría de los paisanos que querían verle muerto estaban en la cárcel o bajo tierra. Cuando no acudió al funeral de la abuela Dora, Beauregard por fin aceptó que no iba a volver. Kia quería que vendiera el Duster. Quizá sacara, por lo menos, veinticinco mil dólares si adecentaba la pintura. Eso no iba a pasar jamás. Su esposa no entendía que el Duster era la lápida de su padre. Apoyó la cabeza en el volante y permaneció así un

buen rato.

Acabó por bajar del coche, apagar la luz de la oficina y marcharse a casa. Se le había olvidado llamar a Kia. La llamó con el móvil mientras salía del aparcamiento. Sonó un tono y contestó.

—Hola. Perdona que no te haya llamado en el descanso. Hemos cerrado un poco pronto y voy a buscar a los niños —dijo Beauregard.

—No me han dejado doblar el turno. Me han soltado un poco antes de la hora, así que ya he ido a por los niños. Estamos en casa —dijo. Guardó silencio—. Beau, han venido unos tipos. Ya nos estaban esperando cuando llegamos. Dicen que son amigos tuyos. Les he pedido que esperen en el porche.

Beauregard agarró el volante con tanta fuerza que le dolió la mano.

—¿Qué pinta tienen?

Notaba la lengua gruesa y torpe en la boca.

—Son blancos. Hay uno con el pelo largo y castaño. El otro tiene un montón de tatuajes de Elvis por todo el brazo —dijo Kia.

A Beauregard se le nubló la vista un instante. Se agarró con más fuerza aún al volante.

—Vale. Llego dentro de unos diez minutos.

—¿Les digo que ya vienes? Les he dicho que no llegas a casa hasta las siete. Dicen que te esperan.

—No. Ya hablaré con ellos cuando llegue. Dales algo de comer a los niños. No tardo nada.

—Vale. Te quiero.

—Yo también —dijo con la voz rota. Colgó el teléfono y lo dejó en el portavasos.

Beauregard paró en la intersección de la calle Town con la carretera John Byrd. Extendió el brazo y abrió la guantera. No había coches detrás y solo circulaban unos pocos por el otro carril en la señal de *stop*. En la guantera había una Smith y Wesson semiautomática del calibre 45, muda como una piedra. Beauregard rebuscó en la guantera y encontró la munición. Sacó la pistola y la munición y metió las balas en su sitio. Cuando abrió el taller, se sacó un permiso para llevar armas escondidas. Por aquel entonces, mucha gente le pagaba en metálico.

Se acordó de la típica escena de todas las películas de delincuentes, cuando el protagonista ha dejado la «mala vida» y entierra las armas bajo cincuenta kilos de hormigón, solo para tener que desenterrarlas cuando los enemigos llaman a la puerta.

Entendía lo atractivo que les resultaba aquel simbolismo a los cineastas, pero no era realista. Nunca dejabas del todo la mala vida. Siempre mirabas por encima del hombro. Siempre tenías una pistola a mano, no la enterrabas bajo el hormigón del sótano. Tener una pistola cerca era el único modo en que podías fingir relajarte. Él guardaba una pistola en todos los cuartos de la casa. Eran las viejas amigas que siempre se apuntaban a liarla.

Beauregard no sabía por qué Ronnie Sessions había ido a buscarle a casa, pero sus amigas, la señora Smith y la señora Wesson, lo iban a averiguar.

Capítulo 4

Cuando aparcó la camioneta, Beauregard vio que, detrás del Honda de Kia, había un Toyota de un azul descolorido. Se guardó la pistola del 45 en la cintura de los pantalones, cerca de la zona lumbar. Notó el mango de la pistola contra la piel, el diseño de cruces en relieve de la culata. Bajó y fue caminando hasta la casa. Había dos hombres sentados en el porche; ocupaban sendas sillas de jardín hechas de plástico. No reconoció al del pelo largo, supuso que sería el hermano de Ronnie. Los dos se pusieron de pie cuando vieron que Beauregard se acercaba. Ronnie fue el primero en bajar del porche y tenderle la mano.

—¡Coño, Beau! ¿Qué tal estás? ¡Cuánto tiempo! —dijo.

Era casi igual de alto que él, entre uno setenta y uno setenta y cinco. Era delgado pero nervudo, se le marcaban las venas en la piel del antebrazo y del bíceps izquierdos. Los tatuajes eran la manga que le tapaba el brazo derecho, de la mano al hombro. Contaban la historia de Elvis Presley en orden cronológico. En el hombro había imágenes de Elvis con americana de oro y, en el bíceps y el tríceps, una multitud de Elvis de los años sesenta. El antebrazo mostraba al Elvis gordo, con mono blanco de lentejuelas y collar de flores hawaianas. Las imágenes le continuaban hasta el dorso de la mano, donde, a todo color, se veía un Elvis con halo y alas, el ángel Elvis. Ronnie llevaba una camiseta negra sin mangas. Era la única ropa que Beauregard le había visto, daba igual que hicieran cuarenta grados o bajo cero. Se preguntó si tendría siquiera una camisa con mangas.

Le cogió la mano izquierda a Ronnie con la derecha y, al mismo tiempo,

se palpó la espalda y se sacó de la cintura la pistola del 45. Le apretó el cañón contra el estómago.

—¿Qué haces en mi casa? Mis hijos están aquí, y mi mujer. ¿A qué has venido? No hay nada que hablar, así que largo —dijo.

Habló con suavidad para que solo le oyera Ronnie. Su hermano estaba en el segundo escalón del porche y no oía nada.

—Eh, Beau, espera. No te quería faltar al respecto. Hostias, tío —dijo Ronnie.

Abrió los ojos azules de par en par. Tenía la perilla negra más gris de lo que Beauregard recordaba. También se le habían encanecido las sienes, parecía el George Clooney paleta.

—Largo, Ronnie. No quiero que mi familia vea cómo esparzo tus tripas por toda la entrada. ¿Cómo me has encontrado? —preguntó Beauregard.

—Marshall Hanson me dijo dónde vives. Oye, tío, no tenía ni puta idea de que el caballo tenía diabetes o lo que coño fuera —dijo Ronnie.

—Deberías haberlo sabido, Ronnie, ese es el problema. Ahora lárgate.

—Espera un momento, Beau.

—Mis hijos están aquí. Mis hijos, Ronnie. No tienen nada que ver con lo nuestro. No meto a mis hijos en esas mierdas —dijo Beauregard.

—Venga, Beau, escúchame un momento.

Beauregard le clavó el cañón en el estómago y Ronnie se retorció de dolor.

—Me han dado un soplo pa un golpe, Beau. Uno grande, de los que nos solucionan la vida mucho tiempo. Pero muchísimo tiempo, joder.

Beauregard aflojó un pelín la pistola. El sudor se le metía en los ojos. Casi anohecía y el calor seguía apretando igual. Parecía que estuviera en un horno. Beauregard miró por encima del hombro de Ronnie y vio que Kia echaba un vistazo por la ventana delantera, por la ventana de su casa. Se acordó del día que les trajeron la casa móvil. Kia y él se cogieron de la mano y observaron cómo los operarios colocaban la caravana sobre los bloques de hormigón.

Beauregard le quitó la pistola del estómago y puso el seguro con el pulgar. Le soltó la mano.

—¿Qué clase de golpe? —dijo Beauregard.

Las palabras le supieron agrias. El hecho de que se dignara a prestar atención durante un instante a aquel payaso le dejó claro que estaba entre la espada y la pared.

—¿Guardas la pistola y lo hablamos? —preguntó Ronnie—. Te va a gustar lo que te voy a contar.

Beauregard se tranquilizó un poco más.

—Vamos, al menos escúchame. Te necesito, tío. Necesito a Bug.

Beauregard se guardó la pistola en el elástico de los pantalones. Volvió a mirar por encima del hombro de Ronnie. Kia ya se había ido.

—Quedamos en el taller dentro de media hora.

—Vale, vale. Así me gusta, tío. No te arrepentirás —dijo Ronnie.

Llamó con un gesto a su hermano, que fue corriendo al coche y subió de un salto. Ronnie se metió en el asiento del copiloto. Beauregard fue a la ventanilla y se puso en cuclillas.

—Perdí tres mil ochocientos dólares. Por acondicionar el remolque y por mi tiempo. Más te vale que lo que tengas me los compense. Ronnie, no vuelvas nunca a mi casa. La próxima vez, te disparo. Sin mediar palabra, te meto una bala en las tripas —dijo Beauregard. Se puso de pie.

—Te capto, colega. Lo siento, pero... estoy que no cago con esto. Vas a cobrar tu dinero y mucho más. Ya sé que te lo debo, tío.

Beauregard no dijo nada, así que Ronnie le dio un puñetazo en el hombro a su hermano.

—Vámonos, Reggie.

El Toyota salió marcha atrás del patio y se fue por el camino de tierra como alma que lleva el diablo.

Kia iba y venía sin parar. Beauregard cruzó el salón y se sentó a la mesa de la cocina. Kia acudió y se sentó enfrente.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Estos tipos tienen trabajo para mí.

—¿Qué clase de trabajo?

Beauregard le cogió la mano y la rodeó con los dedos.

—Hoy me han llamado de la residencia. Dicen que mi madre les debe

cuarenta y ocho mil dólares. Ha habido problemas con la ayuda a la dependencia. Entre esto y todo lo demás, creo que he de escucharlos.

—No. ¡No! ¿Y por qué coño les debe tanto tu madre? Bug, no quiero ser mala, pero es responsabilidad de tu madre. Ya tenemos nuestros propios problemas —dijo Kia.

—Por eso voy a escucharlos.

Kia apartó la mano.

—No, no te voy a dejar. No puedo. ¿Sabes qué se siente al estar en la cama esperando a que me llamen y me digan que vaya a identificar tu cadáver porque te han matado en uno de tus golpes? Vale, el dinero no está mal, pero no soporto que me vengas con una bala en el hombro y la cabeza llena de cristales rotos, ni que acudas a Boonie cuando deberías ir al hospital.

Beauregard alargó el brazo para acariciarle la mejilla. Kia se estremeció, pero no se apartó.

—No nos queda otra. Vivimos a duras penas. Si es legal, quizá nos dé un respiro.

Kia inspiró, contuvo la respiración y espiró con calma.

—Vende el Duster. Vale veinticinco mil dólares, por lo menos. Bien sabe Dios el dineral que has invertido en él.

—Ya sabes que no es una opción —dijo con voz grave y oscura.

—¿Por qué? ¿Porque era de tu padre? No quiero que acabes igual que él. Te aferras al coche ese como si él fuera un santo. Todo el mundo sabe que era un soplón —dijo Kia.

Beauregard dejó de acariciarle la mejilla.

—Lo siento, Bug. No quería...

Beauregard dio un puñetazo en la mesa. Dos tarros de mermelada que estaban en el borde se cayeron y se rompieron.

—¡El Duster no se vende, hostias! —dijo.

Se levantó y salió por la puerta delantera, hecho una furia. Toda la casa tembló cuando dio un portazo.

Ronnie y Reggie esperaban delante del taller cuando llegó. Beauregard bajó

de la camioneta y no les dirigió la palabra. Fue a la puerta, la abrió y entró. Tardaron un rato en captar la indirecta y le siguieron. Cuando entraron en la oficina, estaba sentado a su escritorio. Ronnie tomó asiento y Reggie se apoyó en el marco de la puerta.

—Cuéntame —dijo Beauregard.

—Joder, directo al grano, ¿eh? Vale. Hay una pibita con la que me enrollo. Vive en el condado de Cutter, cerca de Newport News. Trabaja en una joyería. La jefa es una bollera marimacho, seguro que tiene un pollón postizo más grande que la tuya y la mía juntas. Bueno, pues intenta quitarle las bragas a Jenny. Se llama así, Jenny. Una noche, hace un par de semanas, la chupaños invitó a Jenny a tomar algo y soltó que les iban a mandar un cargamento de diamantes. Diamantes que no aparecen en ningún manifiesto. Jenny dijo que le habló de darle uno de los diamantes a ella, ya sabes, porque le mola y tal. Ahora es cuando me preguntas de cuánto hablamos —dijo Ronnie.

Beauregard se sacó la pistola de la cintura y la puso en el escritorio, entre ellos dos.

—¿De cuánto hablamos, Ronnie? —dijo con un tono más plano que una tortita.

Ronnie hizo caso omiso del aparente desinterés. Sabía que las siguientes palabras que escupiera lo cambiarían todo.

—Valen quinientos mil dólares. Conozco a un tío de Washington D. C. que nos paga la mitad si se los damos. Son doscientos cincuenta mil dólares pa repartir entre tres. Ochenta mil pavos, Beau. Te dan pa comprar mucho aceite de motor.

—Son 83.333,33 dólares. Mi parte son 87.133,33. Me lo debes, ¿te acuerdas? —dijo Beauregard.

Ronnie resopló.

—Ya, claro.

Beauregard se inclinó sobre la mesa y apoyó los codos.

—¿Cuánta gente lo sabe, aparte de Jenny, de tu hermano ahí detrás, del perista y de ti y de mí? —preguntó.

Ronnie frunció el ceño.

—Pues Quan.

—¿Quién es Quan?

—El tercer tío. Le conocí al norte del estado. Nos viene de lujo.

—¿Cuándo quieres dar el golpe? —preguntó Beauregard.

—La semana que viene —dijo Ronnie, sin dudarlo.

Beauregard se levantó, cogió una cerveza del minibar y volvió a sentarse. Le quitó la chapa con el canto del escritorio.

—Imposible. La semana que viene es el Cuatro de Julio. Va a haber un tráfico de cojones en las carreteras. Además, dan buen tiempo, de unos treinta grados.

—Habrá mucha pasma con ese tiempo. —Dio un buen trago y se bebió media botella—. Además, hay que reconocer el terreno. Planear rutas, estudiar la distribución de la tienda y cosas así.

—¿Y cuánto le echas tú? —preguntó Ronnie.

Beauregard no le había ofrecido una cerveza y se moría de ganas de probar una.

—Por lo menos un mes, depende de la ruta —dijo Beauregard. Se acabó la cerveza.

—¿Un mes? No me vale. Lo necesito pa ayer, tío.

Beauregard tiró la cerveza a la papelera del rincón.

—Mira, por eso murió el puto caballo. Siempre andas con prisas.

Ronnie no contestó. Se frotó los muslos con las palmas de las manos. Se presionó los cuádriceps fibrosos con la zona del carpo.

—Jo, tío, ¿y si tiramos por el medio y decimos que dos semanas? —propuso.

—No he dicho que me apunte, solo lo que tienes que hacer —dijo Beauregard.

Ronnie se reclinó en la silla hasta que las patas delanteras se despegaron del suelo.

—Bug, mi contacto de Washington llega el veintiséis y se pira el treinta y uno. Como mucho, nos quedan tres semanas pa prepararnos, y ya vamos justos. Hay que ir rápido y sin sustos. Te lo he dicho, nos van a pagar una pasta gansa, na de la calderilla que sacas con un atraco. Un pastizal, pero hay que darse brillo. Te necesito, tío. No solo porque te debo una, sino porque eres el mejor. No he visto a nadie al volante como tú —dijo Ronnie.

—No soy una pilingui del parque de caravanas a la que intentas quitarle las bragas, Ronnie. Te escucho. Tienes suerte de que te preste atención.

—Vale, Bug. Te entiendo. Trato de echarle una mano. Parece que necesitas ayuda —dijo Ronnie.

—¿A qué te refieres? —preguntó Beauregard.

Le fulminó con la mirada y a Ronnie se le subieron las pelotas a las orejas.

—A na. No es na. He visto que solo hay dos coches en los elevadores, na más —dijo Ronnie.

Beauregard le estudió el rostro. A Ronnie le aparecieron manchas rojas en las mejillas que le subían desde el cuello. Tragó saliva y le tembló la nuez.

—Me lo voy a pensar —dijo Beauregard.

—Pues vale. Te voy a dar el número del móvil de mi hermano. Llámame cuando te decidas —dijo Ronnie.

—Cómprate uno de prepago y llama al taller mañana a mediodía —dijo Beauregard.

Ronnie asintió con la cabeza como si estuviera en un auditorio. Se levantó.

—No te creas que no entiendo lo que tienes aquí montado, tío. Es legal y no pasa na. Creí que te podía echar una mano, na más —dijo Ronnie. Beauregard no le respondió—. Bueno, hablamos mañana, tío.

Pasó rozando a Reggie y se encaminó hacia la puerta.

—Vamos, Reggie —dijo.

Reggie saltó como si le hubiera hablado un demonio.

—Ah, sí —dijo. Salió de la oficina y corrió detrás de su hermano.

Beauregard esperó hasta que oyó cómo arrancaban el coche, luego se levantó y apagó las luces por segunda vez aquel día. Cerró, subió a la camioneta y se marchó, rumbo a casa. Pasaba por el supermercado de la calle Long cuando vio un Ford Mustang rosa al lado de los surtidores de gasolina. Dio un pisotón al freno con el pie izquierdo y pisó el acelerador con el derecho. Dio un volantazo a la derecha y toda la camioneta giró ciento ochenta grados. Entró de lado en el aparcamiento. Continuó avanzando hasta situarse detrás del Mustang. Salió de la camioneta y fue

caminando hasta el lado del conductor.

No estaba en el coche, lo que no quitaba que sí hubiera un pasajero. Había un joven negro en el asiento del copiloto. Llevaba trenzas encrespadas y de punta por toda la cabeza, como si hubiera metido los dedos en el enchufe. Tenía una lágrima dibujada cerca del ojo izquierdo. Beauregard pensó que el trazo era demasiado limpio para ser obra del arte carcelario. El chico lucía los rasgos pequeños y delgados que les encantaban a las adolescentes y que las adultas no querían ver ni en pintura.

—¿Qué quieres, viejo? —le preguntó el chico cuando reparó en Beauregard.

—¿Dónde está Ariel? —preguntó Beauregard a su vez.

—¿Por qué andas buscando a mi chica, negrata? —le preguntó el chico.

—Porque soy su padre —dijo Beauregard.

Al principio, el chico no pareció comprender las palabras. Cuando las procesó, la expresión se le tornó en una amplia sonrisa de dientes de platino.

—Mierda, tío. Pensé que eras un viejo que trataba de meterse con mi chica. Lo siento, tío. Mi buenorra está en la tienda —dijo el chico.

Beauregard pensó que hablaba con demasiada soltura de lo buena que estaba Ariel.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Lil Rip.

—No, que cómo te llamas de verdad. ¿Cómo te llama tu madre cuando se enfada contigo? —le preguntó Beauregard.

Al chico se le desdibujó la sonrisa.

—William —dijo Lil Rip.

—William. Encantado de conocerte, soy Beauregard. Pórtate bien con mi hija, ¿eh?

Se agachó y le tendió la mano por la ventanilla abierta. Lil Rip la miró un instante antes de darle la suya. Beauregard se la estrechó y apretó todo lo que pudo. Los años de usar alicates, quitar correas de distribución y desmontar pinzas de freno ayudaron a que apretara bien fuerte. Lil Rip se retorció de dolor. Abrió un poco los labios y se le cayeron de la boca un par de gotas de saliva.

—Como no te portes bien, como mi hija me diga que le das problemas, tú y yo sí que vamos a tener problemas. Y no te apetece... ¿a que no, William? —preguntó Beauregard.

Le asió la mano a Lil Rip con aún más fuerza antes de soltársela. Luego se irguió y entró en la tienda sin esperar a que respondiera. Lil Rip abrió y cerró la mano.

—Puto loco —dijo cuando Beauregard ya casi no le oía.

Ariel estaba delante del frigorífico de los refrescos. Lucía unos vaqueros cortos y rotos y una camiseta negra de tirantes que Beauregard pensó que le quedaba, por lo menos, una talla demasiado pequeña. La mata de rizos de castaño oscuro se le amontonaba en la cabeza; la llevaba en un moño suelto. Los genes de chocolate negro de Beauregard y el ADN francés y holandés de su madre le habían dado una tez de *toffee* claro. Los ojos grises y claros fueron un regalo de la abuela.

—Hola —le dijo.

Ariel se volvió, le echó un vistazo y volvió a fijarse en el expositor de refrescos.

—Hola —dijo.

—¿Qué tal va el Mustang? —le preguntó.

—Sigo conduciéndolo, así que supongo que va —dijo. Cogió un zumo de fruta del frigorífico.

—Me he encontrado con tu amigo, Lil Rip. El del tatuaje de la lágrima —dijo Beauregard.

—No es un tatuaje. Se lo he dibujado yo con el lápiz de ojos.

Se quitó de la cara un mechón de pelo suelto y luego se mordió el labio inferior y suspiró. Era la forma que tenía de decir que estaba enfadada. Beauregard había observado el mismo gesto cuando Ariel iba en la sillita del coche y él no le dejaba comer más golosinas.

—¿Qué pasa?

Ariel se encogió de hombros.

—Nada. Me preparo para la graduación. Me gradúo con los otros cinco tontos que no lo consiguieron a la vez que toda la clase.

—No eres tonta. Tenías mucho jaleo —le dijo.

—Sí, como que a mamá la multaran por conducir ebria por tercera vez y

me destrozara el coche. Claro que no es excusa, según ella y la abuela —dijo Ariel. Agitó la botella de zumo con la mano izquierda, sin ganas.

—No te preocupes por ellas. Concéntrate en la universidad y en sacarte la carrera de contabilidad —dijo Beauregard.

Ariel se mordió el labio inferior y suspiró.

—¿Qué? —preguntó Beauregard.

—Como no cumplo los dieciocho hasta enero, mamá me tiene que firmar el préstamo para la universidad. Dice que no quiere firmar nada por el estilo. Dice que vaya a clase al centro de estudios J. Sargeant Reynolds y que trabaje hasta enero.

—Te lo puedo firmar yo.

—No creo que le haga gracia a Kia, ¿no? —preguntó Ariel. Se llevó una mano a la cadera y siguió agitando la botella de zumo—. No pasa nada. Buscaré trabajo en el hospital, en Walmart o donde sea. Ya iré a clase en primavera.

Sus gestos dieron a entender que se había resignado al hecho de posponer la universidad.

Mas no sonaba muy convencida. En realidad, sonaba cabreada. Beauregard creyó que estaba a punto de explotar y pagarlo con él. Notó que la conversación estaba a punto de dar pie a la típica discusión. Empezaría a gritarle y a preguntarle por qué no había hecho más por ella. Le soltaría que por qué no se había ocupado de ella y no la había criado en casa. Él respondería que cuando dejó embarazada a su madre solo tenía diecisiete años y acababa de salir del reformatorio. Se preparó para aguantar lo que a Ariel le saliera de la boca. Se lo merecía y Ariel se merecía unos padres mejores. Se merecía un padre que no anduviera con el agua al cuello. Se merecía una madre que no engullera OxyContin como si fueran caramelos Tic Tac y no bebiera vodka para tragárselos. No se merecía una abuela que le echara un vistazo a su piel dorada, pusiera Fox News a todo trapo y fingiera que su nieta no era medio negra.

Ariel no le gritó y no le pidió nada. Se limitó a encogerse de hombros.

—Así es la vida, supongo. Tengo que llevar a Rip al trabajo —dijo.

Beauregard se hizo a un lado. Quería pedirle un abrazo, rodearla con los brazos y decirle que sentía no haber sido más fuerte. Pedirle perdón por no

haberla sacado del nido de víboras que era aquella casa. Quería contarle que, cada vez que daba un golpe, le pasaba a su madre la mitad de las ganancias. Decirle que luchaba por ella. De hecho, se peleó por ella con su abuelo, sus tíos y su madre; por eso cojeaba el tío Chad. Quería abrazarla y susurrarle al oído que la abuela pidió una orden de alejamiento para apartarle de ella, que ni siquiera aceptaba la pensión de manutención que les pasaba. Quería contarle que, cuando se casó, solicitó la custodia, pero el juez le echó un mero vistazo y desestimó el caso. Quería abrazarla con fuerza y decirle que la quería lo mismo que a Darren y a Javon. Quería contarle todo aquello, llevaba mucho tiempo queriendo decírselo, pero no dijo nada. Las explicaciones eran como los ojetes. Todos tenemos uno y son todo mierda.

—Vale. Avísame si el Mustang te da problemas —dijo Beauregard.

Ariel asintió con la cabeza y dijo:

—Hasta luego.

Vio cómo iba al mostrador, pagaba el zumo y la gasolina y salía de la tienda. Mientras cruzaba el aparcamiento, le pareció estar viendo una película a cámara lenta y al revés. Ariel tenía dieciséis años, luego doce y cinco. Para cuando llegó al coche, Beauregard la veía en sus brazos, recién nacida. Tenía los puñitos cerrados, como si estuviera lista para el combate. Un combate que estaba destinada a perder, porque estaba amañado y los puntos no contaban.

Por el gran escaparate vio cómo subía al Mustang y salía zumbando del aparcamiento, quemando rueda. Igualita que el abuelo; de tal palo, tal astilla.

Más tarde, se iba a decir a sí mismo que lo había consultado con la almohada, que había sopesado los pros y los contras y, al final, había decidido que los beneficios compensaban los riesgos. Era cierto. Sin embargo, sabía de corazón que, cuando Ariel le habló de no ir a la universidad, fue el momento en que decidió aceptar la oferta de Ronnie Sessions y robar la joyería.

Capítulo 5

Ronnie rodó, se tumbó de espaldas y clavó la vista en el techo. El aire acondicionado que había en la ventana de la caravana de Reggie era flojo de narices. Movía el aire, pero no lo enfriaba. Le corría por la frente un hilo de sudor. No había dormido nada. Reggie y él se habían marchado del taller de Beauregard y habían ido al Wonderland a buscar un poco de Percocet.

A Reggie le quedaban cien dólares de la pensión por discapacidad. A Ronnie no le quedaba nada de los dos mil dólares que sacó de llevarle anguilas robadas a Chuly Pettigrew a Filadelfia. Las anguilas eran un lujo en los restaurantes pijos de todo Nueva York y Chicago. Los hombres de Chuly le robaron un cargamento de anguilas a un pescador de Carolina del Sur que ahora dormía con los peces. No valían mucho en Carolina del Sur, unos ciento cuarenta dólares el kilo. Pero si las llevabas a Filadelfia o a Nueva York, algún chef famoso y presumido se correría en sus pantalones de lino a causa del *sushi* de anguila. El tipo de Filadelfia les pagó el kilo a dos mil dólares. Transportaron más de sesenta kilos de anguilas en el maletero del coche en que Mitchell el Mofeta y él viajaron a Filadelfia.

Cobraron ciento veinticinco mil dólares por unos viscosos gusanos de mar. El Mofeta era uno de los hombres de confianza de Chuly. Ronnie había cumplido condena con otro de los tipos de confianza de Chuly, Winston Chambers, que le habló bien de él y dijo que era un pueblerino sureño que sabía disparar y cerrar el pico. Fue todo bien y, menos de una semana después de salir de la cárcel, Ronnie ya tenía un puñado de dinero. Se lo fundió de inmediato, igual que las torres del World Trade Center. No fue

ninguna sorpresa ni un problema. Sin embargo, sí fue bastante preocupante cómo se lo fundió. Ronnie cambió de sitio los pies y se sentó. Cogió la camiseta del respaldo del sofá en el que había dormido y se la puso. Reggie estaba en su habitación con la chica del Wonderland que se llevaron a casa. Era grandota, pero a Ronnie no le importaba. Se esforzó en satisfacerlos a los dos, pero a Reggie no se le levantaba y Ronnie desenfundó enseguida. A la chica no pareció importarle y, cuando Ronnie se la quitó de encima, se acurrucó junto a Reggie.

Ronnie se levantó, fue a la minicocina y sacó una cerveza del frigorífico. Al volver de Filadelfia, fue a Carolina del Norte y celebró el trabajo bien hecho en el club de estriptis que Chuly tenía justo a las afueras de Fayetteville. Era un club de estriptis con timbas de póquer y dados en la trastienda. En resumen, se pulió doscientos dólares en priva, despilfarró otros cien en billetes de un dólar y apostó y perdió el resto. Después cometió una estupidez tan grande que pensó que deberían pagarle a él la pensión por discapacidad: le pidió dinero prestado a uno de los hombres de Chuly que había en el club. Le dejaron jugar y jugar, hasta que el Mofeta le dijo al tío que no le prestase más pasta. Para entonces, Ronnie ya debía quince mil dólares.

El Mofeta llamó a Chuly, y este le dijo que Ronnie tenía treinta días para devolverles el dinero.

—Te da treinta días porque le caes bien —le dijo el Mofeta con una voz grave que le ponía de los nervios; sonaba como si estuviera haciendo gárgaras con ácido de batería.

—¿Y si no lo pago en treinta días? ¿Me vas a matar? —le preguntó Ronnie cuando le sacaron del club de estriptis.

—No, al principio no. Primero iré a por ti y te llevaré a la granja. Te cortaré un par de dedos del pie y te obligaré a mirar cómo se los doy de comer a los cerdos —dijo. Dio un golpecito en el techo del coche y le indicó a Reggie que se marcharan.

—Joder, Ronnie, ¿qué vas a hacer? Ha dicho que va a cortarte los putos dedos de los pies. Creo que ese hijoputa va en serio. Tiene ojos de loco —dijo Reggie cuando salieron escopetados del aparcamiento y tomaron la carretera.

—¡Cállate, Reggie! —dijo Ronnie. Empezaba a marearse y no era a causa de todo el alcohol que había ingerido.

Ronnie bebió un sorbo de cerveza. El sol se filtraba por la pequeña ventana de encima del fregadero. Los rayos de luz encontraban todas las grietas y fisuras de la caravana y las resaltaban. Ronnie se sacó un arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo trasero. Encendió la cocina y prendió el cigarrillo con la llama azul del fogón delantero. La noche anterior había ido al Wonderland en busca de otro conductor. La había cagado con Beauregard, era obvio. De lo mismo le hubiera servido ir al gallinero a contarles los dientes a los pollos. No había un solo conductor decente entre todos los parroquianos tragapastillas y los yonquis bebedores de *whisky* de contrabando del Wonderland. Al menos ninguno al que le confiara la vida. No tenían ni una pizca del talento de Beauregard. Oyó un ruido que provenía de la habitación de Reggie. A lo mejor lo conseguían sin Beauregard. Reggie, Quan y él. Se lo quitó de la cabeza. Quería a su hermano, pero el poco cerebro que el Señor le había dado se le estaba atrofiando a causa de las pastillas y del caballo ocasional. En la práctica, Reggie sabía cómo funcionaba un coche, pero no sabía conducir.

Reggie salió dando tumbos de la habitación. Se tropezó, se incorporó y fue al frigorífico.

—Tengo que llevar a Ann al Wonderland. ¿Te vienes? —le preguntó. Abrió el frigorífico, sacó una botella de zumo de naranja y desenroscó el tapón.

—No te lo bebas, está rancio. Lo huelo desde aquí —dijo Ronnie. Le dio una calada al cigarrillo.

—Mejor me lo termino, que no cobro la pensión hasta la semana que viene —dijo Reggie.

Ronnie bebió otro trago de cerveza. Cuando te crías en la pobreza, te acostumbras a esperar. Esperas a que te llegue por correo el cheque del subsidio. Haces cola y esperas a que repartan la limosna de la iglesia. Esperas a que los feligreses te observen con lástima y desprecio en el rostro. Esperas a que a tu hermano se le queden pequeñas las deportivas de marca blanca para que las heredes y te toque pegar con pegamento los pedazos que se les caen. Esperas, esperas y esperas. Esperas a morirte para por fin saldar

las deudas. Estaba hasta los mismísimos de esperar.

—¿Vienes o qué? —preguntó Reggie.

—No, voy a buscar a alguien que me ayude —dijo Ronnie.

—¿Vas a llamar a Bug? —preguntó Reggie—. Dijo que le llamas.

—No creo que acepte. Da igual, tampoco he comprado el móvil de prepago —dijo Ronnie.

—Yo sí. Lo compré anoche en el 7-Eleven, al salir del Wonderland.

Dio un trago de zumo de naranja. Ronnie apagó el cigarrillo en la cocina.

—¿Cuándo? —preguntó.

Ni se acordaba de haber ido a la tienda anoche. Quizás era él quien debía cortar con el *whisky* casero.

—Ya te lo he dicho, al salir del Wonderland. Ann quería comer algo y fuimos —dijo Reggie.

—¡Vaya! ¡Menuda puta sorpresa! —dijo Ronnie.

Reggie hizo una mueca.

—Te va a oír —dijo con voz queda.

—¿Y qué? ¿Se me va a sentar encima? —preguntó Ronnie.

—¿Por qué eres tan cabrón, Ronnie? —preguntó Reggie.

Ronnie se acabó la cerveza. Notó que le intentaba subir el vómito por la garganta, pero lo contuvo a base de fuerza de voluntad.

«Menuda mierda de remedio para la resaca», pensó.

—¿Y el móvil?

Reggie señaló la puerta con el pulgar.

—En el coche. Tienes que enchufar el cargador —dijo.

—Huy, gracias. No tenía ni idea de que hay que enchufar y cargar un móvil nuevo. Solo he pasado cinco años en chirona. No soy el puto Buck Rogers. Espérame aquí un momento con la Gran Bertha —dijo Ronnie. Salió por la puerta y bajó los escalones desvencijados.

—¿Quién? —preguntó Reggie mientras Ronnie se iba.

Ronnie conectó el móvil al cargador, llamó al número de información y le dieron el teléfono de Motores Montage. Arrancó el coche y encendió el aire

acondicionado. Enfriaba mucho más que el de la dichosa casa.

—Motores Montage —dijo una voz.

—Hola. ¿Beau? Soy Ronnie.

—Dime.

—Sí, eh... el asunto ese. Te parece bien o no... —tartamudeó Ronnie, sin saber cuánto debía contar por teléfono.

—¿Dices el coche que quieres que revise? Claro, me parece bien —dijo Beauregard.

Ronnie se había encorvado hacia la derecha. Se reincorporó tan rápido que dio con la cabeza en el techo.

—Sí. Sí, eso era. Vale, ¿cuándo quieres quedar para hablarlo? —preguntó Ronnie.

Notaba la piel como si se hubiera sentado demasiado cerca de una estufa de leña. Iban a dar el golpe. Beau se apuntaba. No le iban a cortar ningún dedo de los pies.

—Me paso luego a echarle un vistazo. ¿Dónde tienes el coche? —le preguntó Beauregard.

Ronnie no dijo nada, se perdió.

—Eh... Lo... Eh... Lo tengo en casa de mi hermano. En Fox Hill —dijo al fin.

—Vale. No termino aquí hasta las siete. Te veo luego. Si te llamo y no consigo hablar contigo, espérame. Ya sé que no te funciona bien el móvil. Ojalá no tengas que tirarlo —dijo Beauregard.

Ronnie pilló la indirecta, tenía que deshacerse del móvil.

—Vale, vale, vale. Te veo luego —dijo.

Se cortó la llamada. Ronnie salió del coche, arrojó el móvil al suelo y lo aplastó con las botas negras de motero. Recogió los pedazos, los llevó a la caravana y los tiró a la basura. Se oían gruñidos y gemidos apagados en la habitación de Reggie. Ronnie se dejó caer en el sofá y cogió el móvil de su hermano de la mesa de centro. Llamó a Quan.

—¿Qué pasa? —dijo Quan.

—El tipo del que te hablé también se apunta. No nos queda na. Ven a casa de mi hermano sobre las siete y media —le pidió.

—Tío, no quiero ir al poblacho ese de los paletos y los mosquitos

gigantes. ¿Por qué no venís a Richmond? —le preguntó Quan.

—Porque el que lo planea soy yo. ¿Te apuntas o no? Si no quieres ochenta mil dólares, me busco a otra persona —dijo Ronnie.

—Para el carro, blanquito. Allí estaré. Joder, allí los putos mosquitos van en camioneta —dijo.

—No pasa na, ponte una bandera confederada en la luneta trasera y te irá bien —dijo Ronnie.

—Que te den, Ronnie —dijo. Se cortó la llamada.

Marcó de memoria el número de Jenny.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —contestó Jenny con aquella voz ronca y melosa que le volvía loco.

—Hola. Luz verde. ¿Vienes esta noche a celebrarlo? —le preguntó. Solo oía el tono del teléfono.

—¿A celebrar qué? ¿Que estamos planeando un atraco? No sé, a lo mejor hay que cancelarlo todo —dijo Jenny.

Se la imaginó tumbada en el futón del estudio de Taylor's Corner; el pelo rojo le rodeaba la cabeza como una guirnalda de fuego.

—Vamos, churri. Ya lo hemos hablado. No va a haber heridos y tampoco van a pillar a nadie. Lo he planeado to. No te rajes ahora. Te necesito. Sin ti no sirve de na, cari —arrulló.

Conocía a Jenny desde el instituto y llevaban décadas con una relación intermitente. Cada vez que Jenny salía adelante, cortaban. Cuando ella perdía el norte, volvían y se lo pasaban bien un par de semanas. Era más tiempo que para algunas parejas supuestamente monógamas.

—Solo llevo un par de meses trabajando allí, Ronnie. ¿No crees que va a ser un canteo si roban en la joyería?

—No, si no pierdes los nervios. Te guardas tu parte unos meses y luego te largas. Podemos ir al Sur, a Florida. Quizás a las Bahamas. Si hay tanto como dices, nos vamos a pasar el resto de la vida tirándonos pedos en ropa interior de seda —dijo Ronnie.

No iba a consentir que se rajara a esas alturas. Se le estaba acabando el plazo de treinta días, el tipo de Washington que les iba a comprar los diamantes los esperaba y había convencido a Beauregard. Si hacía falta, le iba a hablar con dulzura hasta que le diera diabetes de tipo dos, pero no iba

a consentir que se rajara.

Más silencio.

—Es a lo que me dedico, Jenny, ya lo sabes. Llevo así desde que me salió pelo en los huevos. Es a lo que me dedico y solo me trincaron una vez por culpa de un puto soplón —dijo.

En parte, era cierto. Le cayeron cinco años por robo por haber birlado la cúpula chapada en oro de una casa de veraneo de Stingray Point, pero no le detuvieron por culpa de un soplón. Le detuvieron porque Reggie no había arreglado las luces traseras de la vieja camioneta. Cuando los paró la policía, le trincaron a él. Reggie no estaba para ir a la cárcel. No soportaba los espacios cerrados. Le entraba el pánico en los ascensores y se cagaba de miedo en las puertas giratorias. Si le gritabas, se apagaba igual que un robot al que le quitaran las pilas, así que Ronnie cargó con el muerto. Aprendió dos cosas en aquellos tres años. Una: la comida de la prisión sabe a cartón mojado y meado. Dos: no iba a volver jamás.

—Esta noche no puedo ir. Hoy trabajo de mediodía a cierre y mañana abro yo —dijo Jenny.

Ronnie sonrió. Jenny no se había rajado; notó cómo se dejaba persuadir.

—Vale. Bueno, esto se va a poner movidito.

—Te llamo cuando salga. A lo mejor puedes venir tú —dijo Jenny.

Ronnie se imaginó que ella estaba pensando en playas de arena blanca y margaritas del tamaño de un *jacuzzi*.

—Claro.

—Vale. Me tengo que duchar.

—Gracias por la bonita imagen mental. Me la guardo pa luego.

—¡Qué pillín! —dijo. Ronnie la oyó sonreír.

—Hablamos luego, churri.

Colgaron y Ronnie se tumbó. Dejó que las botas le colgaran por el brazo del sofá. Ahora sí, estaba a punto de dar el gran golpe, aquel con el que tenía sueños húmedos. No se trataba de un caballo enfermizo y tonto de cojones ni de una baratija para el tejado. Era el golpe que le permitiría mandar a tomar por culo a unas cuantas personas. Le había dicho a Beauregard que había diamantes por valor de quinientos mil dólares.

Tampoco era del todo cierto. Cuando estaban en la cama después de

echar un polvo, Jenny le contó que valían el triple. Incluso después de la comisión del perista, de pagar la parte de Beauregard más los putos tres mil ochocientos dólares y de saldar la deuda con Chuly, aún tendría para limpiarse el culo con billetes de diez dólares. Si todo salía bien, de ahora en adelante la gente le esperaría a él. De haber sido igual de supersticioso que su madre, le habría preocupado que todo estuviera yendo sobre ruedas sin dificultad. Una semana se endeudaba hasta las cejas y a la siguiente ya se habría agenciado el botín de la joyería. Normalmente, las cosas no eran así para la familia Sessions. Tampoco le iba a quitar el sueño. No era supersticioso ni religioso. Su madre se había pasado la vida viendo a los telepredicadores los domingos por la mañana y echándose sal por encima del hombro, la suficiente para condimentar un cerdo adulto. Aun así, murió sola y sin blanca en el suelo del baño de un bingo de Richmond. Él no iba a palmarla así. Ya no. Empezó a tararear «Money Honey». Era una de las canciones menos conocidas del Rey y una de las favoritas de Ronnie, porque todo el mundo sabe que, al final, todo es cuestión de dinero, cariño.

Capítulo 6

Beauregard bajó la puerta de la primera zona de reparación y la cerró, mientras Kelvin apagaba los compresores de aire y las luces del techo. Por fin había anochecido en el condado de Red Hill, pero el calor seguía apretando. Unas cuantas luciérnagas hacían acrobacias aéreas cerca de las luces con sensores de movimiento, aunque no tenían el tamaño suficiente para activarlos. Beauregard se detuvo y las observó un instante, antes de cerrar las otras dos puertas. Le recordaban a los veranos de antaño, cuando se sentaba en el porche de sus abuelos y jugaba a las damas con el anciano. Era un erudito de las damas. El día que Beau por fin le ganó fue cuando se dio cuenta de que su abuelo se marchitaba.

—¿Te hace ir al bar de Danny a jugar al billar? Tengo que matar el rato hasta que Sandra salga de currar —le propuso Kelvin.

Beauregard se limpió la cara con el trapo menos sucio que llevaba en el bolsillo.

—¿Quién es Sandra? Creía que salías con Cynthia y la otra —dijo Beauregard.

Kelvin sonrió.

—Conocí a Sandra por Snapchat. Es de Richmond. Voy a buscarla cuando salga de currar en la plantación de tabaco —dijo Kelvin.

—No, ando liado.

Kelvin enarcó las cejas.

—¿No será con el tema de Ronnie Sessions? —preguntó.

—Algo así.

—¿Te acompaño?

Beauregard negó con la cabeza.

—No. Solo me van a dar los detalles. Igual no es nada.

Kelvin se encogió de hombros.

—Pues vale. Ya me dirás. Me voy al bar de Danny hasta las diez, por si acabáis antes. Igual me apunto si merece la pena —dijo Kelvin.

—Ya te diré.

Kelvin se acercó a Beauregard y le tendió la mano. Beauregard se la chocó cuando Kelvin pasó a su lado, en dirección a la puerta. Oyó cómo arrancaba el Nova y salía zumbando del aparcamiento.

Se sentó en el Duster. El cuero viejo de los asientos olía a tabaco empapado de aceite. Veía a su padre en el mismo asiento que ahora ocupaba él. Se veía a sí mismo en el asiento del copiloto. Beauregard no soñaba con su padre. No soñaba. Nunca tenía pesadillas, al menos ninguna de la que se acordase. Cuando dormía se sumía en una oscuridad silenciosa y, al despertar, emergía de aquella negrura, a menudo con el ruido de Darren y Javon al pelearse por lo que fuera.

Cuando se le aparecía su padre, era por medio de recuerdos, sueños diurnos que le agarraban del cuello y le sumergían en el pasado. Se veía a sí mismo y a su padre, tal y como fueron. A veces veía a sus abuelos o a su madre, pero sobre todo veía a su padre. Sonreía, se reía, se enfadaba o se entristecía. Su padre trabajando en el Duster. Su padre acercándose a su madre por detrás y rodeándole la cintura con unos brazos como troncos. Su padre saliendo hecho una furia de la caravana y dando un portazo con tanta fuerza que temblaba toda la estructura. Dándole una paliza a Solomon Gray con un taburete de bar. Su padre y él sentados en el capó del Duster, bajo el cielo nocturno y estrellado, y buscando el Cinturón de Orión. Se acordaba de que, a los cinco años, creía que se parecería a un cinturón de verdad. Siempre que vivía tales ensoñaciones, se sentía igual que el dios Jano, miraba adelante y atrás con la misma inquietud.

Se quedó allí sentado, a oscuras en el taller, y se vio transportado al último día que vio a su padre. También hacía un calor infernal. Estaba esperando en los escalones de la caravana a que su padre viniera a buscarle y fueran a dar una vuelta. Sabía que aquella visita iba a ser distinta. Su

madre estaba más nerviosa de lo habitual. La había oído hablando con una de sus amigas y diciendo que «Anthony se ha metido en un lío del que no va a salir con buenas palabras», pero no supo a qué se refería. Lo iba a averiguar al final del día.

Le sonó el móvil y se rompió el hechizo. Se lo sacó del bolsillo. Era Kia.

—Hola —dijo al descolgar.

—Los niños quieren quedarse a dormir en casa de Jean. Ha ido el nieto de los vecinos cuando estaban allí. Les he dicho que vale —le contó Kia.

—Oye, siento lo de ayer.

Cuando llegó a casa la noche anterior, Kia estaba en la habitación y se hacía la dormida. Él se quedó en el salón, jugando con los niños. Cuando por fin los acostó y se fue a la cama, Kia ya no fingía. Beauregard se marchó antes del desayuno, tenía un carácter tormentoso. Kia se parecía más a las ascuas de un incendio forestal. Sabía que había que darle espacio para que se apaciguara.

—Sí, yo también. No debí hablarte así.

—Me arrepiento de haber dado un portazo. Ya sabes que solo lo hago por tu bien y por el de los niños. Y por Ariel.

—Si lo haces por nuestro bien, no te mezcles con los tipos esos que vinieron ayer. En cuanto a Ariel, ya haces mucho por ella. No es culpa tuya que su madre sea una puta loca.

Beauregard chasqueó la lengua y se tocó el paladar.

—Conozco a estos tipos y no creo que sea gran cosa —dijo.

Kia gruñó.

—Cariño, nadie te llama para que lleves a su tía a la compra, así que no me hables como si fuera tonta. Ni te lo pensarías si no fuera importante. Es señal de que es peligroso.

—No quiero discutir contigo, Kia —dijo Beauregard.

—Y yo no quiero perderte, Bug.

Los dos se callaron.

—Ya hablaremos cuando llegue a casa. Me tengo que ir —dijo él.

—Sí, ya hablaremos. Tenemos mucho que hablar —dijo Kia. Colgó.

Beauregard se guardó el móvil en el bolsillo y bajó del Duster. El

problema de amar a otras personas era que sabían cómo hacerte daño. Conocían todas tus heridas abiertas y sin cicatrizar. Les abrías el corazón y te lo inspeccionaban de arriba abajo. Sabían lo que te debilitaba y lo que te cabreaba, por ejemplo, que te colgaran el teléfono. Abrió y cerró la boca igual que un león y luego negó con la cabeza con vehemencia. Tenía que dejarlo estar.

Necesitaba concentrarse en la jugada. Preparar un golpe era parecido a probarse un abrigo nuevo. Hay que comprobar que te vale. Si algo no pintara bien, se marcharía. Dejaría el abrigo en la percha; le daba igual cuánto dinero hubiera en juego. Echó un vistazo al Duster. El dinero sí importaba, bien sabía Dios la falta que les hacía. Muchas personas dependían de Beauregard: Kia, su madre, los niños, Ariel y Kelvin. Pensó en lo que le había dicho Boonie: que era distinto de su padre. Eso le gustaba creer, que no se parecían en nada. En cierto sentido, era verdad. No importaba cuánta presión soportase, Beauregard nunca abandonaba a su familia ni a sus amigos. No era Anthony Montage, pero ¿por qué sentía un hormigueo en el pecho, como si tuviera un avispon atrapado en las costillas? Si no se parecía a su padre, ¿por qué echaba de menos la mala vida?

Había noches que salía a dar vueltas con el coche y buscaba carreras él solo, sin Kelvin. La mayoría de las veces daba con niños y sus coches de juguete a pedales, tuneados y de importación. Otras veces cogía el Duster y recorría las carreteras rurales a toda hostia. Dejaba atrás los árboles y los mapaches, igual que un cohete a tope de octanos. Se ponía a doscientos sesenta, pisaba el freno de golpe y se dejaba llevar hasta pararse. Daba igual lo rápido que fuera o cuántas carreras ganase, no eran nada en comparación con conducir para una banda. Ir al volante, con la poli en los talones y la carretera por delante, mientras todos a tu alrededor desearían haberse puesto pantalones marrones. Era un subidón que no te daba ninguna droga ni bebida. Lo había intentado con las dos y ni se parecían.

Nunca lo hablaron, pero estaba seguro de que, si pudiera charlar con su padre, le contaría que se sentía igual. Debieron grabar a fuego la expresión «vivir para correr» en el escudo de armas de la familia Montage, junto a unas tibias cruzadas y una calavera.

Cerró el taller y subió a la camioneta. Cuando se marchó, el sol proyectaba sombras alargadas en la fachada del taller, unos dedos negros y delgados que se aferraban al edificio y lo estrujaban.

Capítulo 7

Beauregard se abrió paso por una carretera de tierra llena de baches que, con infinita sabiduría, el condado había decidido llamar el camino Gallinejas. Cuando Virginia lanzó el sistema estatal de emergencias por GPS, tuvieron que nombrar todas las carreteras, los caminos y los callejones sin salida de más de tres residentes. Los responsables del condado recibieron con los brazos abiertos los valores y estereotipos sureños y nombraron todas las carreteras secundarias de tal forma que sonaban a títulos descartados para las canciones *country*. Creyeron que iba a ayudar al turismo. El único problema era que Red Hill no era el destino de nadie, sino un lugar de paso.

Las zarzamoras bordeaban el camino, intercaladas con los pinos o los cipreses ocasionales. No brillaba la luna en el cielo nocturno. La camioneta crujía y gruñía al surcar el terreno desnivelado. Pasó junto a un *bungalow* en ruinas y dos casas móviles que parecían nuevas, similares a la suya. Al final, el camino se ensanchaba y conducía a un claro donde había, en todo el medio, una caravana oxidada. El Toyota azul estaba aparcado cerca de la puerta y al lado había un Bonneville tuneado, pintado de negro mate y con llantas de sesenta y un centímetros. Beauregard aparcó detrás del Bonneville, bajó y llamó a la puerta de la caravana.

Ronnie Sessions la abrió y le sonrió. Beauregard no le sonrió. Ronnie se hizo a un lado y le invitó a entrar.

—Quan acaba de llegar. Estábamos a punto de tomar unas birras. ¿Quieres una? —le preguntó.

Beauregard inspeccionó la salita de estar de la caravana. Allí destacaba un enorme sofá marrón, tapizado de ante andrajoso. Era demasiado grande y llamativo para un sitio pequeño. Daba la impresión de que lo habían encontrado en un mercadillo de segunda mano y lo habían metido con calzador en la caravana. Delante del sofá había una mesa de centro, hecha de tablas de madera mal cortadas y con incontables muescas. Presidía la mesa un sillón orejero, en el que estaba sentado un negro regordete con un bosque de trencitas que le salían de la cabellera. Llevaba una camiseta ancha, de la cual le sobraban dos tallas. Calzaba la última encarnación del legado imperecedero de un jugador de baloncesto acabado.

Llevaba unos vaqueros tan anchos que podrían haber pasado por pantalones bombachos. Tenía un rostro amplio y pringoso de sudor. Una perilla despeluchada le tapaba la mandíbula y amenazaba con envolverle la boca.

Enfrente del sofá había un sillón de dos plazas, que lucía un estampado floral en rojo y amarillo chillón. A Beauregard le pareció que allí había vomitado un payaso. Reggie estaba sentado al lado de una mujer blanca grandota, con una maraña verde y azul por pelo. Quienquiera que se lo hubiera teñido se había olvidado de un par de zonas; los parches rubios de la cabeza recordaban a la piel de leopardo. Al borde de la mesa de centro había una silla de madera, junto a Beauregard.

—No —dijo. Se sentó en la silla de madera.

Ronnie cogió tres cervezas del frigorífico y les dio una a Reggie y otra al negro. Beauregard supuso que sería Quan. Ronnie se dejó caer en el sofá y abrió su cerveza.

—¿No tenías que irte? —le dijo Beauregard a la mujer grandota que estaba al lado de Reggie.

Ella hizo un mohín y contestó:

—Ah... no. No hace falta.

—Sí, tienes que irte —dijo Beauregard.

La mujer giró la cabeza para mirar a Beauregard, a Reggie y luego a Beauregard otra vez.

—¿Eh? —dijo.

—Reggie, llévala al Wonderland, venga —dijo Ronnie.

Reggie abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Vamos, tía. Te llevo —dijo al fin.

—Creía que me quedaba a dormir otra vez —gimoteó ella.

Suplicó a Reggie con la mirada. Reggie se puso de pie.

—¡Vámonos! Me quedo a dormir allí contigo —dijo.

Al principio no pareció que la mujer fuera a moverse. Cruzó las piernas a la altura de los tobillos, y los brazos en torno a su amplio pecho.

—¿Estás sorda? ¡Levanta, coño! —dijo Ronnie.

La mujer dio un respingo. Se levantó del sillón de dos plazas, echando pestes, y se puso de pie. Reggie lanzó a Ronnie una mirada envenenada, pero Ronnie estaba concentrado en la parte superior de la lata de cerveza.

—Vámonos, Ann —dijo Reggie.

Se fue a la puerta y la mujer le siguió sin mediar palabra.

—Seguro que la gente grita «¡Godzilla!» cuando la ven entrar en Walmart —dijo Quan.

Le entró la risa con su propia broma y luego bebió un sorbo de cerveza. Beauregard y él cruzaron miradas, ninguno dijo nada durante unos instantes. Beauregard miró a Ronnie.

—Tres cosas. Una: nada de hablar con nadie del tema, excepto las cinco personas que ya están al tanto. Nada de ninguna tía a la que hayáis conocido en el bar. Nada de ningún colega al que intentéis impresionar. Ni siquiera con mamá o papá. Con nadie. Dos: cuando terminemos, nos separamos. Nada de ir a beber para celebrarlo, ni de ir en comandita a las tragaperras de Atlantic City. Nos separamos y así nos quedamos. Tres: el día del golpe, todos limpios. Nada de colocarse, nada de OxyContin y nada de canutos. Nada de nada. Si todos os comprometéis, me apunto. Si no, me marchó ahora mismo —dijo Beauregard.

Quan y Ronnie intercambiaron miradas de perplejidad.

—Vale, Ethan Hunt. Ya lo pillo —dijo Quan.

—Vale, tío. Por mí, bien —dijo Ronnie.

Beauregard se recostó en la silla y se llevó las manos a las rodillas.

—Entonces al lío.

Escuchó cómo Ronnie se pasaba veinte minutos hablando del golpe antes de levantar la mano e interrumpirle en mitad de una frase.

—¿A que no habéis echado un vistazo a la joyería? ¿Tu chica se sabe los códigos de la alarma? ¿A qué distancia de la tienda queda la autopista? ¿Cuántas rutas de fuga hay, aparte de la autopista? ¿Hay obras por allí cerca? ¿Cuándo patrulla el barrio la policía? ¿Tienen sistema de cierre? ¿Quién se sabe la combinación de la caja fuerte, aparte de la encargada? —preguntó Beauregard.

Entonces fue el turno de que Ronnie levantara la mano.

—Ya lo pillo. Hay que estudiar el terreno. Jenny se puede hacer con los códigos de la alarma. Tal y como lo he planeado, nadie va a tener oportunidad de dar la alarma. Entramos, cogemos los diamantes y nos piramos.

—Los diamantes no son lo único que nos llevaremos de la caja fuerte —dijo Beauregard.

Cerró la mano izquierda y los nudillos le crujieron igual que nudos de madera verde en la chimenea.

—¿Por qué? —preguntó Quan.

—Porque si solo te llevas los diamantes, la poli sabrá que había una persona infiltrada. Seguro que no hay más de cinco o seis empleados en la tienda —dijo Beauregard.

Ronnie clavó la vista en el techo.

—Bien visto —murmuró.

—Tío, ya vale de gilipolleces. Entramos, nos liamos a tiros y los hijoputas esos hacen lo que les digamos o nos los cargamos —dijo Quan.

Se llevó la mano a las lumbares y sacó un pistolón semiautomático y niquelado. A Beauregard le pareció una Desert Eagle.

Quan le acercó la pistola a la cara.

—La pipa es mía y aquí mando yo —dijo, acentuando cada sílaba con una sacudida del arma.

—Guárdala —le advirtió Beauregard.

Quan sonrió.

—No te preocupes, grandullón. Tiene puesto el seguro. Sé manejarla —dijo Quan.

Se guardó la pistola en la cintura del pantalón. Beauregard pensó que era un milagro de la física que el arma no se le cayera a los pies cada vez

que llevara esos vaqueros anchos de cojones.

—También nos hacen falta pistolas nuevas —dijo.

Quan puso los ojos en blanco.

—Eh, negrata, es mi pistola favorita.

—Y por eso nos hacen falta las nuevas. ¿A cuántos has matado con ella? ¿A cuántos has atracado? ¿Te crees que la poli no guarda los casquillos? —le preguntó Beauregard.

Pareció que Quan lo pensaba un momento.

—¿Y de dónde vamos a sacar las nuevas? —inquirió.

Beauregard se frotó las palmas en los muslos.

—Conozco a un tipo. Le puedo sacar dos por quinientos, pero antes hay que echar un vistazo a la joyería.

—Hostia puta, negrata, ¿quinientos pavos? Creía que los del atraco éramos nosotros —dijo Quan.

Beauregard le fulminó con la mirada y Quan se la aguantó. Acabó mirando a otro lado. Beauregard se levantó y fue a la cocina. Abrió el frigorífico y cogió una lata de cerveza. Volvió a la sala de estar y se sentó en un extremo del sillón de dos plazas, cerca de Quan. Abrió la lata con la anilla y dio un buen trago. La cerveza estaba fría como el hielo y le refrescó por completo, hasta la barriga.

—Mira, un amigo mío tenía un perro chihuahua, un cabroncete aficionado a morder tobillos. Cada vez que me veía, ladraba y ladraba sin parar. Me enseñaba los dientes todo agresivo. Pero si yo daba un pisotón, salía corriendo y se escondía debajo del sofá —dijo Beauregard. Posó la cerveza en la mesa, cerca del borde.

—¿Y por qué me vienes con lo del puto perro, tío? —preguntó Quan.

En vez de responderle, Beauregard volcó la lata con la mano derecha. Le manchó de cerveza las zapatillas y los pantalones a Quan, que le insultó y se levantó del sillón de un salto. Al mismo tiempo, Beauregard también se incorporó de un salto. Le cogió la pistola de la cintura de los pantalones, cerca de las lumbares. Quitó el seguro y dejó el arma colgando a un costado, con soltura. Quan se giró a la derecha hasta encarar a Beauregard.

Beauregard oyó una tos entrecortada que provenía del sofá, donde a Ronnie se le atragantó la cerveza.

—Porque me recuerdas a ese perrito. Ladras y ladras y no dices más que chorradas, pero creo que te vas a mear encima en cuanto haya problemas. Lo mismo sales corriendo, o las dos cosas. Ronnie dice que eres buen tío, que te conoce y confía en ti. Pues vale, pero yo no. Hablas como si esto fuera una peli. No lo es. Es la vida real, la mía, y no te la pienso confiar. Voy a echar un vistazo a la joyería, voy a conseguir el coche y vamos a buscar las armas. Si no te gusta, me largo. No me quiero despertar en el catre del talego porque tú te pongas a berrear como un bebé cuando demos el golpe —dijo Beauregard.

Extrajo el cargador de la Desert Eagle y empujó la corredera para sacar la bala de la recámara, que rodó por el suelo de vinilo y chocó con la pared opuesta. Soltó la pistola y el cargador en el sofá, al lado de Ronnie.

—Si tienes un problema con eso, lo solucionamos. O vamos a por el dinero. Tú decides —sentenció Beauregard.

El aire acondicionado resollaba y luchaba por enfriar la caja rectangular. Quan le puso mala cara a Beauregard, pero se pasó casi un minuto entero sin decir palabra. Miró a Ronnie y luego volvió a concentrarse en Beauregard.

—Ah, sí que lo vamos a solucionar, hijoputa, pero luego. Por ahora, vamos a hablar de cómo llevarnos la pasta —gruñó.

Beauregard volvió a sentarse. Quan aguardó lo que supuso que era un período adecuado y luego también se sentó.

—Vale. Como decía, mañana voy a echar un vistazo a la joyería. Ronnie, ¿hablas con tu chica y le preguntas si se sabe el código de la alarma y la combinación de la caja fuerte? En cuanto le dé un repaso a la tienda, iremos a hablar con mi contacto de las armas. No os costará conseguir quinientos pavos para las pipas —dijo Beauregard.

—Claro, claro. Le pregunto, aunque te hace falta la dirección de la joyería —dijo Ronnie.

Se hurgó el bolsillo en busca de papel. Sacó un tique viejo y cogió un bolígrafo de la mesa. Beauregard negó con la cabeza.

—No escribas nada. Dijiste que la tienda está en el condado de Cutter, creo que daré con ella. Quedamos dentro de una semana para ir a por las pistolas, así tendré tiempo de conseguir un coche y modificarlo. A partir de

ahora solo usaremos móviles de prepago. Cerrad la boca y no llaméis la atención.

—¿Y qué hacemos con las pipas al acabar? —preguntó Quan.

Beauregard volvió la cabeza en su dirección.

—Si no las usamos, nos las quedamos. Si se usan, se rompen y se tiran.

Quan puso los ojos en blanco.

—Quinientos pavos a la basura.

—¿Y qué? ¿Se la quieres dejar de herencia a tu familia? —le preguntó Ronnie.

—Solo digo que es tirar el dinero —dijo Quan.

—No te enteras de lo que nos traemos entre manos. El atraco a mano armada en el estado de Virginia es un delito de categoría cinco, con condena mínima obligatoria de tres años y un máximo de cadena perpetua, suponiendo que no haya heridos. Las armas son solo herramientas. Las herramientas se rompen y se pierden, no les cojas cariño —dijo Beauregard.

—Parece que hablas de la gente —dijo Ronnie.

—Lo mismo da —dijo Beauregard. Se puso de pie—. Por ahora, no hay más que hablar.

—¿Y qué coche nos vas a conseguir? —le preguntó Ronnie.

—¿Qué más da? —dijo Beauregard.

—Da igual, era por curiosidad —dijo Ronnie.

—¿Qué tal un BMW, como en la peli esa del cabrón de Inglaterra? La del Transformer —dijo Quan.

Beauregard cerró los ojos.

—No va a ser un BMW —dijo. Rechinó los dientes—. Me piro.

Beauregard se volvió y fue a la puerta. La abrió y se detuvo cuando estaba a punto de marcharse.

—¿Queréis verme después del golpe? Pues vale. Pero como no vea que venís sonriendo en plan amigos, no va a ser muy agradable —dijo.

Cruzó el umbral y se adentró en la noche. Pasaron unos instantes y oyeron que arrancaba la camioneta. La caravana se quedó en silencio, salvo por el temblor del aire acondicionado y por el ligero zumbido de la lámpara del techo.

—Se lo toma muy en serio, tío. No creo que haya tenido intención de

faltarte al respeto —dijo Ronnie al final.

—Tío, dame la puta pistola —dijo Quan.

Beauregard aparcó la camioneta al lado del coche de Kia y bajó. El aire aún era abrasador. La casa estaba a oscuras, excepto por la luz del porche. Beauregard abrió la puerta y atravesó el interior en penumbra, camino a la habitación.

Kia yacía en la cama igual que un cuadro de Botticelli. Su única indumentaria eran una fina camiseta blanca y unas bragas con rayas de cebra. Beauregard se quitó las botas y dejó que los pantalones cayeran al suelo. Se quitó la camisa por la cabeza y también la soltó en el suelo. Se acostó en la cama y enroscó el brazo alrededor del vientre de Kia.

—Aquella noche que volviste a casa con la herida de bala, te pregunté cuánto más íbamos a aguantar. Me contestaste que merecía la pena que te exprimieran para conseguir el zumo. ¿Te acuerdas de lo que te dije? —le preguntó ella.

—Dijiste que era la chorrada más grande que habías oído —dijo Beauregard.

Kia le cogió la mano y le tiró del brazo para que la abrazara con más fuerza. Beauregard notaba el calor de la zona lumbar de Kia en la parte baja de la barriga.

—Pero tenías razón. Mereció la pena. Conseguimos la casa y el taller. Dejamos la mala vida, cariño. La dejamos. Y ahora quieres volver y te digo que, esta vez, el zumo no merece la pena.

Se le entrecortó la voz varias veces y Beauregard se dio cuenta de que estaba llorando.

—Si tuviéramos una alternativa, no lo haría —le dijo, hablándole justo al oído.

—Vende el taller. Busca trabajo en la fábrica de neumáticos del condado de Parker. Ponte a vender aspiradoras.

Beauregard se acercó más y la apretó con fuerza.

—No va a pasar nada, te lo prometo.

Kia se zafó de Beauregard y se tumbó de espaldas.

—No debí hablar así de tu padre. Lo siento, pero me dices lo mismo que él a tu madre. No puedes prometer que no va a pasar nada. No lo sabes. ¿Y si pasa? Entonces tendré que contarles a los niños historias sobre ti, igual que a ti te contaban historias sobre tu padre. Porque los recuerdos se desvanecen, Bug.

Beauregard le recorrió el rostro con el índice hasta llegar a la barbilla. Le inclinó la cabeza y le besó las mejillas. Degustó el sabor de las lágrimas. No había forma de refutarle el argumento. Podría irse todo al garete y el golpe podría ser un desastre. Los que vivían la mala vida sabían que era posible, pero a él no le obsesionaban aquellos pensamientos. Había sobrevivido tanto tiempo porque nunca se imaginó a sí mismo en la cárcel. Se negó a contemplar tal opción. Los cinco años en el reformatorio le habían ayudado a concentrarse, le espabilaron al máximo. Nunca volvería a estar a merced de nadie que le coartara la libertad.

Más allá del orgullo propio, se daba cuenta de que su mujer también tenía razón al hablar de los recuerdos. Pensaba en su padre todo el tiempo y, sin embargo, la voz paterna parecía disiparse más y más. ¿Era como Beauregard la recordaba o tenía más vibrato al hablar? ¿Tenía una cicatriz en la mano derecha o en la izquierda? En su mente, el contorno de la cara de su padre se difuminaba más y más. Excepto cuando se montaba en el Duster, Anthony Montage era una sombra que hablaba en susurros. Cuando subía al coche, recordaba todo con claridad cristalina. Si seguía adelante con aquel golpe, ¿sus hijos también tendrían que montar en el Duster para recordar el rostro de Beauregard? ¿Acaso querrían?

—Te lo prometo. Nos va a ir bien —dijo.

Se inclinó y le besó la boca. Al principio, los labios de Kia eran una línea firme, pero los abrió despacio y las dos lenguas se tocaron. Beauregard le deslizó la mano por el muslo hasta que le tocó el centro del cuerpo. Kia se estremeció y se apartó.

—Más te vale cumplir las promesas —gimió.

Beauregard volvió a presionar los labios contra los de Kia y ambos se enredaron en una maraña de brazos, piernas, gemidos y suspiros.

Capítulo 8

Jenny se despertó por culpa del ruido de las trompas y las trompetas; parecía el día del Juicio Final. El tono del mensaje de texto retumbó por todo el diminuto estudio. Las trompas fueron *in crescendo* y luego reanudaron la melodía.

Cogió el teléfono de la mesilla. En la pantalla figuraba el nombre del contacto, «Rock and Roll». El primer mensaje de texto del día era de Ronnie Sessions, apodado «Rock and Roll».

«Necesito los códigos de la alarma», decía el mensaje.

Jenny se quedó mirando el móvil y parpadeó con fuerza.

«No sé de qué me hablas. Llámame,» escribió. Pulsó el botón de enviar y cogió los cigarrillos y el mechero de la mesilla. A la tercera calada, del móvil emanó una serie de gorjeos. Era el tono de llamada. Tocó la pantalla y contestó.

—No me mandes mierdas de esas, ¡joder!

—Buenos días por la mañana —dijo Ronnie.

—Lo digo en serio, Ronnie. Si damos el golpe, ¿a quién te crees que va a investigar a fondo la policía? No quiero estas mierdas en el registro del teléfono.

—¡Hostia! Esta mañana te has levantado con el pie izquierdo en tu cripta. Parece que necesitas que te ponga a punto —dijo Ronnie.

—Para tu información, tu polla no es la respuesta a todo —dijo Jenny.

—Si mi polla no es la respuesta, no estás haciendo la pregunta correcta. Da igual. ¿Puedes conseguirlo?

—¿Qué? —preguntó Jenny.

—El código de la alarma.

Jenny dio una buena calada al cigarrillo.

—Ya me lo sé. Me lo dijo Lou Ellen el otro día.

—¿Qué tal le va a tu novia? ¿Ya la han llamado los *Cowboys* de Dallas pa que juegue de delantera centro? —preguntó Ronnie.

—No tiene gracia, Ronnie. Es maja.

—No me digas que ya te has colado por ella. ¿Tan bien te come el coño?

—Eres asqueroso de cojones. Es maja conmigo y no quiero que le hagáis daño. No quiero que haya ningún herido. Ni Lou Ellen, ni tú, ni yo. Solo quiero largarme de aquí. Largarme del condado de Cutter y de Virginia. Quiero irme por ahí y pasarme el resto de la vida con un nombre falso. Volver a empezar. Quizá no me equivoque tanto esta vez —dijo Jenny.

—Así será. Lo único que tienes que hacer es justo lo que yo te diga. Antes de que te des cuenta, estaremos follando en una cama petada de billetes de cien dólares —dijo Ronnie.

Jenny exhaló y expulsó una nube de humo por la nariz.

—No quiero cagarla con todo esto —dijo Jenny.

—No la vas a cagar, churri. Lo único que tienes que hacer es confiar en mí. ¿Es tan complicado? Deja de preocuparte y vamos a hablar de cosas más importantes. ¿Qué plan tienes hoy? A lo mejor me acerco. Tengo Percocet y una caja de cerveza, to pa ti.

—Para el carro. Tengo que currar. Ya sabes, a lo que se dedica la gente que no roba.

—¡Mierda, joder! Dile a tu mamacita que le mando un saludo.

—Adiós, Ronnie.

—Espera, ¿a qué hora terminas?

—Unos quince minutos después de que te me quites de encima y te vayas a dormir —dijo Jenny y colgó el móvil.

Capítulo 9

Beauregard se levantó al despuntar el día. Kia estaba acurrucada a su lado, igual que un gato. Salió de la cama con cuidado y se puso un par de pantalones vaqueros y una camiseta. Cogió una gorra de béisbol del cajón de la cómoda y se la caló hasta los ojos. Luego besó a Kia en la mejilla.

—Te vas temprano —dijo ella sin abrir los ojos.

—Tengo que ir al taller —mintió Beauregard. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Necesito que recojas a los niños esta noche. Voy a ir con Lakisha Berry a limpiar unas oficinas cerca del juzgado —dijo Kia.

Beauregard volvió a besarla.

—Claro, cielo. Los recogeré cuando cerremos esta noche. Te quiero.

—Yo también te quiero.

La última parte de la frase se desintegró en un suspiro. Beauregard salió de casa y subió a la camioneta. Encendió la radio y fue de emisora en emisora hasta que encontró una que ponía Rhythm and *Blues* clásico. De los altavoces emanó el falsete tembloroso del reverendo Al Green, igual que una bruma fresca. Partió de Red Hill y fue por la carretera 60, rumbo a la autopista. Justo antes de tomar el acceso pasó junto al Tastee Freez abandonado. Se había derrumbado la marquesina de aluminio blanco que tapaba la ventanilla de pedidos para llevar, pero el resto del edificio se veía firme. Una multitud de cardos y kudzu tapaba la fachada este. Por las grietas del asfalto del aparcamiento se habían abierto paso hierbajos de un verde intenso. Ellery y Emma Sheridan llevaron el Tastee Freez durante

cincuenta años, hasta que murió Ellery en 2001. Emma había intentado defender el fuerte sin su marido, pero el alzhéimer le robó lo que le quedaba de mente y mandó los restos a hacer puñetas. El condado tuvo que intervenir después de que acudieran unos clientes y se encontrasen a Emma preparando batidos y hamburguesas en pelota picada.

De niño, a Beauregard le encantaba el batido doble de chocolate del Tastee Freez. Era un placer excepcional de los calurosos días de verano, como aquel; la clase de postre que te empuja a desmelenarte. Su padre bromeaba con que, si le paraba una furgoneta sin ventanas, Beauregard se subiría de un salto a la parte trasera si le prometían que le iban a llevar al Tastee Freez. Cuando dieron una vuelta en el que sería el último día que viera a su padre, el Tastee Freez fue uno de los altos en el camino. Años después, por Red Hill corrió la leyenda de que había manchas de sangre en el asfalto que el agua no podía limpiar, por mucha que echaran.

Beauregard subió la música y se incorporó a la autopista. La voz del reverendo Green apenas ayudó a silenciar los recuerdos de aquel día, tanto tiempo atrás.

El condado de Cutter estaba a más de cien kilómetros del condado de Red Hill, al otro lado del estado. Gracias a una combinación de azar y planificación, se había convertido a regañadientes en la periferia de la ciudad de Newport News. La mayoría de los residentes trabajaba en una de las tres grandes empresas de la ciudad: el astillero naval, la fábrica de Canon o el gran centro comercial Patrick Henry. Beauregard veía el efecto de aquellos negocios en el condado de Cutter. Parecía el gemelo rico de Red Hill. Solo había visto tres casas móviles al pasar por allí. Había más casas de ladrillo en una sola carretera que en todo Red Hill. Tomó la calle principal y pasó por dos tintorerías, una licorería, tres tiendas de segunda mano y dos clínicas médicas. El tráfico era ligero, pero eran todos BMW y Mercedes con algún que otro Lexus de vez en cuando. Por un momento, temió que hubiese cinco joyerías y tuviera que llamar a Ronnie con el móvil personal, en vez de con uno de prepago. Antes de vivir tal bochorno, vislumbró el cartel de un centro comercial que incluía a «Joyeros Valenti»

en uno de los establecimientos. Al parecer, los habitantes del condado de Cutter necesitaban elegir entre una amplia gama de tintorerías, pero en lo que concernía a las joyerías, Valenti había copado el mercado.

Beauregard siguió conduciendo y dejó atrás el centro comercial. Giró a la izquierda en la próxima intersección y vio un cartel azul que indicaba que el despacho del *sheriff* estaba a 5,6 kilómetros. Siguió la carretera hasta que pasó junto a una pequeña construcción de ladrillo; el escudo del condado de Cutter adornaba la puerta delantera. Beauregard contó dos coches patrulla aparcados delante del edificio. Tendría que darse prisa. El despacho del *sheriff* quedaba más cerca de lo que le hubiese gustado. Dio media vuelta al final de la calle y regresó al centro comercial.

Al llegar, Beauregard condujo por el aparcamiento vacío. El centro comercial consistía en un largo edificio en forma de L dividido en locales independientes. La joyería era el último local al final de la L y también era el más cercano a la entrada y la salida. Beauregard recorrió el aparcamiento y salió del centro comercial. No le hacía falta entrar en la joyería, era tarea de Ronnie. Él se encargaba de conducir. Se aprendió de memoria la disposición del centro comercial, de la calle principal y de la carretera de acceso a la autopista. Tomó nota de un semáforo que había en la esquina de la calle principal y Lafayette, del resalto a la salida del aparcamiento y de la cafetería de enfrente con el gran ventanal, que daría a los posibles testigos una panorámica del golpe. La cabeza se le llenó de todos estos detalles y de docenas más. Era como si su cerebro fuese una esponja que absorbe agua. El orientador del reformatorio le había dicho que tenía memoria eidética. El señor Skorzeny se esforzó en que Beauregard se planteara volver a estudiar cuando saliera, tal vez ir a la universidad. Beauregard sabía que el señor Skorzeny le deseaba lo mejor. Al contrario que la mayoría del personal del reformatorio Jefferson Davis, no pensaba que los chicos como él fuesen un caso perdido. Lo que el señor Skorzeny no entendía, lo que era incapaz de entender, era que a los chicos como Beauregard no se les permite el lujo de las opciones. Sin padre, tenía una madre que solo necesitaba un mal día y una rueda pinchada para sufrir un ataque de nervios y unos abuelos que vivieron y murieron en una situación de miseria constante. Para los chicos como Beauregard, la universidad era un puro sueño. De lo mismo le hubiera

servido al señor Skorzeny decirle que fuera a Marte.

Beauregard tomó la carretera 60, dirección oeste y de vuelta a la autopista. Consultó el reloj. Se tardaban exactamente trece minutos de la joyería a la salida, viajando a noventa kilómetros por hora y con un tráfico mínimo. Iría mucho más rápido que a noventa cuando salieran del aparcamiento. Al entrar en la ciudad, se había dado cuenta de que estaban reformando buena parte de la autopista. La carretera ascendía justo antes de la salida del condado de Cutter y se convertía en un paso elevado durante casi un kilómetro y medio. Debajo del paso elevado circulaba una carretera de un solo carril que conducía al condado de Cutter por las vías secundarias. Habían demolido la mediana de cemento que separaba los carriles con dirección norte y sur. Parecía que el estado por fin había decidido encargarse del sindióis de la leche que era la autopista 64 e iba a ampliar la calzada a seis carriles. Una cerca de control bordeaba las fauces abiertas. Beauregard se percató de que la distancia entre el paso elevado y la carretera no superaba los seis metros.

Interesante.

Más adelante Beauregard vio luces de freno que parpadeaban igual que los adornos de Navidad. El tráfico de la carretera 60 se movía al carril izquierdo y luego volvía al derecho. Cuando el camión que tenía delante cambió de carril, Beauregard vio lo que estaba obligando a pisar el freno a todos los conductores que iban delante de él. Había un coche, pequeño y cuadrado, quieto en mitad de la carretera, con las luces de emergencia encendidas. Junto a dicho vehículo había un negro delgado y de rostro joven que agitaba los brazos frenéticamente. Del capó del coche emergía una nube de vapor diáfano.

Los vehículos pasaban volando y dejaban atrás al hombre, como si fuera uno de esos muñecos cilíndricos que se bambolean al aire cerca de la entrada de un concesionario. Beauregard también empezó a dejar atrás al hombre. Al pasar se dio cuenta de que había una mujer en el asiento del copiloto, una blanca joven, de pelo demasiado rubio para que no fuera de bote. Tenía el pelo pegado a la cabeza. Jadeaba igual que un sabueso y cerraba los ojos con fuerza.

—Mierda —suspiró Beauregard.

Paró en el arcén y bajó de la camioneta de un salto. El hombre se acercó corriendo antes de que cerrase la puerta.

—Eh, tío. Necesito ayuda. Se me acaba de averiar el coche y mi mujer está de parto. El trasto este me acaba dejar tirado, sin avisar ni nada. ¡Menuda puta mierda! —gritó el hombre.

—¿Por qué no has llamado a emergencias? —preguntó Beauregard.

El hombre bajó la vista.

—Nos cortaron la línea hace unos días. El mes pasado me despidieron del astillero. Mira, tío, creo que el bebé está a punto de nacer. ¿Nos llevas al hospital? —le preguntó.

Beauregard observó el panorama. El hombre jadeaba. La chica del coche gemía.

Reconoció el gemido y también los labios temblorosos del hombre que tenía delante. Estaban aterrados. Iba a nacer el bebé y no tenían ni pajolera idea de qué hacer. Los quince minutos de diversión estaban a punto de convertirse en toda una vida de responsabilidad. El peso de dicha responsabilidad los aplastaba igual que si tuvieran un yunque en el pecho. Beauregard volvía a casa después de ojear dónde iba a dar el golpe. Necesitaba entrar y salir sin que nadie se fijara en él.

Lo inteligente y lo profesional era volver a la camioneta y marcharse. La chica gimió otra vez. El gemido se tornó en un chillido que Beauregard oyó por encima del ruido del tráfico que pasaba volando por el solitario tramo de carretera. Ariel nació de nalgas. Los médicos las pasaron putas para sacársela del útero a Janice. Le dijeron que, de no haber dado a luz en un hospital, probablemente habría muerto.

—Primero vamos a quitar el coche de la carretera —dijo.

Los dos lograron empujar el coche al arcén sin demasiada dificultad. Beauregard sacó a la chica, la ayudó a caminar y la llevó a la camioneta. El hombre le abrió la portezuela y los dos la ayudaron a subir al vehículo. El hombre se subió de un salto al asiento del copiloto y Beauregard fue corriendo al del conductor.

—¿Nos podrás llevar al hospital antes de...? —El hombre dejó la pregunta en el aire. Beauregard esbozó una sonrisa.

—Agarraos —dijo al pisar el acelerador.

El hospital más cercano era el Reed General de Newport News. Estaba a treinta y cinco minutos. Beauregard se detuvo en la entrada de urgencias dieciocho minutos después de haber recogido a la pareja. El hombre salió de un salto y corrió a urgencias. Unos instantes después, volvió con una enfermera que empujaba una silla de ruedas. Ayudaron a la chica a bajar de la camioneta y la llevaron al hospital en la silla. El joven se quedó esperando en la puerta. Beauregard volvió a subir a la camioneta. Cuando alzó la vista, el hombre se acercó trotando a la ventanilla.

—Eh, tío, no sé qué decir. Ojalá te pudiera dar algo. Ahora mismo estoy sin blanca y Caitlin tuvo que dejar de trabajar por el bebé. Nos fuimos a vivir con su madre y...

Sin previo aviso, se le saltaron las lágrimas de los ojos.

—Eh, eh, no me debes nada. Espero que todo vaya bien —dijo Beauregard.

El hombre se secó la cara. Llevaba el pelo rapado y un bigote incipiente. A Beauregard le pareció que acababa de dejar atrás la adolescencia.

—Sí, yo también. Oye, gracias, tío. No sé qué habría sido de nosotros si no te hubieras parado. Todos los demás pasaban de largo como si fuéramos una mierda que no quisieran pisar. Hay que ver, eres un as al volante. Hemos llegado en nada y menos —dijo el hombre.

Le tendió la mano a Beauregard, que se la estrechó. El tipo la estrechaba con fuerza, con la fuerza de un trabajador.

—Oye, ¿cómo te llamas? Si es niño, a lo mejor le ponemos tu nombre —dijo el hombre.

Beauregard no dijo nada. Le volvió a estrechar la mano.

—Anthony —dijo al fin.

El nombre de su padre le supo igual que una pastilla amarga que te salva la vida y por poco te mata.

Le soltó la mano y se marchó conduciendo.

Condado de Red Hill, agosto de 1991.

Beauregard notaba cómo la potencia del motor del Duster retumbaba por el

suelo y le subía por el asiento hasta la coronilla. En la radio del coche sonaba una casete de Buddy Guy. El trino lastimero de la guitarra de lunares de Buddy manaba de los altavoces. Su padre agarraba el volante con una mano y con la otra sujetaba una bolsa marrón. Alternaba entre cantar a coro con la casete y darle tragos a la botella. Beauregard echó un vistazo al velocímetro. Se acercaban a los ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. Los árboles y los prados ondulados parecían fragmentos de tofe cuando el Duster pasaba volando.

—Ya sabes por qué quería que vinieras conmigo este fin de semana, ¿no, Bug? —dijo Anthony.

Beauregard asintió con la cabeza.

—Mamá dice que te vas a marchar. Mucho tiempo —dijo.

Su padre le dio otro lingotazo a la botella. Se la pasó de la mano derecha a la izquierda y, mientras tanto, enderezó el volante con la rodilla. Luego tiró la botella por la ventanilla. Beauregard oyó cómo se estrellaba contra un cartel que advertía de que el límite de velocidad en la carretera Town Bridge eran setenta kilómetros por hora.

—¿Te ha dicho algo más tu madre? —le preguntó Anthony.

Beauregard volvió la cabeza y miró por la ventanilla.

—Me lo imaginaba. Tu madre... Tu madre es una buena mujer. No soporta tragarse siempre mis trolas. No lo pagará contigo, ¿no, Bug? —preguntó Anthony.

Beauregard negó con la cabeza. Odiaba mentir a su padre, pero aún más ver cómo sus padres discutían.

—Bueno, no me voy mucho tiempo, Bug. Un año, quizá dos. Solo hasta que se calmen las cosas —dijo Anthony.

—¿Adónde vas? —preguntó Beauregard.

Ya lo sabía, pero quería oírsele a su padre. Hasta que dijera adonde se iba, no era verdad.

Anthony fijó la vista en Beauregard.

—A California. Allí hay trabajo pa un tipo que sepa conducir.

Se deslizaron por una curva sin reducir la marcha. Anthony pisó el freno y el embrague y dejó que el coche tomara la curva, luego pisó el acelerador antes de que se calara. Se pasaron unos instantes sin hablar. La carretera

340 habló por ellos.

—¿Por qué te tienes que ir, papi? —preguntó Beauregard.

Anthony no volvió la cabeza. Agarró el volante con tanta fuerza que Beauregard oyó cómo crujía. A Anthony se le marcaron los músculos del cuello bajo la piel oscura de obsidiana. El Duster dio un salto adelante cuando descendieron una ligera pendiente. Beauregard notó cómo el estómago se le subía casi hasta el cuello.

—Bug, quiero que me prestes atención. Escúchame, en serio. Te voy a decir un par de cosas y no quiero que las olvides, ¿vale? Joder, menuda tontería, nunca se te olvida na. Lo primero es que te quiero. Me he pasado el tiempo haciendo gilipollices, pero lo mejor que he hecho nunca es ser tu papá. Da igual lo que te digan, incluso tu madre. Nunca dudes de que te quiero —dijo Anthony.

Divisaron un aparcamiento disuasorio a unos ciento cincuenta metros. Al acercarse, Anthony dio un volantazo a la derecha y el Duster derrapó por la grava hasta que se detuvo delante de un tope de estacionamiento de cemento.

—Segundo: A la hora de la verdad, nadie cuida de ti mejor que tú mismo. Que nadie te obligue a hacer por ellos lo que no harían por ti. ¿Me entiendes, hijo? —le preguntó Anthony.

Beauregard asintió con la cabeza.

—Te entiendo, papi.

—La gente quiere que cargues toda la vida con lo que ellos no cargarían ni cinco minutos. Ni de coña, se acabó lo que se daba. Eh, oye, sé que los bollos de la abuela estaban de muerte, pero tengo ganas de tomar un batido. ¿Quieres ir al Tastee Freez? —preguntó Anthony.

Beauregard sabía que, en realidad, su padre no quería un batido. Intentaba ser amable. Siempre que les hacía daño a su madre y a él, intentaba ser amable.

—Sí —dijo Beauregard.

—Pues vale. Te vamos a pedir el batido de fresa más grande que haya —dijo Anthony.

Metió la marcha y el Duster quemó rueda al salir disparado del aparcamiento disuasorio.

—De chocolate. Mi favorito es el de chocolate —susurró Beauregard.

Capítulo 10

Beauregard cerró el taller temprano. Había permitido a Kelvin que se marchara sobre mediodía. La mañana había sido lenta y dolorosa. Pasaron el rato jugando a las damas, escuchando la radio y charlando para matar el tiempo.

—¿Quieres que te llame mañana antes de venir? —le preguntó Kelvin.

—Sí.

—Que sepas que le he dicho a Jamal Paige que, la semana que viene, le voy a echar una mano unos días. Le voy a llevar la grúa hasta que vuelva al pueblo. Solo para que lo sepas —le dijo Kelvin.

—Vale.

—Le he dicho que tal vez esté disponible unos días a la semana, hasta que la cosa se anime por aquí —explicó Kelvin.

—Lo entiendo. Haz lo que tengas que hacer. No pasa nada —dijo Beauregard.

Kelvin se quedó allí de pie, con las manos en los bolsillos del mono.

—No te pienses que te dejo tirado.

—Ya lo sé —dijo Beauregard, pero no se lo reprocharía si así fuera.

Después de que Kelvin se marchó, se sentó en la oficina a observar el minuterero del reloj de la pared. Se movía lentísimo. Aguantó otras tres horas y luego partió a ver a Boonie.

El desguace no estaba tranquilo. Los coches y las camionetas pasaban por la báscula echando leches. Por las puertas de Metales Red Hill desfilaba una procesión de hierro oxidado y acero compactado. Beauregard se

preguntó de dónde vendrían algunos de aquellos objetos. En la parte trasera de la camioneta verde lima que tenía delante había una estructura de hierro forjado de una cama, que esperaba su turno en la báscula. Los remates del cabecero tenían forma de moras. ¿Jugaron los niños a que eran de verdad? ¿Se había aferrado a ellas una mujer preciosa mientras montaba a su amante? ¿Acaso fue en aquella cama donde un mafioso viejo experimentó la muerte que Boonie dijo que se les negaba a los hombres como él?

Pasó por la puerta y fue a la oficina. Boonie estaba sentado al escritorio, contando el dinero que le daba a un individuo de raza blanca que llevaba una gorra de la bandera confederada. Beauregard se quedó junto a la puerta.

—Hacen doscientos cincuenta, Howard —dijo Boonie cuando terminó de contar.

Le dio el fajo de billetes al hombre, que pareció dudar antes de cogerlo.

—Solo el motor ya vale doscientos dólares. Pesa casi quinientos putos kilos —gruñó.

—Howard, es el motor de un Gremlin. Si quieres probar suerte en otra parte, adelante. Pero te van a hacer más preguntas que yo —dijo Boonie.

Howard se puso de pie y se guardó el dinero en el bolsillo. Se marchó sin mediar palabra.

—¿Qué te apuestas a que me está llamando puto negro para sus adentros? —preguntó Boonie.

Beauregard rio entre dientes.

—Joder, puede que ya estuviera en ello antes de sentarse.

Boonie giró la silla y cerró la caja fuerte que había detrás de él.

—Mientras no lo diga en voz alta... ¿Has visto la gorra que llevaba? Los sureños estos siempre nos dicen que vale ya con la esclavitud, pero aún no han superado que el general Sherman les diera una paliza monumental —dijo Boonie.

Beauregard se sentó en la silla que Howard acababa de dejar libre.

—Necesito un favor —dijo.

—Aún no he oído nada de ningún golpe —dijo Boonie.

Beauregard negó con la cabeza.

—Me hace falta un coche. No te lo puedo pagar ahora, pero ya te lo daré más adelante. No importa cómo esté la carrocería, pero el chasis ha de

ser fuerte —dijo.

Boonie se recostó en la silla, que lloró bajo su peso.

—¿Te han dado un soplo o algo? —preguntó.

Beauregard cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—Algo así —dijo.

Notaba cómo retumbaba el suelo justo cuando una camioneta grande pasaba por la ventana. Boonie se meció adelante y atrás en la silla, que suplicó clemencia.

—¿No tendrá na que ver con Ronnie Sessions? —dijo Boonie.

Beauregard puso cara de póquer, pero la sorpresa fue visible en sus manos. Apretó los puños con tanta fuerza que le crujieron los nudillos. Sonaron como los cristales que se arrojan contra un muro de ladrillo.

—¿Por qué lo dices? ¿Te lo ha contado él? —dijo Beauregard. Las palabras le salieron con tono lento y monótono.

—No, pero el cabrón vino esta mañana hablando a toda leche. Trajo cinco rollos de cobre que sé que robó y cinco sacos de abono que también sé que robó, aunque no me imagino por qué. Le pagué cuatrocientos dólares por los rollos. Valían quinientos, pero no me cae bien el chico ese. Le gusta hacerse el tonto, pero es igual de escurridizo que dos anguilas en un cubo de mocos. Le dijo a Samuel que anda planeando un golpe y necesita pasta pa herramientas. Le dijo que era uno de esos golpes que te llevan a la mecedora, que no tendría que volver a trabajar nunca más. Y ahora me vienes pidiendo un coche —dijo Boonie.

Soltó el comentario y dejó que reposara en el aire que los separaba. Beauregard no dijo nada. Siguió con el rostro tranquilo.

—Mierda, joder. Prométeme que vas a tener cuidado. Vamos a la parte de atrás. Creo que tengo algo pa ti —dijo Boonie.

Deambularon por el laberinto de la zona trasera de Metales Red Hill. Docenas y docenas de coches desguazados ensuciaban el paisaje como las cáscaras muertas de grandes criaturas olvidadas. El olor a agua de lluvia estancada se mezclaba con el olor a aceite y grasa e inundaba el ambiente. Se levantaban remolinos de arena cuando pisaban la grava. Al final, llegaron a un sedán azul oscuro de dos puertas.

—Lo recibí el otro día de la antigua casa de Sean Tuttle. Un Buick

Regal GNX del 87. El motor está hecho una pena, pero no creo que a ti te dé muchos problemas. Los huesos del vejistorio este son macizos como una roca. La caja de cambios también funciona. Sean no creía que lo fuera a usar más, así que nos lo llevamos. Iba a empezar a venderlo pa recambios, pero te lo puedes quedar por mil dólares.

Beauregard miró por la ventanilla del conductor. El interior estaba desvencijado y roto en muchos sitios. El tapizado del techo colgaba igual que la mejilla de la víctima de un ictus. El parachoques tenía un agujero del tamaño del puño de un delantero. Las manchas de óxido tapaban el capó como un eccema corrosivo. Los espejos laterales se sujetaban por los pelos. Una buena ráfaga de viento fuerte se los llevaría volando. Le apenaba ver un coche en semejante estado de abandono. Le sacaba de sus casillas que un coche se echase a perder de aquella manera. Parte de él quería arreglar todas las tartanas y la chatarra que veía. Kia le decía que sentía por los coches lo mismo que la mayoría de la gente por los cachorritos.

—¿Mañana me lo traes al taller? —preguntó Beauregard.

—Sí, claro. Aunque tal vez no debería. Sé que te andas con ojo, Bug, pero no me fío del chico ese. Es tan cabroncete que le van a tener que atornillar al suelo cuando muera —dijo Boonie.

Beauregard sabía que Boonie no lo decía con mala intención, que el anciano se preocupaba por él. Pero Boonie sí tenía alternativa, y Beauregard no.

—Te lo pagaré en cuanto acabe todo —dijo.

—Ya lo sé. Preocúpate de no meterte en más jaleos en cuanto acabes. Si el paleta ese te la juega, avísame y nos encargaremos de que intime con Crunchi Número Uno —dijo Boonie.

«Más le vale que no me la juegue», pensó Beauregard.

—Ya sabes que yo también conducía. Una vez me puse de los nervios y por poco no escapé. Tu padre me dijo una cosa que me obligó a dejar de conducir. A cambiar de bando.

Beauregard se limpió las manos en los pantalones.

—¿Qué?

—Me dijo que tenía una esposa que me quería. Tenía el desguace. Me dijo: «Boonie, un hombre puede ser una cosa o la otra. O llevas el desguace

o te dedicas a correr por las calles. Un hombre no puede ser dos tipos de bestia» —dijo Boonie.

—Una pena que no siguiera su propio consejo.

—¿Cómo que no? Ant no era un mecánico que condujera. Era un conductor que a veces trabajaba de mecánico. Aunque no te guste, sí sabía quién era —dijo Boonie.

—¿Crees que yo no sé quién soy?

—Creo que sí lo sabes, aunque no te gusta —dijo Boonie.

Se marchó del desguace y se dirigió a casa de su cuñada para recoger a los niños. Cuando paró en el camino de entrada a casa de Jean, se preguntó, y no por primera vez, cómo una madre soltera podía permitirse un hogar tan bonito con un sueldo de peluquera. Aparcó la camioneta, pero antes de que llegara a la puerta de la casa de ladrillo, de estilo colonial y dos plantas, Darren salió corriendo.

—¡Mira, papi! ¡Javon me ha hecho un tatuaje! —dijo Darren.

Se remangó la camiseta del Capitán América para mostrar a Beauregard un dibujo de Lobezno en el brazo.

—Solo es rotulador, no es permanente —dijo Javon. Caminaba detrás de Darren.

—Deberíamos hacerle una foto antes de que mamá te obligue a lavártelo —dijo Beauregard.

Los detalles del dibujo eran asombrosos. Javon incluso había añadido la icónica onomatopeya «Snikt» en un bocadillo, encima de la cabeza de Lobezno.

—¡No, no me lo voy a lavar nunca! —chilló Darren.

Beauregard cogió a su hijo con un brazo y se lo cargó al hombro.

—Algún día te tendrás que bañar. No puedes andar por ahí con el ojete lleno de mierda —dijo.

Darren rompió a reír. Javon pasó a su lado con su mochila y la de Darren, donde guardaba las pinturas, los libros para colorear y las figuras de acción. Subió a la camioneta y se puso los auriculares.

—Hola, Beau —dijo Jean. Había aparecido en la puerta, igual que un

espectro.

—Hola, Jean. ¿Qué tal estás? —dijo Beauregard.

Su cuñada se cruzó de brazos. Kia y ella tenían rasgos similares, pero Jean tenía silueta de modelo. Caderas y pechos pronunciados, con el perfil de una botella de Coca-Cola.

—Ah, no me va mal. A ti se te ve bien. Te favorece ser tu propio jefe.

—Bueno, si tú lo dices.

—Sí, estoy acostumbrada a hacerlo todo a mi manera, yo sola. Cuando trabajas así, nunca te llevas una decepción. Al final del día, siempre estás satisfecha —dijo Jean.

Beauregard notó que se le acaloraba el rostro.

—Bueno, me marchó —dijo.

Jean sonrió y se desvaneció en la casa. Beauregard llevó a Darren, que seguía riéndose, a la camioneta y le sentó al lado de su hermano. Salieron marcha atrás del camino de entrada y se fueron a casa.

—¿La tía Jean se siente sola por no tener compañía? —preguntó Darren. Había sacado la mano por la ventanilla y la mecía al viento.

—Creo que la tía Jean está bien —dijo Beauregard.

Se detuvieron en el camino de acceso a su propia casa y Darren salió y se fue corriendo antes de que Beauregard echara el freno de mano. Javon no se movió. Durante el trayecto, Darren había pescado la figura de acción de Iron Man de la mochila. Ahora el muñeco se peleaba contra los geranios que Kia tenía en el porche.

—¿Vamos a tener problemas? —preguntó Javon.

Beauregard se recostó en el asiento de la camioneta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Os he oído hablar a mamá y a ti —dijo Javon. Se había quitado los auriculares y le colgaban del cuello.

—Estaremos bien. Tal vez estemos pasando una mala racha, pero no te preocupes. Tú dedícate a estar listo para octavo —dijo Beauregard.

—La otra noche mamá hablaba por teléfono y decía que a lo mejor tiene que buscar otro trabajo porque ha abierto Precision —dijo Javon.

—Oye, no te preocupes por Precision o por que tu madre busque otro trabajo. Solo tienes que preocuparte por empollarte bien los libros y aprobar

el instituto —dijo Beauregard.

—Ojalá pudiera trabajar yo también. Podría trabajar ayudando al tío Boonie. Odio el instituto, es aburrido. Lo único que me gusta es la clase de Arte, y lo puedo aprender por mi cuenta —dijo Javon.

Beauregard tamborileó con los dedos en el volante. Sabía que Javon tenía problemas en Matemáticas. Beauregard había intentado ayudarlo. Se esforzó en enseñarle el teorema de Pitágoras o la notación exponencial, pero era consciente de que era un profesor de pena. No era capaz de explicar los ángulos ni las variables de modo que tuvieran sentido para su hijo. Beauregard creía entenderlo y le costaba expresar a otra persona cómo lo entendía él. Suponía que Javon sentía lo mismo por el dibujo. Su hijo era inteligente y tenía talento, pero de otro tipo. Su padre decía que no se le llama tonto a un pez porque no sepa trepar a un árbol.

Beauregard extendió las manos delante del rostro de su hijo.

—¿Ves la grasa que tengo en las manos? Hoy me las he lavado cinco veces y aún no se quita del todo. No me malinterpretes, no es vergonzoso ganarse la vida trabajando con las manos. Pero en mi caso, no tuve otra opción. No tiene por qué ser así para ti. ¿Quieres estudiar formación profesional de mecánica y trabajar con coches de carreras? Pues vale. ¿Quieres ir a la Universidad Virginia Commonwealth, estudiar Arte y ser diseñador gráfico? Pues también vale. ¿Quieres ser abogado, médico o escritor? Tampoco pasa nada. La educación te da todas esas opciones.

Beauregard se recostó en el asiento del conductor.

—Escucha, si eres negro en Estados Unidos, todos los días te cargas a la espalda el peso de las bajas expectativas de la gente. Te pueden aplastar contra el puto suelo. Imagínatelo como si fuera una carrera. Todos los demás salen con ventaja y tú arrastras esas bajas expectativas detrás de ti. Tener opciones te libera de ellas. Te permite romper con ellas. Porque eso es la libertad, ser capaz de soltar lastre. Y no hay nada más importante que la libertad. Nada. ¿Me entiendes, hijo? —dijo Beauregard.

Javon asintió con la cabeza.

—Vale. Solo quiero que te preocupes por darles duro a los libros. Yo me encargo de todo lo demás. Ahora ayúdame a meter a tu hermano en casa. Como se nos escape, se pasará toda la noche peleando con esa puñetera

planta —dijo Beauregard.

Beauregard metió a los niños en casa y les preparó la cena favorita de papá, una bandeja de carne picada con queso y una jarra de Kool-Aid de lima y limón. Más tarde, después de haberlos acostado, esperó despierto a que Kia volviera. Poco después de las once, entró tambaleándose en casa.

—¿Qué les has dado de cenar a los niños?

—Su cena favorita —dijo él.

Se desplomó a su lado en el sofá. Se quedó dormida en menos de cinco minutos. Beauregard se levantó y la llevó a la cama. El flexible cuerpo de su mujer se le enroscó alrededor como si fuera una serpiente. La dejó en la cama y regresó al salón para apagar las luces. Se sacó el llavero del bolsillo. Al colgarlo del gancho, la llave del Duster se desprendió del llavero. La bola ocho que había al final de la cadena cayó con estrépito al suelo. Se agachó y la recogió. En la superficie de resina plástica de la bola ocho en miniatura habían rayado las letras «ATM». Mañana iba a empezar a trabajar en el Buick. Tendría que volver al condado de Cutter y examinar la ruta unas cuantas veces más. Tenía que repasar el plan con Ronnie y el personajillo de Quan una y otra vez. Boonie tenía razón sobre Ronnie. Tramaba una jugada que solo él conocía, así se las gastaba. Era como si fuera adicto a engañar a los demás. Quan era un aspirante a gánster que jugaba con una pistola de adultos. No se fiaba de ninguno de los dos, ni siquiera un poquito. Su padre había confiado en sus compañeros y le habían intentado matar delante de su único hijo. No iba a dejar que a él le pasara lo mismo.

Beauregard sabía que no había honor entre los ladrones. El respeto que te tenían los compinches era directamente proporcional a cuánto te necesitaban, dividido por cuánto miedo te tenían. No había duda de que necesitaban su talento.

Y si no le tenían un poquito de miedo, se equivocaban.

Capítulo 11

Ronnie y Reggie esperaban en el coche de Reggie. El motor al ralentí vibraba tanto que el traqueteo de las puertas recordaba a unas maracas. Habían aparcado en una solitaria vía de servicio del condado. Del bosque a sus espaldas se alzaba una antena de telefonía móvil igual que el brazo de un robot titánico. La camioneta de Beauregard vino retumbando por la carretera de grava y a su paso levantó una borrosa nube de polvo. Beauregard se detuvo junto al coche de Reggie, de modo que las dos ventanillas de los conductores quedasen en paralelo. Cogió una nevera portátil del asiento del copiloto y se la dio a Reggie por la ventanilla. Reggie le entregó la nevera a Ronnie.

—Llevamos aquí fuera casi una hora. Espero que también hayas metido unas birras aquí dentro —dijo Ronnie.

Beauregard le ignoró.

—El tipo que me las dio no vive por aquí y es muy nervioso. Se tarda un ratito en hacer negocios con él —dijo.

Ronnie agarró la tapa de la nevera.

—No la abras aquí —dijo Beauregard.

—Bueno, ¿al menos nos dices qué traes?

—Revólveres de seis balas. Están hechos con piezas de una 38, pero con el cañón más largo. No tienen número de serie ni historial de balística. La Locura las limpia. Son armas fantasma —dijo Beauregard.

—«La Locura las limpia». ¿De dónde lo has sacado, de una puta galleta de la suerte? —le preguntó Ronnie.

—Al tipo que las fabrica le llaman la Locura —dijo Beauregard.

—Ah. Revólveres de seis balas, ¿eh? A Quan no le van a gustar —dijo Ronnie.

—No tienen por qué gustarle. Los revólveres no dejan casquillos y, si necesitáis más de seis balas, más os vale dedicaros a otra cosa —dijo Beauregard. Metió la marcha atrás, dio media vuelta y se fue volando por la vía de servicio.

No le hacía mucha gracia entregar las pistolas a Ronnie, pero no quería que le cogieran con armas sin registrar. Beauregard no pensaba que Ronnie fuera tan tonto como para disparar las pistolas antes del golpe. Al menos, no lo esperaba.

Cuando llegó al taller, Kelvin le estaba cambiando el aceite al vetusto Chevy Caprice de Esther Mae Burke. Lo había subido en el elevador y la señora Burke esperaba sentada en el banco junto a la puerta.

—¿Cómo está, señora Burke? —le preguntó Beauregard al pasar junto a ella de camino a la oficina.

—Estoy bien, Beauregard. ¿Hoy no tenéis mucho trajín por aquí? —le preguntó la señora Burke.

Era una mujer blanca menuda, esbelta y arreglada, con un casco de pelo cano y azulado recogido igual que la cresta de un gallo.

—Ya se animará la cosa —dijo Beauregard.

—Mi vecina, Louise Keating, dice que los del taller Precision solo le cobran 19,99 dólares por cambiarle el aceite. Y te rellenan todos los líquidos y hasta te rotan los neumáticos, todo por 19,99 dólares. Yo le he dicho que, si es tan barato, seguro que no lo hacen bien. Prefiero venir aquí, donde sé que lo hacéis bien —dijo la señora Burke.

—Bueno, le agradecemos la visita —dijo Beauregard.

Siguió andando al despacho.

—¡Voy a seguir viniendo aquí hasta que cerréis, Beauregard! —gritó la señora Burke.

Beauregard no se detuvo. Entró en la oficina y cerró la puerta. La montaña de facturas del escritorio había crecido. Parecían placas tectónicas financieras. Se sentó y empezó a leerlas. Las dividió en dos pilas distintas, las que habían vencido hacía treinta días y las de último aviso. Le quedaban

unos doscientos dólares en la tarjeta de crédito. Le valdrían para pagar la factura de la luz, pero se le acabaría el presupuesto para los suministros. No robaba a Fulano para pagar a Mengano, sino que los dos le acorralaban y le atracaban.

Llamaron a la puerta una hora después.

—¿Sí? —dijo Beauregard.

Kelvin entró y cerró la puerta.

—Dice la señora Burke que te diga que, si sigues aquí dentro de tres meses, vendrá a que le cambiemos los frenos —dijo Kelvin.

—Debería darle las gradas por el voto de confianza —dijo Beauregard.

—¿Me lo vas a enseñar? —le preguntó Kelvin.

—¿Qué?

—No me vaciles, tío. Venga, enséñame en lo que andas trabajando y escondes en el rincón, bajo esa lona grande de cojones —dijo Kelvin.

Beauregard se recostó en la silla.

—Solo es un proyectito personal.

Kelvin se rio.

—Bug, sé que es para un golpe. Solo quiero verlo. Llevas una semana y media trabajando en él noche y día. La otra noche pasé conduciendo sobre las tres de la madrugada y las luces seguían encendidas. Vamos, enséñame esa obra maestra, luego cerramos y vamos al bar de Danny a por un almuerzo líquido. Ha sido un día bastante flojo —dijo.

Beauregard suspiró y dijo:

—Vale, vamos.

Salieron al taller y fueron caminando hasta el rincón más alejado, cerca del contenedor de aceite usado. Beauregard retiró la lona del coche con un ademán teatral. Había pintado la carrocería de azul marino oscuro. Nada extravagante, solo funcional. Kelvin se dio cuenta de que las ventanillas y el parabrisas eran un poco opacos.

—¿Les has puesto cristal antibalas casero a las ventanillas? —dijo Kelvin. Más que una pregunta, fue una afirmación.

—Sí. También lo he equipado con neumáticos antipinchazos —dijo Beauregard.

Abrió la portezuela del conductor y el capó. El motor estaba impoluto.

Kelvin lanzó un silbidito.

—¿Es un V6? —preguntó.

—Sí. Lo he reconstruido de arriba abajo. También le he instalado algunos extras —dijo Beauregard.

—Ja, seguro que sí. Joder, tío, ojalá lo condujera yo. Es una pasada. Seguro que corre mucho —dijo Kelvin.

—Sí, tiene buenas patas. Me he pulido todo el crédito en Recambios Bivins para arreglarlo —dijo Beauregard. Cerró el capó de un portazo, dio un paso atrás y se apartó del coche.

—¿A que te sientes bien al preparar un golpe? —dijo Kelvin.

—No —mintió Beauregard.

Se sentía mejor que bien. Sentía que era lo correcto, como si hubiera encontrado un par de zapatos viejos y cómodos que creía haber perdido para siempre. En el fondo, sabía que era un problema. No debería sentirse bien ni que era lo correcto. La lista de lo que le alegraba la vida tendría que empezar con su mujer y sus hijos y terminar con algo benigno, al estilo de la próxima escapada para pescar o de ir a ver una carrera legal de coches. Pero las aspiraciones y la realidad casi nunca coincidían.

—Vamos a por la cerveza —dijo.

La música del bar de Danny era igual de oscura que la decoración. El sistema de sonido envolvente los atronaba con «Hey Joe», de Jimi Hendrix. El bar tenía una gramola nueva y lujosa iluminada con LED, pero habían decidido que aquel viejo relato de Jimi sobre el asesinato y el dolor era más oportuno para beber de día. Beauregard pidió una Bud *Light* y Kelvin, un ron con Coca-Cola.

—¿Seguro que no quieres que te ayude? —le preguntó Kelvin.

Beauregard le dio un sorbo a la cerveza.

—Seguro.

Kelvin se llevó el vaso a la boca y los cubitos de hielo se chocaron unos con otros.

—Vale. Solo digo que cuentes conmigo.

Beauregard le dio otro sorbo a la cerveza.

—Sí. Creo que va a ser cosa de una sola vez. Si sale todo bien, podemos mejorar el taller, añadir una zona de carrocería y competir con Precision en

el próximo concurso de contratos del condado —dijo.

—Sí, guay. Tampoco quiere decir que no podamos conseguir un dinerillo bajo cuerda —dijo Kelvin.

—De hecho, es justo lo que quiere decir.

Beauregard se acabó la cerveza y se levantó con cuidado del taburete.

—Eh, tío, yo no... —la voz de Kelvin se fue desvaneciendo.

—Ya lo sé —dijo Beauregard. Se inclinó adelante y le acercó la boca al oído—. Si te preguntan, los próximos lunes y martes he pasado todo el tiempo en el taller.

—No hacía falta que me lo dijeras. Ya sé lo que hay que hacer —dijo Kelvin.

Beauregard le dio una palmadita en la espalda y fue a la salida. Cuando se acercaba a la puerta, entró un blanco alto y desgarrado. Tenía una pelambrera marrón y revoltosa que parecía un perro de diseño. Sus grandes ojos marrones se veían llorosos e inyectados en sangre. Miró de soslayo a Beauregard antes de caminar con cuidado hacia la barra. Al pasar, Beauregard le vio un antojo rojo en el cuello que guardaba cierto parecido con el mapa de Estados Unidos. El antojo era típico de la familia de aquel hombre. Su padre y sus dos tíos lucieron justo el mismo antojo en el mismo sitio. Así era cómo se habían ganado los apodos. Al padre de Melvin le llamaban Rojo y a sus tíos, Blanco y Azul. En los viejos tiempos, los Navely eran lo que en Red Hill se consideraban malos.

Melvin Navely se sentó a la barra, a dos taburetes de Kelvin. Beauregard oyó que pedía una ginebra con hielo. Cuando se llevó el vaso a los labios, se dio cuenta de que a Melvin le vibraba la mano. Beauregard se preguntó si le temblaba el pulso por el *delirium tremens* o por haberle visto a él al entrar al bar. Aunque Red Hill era un pueblo pequeño, no solían verse. Podría contar con los dedos de una mano la cantidad de veces que había visto a Melvin Navely en los últimos quince años. ¿Melvin le evitaba a propósito? Beauregard pensó que era posible, no se lo reprochó.

Él tampoco querría ver que andaba libre la persona que había atropellado a su padre.

Capítulo 12

El lunes por la mañana, Beauregard se despertó a las seis. Se puso un par de vaqueros azules y una camiseta negra. Sacó un viejo par de gafas de sol de la mesilla y dejó la cartera. Kia yacía de lado, con las piernas pegadas al pecho. Beauregard se inclinó y le besó la mejilla. Ella se volvió y le besó.

—Hola —dijo.

Beauregard le acarició el pelo y dijo:

—Me marchó.

Kia abrió los ojos.

—Es hoy, ¿no? —preguntó.

—Sí. Quizá vuelva tarde a casa —dijo Beauregard.

Kia se sentó en la cama y le besó en la boca.

—Más te vale volver a casa de una pieza —dijo.

—Sí.

Se miraron el uno al otro y conversaron con la mirada.

Que no te maten. Que no te cojan.

No. Estoy hecho para esto. Es lo único que se me da bien.

No es cierto. Eres buen padre y buen marido. Te quiero.

Yo también te quiero.

Se fue a besar a sus hijos. Luego partió al taller.

Beauregard subió al Buick y lo arrancó. El sonido no era igual de impresionante que el Duster, pero era casi igual de rápido. Lo había sacado

la noche anterior para dar una vuelta de prueba. Se conducía con suavidad y tomaba las curvas como un bailarín de tango que ejecuta un balanceo. Salió con cuidado del taller, bajó, cerró la puerta enrollable y puso rumbo a la caravana de Reggie.

Ronnie y Quan salieron la segunda vez que tocó el claxon. Ambos vestían monos azules e idénticos. Los dos llevaban bolsas de la compra, de plástico y con el logo del supermercado IGA bien visible. Ronnie ocupó el asiento del copiloto y Quan subió al asiento trasero. Ronnie estaba más callado de lo habitual. Quan tarareaba una melodía que Beauregard reconoció; era «Regulate» de Warren G y Nate Dogg.

Pasó marcha atrás al lado del coche de Quan y luego recorrió el camino de acceso a la caravana de Reggie y Ronnie. El Buick llevaba las matrículas de otro Buick viejo del desguace de Boonie y una pegatina falsa de la ITV. Beauregard fue bien por debajo del límite de velocidad cuando condujo al condado de Cutter. No les pasaría nada, a menos que algún madero extremista tirase de prejuicios raciales y comprobara las matrículas.

—¿Traéis todo lo que os pedí? —preguntó Beauregard.

Ronnie dio un respingo, como si le hubieran dado una patada en los huevos.

—¿Eh?

—Los pasamontañas, el maquillaje y los guantes quirúrgicos.

—Ah, sí. Hemos pagado en efectivo, como dijiste. Hemos comprado los pasamontañas en tiendas distintas a las del maquillaje y en días distintos.

—Bien. ¿Los dos estáis limpios? —preguntó Beauregard.

—Sí. Ni siquiera he bebido cerveza esta mañana —dijo Ronnie.

Quan no respondió.

—¿Quan? —dijo Beauregard.

—Voy limpio, negrata —dijo Quan. Habló con claridad y articulación. Tenía la voz firme y clara. Vocalizó cada sílaba con un énfasis tan marcado que podría cortar el pan.

—¿Este trasto tiene radio? —preguntó Ronnie.

Beauregard siguió por la carretera Town Bridge, rumbo a la autopista. Llevaba un par de guantes para conducir negros y con agujeros en los nudillos. Abrió y cerró la mano derecha y pulsó un botón de la radio de la

consola central. La canción «Ante Up»^[1] de M. O. P. empezó a inundar el coche.

—¡Vaya, qué apropiada! —dijo Ronnie.

El aire acondicionado del coche no funcionaba. Beauregard abrió la ventanilla y se coló un torrente de aire en el Buick. Notó cómo el corazón le comenzaba a latir con fuerza. Parecía un tiburón mielga aleteando en el muelle. El cielo estaba igual de oscuro que al crepúsculo. Una manta de nubes ennegrecía el sol del alba. Pusieron otra vieja canción de hiphop en la radio y Beauregard empezó a marcar el ritmo con la cabeza antes de darse cuenta del título. Era «Mind Playing Tricks on Me», de los Geto Boys, el trío de Houston. Se acordaba de que, la primera vez que salió aquella canción, Kelvin se moría por una casete y le convenció de ir a dedo al centro comercial de Richmond e intentar robar una. Beauregard fue a los recreativos, les dio una paliza al Pit-Fighter a unos universitarios blancos y ganó suficiente dinero para comprar la casete. Kelvin le preguntó por qué no la robaban sin más.

—Papá dice que tiene que merecer la pena correr riesgos por la recompensa. No vale la pena que nos pillen en la puerta por la casete —dijo.

—¿Te lo ha dicho él? —le preguntó Kelvin.

—No, pero le oí cuando hablaba con el tío Boonie.

Sabía por qué lo recordaba ahora. No le hacían falta seis años de carísimo psicoanálisis para entender su propia mente. Los diamantes merecían la pena. Incluso aunque Ronnie fuera turbio y Quan, inestable. El premio compensaba los riesgos por una tonelada. Beauregard se incorporó a la autopista y pisó el acelerador.

El aparcamiento del centro comercial estaba casi vacío cuando llegaron. Había dos coches delante de un restaurante chino que estaba a dos puertas de la joyería. Delante de la joyería había cinco coches. El resto del aparcamiento estaba vacío. El cielo se había despejado de nubes, revelando un azul cerúleo. Beauregard pensó que parecía que habían derramado las acuarelas en los cielos. Pasó de largo la joyería y aparcó de modo que se quedó de cara a la salida. Respiró hondo.

—Hora de volar —dijo al exhalar.

—¿Eh? —preguntó Quan.

—Nada. Comprobad que las pistolas estén cargadas. Poneos el maquillaje. Un minuto para comprobar que ningún héroe se mete donde no le llaman. Dos minutos para abrir la caja fuerte y coger los diamantes y otras joyas de los mostradores. Un minuto para volver al coche. Cuatro minutos. A los cinco minutos me marchó del aparcamiento, ¿entendido? —dijo Beauregard.

Ronnie y Quan abrieron las bolsas y sacaron los botes de maquillaje blanco. Se pusieron los guantes de látex y los pasamontañas de camuflaje claro. Ambos desenfundaron los revólveres.

—Listo, tío. Volvemos en menos de lo que canta un gallo —dijo Ronnie.

—¿Entendido, Quan? —preguntó Beauregard.

Estudió el reflejo de Quan en el espejo retrovisor. Llevaba a la Parca rural sentada en el coche.

—Listo, tío —dijo Quan, vocalizando con exageración cada palabra.

—¿Vas colocado? —preguntó Beauregard.

Quan se metió la 38 en el bolsillo.

—No.

Beauregard se volvió y se apoyó en el asiento.

—Mírame.

Quan levantó la cabeza.

—Te he dicho que voy limpio, negrata. Vamos al lío, hostias —dijo Quan.

—Cuatro minutos. Doscientos cuarenta segundos. Nos darán una ventaja de dos minutos sobre los polis que están a tres calles de aquí. Entrar, salir y largarse —dijo.

Un viejo atracador de bancos irlandés con quien había trabajado en tres ocasiones distintas había acuñado aquella frase, pero a Beauregard nunca se le olvidó. El irlandés era un profesional. Aquellos chicos no jugaban en la misma liga, ni siquiera jugaban al mismo deporte.

—Entendido —dijo Quan.

Ronnie se ajustó el pasamontañas y dijo:

—Vamos a darnos brillo.

Abrió la portezuela del coche y bajó de un salto. Quan pasó por encima del asiento, le siguió y cerró de un portazo.

Beauregard observó cómo cruzaban el aparcamiento deprisa. Desde donde aparcó había quince pasos hasta la puerta. Había vuelto hacía unos días para contar los pasos de la puerta al estacionamiento más cercano. Miró el reloj. Eran las ocho y cuarto.

Agarró el volante.

—Hora de volar —susurró.

Capítulo 13

Ronnie se sentía como si estuviera en una película. Le parecía que todo brillaba a su alrededor, centelleaba como las escenas que emite un proyector. La noche anterior había tomado una pizquita de coca. Por la mañana se había metido dos rayas, solo lo suficiente para aguzar los sentidos. Se dio cuenta de que había cometido un error. Le abrumaban todos los estímulos a su alrededor. Le parecía oír el ruido de los párpados al pestañear. Notaba la piel en carne viva, como el nervio de un diente roto.

«A tomar por culo. A por el dinero. ¡“Blue suede shoes”, hijoputas!», pensó.

Empujó con el hombro la puerta de la joyería. Llevaba la pistola en la mano derecha y la bolsa de plástico en la izquierda. La luz de las lámparas empotradas del techo bañaba en tonos sepia la zona de ventas. Las vitrinas formaban una U invertida. Al fondo de la tienda había una vitrina larga que hacía las veces de mostrador. La caja registradora quedaba a la izquierda del todo. Dos vitrinas largas recorrían sendos laterales de la joyería. Había un escaparate enorme que ocupaba casi toda la parte delantera del local. Jenny estaba de pie detrás del mostrador, con una mujer fornida que llevaba el pelo muy corto y despeinado. Hablaban con una blanca algo mayor que ellas, que llevaba un vestido de verano con los colores del arcoiris. Tenía el pelo largo, canoso y recogido en dos largas trenzas. A su derecha había un joven negro que se inclinaba sobre una de las vitrinas, obviamente sumido en sus propios pensamientos.

—¡Ya sabéis lo que toca! ¡Tumbaos en el suelo y cerrad la puta boca! —

chilló Ronnie.

—¡Todos al suelo si no queréis que limpien vuestros sesos del puto techo! —chilló Quan.

Al principio nadie se movió. El joven negro ni siquiera alzó la cabeza.

—¡Ya! —chilló Ronnie.

El joven negro se desplomó en suelo con tal rapidez que pareció que se había caído por una trampilla. La blanca tardó más, pero también se tumbó en el suelo. Jenny y la mujer corpulenta, que debía de ser la encargada, también se agacharon. Ronnie fue corriendo al mostrador. Las dos estaban a cuatro patas, a punto de tenderse en el suelo.

—Venga, pelirroja, tú y yo nos vamos a la trastienda —dijo Ronnie.

La encargada se puso de pie de un salto, más rápido de lo esperable, dado su tamaño.

—¡No la toques! —dijo.

Se interpuso entre Ronnie y Jenny. Ronnie estuvo a punto de dar un paso atrás. La ferocidad de la voz de la encargada era agradable. Se le salían los ojos de las órbitas y le latía una vena en la frente. Por lo general, Ronnie no creía en pegar a las mujeres. De niño le inculcaron bastante hospitalidad sureña como para que la mera idea le resultase de mal gusto. En circunstancias normales, no le pondría la mano encima a una señora. Sin embargo, aquellas no eran circunstancias normales. Ni por asomo.

Ronnie golpeó a la encargada justo encima del ojo derecho con la culata del 38. En la frente le apareció una brecha igual de ancha que un palo de polo. La sangre le salió a chorros de la herida, igual que el agua de un grifo roto. La encargada se desequilibró hacia delante, se agarró al mostrador y se cayó al suelo. Ronnie agarró a Jenny del brazo y la puso de pie.

—¡No los pierdas de vista! —ladró Ronnie.

Quan asintió con la cabeza, con energía. Ronnie llevó a Jenny a rastras a la trastienda.

Cuando pasaron por la puerta que decía «Solo empleados», Ronnie se arrimó a Jenny.

—¿Has desactivado la alarma? —le preguntó.

—No he podido. Lou Ellen ya estaba aquí cuando llegué. Se suponía que hoy libraba, pero le cambió el turno a Lisa.

—¡Joder! ¿La alarma está conectada a la caja fuerte? —preguntó Ronnie.

—¿Y yo qué coño sé? —dijo Jenny.

Por segunda vez en la vida, Ronnie estuvo a punto de pegar a una mujer.

—Ábrela de una vez, hostias —dijo.

Jenny liberó el brazo de un tirón, sorteó las tres mesas de trabajo, anchas y metálicas, y dejó atrás un gran escritorio metálico. Se detuvo ante la gran caja fuerte color gris plomo, que era casi igual de alta que Ronnie. Pulsó unos cuantos botones del teclado de la parte delantera de la caja fuerte. Comenzó a parpadear una luz verde en la pantalla LED de la puerta. Jenny tiró del picaporte.

No pasó nada.

—¡Inténtalo otra vez! —refunfuñó Ronnie.

Jenny volvió a teclear la contraseña. La luz verde parpadeó. Tiró del picaporte.

Nada.

—¡Quita del medio! —dijo Ronnie.

Tiró del picaporte. Al principio no pareció que se moviera. Tiró con más fuerza. La puerta comenzó a abrirse, con una lentitud dolorosa. Pesaba una tonelada. Se guardó el revólver en el bolsillo del mono, soltó la bolsa de plástico y abrió la puerta con las dos manos. Dentro de la caja fuerte había seis estantes recubiertos de un tejido negro. En el primero había tres montones de dinero. Ronnie cogió la bolsa de la compra y metió los tres montones en ella. No sabía que iba a encontrar dinero en la caja fuerte, pero no le iba a mirar el diente al caballo regalado. En los tres siguientes estantes había libros de contabilidad, archivos y demás papeles. En el sexto había una caja marrón, corriente, del tamaño de un estuche de lápices. La cogió y abrió la tapa de cartón rígido. Salió volando y Ronnie contempló las vistas más bonitas que había tenido el placer de ver con los ojos. La caja estaba llena de diamantes en bruto. Cada uno era igual de grande que una buena uva pasa.

—Hola, chicas —dijo Ronnie. Cerró la tapa de golpe y metió la caja en la bolsa—. Vamos, tienes que tumbarte al lado de la cantante de las Índigo Girls.

Agarró a Jenny del brazo y se dirigió de vuelta a la zona de ventas. El corazón le zumbaba igual que un avispon en el pecho. Intentó calmarse, pero fue en vano. No pasaba nada, el golpe casi había terminado. Lo había conseguido. Había visto la oportunidad y la había aprovechado. Como decía el Rey, la ambición no era más que un sueño con un motor V8. Aquel V8 le iba a llevar a un lugar con toneladas de arena y aguas cristalinas, donde veías a la sirena que venía a darte un beso.

Nada más abrir la puerta, Ronnie se dio cuenta de que algo iba mal, pero no supo qué pasaba hasta que vio el reflejo de la bollera en el cristal polarizado de la joyería. Al otro lado de la puerta de la trastienda, la encargada apuntaba a Quancon un pistolón.

Ronnie se llevó la mano al bolsillo derecho y cogió la pistola. A través del bolsillo, disparó a la puerta. Lou Ellen disparó el arma al perder el equilibrio. Al caer, se le escapó un grito abrupto. Según se caía, siguió apretando el gatillo de la pistola.

A Quan le llovieron cristales. Uno de los disparos de la mujer que estaba tras el mostrador le pasó volando al lado de la cabeza y agujereó el escaparate delantero de la joyería. Ronnie vio cómo el negro del suelo se levantaba de un salto y corría hacia la puerta. Quan alzó la mano en un acto reflejo.

El joven negro sacudió la cabeza hacia atrás, como si la tuviera atada a una cuerda invisible que hubiesen tensado. Una niebla roja llenó el espacio que le separaba de Quan. El negro se desplomó igual que una sábana mojada que cae de un tendedero. Quan parpadeaba frenéticamente. Tenía algo en los ojos.

Ronnie pasó por encima del negro, al que le faltaba media cabeza, y agarró a Quan del brazo. Le empujó para que fuera hacia la puerta. Oía cómo chillaba Jenny. Su mamacita aullaba igual que una *banshee*. La mujer mayor seguía en el suelo y lloraba. Ronnie sacó a Quan a empujones. Llegaron a la acera en un esprint desesperado. El escaparate delantero de la joyería explotó. Ronnie no volvió la vista atrás, pero supo que la bollera seguía disparándoles. Fue corriendo al Buick con Quan a la zaga. Hasta que

llegó al coche no se dio cuenta de que él también estaba gritando.

Beauregard abrió la portezuela del copiloto cuando vio que los dos salían corriendo de la joyería. Quan trepó al asiento trasero y Ronnie subió al delantero de un salto. Ronnie apenas había cerrado del todo la portezuela cuando Beauregard despegó, los neumáticos chirriaron y dejó una nube de humo gris a su paso. El Buick salió volando del aparcamiento casi a setenta por hora. Beauregard pisó a fondo los frenos y el acelerador al mismo tiempo que torcía el volante a la derecha. A aquella hora de la mañana, solo había unos pocos coches en la calle. Beauregard los esquivó a toda velocidad subiéndose a la acera y volvió a la calzada. Se saltó un semáforo en rojo y Ronnie chilló cuando encajó el coche en el hueco que dejaban una camioneta sureña de ruedas monstruosas y una corta furgoneta de reparto.

Beauregard agarraba el volante como si fuera un salvavidas. Notaba cómo las vibraciones el motor le subían por el volante y los brazos. No se le disparó el corazón. Se figuró que no tendría más de setenta pulsaciones por minuto. Aquel era su elemento, donde destacaba. Algunas personas estaban hechas para tocar las teclas del piano o para rasguear las cuerdas de una guitarra. Su instrumento era el coche y estaba tocando una sinfonía. Le invadía una sensación de frialdad. Le empezaba en el estómago y se le extendía por las extremidades. Sabía que daba igual lo que pasara, nunca se iba a sentir más vivo ni más presente de lo que se sentía en aquel momento. Era una idea cierta y también triste.

Quan se quitó el pasamontañas y lo arrojó al suelo del coche. Se frotó los ojos y, a la vez, escupió varias veces. Tenía en la boca un sabor picante, a cobre. Detrás de ellos brotaron las sirenas. Se volvió y miró por la luneta trasera. Dos coches patrulla de policía, azules y blancos, habían aparecido de la nada. Las luces casi se perdían en el brillo del sol. Quan volvió a limpiarse los ojos con la manga. La miró y se dio cuenta de que el maquillaje tenía un toque rosado. Sangre. Era sangre. La sangre de aquel tipo. Le había matado. Había matado a una persona. Quan soltó la pistola en el suelo como si estuviera ardiendo. Se le escapó el vómito por la boca antes de que se diera cuenta de que tenía náuseas.

Beauregard miró de soslayo a la izquierda y examinó los coches patrulla que se acercaban con rapidez por el espejo lateral. Durante el segundo viaje de reconocimiento, había vuelto a pasar por la comisaría. Era casi de noche y contó cuatro coches patrulla en el aparcamiento que había al lado de la comisaría. Sumados al que había visto aparcado cerca de la salida, hacían cinco. Un lugar del tamaño del condado de Cutter no necesitaba más de cinco coches patrulla. Los dos que los perseguían y el que seguramente estuviera de patrulla eran unos Dodge Charger Pursuit de edición especial. El motor hemisférico de trescientos cuarenta caballos que llevaban debajo del capó se traducían en que aquellos coches iban de cero a cien en seis segundos. Venían equipados con opciones avanzadas de transmisión y suspensión. Las potentes varillas de dirección y las pinzas de freno más anchas de lo normal les proporcionaban una capacidad de maniobra casi sobrenatural.

Como habría dicho su padre, «aquellos perros sí que sabían cazar».

Beauregard había calculado que, si todo iba bien, una vez se marcharan de la joyería tendrían por lo menos dos minutos antes de que los polis se enterasen de que la habían atracado. De lo contrario, había imaginado que tendrían solo treinta segundos si todo se fuera al puto garete. Oyó los disparos cuando esperaba en el Buick. Eran una señal clara de que todo se había ido al garete, y mucho. No le sorprendió que los polis le aparecieran en el espejo retrovisor.

La señal situada junto al acceso a la autopista indicaba que los conductores sensatos debían bajar a cincuenta y cinco kilómetros por hora para tomarlo e incorporarse al tráfico.

Beauregard lo tomó a cien kilómetros por hora. Pisó el acelerador con el pie derecho y los frenos con el izquierdo. El coche trazó un semicírculo antes de incorporarse a la autopista.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —aulló Ronnie.

Beauregard soltó el freno y hundió el acelerador hasta el suelo. El Buick dio un salto adelante cuando entró en funcionamiento la transmisión de cinco marchas que le había instalado. Beauregard se incorporó al tráfico y, cuando se deslizó hasta el segundo de los tres carriles de la autopista, le cortó el paso a un camión tractor. El camionero lo pagó con el claxon, pero

Beauregard solo oyó un leve trompeteo en la distancia. Las sirenas pronto ahogaron el claxon. Beauregard miró el espejo retrovisor sin mover la cabeza. Los conductores se echaban a un lado y dejaban pasar a los coches patrulla, que se acercaban más y más. Antes de que se diera cuenta, se acercarían lo justo para embestirle con las barras del parachoques. Puso la radio a todo volumen. Sonaba «Wham!», de Stevie Ray Vaughan. Sería la emisora PBS, la radio convencional ya no ponía canciones instrumentales.

Justo debajo de la radio había un conmutador azul. Beauregard lo pulsó y el motor rugió igual que un oso cavernario. Óxido de nitrógeno. N_2O . Le había instalado un sistema de inyección al motor. También había ajustado los segmentos de los pistones para que, cuando el motor se calentase por introducir el nitrógeno, no se fundieran y rompieran los pistones.

Fue mucho trabajo, pero iba a merecer la pena. La aguja del velocímetro apuntaba al máximo a la derecha. Temblaba justo encima de doscientos veinte. Delante del Buick se cernía un SUV con una plétora de pegatinas en la luneta trasera que contaban la historia de una familia de monigotes y de varios estudiantes de matrícula. Beauregard volvió a dar un volantazo a la derecha y condujo por el arcén de la autopista para esquivar al SUV.

—¡La hostia puta! —chilló Ronnie.

Unas señales triangulares y naranjas advertían de que había obras delante. Beauregard se arriesgó a volver a mirar por el retrovisor. Los coches patrulla seguían allí detrás, pero al Buick y a los Chargers los separaba una distancia de, por lo menos, seis coches. El paso elevado que guiaba a la autopista por encima de una intersección de dos carriles se alzaba delante de él igual que el lomo de una ballena blanca que emerge de las profundidades del océano. La autopista se estrechaba de tres carriles a dos. Cuando acabaran las obras, se ensancharía a cuatro carriles. Estaban añadiendo dos carriles adicionales al paso elevado. La nueva construcción quedaba a muy poca distancia de la vieja. Más allá del borde de hormigón y las varillas de acero al aire se extendía un hueco de veinte metros de ancho. Ocho metros por debajo de aquel abismo, había un montículo de barro mezclado con arcilla rojiza que se alzaba tres metros. Las balizas naranjas de tráfico, además de los montantes de acero y los ángulos de hierro apilados con cuidado, ocupaban el espacio a la derecha del montón de

tierra. A la izquierda quedaban la intersección y una carretera de un solo carril que habían cerrado con conos de tráfico.

—¡Joder, no me digas que vas a saltar esta puta mierda! —dijo Ronnie por encima de las últimas notas de la Stratocaster de Stevie Ray.

—Poneos las almohadas de viaje —dijo Beauregard. Cogió la suya del regazo con una mano y se la colocó alrededor del cuello.

Ronnie cogió las almohadas del suelo. Se puso una y luego le lanzó otra a Quan.

—¿Por qué nos las tenemos que poner, Bug? —preguntó Ronnie.

En vez de ponerse la suya, Quan se tiró al suelo y se tumbó en posición fetal.

Beauregard ignoró la pregunta de Ronnie. Pisó el freno hasta el fondo y dio un volantazo a la izquierda. El Buick giró ciento ochenta grados y los engulló una nube de humo. Sin dudar ni un segundo, metió la marcha atrás y dio un pisotón al acelerador. Habían cambiado los postes de madera que cercaban la mediana por una rejilla para nieves de color naranja.

Ronnie le chillaba al oído. No emitía palabra alguna, solo un largo lamento sin sentido. Iban a cien por hora y se lanzaban a un tramo sin terminar de la carretera.

Marcha atrás.

La policía se acercaba igual que los lobos que persiguen a un ciervo.

Luego al ciervo le salieron alas.

Beauregard no dijo «agarraos». Tampoco dijo «cuidado». Pero, dentro de su cerebro, oyó la voz de su padre:

—¡Mira cómo vuela, Bug!

El Buick despegó del paso elevado. Cayó ocho metros en picado, como una piedra. El maletero se estampó contra el montón de lodo, pero el lodo ayudó a amortiguar la caída. El borde del paso elevado se alejaba más y más del campo de visión de Beauregard a medida que caían. Se preparó para el impacto, se aferró al volante y se recostó contra el asiento todo lo que pudo. El parachoques trasero absorbió parte del impacto. Los amortiguadores que había instalado absorbieron el resto. Notó cómo se tensaba, hasta los límites de la maleabilidad, cada centímetro de las placas de acero que le había soldado al chasis.

El coche de policía que los tenía más cerca frenó de golpe. El coche de policía que iba detrás no. Se chocó con el primero y lo empujó a toda velocidad por el borde del paso elevado. Aterrizó de morro en el asfalto. Vapor y refrigerante salieron despedidos del capó aplastado, incluso cuando el coche cayó hacia delante y quedó panza arriba. Beauregard tiró de la palanca de cambios, metió la posición de avance y se zafó del montículo de barro. La arcilla roja voló quince metros por los aires mientras los neumáticos traseros buscaban algo a lo que agarrarse. Al final, después de lo que le parecieron diez años, Beauregard notó que el caucho daba con la carretera. Esquivó el coche de policía vuelto del revés y se llevó por delante los conos de tráfico. Tomó la carretera de regreso a la 314 y torció a la derecha.

—Creo que me he cagado en los pantalones —murmuró Ronnie.

El Buick salió escopetado por la carretera de asfalto, de un solo carril. Adelantaron a una decrepita furgoneta de trabajo y luego la calzada se quedó vacía. Tres kilómetros después, Beauregard abandonó el asfalto y tomó un viejo camino de tierra con baches de barro, que eran lo bastante profundos como para hacer espeleología. Intentó esquivar los socavones con el Buick lo mejor que pudo. Los árboles que bordeaban el camino proyectaban sombras extrañas a medida que el sol se alzaba más y más en el cielo.

El camino terminaba a seis metros de una gran masa de agua estancada. Beauregard había descubierto aquel lugar en su segundo viaje de reconocimiento. El camino estaba lleno de maleza, pero en su época condujo a una cantera. Con los años, el agua de lluvia la llenó y creó un lago artificial. No había peces en el agua, pero a veces los niños de los alrededores iban allí a nadar. En ocasiones acudían jóvenes amantes a montárselo con incomodidad y a buscar el camino al éxtasis. La grúa de Boonie los estaba esperando a la orilla del lago.

Beauregard detuvo el Buick. Ronnie y Quan bajaron y se quitaron los monos. Ronnie lucía su atuendo habitual y Quan llevaba pantalones de chándal y una camiseta ancha y azul. Arrojaron los monos al coche, no sin antes limpiarse el maquillaje de la cara con ellos. Ronnie y Quan fueron corriendo a la grúa. Beauregard bajó y sacó un listón corto de madera del

asiento trasero. Un extremo estaba empapado de lo que parecía carne picada y salsa de tomate. Apoyó aquel extremo en el acelerador y encajó el otro en el volante. Bajó la ventanilla y cerró la puerta. Luego se metió por la ventanilla abierta y puso la palanca de cambios en la posición de avance. Dio un salto atrás cuando el coche salió disparado hacia delante.

El Buick llegó a la orilla del lago y, por un momento, pareció que volvía a volar. La gravedad lo alcanzó, lo arrebató del aire y lo atrajo al agua. A Beauregard le salpicó la lluvia de agua estancada, pero no se movió. Observó cómo se hundía el coche hasta que se sumergió por completo. ¿Cuánto tiempo seguiría en marcha el motor debajo del agua? Le surgió la duda y tomó nota mental para investigarlo más tarde.

—¡Venga, tío! ¡Vámonos! —dijo Ronnie.

Beauregard subió a la grúa y emprendió el regreso a la carretera principal. Se la había prestado Boonie. Uno de los tipos de Boonie le había seguido hasta el condado de Cutter la noche anterior. Había aparcado en un supermercado a tres kilómetros de allí. Beauregard escondió la grúa y luego volvió a la tienda a pata.

Torcieron a la izquierda, se incorporaron a la carretera 314 y pusieron rumbo a la 249. Beauregard quería evitar la autopista. Las viejas carreteras estatales los llevarían de vuelta a Red Hill. Tardarían un poco.

Un coche patrulla de la policía estatal los adelantó, por lo menos, a ciento sesenta por hora. Se dirigía al condado de Cutter. Ronnie se llevó la mano al bolsillo, como si buscara la pistola que había tirado al lago.

—Buscan un Buick pintado de azul, no una grúa —dijo Beauregard.

Tardaron casi tres horas en volver a Red Hill. Beauregard llevó a Ronnie y a Quan de vuelta a la caravana de Reggie. Paró la grúa y echó el freno de mano. Bajaron los tres. Ronnie llevaba la caja debajo del brazo, igual que un libro de texto del instituto. Rodeó la parte delantera de la grúa, fue hasta el lado del conductor y, de broma, le dio un puñetazo en el hombro a Beauregard.

—¡A eso lo llamo yo conducir! ¡Por eso necesitaba al Bug! ¡La hostia! Me ha parecido ver que Jesucristo intentaba coger el volante, pero tú estabas en plan: «¡Deja, macho, que ya me encargo yo!» —dijo.

Levantó la mano para chocar los cinco. Beauregard se metió las manos

en los bolsillos. Ronnie aguantó la mano unos instantes más y luego la bajó. Beauregard le miró.

—He oído disparos. Otra gente también los habrá oído, por eso llamaron a la poli. ¿Qué ha pasado allí dentro? —preguntó Beauregard.

Ronnie se encogió de hombros.

—La bollera esa sacó un arma.

—¿La mataste?

—Bueno, no me paré a tomarle el pulso.

—Y él, ¿qué? ¿Ha matado a alguien?

—Tío, allí dentro se armó la de Dios. No nos quedaba otra.

—¿Cómo desenfundó antes que vosotros? Se suponía que Quan se encargaba de controlar a la gente mientras tú ibas a la trastienda —dijo Beauregard.

Ronnie se había estado preguntando lo mismo, pero ahora que habían escapado y vuelto a casa ya no le importaba mucho.

Beauregard le esquivó y fue a por Quan. Invadió del todo el espacio personal del otro.

—¿Qué te cuentas, gánster? ¿Qué ha pasado?

—Tío, ¿y qué importa? Lo hemos conseguido —dijo. Arrastró las palabras «hemos conseguido».

—¿Qué dices? —preguntó Beauregard.

—Digo que...

Beauregard le dio una bofetada tan fuerte que sonó como si hubiese disparado un fusil. Quan giró ciento ochenta grados y se escurrió por el capó de la grúa. La camiseta azul se le enganchó en la calandra, encima del faro. Beauregard se acuclilló a su lado.

—La has cagado tú, ¿verdad? Te lo veo en los ojos. Te voy a explicar por qué sí importa. Importa la diferencia entre un atraco a mano armada que quizás investiguen durante unos meses y un asesinato en primer grado del que jamás se van a olvidar. Te dije que no te colocaras, pero te chutaste de todas maneras. A ver que adivine, la chica esa desenfundó cuando te quedaste empanado, mientras Ronnie estaba en la trastienda. ¡Serás estúpido!

Beauregard se puso de pie.

—No vuelvas a Red Hill. Eres *persona non grata*. No quiero volver a verte. Y tú... —dijo cuando se volvió para mirar a Ronnie—. No te quiero ver hasta que tengas mi dinero. Luego quedaremos en algún sitio a las afueras del pueblo. Deshaceos de los móviles.

Volvió a acucillarse y agarró a Quan de las trenzas.

—No creo que te lo tenga que decir, pero no le cuentes nada a nadie de lo que ha pasado hoy. He oído cómo vomitabas en el asiento trasero. Sé que te va a costar vivir con ello. Pero aprendes a vivir con ello o mueres por ello, ¿me entiendes? —dijo.

Quan afirmó con la cabeza. Beauregard se puso de pie.

—Es la última vez, Ronnie. Después de que me pagues, no te acerques a los míos ni a mí.

Beauregard subió a la grúa y arrancó el motor. Quan se zafó de la calandra y se levantó. Beauregard salió marcha atrás por el camino de acceso a la caravana de Reggie.

—Odio a ese hijoputa —dijo Quan.

—No creo que tú tampoco le caigas muy bien. Venga, vamos a por una birra. Dentro de una semana, vas a tener ochenta mil pavos más. Te vas a poder pagar un entrenador de boxeo —le dijo Ronnie.

—Que te den, Ronnie —dijo Quan. Se frotó la cara.

—Sí, ya. Vamos a por la birra antes de que vuelva Bug y te deje K. O. —dijo Ronnie. Se marchó en dirección a la caravana.

Instantes después, Quan le siguió.

—Odio a ese hijoputa —murmuró Quan en voz baja.

Beauregard condujo hasta el desguace de Boonie, intercambió la grúa por su camioneta y se marchó al taller. El cartel de la puerta rezaba «Cerrado». Kelvin habría salido a almorzar. Abrió la puerta, entró y encendió las luces. El Duster estaba en el rincón, igual de mudo que la esfinge, si bien le habló en el interior de su cerebro:

—Somos quienes estamos destinados a ser.

La voz de su cabeza sonaba a la de su padre. Aquella voz áspera, melódica y empapada de *whisky* que le perseguía siempre que soñaba

despierto. Pero las palabras pertenecían a una persona mucho más elocuente de quien no conseguía acordarse. Pasó el dedo por el capó del Duster. Había habido un tiroteo y quizás hubiese muertos. La policía se los iba a echar encima después de un atraco tan descarado a plena luz del día. Tenía el presentimiento de que Ronnie iba a intentar jugársela con su parte. Quan era un puto desastre.

Pero habían escapado. Aún se le daba bien, fuera lo fuese.

—Somos quienes estamos destinados a ser —dijo.

Sus palabras reverberaron en el taller.

Capítulo 14

—Señorita Lovell, queremos que sepa cuánto sentimos lo que le ha pasado —dijo el primer poli, que se apellidaba LaPlata.

Era alto y delgado, pero tenía unas manos grandes y venosas que parecían lo bastante fuertes como para abrir un coco.

—Para su información, el fiscal del estado no está por la labor de presentar cargos contra usted por disparar el arma —dijo el otro poli, Billups—. La señora Turner se va a poner bien y no quiere denunciar a nadie. Como la pistola estaba registrada, no tiene por qué preocuparse en ese sentido.

Tenía la complexión de una boca de incendios y estaba perdiendo más pelo que tropas perdió el general Lee en Gettysburg. Estaban sentados enfrente de ella, en un estrecho sofá de dos plazas con un desgastado estampado floral. Lou Ellen estaba sentada en el sillón reclinable con las piernas en alto, en el reposapiés. Las muletas yacían en el suelo, al lado del sillón.

—¡Vaya, qué alivio! Ya que intentaba salvarle la vida... —dijo Lou Ellen.

Cambió de postura en el sillón y notó una ráfaga de dolor que le atravesaba todo el lado izquierdo. Hizo una mueca y profirió un gemido largo y gutural.

—¿Necesita algo? —preguntó Billups.

Lou Ellen negó con la cabeza.

—Los médicos ya me han recetado la mayor dosis legal de OxyContin.

Dicen que la bala me entró por el muslo, me rebotó en el fémur y me salió cerca del culo. Han pasado dos semanas y sigue sin cicatrizar. Creo que me va a doler mucho tiempo, más me vale acostumbrarme —dijo Lou Ellen.

—Señorita Lovell, ¿qué nos puede contar de los atracadores? —le preguntó Billups.

Lou Ellen volvió a negar con la cabeza.

—Los dos eran hombres, creo. Ambos llevaban pasamontañas. Y guantes. Llevaban guantes.

—¿Está segura de que no se llevaron nada más? La caja fuerte estaba abierta de par en par cuando llegaron los agentes —preguntó LaPlata.

—Solo unos cientos de dólares en efectivo para gastos —mintió Lou Ellen.

LaPlata la miró fijamente. Parecía que sus ojos almendrados la estudiaban igual que un niño estudia una hormiga antes de enfocarla con la lupa.

—Es un poco raro. En las vitrinas había joyas por valor de miles de dólares, pero no fueron a por ellas. No entraron y se llevaron todo lo que pudieron. Fueron específicamente a por la caja fuerte y nada más —dijo LaPlata sin apartar los ojos de Lou Ellen.

—Creerían que guardábamos la buena mercancía en la trastienda, no sé. Mire, no quiero ser maleducada, pero no me siento muy bien. ¿Lo dejamos para otro momento?

LaPlata dirigió la mirada a Billups. Tras unos instantes, el hombretón asintió con la cabeza. Los dos inspectores se pusieron de pie.

—Bueno, señorita Lovell, si se le ocurre algo, haga el favor de llamarnos. Lo vamos a investigar a fondo, se lo prometo —dijo LaPlata.

Le entregó una tarjeta de visita con su nombre impreso en letras claras y pequeñas. Lou Ellen cogió la tarjeta, pero no le miró a los ojos, tan inquisitivos. Notaba cómo le perforaban el cráneo.

—Descanse un poco, señorita Lovell. Estamos en contacto —dijo Billups.

Los inspectores se marcharon del piso, un tanto molestos.

Cuando oyó cómo se cerraba la puerta detrás de ellos, cerró los ojos y suspiró. Rebuscó en el bolsillo de los pantalones de chándal y sacó un

frasco de plástico marrón lleno de pastillas. Se tragó sin agua otras dos píldoras de OxyContin. El sabor amargo pronto dio paso a una hinchazón lánguida que le recorrió el cuerpo, lenta pero implacable. Echó el sillón reclinable atrás del todo, se recostó e intentó no pensar en los polis, en la joyería ni en el dolor de la pierna.

Transcurrieron veinte minutos hasta que le sonó el teléfono móvil. Lou Ellen se reincorporó. Notó que el corazón le latía con fuerza, como si tuviera un martillo neumático golpeándole el pecho. Se sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla.

El identificador de la llamada entrante rezaba Juan Onceuno. Juan 11: 1. La primera mención a Lázaro en la Biblia. Que te llamara Lazarus Mothersbaugh, el Lento, nunca era buena señal. Que te llamara después de que hubieras permitido que robasen uno de sus locales era aterrador.

Podía ignorarle, pero la llamaría otra vez y empeoraría las cosas. Como si pudieran empeorar. Tocó la pantalla con el dedo y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—Vaya, vaya, vaya, si es la mismísima Annie Oakley —dijo una voz aguda y de pito.

Se le notaban las montañas de Lynchburg y Roanoke en el habla. Algunas personas le prejuizarían basándose en aquel acento cerrado. Serían unas ingenuas.

—Hola, Lento —dijo ella.

—Hola, Lou. ¿Qué tal estás? Me han contado que la bala se dio un garbeo por tus cuartos traseros —dijo. Rio con suavidad.

—No. Me dispararon en la cadera y me salió cerca del culo.

Oyó cómo respiraba hondo. Escuchó por el móvil cómo carraspeaba para quitarse una flema.

—Es un pifostio, Lou. Un puto pifostio, sucio de cojones —dijo el Lento. Lou no respondió—. Has currado bien pa mí, Lou. Por eso te dejo trabajar en la joyería.

—No sé qué pasó, Lento. Aquellos tíos entraron a la fuerza y... No sé nada —dijo.

No sabía nada, de verdad. Tenía alguna que otra sospecha, pero no

estaba segura de nada.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Se oyó un golpe fuerte en la puerta de la entrada. Parecía que intentaban echarla abajo a martillazos.

—Sí, sí lo sabes. Horace y el Quemado te lo van a preguntar y se lo vas a contar. En serio, Lou, ojalá no tuviera que ser así. Pero si los deseos fueran caballos, los mendigos serían jinetes —dijo.

Se cortó la llamada.

Lou Ellen volvió la cabeza en dirección a la puerta. Seguían aporreándola. Cerró los ojos.

—¡Está abierta! —gritó.

Que los jodieran. Si venían a matarla, que abrieran ellos mismos la puñetera puerta. Oyó unos pasos pesados y luego vio cómo rodeaban el biombo del recibidor.

La sonrisa de Horace le hacía parecer una calabaza que hubiera tallado un paciente con Parkinson. Tenía el pelo entrecano y amontonado en la parte superior de la cabeza, en una pelambreira desaliñada y grasienta. Llevaba una vieja camiseta de Texaco y pantalones vaqueros. Tenía los brazos llenos de tatuajes nórdicos: vikingos, hachas de batalla y calaveras. Con él venía Billy Mili, el Quemado. Le sacaba a Horace treinta centímetros de altura y quince de anchura. Vestía un par de pantalones chinos arrugados y una camisa blanca de cuello abotonado, que llevaba desabrochada por arriba. Tenía el pelo negro y ralo, con mechones grises y la raya en el medio. La perilla al estilo Van Dyke aún era más negra que blanca. Los ojos eran dos piedrecitas de jade resplandecientes. Si no fuera por la cicatriz que tenía en el lado izquierdo del rostro, se le consideraría un hombre guapo y robusto. La cicatriz de la quemadura le pasaba por la barbilla, la mejilla, el ojo y lo que le quedaba de oreja. Lou sabía que llevaba el pelo largo para disimular la cicatriz todo lo posible.

—Hola, Lou Ellen. ¿Qué tal? —preguntó Billy.

—Bien, dadas las circunstancias.

Se dio cuenta de que el Lento solo la había llamado para asegurarse de que estaba en casa y no en el hospital. Lou dejó caer la mano junto al costado derecho. Los polis tenían su pistola, pero le quedaba la navaja automática que casi siempre llevaba encima.

—Ya. Duele un cojón cuando te disparan. Es como si te clavaran un atizador al rojo hasta el hueso —dijo Billy.

Se sentó en una de las sillas que los polis habían cogido de la cocina. Se inclinó hacia delante y dejó que las manos le colgaran flácidas entre las piernas.

—Te hace pensar que na te va a doler más —dijo.

A Horace le entró una risita nerviosa.

—Sí —dijo Ellen. Tenía la boca seca como el desierto.

—Pues no. Siempre se puede sufrir más —dijo Billy. Se pasó la mano por el pelo y ella le vio el resto de la cicatriz.

—Billy...

—Chist. Tengo que preguntarte dos cosas, Lou. Solo dos preguntas. Luego nos largamos —dijo.

—Los polis se acaban de ir. No les he dicho nada. Ya lo sabéis —dijo. Notó que se le anegaban los ojos de lágrimas y se odió a sí misma por ello.

Billy sonrió.

—Ah, ya lo sé, tía. Hemos visto cómo se marchaban. Ya andarán muy lejos, pero gracias por contestar a la primera pregunta —dijo.

La sonrisa parecía hacerle la cicatriz más desagradable. Era como si el fantasma de su viejo rostro se alzara de la tumba. Billy arrimó la silla aún más al sillón.

—La segunda pregunta es la del millón. ¿A quién le hablaste de los diamantes? Ya sabes, los que el Lento usaba pa pagar por las chicas esas —le preguntó.

Volvió a sonreír y la piel de la zona de los ojos se le arrugó igual que el papel crepé.

Lou Ellen notó cómo la lengua se le retorció en la boca. Podría decir la verdad, soltarlo todo y esperar que le fuera bien. O podría mentir. Fingir que no tenía ni idea de cómo aquellos tipos sabían que había diamantes por valor de casi dos millones de dólares en la caja fuerte. O podría jugársela y buscar un punto medio.

—No se lo conté a nadie, pero hay una chica que trabaja allí... —dijo.

Billy se inclinó hacia delante.

—Jo, tía. ¿Otra vez una chica a la que le sabe el chocho a algodón de

azúcar y sueños? —dijo Billy.

—No le conté nada. En realidad, no. En plan, pasábamos el tiempo juntas. Habrá oído algo —dijo Lou Ellen.

Billy asintió con sabiduría. Recorrió el muslo izquierdo de Lou con la mano derecha.

—El Lento tiene una amiga en el hospital. Dice que, un poco más a la izquierda, y te habrían dado en la arteria femoral.

Detuvo la mano en la herida.

—Sí —dijo Lou Ellen.

Billy le apretó el muslo. Cerró la mano igual que un cepo para osos y hundió el pulgar en la herida. El dolor cobró vida, agarró a Lou de la garganta y la dejó sin aliento. Por instinto, ella sacó la navaja. El brazo izquierdo de Billy salió disparado y le cogió la muñeca cuando Lou blandía el arma.

—Vamos, Lou —dijo. Le retorció la muñeca con fuerza y la navaja se le cayó en el regazo—. ¿Cómo se llama? ¿La chica del chocho que sabe a magia y estrellas?

—Lisa —resolló.

Billy le soltó la pierna y le cogió la navaja del regazo.

—¿Lisa no es la rubia? —preguntó.

Lou Ellen afirmó con la cabeza.

—Entonces fue a la otra. A la pelirroja, Jenny —dijo cuando volvió a sentarse en la silla. Los tarugos de madera que la sostenían en pie crujieron. A Lou le costaba respirar por la boca—. No creí que te fueras a chivar de la verdadera. Mientes mal, Lou Ellen. Siempre has tenido debilidad por los culos gordos. Lisa es demasiado flacucha pa ti.

Billy se puso de pie.

—No, Billy. No le hagas daño, por favor.

—Si solo fuera una joyería, no tendría por qué ser así. Pero los maderos esos van a empezar a meter las narices. Van a revisar los libros y ver que no cuadran las cuentas —dijo Billy.

—No les voy a decir ni una puta mierda —dijo Lou Ellen.

Billy frunció el ceño.

—Sé que eres buena gente, Lou, pero la poli se te va a echar encima.

Por si te consuela, le dije al Lento que debería encargarme yo mismo. Soy el que te conoce desde hace más tiempo —dijo. Fue caminando hasta el respaldo del sillón reclinable.

—Billy, dile al Lento que puedo explicarlo. Lo puedo arreglar —dijo Lou Ellen.

Se retorció en el sillón para ver lo que hacía detrás de ella. Le dolió una barbaridad, pero se contorsionó e intentó mirar por encima del respaldo del sillón. Los ojos se le salieron de las órbitas a causa del esfuerzo. Billy se sacó del bolsillo trasero una bolsa enrollada de plástico negro.

—No, no puedes, Lou. Hay cosas que se rompen y no se pueden arreglar.

Le tapó la cabeza con la bolsa y se la ciñó al cuello. Lou Ellen luchó por levantarse del sillón e intentó ponerse de pie mientras arañaba la bolsa.

—¿Le sujetas las putas manos? —preguntó Billy.

Horace fue corriendo, se sentó a horcajadas en las caderas de Lou y le sujetó los brazos. Le pareció ver la silueta de la nariz en el plástico oscuro. Donde creía que estaría la boca se hinchaba y deshinchaba una pompa. Lou gritó, pero la bolsa amortiguó el sonido. Los gritos se convirtieron en un chillido desesperado. El chillido retrocedió para transformarse en los gruñidos de un animal, cada vez más y más desesperados. Despacio, los gestos se volvieron menos frenéticos. Los gruñidos cedieron y se convirtieron en bocanadas casi imperceptibles. Pasaron unos instantes y dejó de patallar.

Pasó más tiempo y dejó de moverse por completo. El piso se impregnó de un olor intenso. A Billy y a Horace no les molestó demasiado. No era la primera vez que alguien hacía de vientre en su presencia. Billy le quitó la bolsa, la enrolló y se la volvió a meter en el bolsillo. A Lou le colgaba la cabeza a la derecha. Se le salió la lengua de la boca, del mismo modo que la cabeza de una tortuga emerge del caparazón.

Billy se rebuscó en el bolsillo y sacó un pañuelo. Se limpió la frente y se lo guardó otra vez. Del otro bolsillo sacó una petaca plana y plateada, un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas. Encendió uno de los cigarrillos con una de las cerillas y lo soltó en el suelo, entre los pies de Lou. Ni se lo llevó a la boca. Tan solo puso la cerilla en el extremo del cigarrillo hasta

que apareció un puntito rojo. Luego, vertió el contenido de la petaca en el suelo y en las cortinas. Echó un poco directamente al cuerpo de Lou Ellen. El olor acre a *whisky* de contrabando contrarrestó el olor a mierda que había impregnado el aire.

Billy lanzó un suspiro y le acarició la mejilla a Lou Ellen con delicadeza.

—Me cago en to, tía —murmuró.

Le arrojó al cuerpo otra cerilla encendida. Las llamas prendieron despacio, con timidez. Luego le subieron rápidamente por la pierna. Arrojó otra cerilla cerca de las cortinas. Ardieron igual que la parafina. Billy observó cómo las llamas bailaban por la tela, igual que los fanáticos poseídos por el espíritu santo. Las llamas le recordaban a los manipuladores de serpientes de la iglesia de su abuelo. Daban vueltas por el suelo de tablones de madera mal cortados y hacían aspavientos en nombre del Señor.

—Más vale que nos vayamos —dijo Horace.

Billy parpadeó.

—Sí. Ve a ver a la pelirroja. Yo voy a hablar con Lisa.

—Creía que buscábamos a Jenny.

—Sí, pero no viene mal curarse en salud. Venga, vámonos de aquí echando hostias. No quiero ver cómo se quema —dijo Billy.

Se tapó la mano con la manga y abrió la puerta delantera. Horace y él fueron paseando hasta el Cadillac. Cuando se marcharon del aparcamiento y se incorporaron a la calle, las primeras nubes de humo empezaban a escaparse por debajo de la puerta delantera de Lou.

Capítulo 15

Beauregard esperaba sentado en el Duster y tamborileaba con los dedos en el volante. El cielo estaba cubierto de nubes y amenazaba con una tromba de agua, tan necesaria. En la distancia, una torre de agua, donde se leía el nombre «Carytown», le observaba desde arriba igual que un gigante de hierro. A su izquierda, un puente de madera del tren seccionaba en dos el horizonte. A su alrededor se esparcían las ruinas de una antigua fábrica, como si fueran huesos de dinosaurios hechos de ladrillo y acero.

Miró el reloj. Eran las cuatro y cinco. Se suponía que había quedado con Ronnie a las dos en punto. No le sorprendía que llegara tarde al encuentro. Había tardado una semana de más en que su «contacto» de Washington D. C. le consiguiera el dinero. El retraso había empeorado la situación de Beauregard, ya de por sí desesperada. Los proveedores le reventaban el teléfono a llamadas igual que una amante despechada. El plazo de la hipoteca del taller acababa dentro de tres días. Por no mencionar que la fecha para la matrícula de la universidad de Ariel se acercaba rápido, rauda y veloz. El personal de la residencia le estaba haciendo las maletas a su madre con alegría, con vistas a su inminente expulsión.

—Por Dios, Ronnie, no me jodas ahora. Creo que voy a tener que usarte de pisapapeles como me jodas —le dijo Beauregard al aire.

Volvió a mirar el reloj. Eran las cuatro y diez. Cerró los ojos y se frotó la frente. Oyó el rugido de un motor de gran cilindrada. Abrió los ojos y vio un Mustang negro que cruzaba la carretera. El conductor sorteó las grietas y los baches con la delicadeza del dueño de un coche nuevo.

El Mustang se detuvo al lado del Duster. Ronnie Sessions iba al volante y sonreía a Beauregard. Beauregard bajó la ventanilla y Ronnie también.

—¿Qué coño es esto? —le preguntó Beauregard—. Pero ¿qué...?

—Es un coche, tío. ¡Un cochazo! Un Mustang de 2004.

Beauregard se asomó por la ventanilla.

—¿No has visto las noticias? De lo único que hablan es de que hubo un muerto y dos heridos de bala en un robo descarado a una joyería. La policía no suelta el caso, van como las moscas a la mierda, y tú vas y te compras un coche nuevo —dijo. Pronunció las palabras despacio y una a una, como si las mascara y se las escupiera a Ronnie.

—No es nuevo. Wayne Whitman me lo ha vendido de segunda mano.

—¿Cuánto te ha costado?

—Me ha hecho un descuento. Siete mil pavos. Hasta me ha regalado un juego de llantas.

—¿Y no crees que va a llamar la atención que el pelado de Ronnie Sessions ande por ahí tirando el dinero?

Ronnie puso los ojos en blanco.

—Bug, ¿por qué no te sacas del culo el palo de dos metros? ¡Lo conseguimos! La poli no suelta prenda porque no tiene na. No hacen más que dar putos rodeos. ¡Relájate!

Ronnie se inclinó a un lado y cogió dos cajas de cereales del asiento del copiloto. Se las entregó a Beauregard.

—Ve a comprarte algo bonito. Lleva a tu mujer al restaurante Barrett. Id a echar un bonito polvo de casados al hotel Omni.

—No hables de mi mujer, Ronnie.

—Eh, no era por ofender. Es solo que el Capitán Crunch y Sam el Tucán tienen dentro ochenta mil dólares que te pertenecen. Disfrútalos.

—87.133,33 dólares. Se supone que son 87.133,33.

—Sí, Bug. ¡Joder, era una forma de hablar!

Beauregard puso las dos cajas en el asiento trasero.

—Eh, tío, quizá más adelante podamos hablar de volver a trabajar juntos. Hacemos un buen equipo. Buscaré un sustituto pa Quan. Ya sé que no te cae bien. Pa serte sincero...

Beauregard le cortó en seco.

—No. Se acabó. No vuelvas a pronunciar mi nombre, Ronnie.

Subió la ventanilla y arrancó el Duster. Pisó el acelerador y salió zumbando del aparcamiento. El cielo comenzó a llover cuando dejó atrás la torre de agua y giró hacia la calle Naibor. Cuando se incorporó a la autopista, había una señal a la izquierda que le daba las gracias por visitar Carytown (Virginia). Encendió la radio y se preparó para el viaje de dos horas y media hasta el condado de Red Hill. Notó que el oso que le oprimía el corazón comenzaba a relajarse un poco. Nadie le había visto en la joyería. Solo Ronnie, Reggie y Quan sabían que él había conducido durante el golpe. Si alguien mencionaba su nombre, sabría a quién tendría que ir a ver.

Y quién tendría que desaparecer.

Ronnie adelantó a un camión de camino por la 64. Llevaba la parte de Jenny en el asiento trasero y una bolsa de viaje en el maletero. No sabía qué pensaba Bug, pero él planeaba pasarse todo el fin de semana de fiesta, igual que Tony Montana. Esquivó a un SUV destartado mientras le daba un sorbo a la botella de Jack Daniel's. La dejó en el portavasos y puso un CD de Elvis. La grave voz de barítono del Rey retumbó por los altavoces.

—¡A darle caña! —dijo Ronnie.

Dio otro sorbo. Bug se lo ponía difícil, pero tenía razón. Los Sessions no eran famosos por su inmensa riqueza. La gente empezaría a hablar si se gastaba demasiado dinero en el pueblo. Lo bueno era que no tenía intención de quedarse allí mucho más tiempo. Se dio cuenta de que hablaba en serio cuando se lo dijo a Jenny. Iban a dejar atrás las minas de carbón, los campos de maíz y las trampas para cangrejos de Virginia. Se iba a marchar adonde fuera, a pasarse los días bebiendo piña colada y las noches con Jenny chupándole la polla hasta que se le acabara el dinero o fuera hora de cambiar. No entendía por qué Bug no lo celebraba ni un instante. Era cierto que les había birlado un poco a Quan y a él, pero aún les sobraba pasta para derrocharla en los clubes de estriptis los próximos tres años. Aquel cabronazo negro ni siquiera le daba las gracias por haberle dejado participar en el golpe.

Puso la botella en el portavasos y sacó su nuevo *smartphone*.

—Llama a Jenny —le dijo al teléfono.

Se lo había comprado el mismo día que el coche. La función de manos libres le parecía ciencia ficción. A tomar por culo el coche volador.

Había vuelto de Washington D. C. hacía tres días, después de pasar un tiempo con Reggie en la capital del país. Quedaron con Brandon Yang en Chinatown y fueron a ver a su jefe a un bar que servía a los diplomáticos chinos y a los inmigrantes. Ronnie había conocido a Brandon en la trena, igual que a Quan y a Winston. Brandon cumplía un año de condena por fraude postal. Le contó a Ronnie que el jaleo del fraude postal no era nada. Trabajaba para un tipo que movía mucha pasta por hacer de perista de mercancías de lujo, tanta que la almacenaba en ataúdes apilados de seis en seis en una nave que tenía en Maryland. Brandon dijo que iban a cuidar de él por cerrar la boca y cumplir la condena.

No mintió. Nadie se metió con él en la cárcel. Tenía una celda para él solo y un trabajo facilón en la lavandería de la prisión. Los guardias le concedían dos visitas conyugales al mes. Era como si estuviera de vacaciones, en vez de pagando el pato. Lo único que le faltaba era una persona con quien jugar al ajedrez. Ese juego le obsesionaba por completo. Ronnie se le acercó un día y se ofreció a jugar a cambio de cigarrillos. Perdió, pero se lo puso difícil a Brandon. Hicieron buenas migas y, cuando Brandon salió de Coldwater, le dijo a Ronnie que le buscara si alguna vez se topaba con algo que quizá le interesara a su jefe.

Y eso mismo había hecho. Cuando fueron a ver al jefe de Brandon, aprendió dos cosas. Lo primero fue que a los chinos les gustaba fumar muchísimo. Lo segundo que aprendió fue que él no tenía ni puta idea de diamantes, y Jenny tampoco.

—Te doy setecientos mil dólares —dijo el jefe de Brandon. O más bien, para ser precisos, dijo Brandon después de hacer de intérprete para el viejo, que tenía aspecto de villano de película de kung-fu.

Ronnie se agarró a los laterales de la silla. Setecientos mil dólares. Si sumaba todo el dinero que habían ganado todas las personas que había conocido, la cifra ni se los acercaba. Si le estaban ofreciendo setecientos mil, la caja contendría diamantes por valor de unos tres o cuatro millones.

Era incapaz de hablar. Su lengua se negaba a funcionar.

Se pensaron que estaba regateando.

—Setecientos cincuenta. Última oferta —dijo Brandon después de sumirse en un guirigay de voces con su jefe.

Ronnie logró hablar.

—Sí. Sí, me parece bien —dijo. Durante una fracción de segundo, se preguntó por qué una joyería tan pequeña guardaría tantísimos diamantes en la caja fuerte. La bolsa de dinero que le entregaron le obligó a quitarse aquella idea de la cabeza; huyó igual que un conejo asustado. No importaba. Con lo que le pagaban, podría devolver el dinero a Chuly, dar a todos su parte y aún tendría suficiente para cagar en un váter forrado de oro.

Después del encuentro, salieron de fiesta por la ciudad. Se recorrieron todas las calles del abecedario. Subieron a clubes de azoteas donde las camareras iban abriendo botellas de champán a espadazos. Comieron en restaurantes de nombres que Ronnie no era capaz de pronunciar. Incluso ligaron con unas mujeres que resultaron ser fulanas. Reggie, Brandon y él se turnaron con las tres chicas a la vez. Ronnie cumplió una de sus fantasías y esnifó coca del culo de la puta más *sexy*. Se corrieron una juerga igual que las estrellas de *rock*. ¿Y por qué no? Ahora se le salía la pasta por las putas orejas. Se acabó el contar la calderilla para pagar la gasolina. No era rico nivel Bill Gates, pero quedaba lejos de pobre. Aunque llevaba puesto el aire acondicionado, bajó la ventanilla. Profirió un grito de rebelde agudo y entusiasta.

—¿Sí? —dijo Jenny.

Ronnie subió la ventanilla.

—Hola, culo dulce. Voy de camino a verte. Me siento como Papá Noel. ¿Te dejo un regalito en el calcetín?

—¿Tienes el dinero? —preguntó Jenny.

Ronnie le frunció el ceño al teléfono. Sonaba... rara. Como un niño al que se le hubiera caído el cucurucho de helado, hubiese perdido a su cachorro y hubiera visto cómo su padre se cogía una curda, y todo en el mismo día.

—Sí, claro. Llego dentro de unos cuarenta y cinco minutos. Quizás antes. Este Mustang corre que se las pela.

—Vale.

Colgó y ni siquiera le preguntó por el coche.

—¿Qué coño te pasa? —dijo, sin dejar de mirar el móvil.

Capítulo 16

Beauregard regresó a Red Hill poco después de las seis. Llegó al banco justo antes de que cerraran la ventanilla para los clientes que van en coche. Depositó tres mil dólares para pagar la hipoteca y otros cinco mil para todas las demás facturas. Se marchó del banco y se dirigió a la residencia. Aparcó y fue directo al despacho de la administradora.

La señora Talbot estaba guardando el portátil en una maleta de cuero.

—¿Cómo está, señor Montage? Estoy a punto de terminar la jornada y marcharme. ¿Podría volver mañana por la mañana? Le puedo ayudar a organizar el traslado de su madre. Será un placer gestionar el envío del oxígeno a su casa —dijo.

Cuando le sonrió, Beauregard le pudo contar todas las fundas de los dientes.

—No hará falta —dijo.

Ya había contado treinta mil dólares en el coche. Puso seis montones de billetes de cien dólares en el escritorio de la señora Talbot. Cada fajo contenía cincuenta billetes de cien dólares. A la señora Talbot se le derretió la sonrisa igual que la cera de una vela barata.

—Esto es muy atípico, señor Montage.

—No, no lo es. Ya les he pagado en efectivo otras veces. A usted en concreto le pagué en efectivo cuando mi madre plantó el culo aquí. Así que haga el favor de darme un recibo. Le traeré el resto del dinero otro día de esta semana. Ahora mismo no tengo suelto.

La señora Talbot se sentó y sacó el portátil.

Su madre yacía apoyada en una almohada que le sepultaba la cabeza. En el rincón opuesto de la habitación había unas cuantas cajas de cartón apiladas. En la televisión se veía a un busto parlante que hablaba del tiempo. La lluvia que había bendecido Carytown no se dirigía a Red Hill. Ella estaba tan quieta que Beauregard estuvo a punto de creer que estaba muerta. Su delgado pecho apenas se hinchaba al respirar. Se volvió, dispuesto a marcharse.

—¿Me vas a obligar a dormir en el porche? —le preguntó Ella. Sonaba más débil que la última vez que la visitó.

Beauregard se acercó a la cama.

—No.

—¡Qué alegría! El amo me deja vivir en la casa grande.

—He pagado la factura. Bueno, la mayor parte.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Has sido tú?

Beauregard frunció el ceño.

—¿Cómo que si he sido yo?

—Ha salido en las noticias. La joyería. Cuando dijeron que los atracadores huyeron en un Buick Regal y que saltaron por un paso elevado en obras, lo supe. Sencillamente lo supe. Sonaba a lo que habría hecho tu padre.

Empezó a toser con fuerza. Beauregard cogió la jarra de la mesilla y le sirvió un vaso de agua.

—No te preocupes por eso.

—Eres capaz de cualquier cosa con tal de no tenerme en casa, ¿verdad?

—Mamá, por favor. No es eso. Solo lo hago por tu bien.

—Claro, claro.

Volvió a toser y Beauregard le ofreció otro sorbo. No le dio las gracias. Su hijo le alisó el pañuelo de la cabeza.

—Te van a encontrar.

—Te he dicho que no te preocupes.

—Te van a encontrar y vas a tener que marcharte, igual que él.

Abandonarás a tus hijos y a tu mujer. Les obligas a que se las apañen solos, como hizo tu padre conmigo.

—Con nosotros —dijo Beauregard.

Ignoró la rectificación.

—Creíste que le ibas a salvar aquel día en el Tastee Freez. Lo único que conseguiste fue posponer lo inevitable.

Beauregard dio un respingo.

—Mamá, no sigas —dijo.

Su madre giró la cabeza. Las tenues luces fluorescentes le daban un aspecto cadavérico.

—«Yo te salvaré, papi. Yo detendré a los malos para que no te lastimen». ¿Y qué hizo él? Se marchó del pueblo mientras a ti te encerraban en una jaula. Bien sabe Dios que no te pude pagar un buen abogado. Lo hiciste todo por él y huyó sin más.

A Beauregard le empezó a palpar la cabeza.

—¿Crees que huyó de mí o de la poli? Huyó de ti. No soportaba oír tu boca ni un instante más —dijo.

Esas palabras le dejaron mal sabor de boca, pero no pudo evitarlo. Nadie sabía cómo buscarle las cosquillas como su madre. Si otra persona le hablase así, ya estaría contándose los dientes en la palma de la mano. La única defensa contra su madre era intentar golpearla donde más le doliera.

—¿Así le hablas a tu madre?

—Así me hablas tú a mí.

—Cuando me muera, no te sientes en la iglesia y finjas que me echas de menos. Tan solo quémame y tírame a la basura, igual que ahora.

Beauregard puso los ojos en blanco. Así peleaba ella. Te atacaba de frente, luego giraba y te lanzaba un golpe por sorpresa al flanco.

—Buenas noches, mamá.

Se volvió y se dirigió hacia a la puerta. Antes de que pudiera marcharse, a Ella le dio otro ataque de tos. Volvió y le dio un poco más de agua, pero no pareció aliviarla. Le deslizó la mano por detrás de la espalda y le alarmó lo frágil que la notó. La incorporó y la dio unas palmaditas ligeras entre las escápulas. Ella asintió y Beauregard dejó que volviera a tumbarse en la cama.

—Yo... debería haber elegido un padre mejor para ti. Pero Anthony tenía la sonrisa más mona que he visto nunca —dijo ella. Resollaba y un fino hilo de saliva le colgaba del estoma.

—¿Llamo a la enfermera?

Negó con la cabeza. Le rodeó la muñeca con sus dedos huesudos.

—Podrías haber sido mejor de lo que eres, pero pasaste demasiado tiempo admirando a un fantasma.

A Beauregard le dio un vuelco el corazón.

—Ya no.

—Mentiroso.

Beauregard subió al Duster y salió de la residencia quemando rueda. Tenía que hacer una parada más y le daba miedo.

Detuvo el Duster delante de una granja blanca y de dos pisos que estaba deteriorándose con rapidez. Las contraventanas negras se habían descolorido y habían adoptado un tono pálido y verdoso. El porche empezaba a pasar a mejor vida. Beauregard bajó del coche y atravesó el patio caminando con fuerza. A su paso, levantó remolinos de polvo con los pies. No había hierba ni arbustos cerca de la casa. Un Chevrolet El Camino descansaba sobre unos bloques cerca de la puerta delantera. En la esquina derecha de la casa había un viejo sofá marrón tapado con una lona. Numerosas latas de cerveza vacías y colillas ensuciaban el patio.

Beauregard dio unos golpecitos en la mosquitera. No golpeó con todas sus fuerzas porque le daba miedo que se cayera de los goznes. Oía que, en algún lugar dentro de la casa, sonaba Fox News a todo volumen. La abuela de Ariel, Emma, acudió a la puerta arrastrando los pies. Era una mujer baja y fornida. La piel de las mejillas le colgaba una barbaridad. De la comisura del labio le pendía de un hilo un cigarrillo Pali Mall sin filtro.

—¿Sí?

—¿Le puedes decir a Ariel que venga? La he llamado al móvil, pero no contesta.

Emma le dio una calada al cigarrillo. La punta se enrojeció igual que un trozo de metal ferroso al fundirse.

—Le han cortado el móvil. Lo sabrías si la llamas más a menudo.

—Solo dile que venga —dijo Beauregard.

—¿Por qué quieres verla?

—Quiero hablar con ella. Soy su padre. No importa lo mucho que te empeñes en fingir que tiene la mejor permanente del mundo.

—No eres su padre solo por venir aquí de vez en cuando con tu dinero de la droga.

Beauregard se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Ve a buscar a mi hija. Ya. No estoy de humor para jugar contigo a este puto juego. Hoy no.

Emma expulsó una nube de humo por la nariz antes de apartarse de la puerta. Beauregard oyó cómo susurraba «gilipollas» cuando se marchaba caminando por el pasillo. Él volvió al Duster y se sentó en el capó. Ariel salió momentos después. Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos tan ceñidos que, si estornudase, se convertirían en un tanga.

—Hola.

—Hola. ¿Dónde tienes el coche?

—A Rip le hace falta para el trabajo. Como me he quedado sin teléfono, no me puede llamar para que le vaya a buscar, así que se lo he prestado.

—¿Tiene carnet?

—Sí, es solo que no tiene coche.

—Ven aquí.

Se sentó con él en el capó del Duster.

—¿Me vas a echar la bronca?

—No. Hay cosas más importantes que Lil Rip al volante de tu coche.

Buscó en el bolsillo trasero y sacó un sobre marrón, enrollado y voluminoso, igual que los que se usaban para enviar documentos.

—Un curso académico en la Universidad Virginia Commonwealth son veinticuatro mil dólares.

—Sí, más los libros de texto.

Le entregó el sobre a Ariel.

—¿Y esto qué es?

—Veinticuatro mil dólares. Imagino que las universidades no aceptan

efectivo, así que abre un par de cuentas bancarias. No metas más de diez mil dólares en cada una. Si no, el gobierno vendrá a husmear.

Ariel abrió la boca de par en par.

—¿De dónde coño has sacado el dinero?

—Esa boca, hija.

—Perdón. ¿De dónde demonios has sacado el dinero?

Beauregard se rio.

—Mira, no te preocupes por eso. Que no se enteren tu madre ni tu abuela de cómo lo has conseguido. No te puedo prometer que vaya a ganar más dinero dentro de poco, pero vale para empezar.

Ariel retorció el sobre con las manos. Frunció el ceño.

—¿Me voy a meter en problemas por aceptar este dinero?

—¿Por qué lo dices?

Se recogió un rizo suelto detrás de la oreja. Sopló la brisa y se lo soltó otra vez.

—Mamá dice que te dedicas a asuntos... asuntos ilegales.

—¿En serio?

—Sí.

Beauregard se cruzó de brazos y miró al frente.

—Coge el dinero y vete echando hostias de esta casa y del condado. No te vas a meter en problemas. Márchate y no mires atrás. No vuelvas nunca. Aquí no hay nada para ti, ni Lil Rip, ni tu madre, ni yo tampoco. Brillas demasiado para un lugar como este —dijo.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Eres mi hija.

No le dijo que la quería. Quería decírselo, pero le parecía mal en aquel momento. Ariel se sentiría obligada a decirle lo mismo y no era lo que él pretendía. Que le hubiera dado el dinero no significaba que se hubiera ganado un «te quiero», aún no.

Ariel lanzó un largo suspiro.

—Y tú mi papá —dijo. Llevaba sin llamarle así desde que aprendió a atarse los cordones.

No parecía que quedara mucho por decir después de aquello, así que ambos miraron al frente con los pies apoyados en el parachoques delantero

del Duster. Permanecieron así un rato; ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Tan solo observaron el atardecer y escucharon cómo Emma le gritaba a la televisión. En un momento dado, Beauregard notó que Ariel le cogía la mano. Él se la apretó y se quedó allí sentado un ratito más.

Cuando se despidió de Ariel, Beauregard decidió ir al Walmart a por unos chuletones de ternera, patatas y helado de postre. No se iba a comprar un coche, pero Ronnie tenía razón. Debía disfrutar de un poco del dinero. A menudo evitaba ir al Walmart porque conllevaba pasar por Precision y no tenía ningunas ganas de ver, detrás de la valla de aluminio espolvoreado de negro, todos los coches que deberían haber ido a su taller. Kia hacía la mayor parte de la compra ella sola. Los días que sí la acompañaba, la llevaba al Food Lion de Tillerson, a dos condados al norte.

Torció por Market Drive y redujo la velocidad a cincuenta y cinco kilómetros por hora. Estando a poco más de un kilómetro del Walmart oyó el chillido estridente de las sirenas. Se aferró al volante y se preparó para pisar a fondo. Miró el espejo retrovisor y vio que se le acercaba con rapidez un camión de bomberos. Se echó a un lado y lo dejó pasar. Dos más siguieron al primero, con las sirenas y las luces encendidas a plena potencia. Beauregard se reincorporó a la carretera y continuó de camino al supermercado. Se preguntó si los camiones se dirigían al Walmart. ¿Sería que unos adolescentes aburridos habían dado un aviso de bomba?

—¡Hostias! —dijo.

Las llamas estaban devorando Precision. Las llamaradas se alzaban quince metros en el aire y prendían el cielo. Los bomberos voluntarios luchaban con valor contra aquel infierno, pero no parecía que progresaran mucho. El cartel de «Taller Precision» se derretía en su mástil de cinco metros de altura. Beauregard examinó el retrovisor al pasar junto a la escena. Las llamas resplandecían a sus espaldas y parecía que salía conduciendo del mismísimo infierno.

Cuando volvió a casa del supermercado, Kia y Darren estaban sentados en el sofá.

—Hola, ¿dónde está Javon? —preguntó.

—Me preguntó si podía quedarse en casa de Tre Cook. Pensé que no te importaría.

—No importa. Solo preguntaba.

—¿Qué llevas ahí?

—Unos chuletones. Voy a preparar patatas a la podrida —dijo Beauregard mientras le rozaba la cabeza a Darren con la bolsa de la compra.

—¡Puaj!

—¿Qué? ¿No quieres patatas podridas?

—No, papi. ¡Qué asco!

—Bueno, pues más para mí —dijo al entrar en la cocina.

Kia se levantó y le siguió.

—¿Te han pagado? —preguntó.

Beauregard puso los chuletones en la encimera.

—Sí.

—Se acabó, ¿no? —preguntó Kia.

Beauregard se acercó y la estrechó entre sus brazos.

—Se acabó.

Le besó la frente antes de liberarla. Abrió los envases de los chuletones y colocó la carne en un cuenco. Le echó condimentos y llenó el cuenco de agua para conseguir una marinada rápida.

—El taller Precision estaba ardiendo cuando fui al Walmart.

—¿Qué? ¿Cuándo ha sido?

—Te lo acabo de decir. Hará una hora.

—¡Joder!

A Darren le dio un ataque de risa.

—¿Qué?

—¿Sabes que van a pensar que has tenido algo que ver?

Se le había pasado por la cabeza, pero él no había tenido nada que ver, así que no malgastó energía preocupándose por ello.

—Sí, pero no he hecho nada.

—Ya lo sé, pero van a decir que sí.

Volvió al salón.

—Bueno, ¿qué? ¿Quieres pelar las patatas?

Cenaron y luego se sentaron el sofá a ver una película hasta que Darren se quedó dormido. Kia le cogió en brazos y el niño se le acurrucó en el

cuello.

—Voy a acostarle. Luego también me voy a la cama. ¿Vienes?

—Dentro de un rato. Voy a ver las noticias.

Kia acunó a Darren en el pecho. Beauregard creyó que le iba a formular una pregunta. La esperó, pero Kia dejó pasar la oportunidad.

—Dile buenas noches a papá —le susurró a Darren.

En respuesta a esa petición, Darren le dijo adiós con la mano, con desgana.

—Buenas noches, Apestoso.

Los dos se marcharon por el pasillo y dejaron a Beauregard solo en el salón. Las noticias eran la típica colección de historias de política local sobredimensionadas hasta la envergadura del Watergate. Historias de interés humano que no eran nada interesantes. Un reportaje sobre un incendio en un bloque de viviendas de Newport News. Beauregard estaba a punto de apagar la televisión e irse a la cama cuando el busto parlante mencionó el condado de Cutter.

—Y en las noticias de las once, las autoridades han revelado cómo se llamaba el hombre que murió el lunes pasado en el intento de atraco a una joyería. Eric Gay, de diecinueve años y vecino del condado de Cutter, murió en el atraco frustrado. Deja esposa y un hijo pequeño. Ellen Williams ha hablado con la viuda de Gay, Caitlin, sobre lo duro que es buscar las palabras para, un día, explicarle a su hijo qué le pasó a su padre —dijo el busto parlante.

La pantalla cortó del plato a una caravana estrecha. Una joven blanca sostenía una foto en un brazo y, en el otro, a un bebé con la piel de color crudo.

—¿Intento de atraco? —dijo Beauregard en voz alta.

La cámara hizo zum en la foto y mostró a un joven sonriente con la equipación de baloncesto del instituto. Estaba de rodillas, con una mano el suelo y el balón de baloncesto en la otra. No había tenido tiempo o dinero de hacerse más fotos que pudieran emitir en televisión. A esa edad, uno cree que hay tiempo de sobra para todo. Ya tendría tiempo en el futuro para un retrato profesional con su mujer y su hijo recién nacido. Excepto que, de un balazo, le habían privado del futuro para siempre.

—Así es, Frank. Caitlin se ha puesto a llorar cuando me ha contado lo dura que es la idea de explicarle a su hijo, Anthony, cómo murió su padre.

El reportaje continuó otros cinco minutos, pero Beauregard no le prestó atención. Se agarró al brazo del sofá con tanta fuerza que le empezó a doler la mano. Lo único que veía era el rostro sonriente de Eric Gay. El mismo rostro que se le había quedado mirando y suplicándole ayuda en el arcén.

Se levantó y fue a la cocina. Cogió una de las cervezas que había comprado. Buscó un abrebotellas en el fregadero. Al no encontrarlo, empezó a buscar en los cajones.

¿Por qué decían en las noticias que era un intento de atraco? Había visto la caja. Vio cómo Ronnie se aferraba a ella igual que si fuera un salvavidas en mitad del Atlántico Norte. Quizá les hubiera timado con la parte que le correspondía a cada uno, pero sí le habían pagado. Entonces, ¿por qué alguien estaba mintiendo a la poli?

Beauregard rebuscó entre los tenedores y las cucharas. Nada.

¿Qué hacía Eric Gay en la joyería? Le había dicho que estaba sin blanca. Quizá le habían dado dinero. Tal vez le habían pasado quinientos dólares en una tarjeta para el bebé. Tal vez había ido en busca de un regalo para su mujer. Una muestra de agradecimiento por traer a su hijo al mundo. Beauregard quiso lo mismo para Janice cuando tuvo a Ariel. Pensó en regalársela también a Kia cuando dio a luz a Javon. Para cuando llegó Darren, otras cosas parecían más importantes.

Abrió el cajón para todo. Había rollos de cinta americana, una regla, un abrelatas y demás objetos variados que solían acumularse en la vida de un hogar. El abrebotellas no se contaba entre sus filas.

Eric y Caitlin le habían puesto Anthony al bebé. El libro de nombres para bebés, cuyas páginas Janice había marcado cuando estaba embarazada de Ariel, decía que Anthony significaba «loable». Cuando descubrieron que era una niña, se decantaron por Ariel porque a Janice le gustaba un personaje de dibujos animados que se llamaba así. Cuando Kia y él tuvieron a los niños, fue ella quien escogió los nombres. Él sugirió Anthony las dos veces, un tributo sutil a la memoria de su padre. Kia se burló de él en ambas ocasiones.

Ahora había un niño que nunca tendría recuerdos de su padre. Iba a

crecer sin padre, igual que Beauregard.

No había creído que de verdad le fueran a llamar así. ¿Por qué coño le habían puesto Anthony al bebé?

Beauregard tiró la botella al suelo. Se rompió en pedazos. Las esquirlas de cristal volaron por toda la cocina. La cerveza siguió la pendiente cóncava del suelo y formó un charco debajo de la mesa.

Capítulo 17

Ronnie llegó al bloque de viviendas de Jenny con la radio a todo volumen y una botella vacía de Jack Daniel's en el suelo. La sonrisa se le ensanchaba más y más a medida que se acercaba a la puerta. Llamó tres veces, se detuvo y luego llamó otras dos más. Jenny entreabrió la puerta. Ronnie vio que no había quitado la cadena.

—¿Traes el dinero?

Apenas le veía la cara por la rendija de la puerta.

—Bueno, pues hola. ¿Me dejas entrar?

—¿No me lo puedes pasar?

—No, en realidad no. Lo llevo en las cajas —dijo, sacándose las cajas de cereales de debajo del brazo.

—¿Cajas de cereales?

Ronnie volvió a sonreír.

—Si me para la poli con casi cien mil pavos en metálico, me va a hacer preguntas. Si ven el asiento trasero lleno de cajas de cereales, solo van a pensar que me encanta desayunar.

—Pues vale. Pasa la caja por la rendija.

Ronnie frunció el ceño.

—¿Hay alguien más ahí dentro?

—Ronnie, dame mi dinero.

—Eh, que no estamos casados ni na, solo preguntaba. O sea, esperaba pasar la noche contigo, pero si tienes a un tío ahí dentro, me voy por donde he venido. Eso sí, estoy decepcionado.

Le entregó una caja y luego la otra. Jenny se las quitó de las manos con una rapidez pasmosa.

—¿Te encuentras bien? Estás rara.

—Ahora mismo tengo mucho jaleo. Hablamos luego.

—Yo que tú, no les quitaría el ojo de encima. Que no se entere tu amiguito nuevo de que guardas una magia deliciosa.

Cerró la puerta y echó la llave.

—¡Vaya pedazo de zorra! —dijo Ronnie en voz baja. Silbó una melodía tenue y breve y regresó al coche. Quizá ya fuera hora de cambiar. De todas formas, a Jenny se le empezaba a notar que la habían montado y desgastado.

Jenny abrió las cajas. Ambas estaban hasta arriba de pasta. Las colocó en el sofá y fue a la habitación. Cogió unas cuantas camisas y pantalones y los metió en una bolsa de viaje. Volvió a la cocina y sacó el azucarero del armario. Había escondido unos veinte Percocets en él. Un regalo de Ronnie. Se echó todas las pastillas a la mano y las guardó en un bolsillo lateral de la bolsa de viaje. Le cayó en la cara un mechón de pelo mojado, pero no se molestó en retirárselo. El lamento de una guitarra eléctrica la obligó a dar un respingo, igual que un gato en una perrera. Miró el suelo de la cocina.

El hombre por fin había dejado de sangrar. El mango de un cuchillo de carnicero de veinte centímetros le sobresalía del cuello igual que la manivela de una caja sorpresa. El sonido de la guitarra iba acompañado de una leve vibración que le provenía del bolsillo de los pantalones vaqueros. Era la décima o la decimoquinta vez que le llamaban al teléfono desde las tres. Jenny se le acercó, con cuidado de evitar el charco de sangre que le rodeaba el cuerpo, y abrió el congelador. Sacó la bandeja de los cubitos de hielo y metió tres cubitos en una pequeña bolsa de congelados. El hielo sobre el ojo derecho le sentó bien.

Su padre había sido un hijo de la gran puta, pero lo único bueno que hizo fue enseñarle a pelear. El muy cabrón nunca se contenía con la boca ni con los puños. Aquellas duras lecciones resultaron ser una suerte para ella, pero una desgracia para el tipo que yacía en el suelo. Volvió a esquivarle y regresó al salón. Se esforzó mucho, pero logró guardar las dos cajas en la bolsa de viaje.

Fue a la ventana y echó un vistazo por las cortinas. No vio ni rastro de Ronnie. Cogió las llaves del gancho que había junto a la puerta. Volvió a la ventana. El bloque de viviendas tenía la disposición de un motel. Consistía en una serie de apartamentos provistos de una gran ventana y una puerta de entrada que daban al aparcamiento. Solo veía un coche extraño que estaba aparcado justo al lado del suyo. El coche parecía vacío. Aun así, decidió esperar unos instantes más. No quería cruzarse con Ronnie en la carretera. La seguiría y fingiría que le daba igual que tuviera a otro tío en casa, luego intentaría adularla. No lo soportaría. Era posible que acabara por contarle todo. No, tenía que huir. Si huía, les parecería culpable a los polis, pero si se quedaba, la matarían. Había visto las noticias. Lou Ellen mentía. Quienquiera que fuera el dueño de la joyería no quería que la policía husmeara en sus asuntos. Estaban mandando a su piso, a encargarse de ella, a tipos como el muerto del suelo, con la boca llena de dientes podridos. En cuanto se marchase al sur, llamaría a Ronnie y le pondría sobre aviso. Se lo debía.

Miró el teléfono. El tipo había llamado a la puerta sobre mediodía. Le dio un puñetazo en la cara a ella a las doce y cuarto. Antes de las doce y media ya estaba muerto. Ahora eran casi las siete. Llevaba seis horas sentada con un cadáver que se enfriaba con rapidez, esperando a ver quién aparecía primero, Ronnie o los colegas de Boca Asquerosa.

Casi como si estuviera programado, al muerto le volvió a sonar el móvil.

—A tomar por culo —dijo Jenny.

Cogió la bolsa de viaje y se marchó del piso. Subió al coche de un salto y arrancó el motor.

—Respira. Solo respira y conduce. Es lo único que tienes que hacer — se dijo a sí misma en voz alta. Arrojó la bolsa al asiento del copiloto.

Miró el espejo retrovisor. Nada. Cuando salió marcha atrás del aparcamiento, el testigo del combustible empezó a parpadear. No pasaba nada. Le sobraba dinero para la gasolina. Se detendría en algún lugar de Carolina del Norte a pillar un poco de Adderall o lo que fuera. Conduciría toda la noche hasta Florida. Después no le costaría llegar a las Bahamas. El dinero manda y todo lo demás se aparta. Salió del aparcamiento y giró hacia

la calle Bethel. Comenzó a caer una fina llovizna. Jenny pensó que era simbólico. Era como si la lluvia la bautizara. Había salido de aquella situación y era una criatura nueva. No tenía aire acondicionado en el coche, así que no iba a subir la ventanilla hasta que lloviese más.

Se cruzó con un Cadillac Seville negro en la carretera de dos carriles mientras se dirigía a la gasolinera más cercana. Era el único coche de la carretera. Nada de polis, de gánsteres con los dientes de amarillo mantequilla, ni de Ronnie. Solo la vieja Jenny de camino a una vida nueva.

Estaba a punto de llegar a la autopista cuando se dio cuenta de que el Cadillac había dado media vuelta y la seguía.

Capítulo 18

—Despierta, dormilón —dijo Kia.

Beauregard abrió los ojos.

—¿Puedes ir a por Darren y Javon esta tarde? Voy a limpiar otra oficina esta noche.

—Sí. ¿Dónde vive el tal Cook?

—En Falmouth.

Beauregard se sentó en la cama.

—¿Falmouth?

—Sí. Están en esa urbanización residencial —dijo Kia.

Se puso unos pendientes y cerró el joyero con forma de Rottweiler. Beauregard pensaba que aquella cajita era de lo más horrendo que existía. Había que levantarle la cabeza al perro para abrir el joyero por la garganta. Básicamente había que decapitarlo cada vez que querías un adorno.

—Vale —dijo.

—No nos va a pasar nada, ¿no? —le preguntó.

Beauregard se giró hasta que notó que tocaba el suelo con los pies. Le cogió la mano y se la acercó a los labios. Le dio un besito.

—No.

Kia se volvió y le abrazó contra el vientre. Beauregard notó que le tocaba la nuca con la mano. Respiró su aroma y olió la fragancia de su cuerpo mezclada con el perfume y los toques de las toallitas para la secadora que echaba a la colada. Aunque sí les fuera a pasar algo, jamás se lo diría.

Kelvin ya estaba en el taller cuando llegó Beauregard. Había dos vehículos alzados en los elevadores hidráulicos. Kelvin estaba debajo de uno de ellos, una camioneta negra, trabajando en el filtro del aceite.

—Hola.

—Hola. Llegas justo a tiempo. Le estoy cambiando el aceite a este coche y sigue haciendo un ruido raro que no es «brum», «clac», «chin» ni «pin» —dijo Kelvin.

—Entonces no es un ruido raro, tan solo el motor —dijo Beauregard.

Kelvin rio.

—Solo te digo lo que me ha contado la señora. Y nos han llamado de la pocería Cedars. Preguntan si hoy podemos echarle un vistazo a uno de sus camiones. Les he dicho que no aceptamos mierdas.

Beauregard frunció el ceño.

—Que te den, sí tenía gracia. Sospecho que esta semana no vamos a parar —dijo Kelvin.

—Sí. Anoche hubo un incendio en Precision —dijo Beauregard.

—Ah, no sabía que ya te habías enterado. Es una putada para ellos, pero a nosotros nos viene bien.

—Supongo —dijo Beauregard.

Les cambiaron el aceite a doce coches, reemplazaron ocho juegos de pastillas de freno y empezaron a trabajar en el camión del pocero. A las cuatro, ambos estaban empapados en sudor y disfrutaban de cada instante.

—¿A que sienta bien estar ocupado? —le preguntó Kelvin.

Acababa de conducir un deportivo de dos plazas hasta el aparcamiento trasero después de ajustarle la válvula de inyección de combustible. Beauregard estaba usando una llave de impacto para quitarle la rueda trasera a un viejo Caprice. Antes de que pudiera responder, oyeron cómo se acercaban dos vehículos y se cerraban de golpe múltiples portezuelas. Beauregard dejó de intentar quitarle las tuercas a la llanta y se volvió para encarar a quienquiera que entrara al taller. No era la poli. De haber venido a por él, lo habrían anunciado nada más salir.

Patrick Thompson y su padre Butch entraron en el taller por la primera puerta enrollable. Patrick lucía una silueta delgada y nervuda, tenía una mata de pelo rubio claro, descuidado y cortado al estilo surfista. Butch era

una mole cuadrada. Todo ángulos rectos y ancho de hombros. Estaba calvo, pero tenía una gran barba rubia y gris.

—Hola, Pat —dijo Beauregard.

Conoció a Pat Thompson antes de que se convirtiera en la competencia. Le había visto unas cuantas veces en el bar de Danny. Pat tenía un Camaro de 1969 y le gustaba conducirlo por las carreteras secundarias de cuando en cuando. Nunca habían echado una carrera, pero Beauregard sabía que el Camaro corría mucho. Su padre trabajó de camionero para una empresa de transportes de Richmond. Hacía un año y medio, Butch Thompson se detuvo a repostar en una gasolinera. Mientras hacía cola para pagar el combustible, compró un rasca y gana de un dólar. Había repetido lo mismo cien veces en el pasado. La vez que ganó más dinero, consiguió setecientos dólares. Aquel día le devolvieron la inversión con cuantiosos intereses. Le tocaron cuatrocientos mil dólares. Llamó a su jefe y le dijo que mandara a alguien a buscar el camión, porque lo dejaba. Patrick y él abrieron el taller unos meses después.

—Hola, Beau. ¿Te has enterado de lo que le ha pasado a mi taller? —le preguntó Patrick. Los ojos azules perforaron a Beauregard.

—Sí.

—¿No tienes nada más que decir? ¿«Sí»? —le preguntó Butch. Abría y cerraba las manos. Parecían dos cepos para osos.

—¿Y qué quieres que te diga, Butch?

—Dicen que vieron a un negro huyendo de allí, Beau. He pensado que a lo mejor tú sabías algo del tema —dijo Patrick.

Kelvin cogió una llave de torsión.

—¿Por qué piensas que sé algo del tema? —dijo Beauregard.

—Porque eres el único que tiene un taller al que le están dando una paliza —dijo Butch. Dio un paso adelante.

—¿Crees que yo te he quemado el taller? ¿De verdad? —le preguntó Beauregard.

—Creo que quizá sepas quién ha sido. La poli dice que fue intencionado. Mi padre les dijo que vinieran a hablar contigo, pero imagino que no nos tomaron en serio —dijo Patrick.

—Patrick, no he tenido nada que ver con lo que le ha pasado a tu taller.

Lo siento, pero no sé nada del tema.

—Eres un mentiroso, ¡negro cabrón! —dijo Butch. Tenía la cara salpicada de motas rojas justo encima de la barba.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Beauregard.

Dejó resbalar la llave de impacto de su mano y la sostuvo agarrada por la manguera del aire comprimido. Se le quedó colgando a un lado.

—Ya me has oído. Sabes quién ha sido. Los mandaste tú. Ya no podías competir con nosotros. Y conseguimos aquel contrato. Todos sabemos que dentro de tres meses ibas a colgar el cartel de «cerrado» en la puerta —dijo Butch.

—La poli dice que necesitan pruebas para arrestarte. Solo quería preguntártelo a la cara —dijo Patrick. Tenía los ojos rojos. Era probable que se hubiera pasado toda la noche en vela. Beauregard estaba seguro de que él tampoco habría dormido.

—Le dije que era una pérdida de tiempo. Lo único que hacéis los morenos es mentir y robar. Y tener bebés que no podéis cuidar. ¡Menudo hatajo de putos ne...!

Beauregard dio un latigazo con la llave de impacto, que sostenía por la manguera. La llave voló por los aires y golpeó a Butch en la boca. El hombretón retrocedió dando tumbos y tapándose la parte inferior del rostro con las manos. La barba rubia y gris se le manchó de vetas rojas.

Beauregard dio un tirón de la llave y la cogió en el aire. Fue corriendo hacia Butch y le atizó en la frente con ella. Butch se cayó de culo. Alzó las manos y agarró de la camisa a Beauregard, que le golpeó en la coronilla. La llave de impacto le abrió una brecha en el cuero cabelludo a Butch que parecía una cáscara de naranja. Beauregard alzó la llave de impacto por encima de la cabeza.

Patrick le hizo un placaje. Los dos cayeron al suelo. A Beauregard se le enroscó un brazo delgado alrededor del cuello y le apretó igual que una pitón. Kelvin acudió corriendo. Blandió la llave de torsión, de más de un metro de largo, como si fuera un palo de golf. Golpeó a Patrick en las lumbares. Beauregard oyó cómo gritaba igual que un zorro herido. Se lo quitó de encima y se puso de pie. Le dio una patada a Patrick en el estómago. Luego le dio otra patada más.

—Por favor... —suplicó Patrick sin aliento.

Beauregard se apoyó en una rodilla y le metió en la boca la punta de la llave de impacto.

—Debería romperte todos los dientes. Para que te pases un año comiendo sopa. Así tendrías tiempo para pensar. Si hubiera querido cerraros el negocio, te habría pillado una noche al salir del bar de Danny y te habría roto las dos manos. No te habría quemado el taller —dijo.

A Patrick se le salían los ojos de las cuencas. La saliva le goteaba por la barbilla. Beauregard le sacó la llave de la boca y se puso de pie.

—¡Largaos de aquí echando hostias! —dijo.

Patrick rodó hasta quedar de rodillas. Se sujetó el estómago con un brazo y gateó hasta donde estaba su padre. Butch yacía boca arriba y gimoteaba. Patrick se levantó con dificultad. Cogió a su viejo del brazo y le ayudó a ponerse de pie. La laceración del cuero cabelludo le sangraba sin parar y le convertía el rostro en una máscara carmesí. Tenía la barba casi empapada. Los dos se marcharon cojeando por la puerta. Kelvin arrojó la llave de torsión al suelo. Emitió un eco que reverberó por todo el taller. Jadeaba.

—Bueno, no ha ido mal. ¿Cuánto crees que nos va a costar la fianza? —dijo Kelvin.

—No se lo van a contar a nadie. Al menos no a la poli.

—¿Tú crees?

Beauregard dejó la llave de impacto encima de la caja de herramientas con ruedas. Tenía la punta manchada de sangre y saliva.

—Estaban en nuestra propiedad. Decían que la poli les soltó que ellos se encargarían del tema. No les darán mucha pena. Además, los tipos así solo hablan de las peleas que ganan.

Beauregard se metió en la calle sin salida que partía de Falmouth Road. Se llamaba, qué sorpresa, Campos Falmouth. Pasó junto al césped, al que le habían hecho la manicura hasta casi matarlo, y junto a la única acera que había en el pueblo, aparte de la zona del juzgado. Allí era donde vivía el dinero del condado de Red Hill. Su vieja camioneta llamaba la atención

entre los SUV y los coches de lujo.

La casa de los Cook quedaba al final de la calle, a la sombra de un olmo enorme. Beauregard no habría construido allí su hogar. Una tormenta fuerte podría lanzar una rama contra el dormitorio, convertida en un misil arbóreo. Se figuró que el dinero te hacía valorar la estética por encima de la seguridad. Aparcó junto a la acera y pasó junto a una columna con una placa que proclamaba que la «Casa Cook» se había fundado en 2005.

El timbre era un botón blanco en el centro de una serie arabesca de volutas. Llamó una vez y oyó cómo dentro de la casa sonaba la música de todas las viejas películas de terror que había visto. Abrieron la puerta y le saludó una mujer blanca pálida y flaca. Llevaba un peinado corto muy marcado y el flequillo a capas le enmarcaba el rostro estrecho. Vestía una camisa negra de manga larga y unas mallas negras, a pesar del calor. Beauregard notó un chorro de aire fresco cuando le abrió la puerta. El aire acondicionado centralizado trabajaba duro para mantener toda la casa a una temperatura agradable.

—Usted debe de ser el padre de Javon. Yo soy Miranda.

—Sí. Encantado de conocerla.

—Bueno, pase.

Beauregard no se movió.

—En realidad, tengo un poco de prisa. ¿Le dice a Javon que venga, por favor?

Miranda sonrió.

—Por supuesto. He de decirle que su hijo nos ha impresionado a mi marido y a mí. Es todo un joven caballero —dijo.

Volvió a adentrarse en la casa y atravesó el amplio vestíbulo. Unos instantes después, Javon bajó las escaleras.

—Gracias por dejar que me quede a dormir, señora Cook —dijo al ponerse la mochila.

—Bueno, de nada. Tre está encantado de que pases el rato con él. Le alegra tener alguien con quien hablar de Claude Monet —dijo con una sonrisa.

—Bueno, cuídese —dijo Beauregard.

Le puso la mano a Javon en el hombro y medio le condujo y medio le

empujó por la puerta. Fueron caminando en silencio hasta la camioneta. Beauregard salió de Campos Falmouth. Giró a la derecha y se adentró más en el bosque.

—¿Dónde vamos? —le preguntó Javon.

Beauregard no respondió. Torció por Chain Ferry Road y luego por Ivy Lane, que terminaba en el antiguo embarcadero público del río Blackwater. En cuanto llegaron a la grada, Beauregard detuvo la camioneta y apagó el motor.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿De qué?

Beauregard se aferró al volante. Luego dejó de estrujarlo y se volvió hacia Javon.

—Te voy a hacer una pregunta y quiero que me digas la verdad. ¿Me entiendes?

—Sí.

—No lo digas solo porque creas que es lo que quiero oír. Quiero que me digas la pura verdad.

—Vale —dijo Javon. Agachaba la cabeza y casi se tocaba el pecho con la barbilla.

Beauregard cerró los ojos y se pasó la mano por la cara. Se quitó la mano de los ojos.

—¿Le has prendido fuego al taller Precision?

Javon no contestó. Beauregard abrió los ojos y echó un vistazo al río. La luz del sol rebotaba en la superficie igual que las piedras. Tenía la ventanilla bajada, así que oía cómo el agua lamía la orilla con delicadeza. Su abuelo le llevaba allí a pescar bagres y carpas. No se le daba bien pescar, pero no le importaba. El abuelo James, el padre de su madre, era un profesor paciente. Si no le hubieran mandado al reformatorio, quizás hubiera mejorado. Para cuando salió, su abuelo ya había muerto.

—Nunca te había oído hablar del tal Tre Cook, pero de su casa a Precision se puede ir andando. Así que te lo vuelvo a preguntar. ¿Has sido tú?

Javon se pasó las manos por la cara igual que su padre unos instantes antes. Se volvió y miró por la ventanilla. Cuando habló, no le tembló la voz

ni se le entrecortó.

—Solo intentaba ayudar. Mamá le dijo a la tía Jean que a lo mejor perdíamos el taller.

Beauregard le pegó un puñetazo al salpicadero. El cuero viejo se partió igual que el cuero cabelludo de Butch Thompson. Javon dio un respingo y se aplastó contra la puerta de la camioneta. Beauregard le cogió del brazo y le zarandeó.

—¿Qué te he dicho? ¿No te he dicho que no te preocuparas? ¡Me cago en la puta, Javon! ¿Te das cuenta del jardín en que te has metido? ¡Te pueden mandar al reformatorio! ¡Y no te va a gustar, hazme caso! ¿Y si hubiera habido alguien trabajando ahí dentro? ¡Hay que joderse, hijo! ¿En qué pensabas?

Beauregard nunca había pegado a sus hijos. Y si vamos a eso, tampoco a Ariel. Su madre le había abofeteado un par de veces y su padre se había puesto hecho una furia. Tampoco dejaba que sus hijos le ningunearan. Les exigía respeto y, cuando no se lo mostraban, se lo hacía saber como era debido. El deseo de pegar a uno de sus hijos a causa de alguna transgresión nunca había superado al deseo de demostrarles que los quería.

Hasta hoy. Una parte de él (¿quizá la que amaba la emoción de conducir?) quería darle una bofetada a Javon en toda la boca.

—¡Solo quería que mamá dejara de llorar! —exclamó Javon.

—¿Qué?

—No lo sabes porque nunca estás en casa. No llora delante de ti. Pero cuando te vas, se pone a llorar nada más acostarnos. Habló con la tía Jean por teléfono y le contó que, cada vez que te marchas, tiene miedo de que la próxima vez que te vea sea dentro de un ataúd. ¡Siempre habla con ella de que no quiere que te metas en problemas! —dijo Javon. Ahora sí lloraba. Tanto las lágrimas como las palabras le fluían sin reservas.

Beauregard le soltó el brazo.

—Pensé que, si desaparecía el otro taller, no tendrías que hacer nada malo. Pensé que las cosas mejorarían. No quiero que te mueras, papá —dijo. Se agarró la parte inferior de la camiseta y se limpió la nariz con ella.

Beauregard apretó la mandíbula. Trazó un círculo con la cabeza, como si percibiera el entorno por primera vez. Una repugnante burbuja de ácido

intentaba subirle por el esófago.

—Javon, no me voy a morir. Por ahora, no. Y aunque me muriera, ello no significa que tengas que ocupar mi lugar. No eres el hombre de la casa. Solo eres un chico de doce años. No necesitas ser nada más. La mierda esa del hombre de la casa te acaba haciendo daño, créeme —dijo al fin.

—Mamá dijo que tú fuiste el hombre de la casa cuando se marchó el abuelo. Dijo que hiciste lo que tenías que hacer —dijo Javon. El flujo de lágrimas bajó el ritmo hasta un goteo. Inspiró y emitió una tos húmeda.

—No hagas lo mismo que yo, Javon. No soy nadie a quien debas imitar. He cometido muchos errores. Errores terribles. Lo único bueno que he hecho ha sido casarme con tu madre y teneros a ti, a Darren y a tu hermana. Lo que tuve que hacer lastimó a más gente de la que ayudó. Intentaba ser aquello para lo que aún no estaba preparado, igual que tú —dijo Beauregard.

Se veía a sí mismo en el asiento del copiloto del Duster. Con trece años y el pie en el acelerador. Las caras horrorizadas de los tres hombres que habían hablado con su padre.

—¿Te vas a chivar de mí? —le preguntó Javon.

Beauregard giró la cabeza a la derecha con rapidez.

—No. No, no me voy a chivar. ¿Estaba contigo el tal Tre?

—No, yo... Me escabullí yo solo. Le dije que había quedado con una chica.

—Los únicos que lo sabemos somos tú y yo. Y así se va a quedar. Pero me tienes que prometer una cosa. Me refiero a que tienes que jurármelo, hijo.

—Vale.

Beauregard observó el claxon en el centro del volante.

—No te voy a decir que está mal, porque ya lo sabes. Me tienes que prometer que, por muy mal que creas que van las cosas, nunca vas a volver a hacer algo así. Si sigues por este camino, antes de que te des cuenta no vas a poder encontrar el modo de volver. Te vas a perder. Un día te despiertas y solo eres un tipo que se dedica a estas mierdas y no siente nada. Es lo peor que puedes ser. No voy dejar que te pase a ti. Soy tu padre y mi trabajo es protegerte, incluso si eso implica protegerte de ti mismo.

Prométeme que no vas a volver a hacer nada por el estilo —dijo Beauregard.

—Te lo prometo.

Beauregard rodeó a Javon con el brazo y le acercó.

—Te quiero, hijo. Mientras me quede aliento en el cuerpo, podrás contar conmigo. Yo no siempre pude contar con mi padre. A ti no te va a pasar lo mismo.

Le abrazó con fuerza y luego le soltó.

—Yo también te quiero —dijo Javon.

Beauregard arrancó la camioneta, pero antes de que pudiera meter la marcha, Javon le hizo una pregunta que le dejó helado. Era lo que venía esperando que le preguntase un día. Hasta cierto punto, tenía sentido que se lo preguntara ahora, después de que la sangre Montage se hubiera hecho notar de manera espectacular.

—¿Qué le pasó a tu padre? —preguntó Javon.

Beauregard se recostó en el asiento y soltó una carcajada sin vida.

—¿A mi padre? Mi padre era como una tormenta en un mundo de brisas agradables. Así iba por la vida. Así me crio —dijo Beauregard.

Javon abrió la boca como si fuera a hacer otra pregunta, pero luego la cerró y se giró para mirar por la ventanilla.

Después, aquella noche Beauregard se sentó en el porche a beberse una cerveza. Los grillos y los saltamontes verdes se batían en un duelo musical. El cielo sin luna era negro como el alquitrán. La temperatura había descendido aproximadamente un grado de la máxima de treinta y seis que hubo por la mañana. Las polillas danzaban alrededor de la luz amarilla del porche, atraídas hacia su muerte por lo mismo que las fascinaba.

Kia salió y se sentó a su lado en la otra silla Adirondack de plástico.

—Javon está más callado de lo habitual. Se ha quedado dormido con los auriculares puestos. No ha salido de su habitación desde que terminamos de cenar.

—Ajá —dijo Beauregard mientras le daba un sorbo a la cerveza.

—¿Pasa algo que yo deba saber? —le preguntó.

Le tocó el brazo y Beauregard le pasó la botella. Echó un buen trago y luego se la devolvió. Beauregard respondió a su pregunta con otra pregunta.

—¿Le has contado a Jean que iba a dar un golpe? —inquirió.

Kia arrugó el ceño.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Javon dice que oyó cómo le contabas que yo tendría que hacer algo malo para salvar el taller.

Kia se mordió el labio inferior.

—A lo mejor le dije algo así, pero nada de que fuera un golpe. Ya te he contestado a la pregunta, ¿me contestas tú a mí?

Beauregard le dio otro sorbo.

—Hoy ha venido Pat Thompson. Me ha acusado de quemarle el taller, justo como dijiste que pasaría. Nos hemos peleado.

—¿Le has hecho daño?

—Nada que no se arregle con povidona yodada y vendas.

Kia se recostó en la silla.

—¿Crees que te va a denunciar?

—No. Tienen las de perder, aunque sé que aquí no acaba la cosa.

—¿Y qué tiene que ver con Javon? Sabes por qué está tan callado, ¿verdad?

Beauregard contempló la oscuridad. La luz de la carretera danzaba por la calzada como una centella.

—Javon le prendió fuego al taller Precision —dijo.

Kia se levantó y salió disparada a la puerta. Beauregard extendió el brazo y la agarró de la cintura. La empujó de nuevo hacia él, con toda la delicadeza que pudo.

—Pensaba que nos estaba ayudando. Nos oyó hablar de lo mal que están las cosas. Quemar a la competencia le pareció la solución —dijo.

—¡Joder, Bug! ¿Qué vamos a hacer?

—Le vamos a proteger, eso vamos a hacer. Ya sabes que yo antes pensaba que era mejor persona que papá. Me he esforzado mucho por ser mejor padre, pero es como si mis hijos hubieran heredado mi enfermedad. El orientador del reformatorio la llamó una «propensión a resolver los conflictos con violencia». Es una forma de expresarlo —dijo Beauregard.

Se acabó la cerveza de un lingotazo. Se puso de pie y arrojó la botella al bosque. Oyó cómo aterrizaba entre la maleza.

—Es una puta maldición, eso es lo que es —dijo—. El dinero no puede acabar con ella y el amor no la aplaca. Si la entierras en tu interior, te carcome por dentro. Si cedes, acabas cumpliendo cinco años en un agujero de mala muerte. Una vez vi cómo papá le dio una paliza a un hombre con el taburete de un bar y le dejó medio muerto delante de su esposa. Lo que ha hecho Javon no es culpa suya, en realidad. La violencia es una tradición familiar de los Montage.

Condado de Red Hill, agosto de 1991.

—Va a haber tormenta, Bug. ¿Ves las nubes esas? No hay escapatoria. ¿La hueles en el aire? —dijo Anthony.

Bug se asomó por la ventanilla del coche y dejó que el viento le abofeteara la cara. Su padre tenía razón, podía oler la lluvia en el aire. Era un intenso aroma dulce que impregnaba la atmósfera. A lo lejos se congregaba una masa de nubes negras. Estaban hinchadas, igual que las ciruelas demasiado maduras y a punto de reventar.

—Después de los batidos, igual voy a por un poco de espinazo de cerdo. Te llevo a casa y os preparo un cocido a tu madre y a ti —dijo Anthony.

Bug sabía lo que aquello implicaba. Su padre planeaba quedarse a dormir. Conllevaba una hora de risas y dos horas de discutir, seguidas de otras dos de hablar en voz baja en la habitación de su madre. También implicaba que él pasaría más tiempo con su padre.

Llegaron al Tastee Freez y su padre puso el coche en punto muerto. Echó el freno de mano y bajó de un salto, con una destreza que contradecía a su tamaño. Cerró la portezuela y luego se asomó por la ventanilla abierta.

—Dos batidos y un par de grasientas hamburguesas con queso. ¿Quieres algo más?

—No. ¿Me pides un batido de chocolate en vez de fresa?

—Claro. ¡Menudo cambio! —dijo Anthony con una carcajada.

Fue trotando a la ventanilla corredera para hacer el pedido. Había unos

cuantos clientes aparcados a la derecha del edificio. Las camareras iban y venían en patines, transportaban comida y bebida para las familias de los monovolúmenes y de alguna que otra ranchera. Beauregard oyó la risa aguda de la chica que tomaba nota de los pedidos. Vio cómo su padre intentaba asomar la cabeza por la ventanilla y la chica se reía como una loca. Unas pocas gotas de lluvia comenzaron a salpicar el parabrisas.

Deseó que siempre pudiera ser así. Recorrer con su padre las carreteras a bordo de un cohete con ruedas. Observar cómo se emborronaban las colinas onduladas a su paso. El olor a gasolina y a neumático quemado empapándoles la ropa. Solos su padre y él, surfeando el asfalto. Sin ningún destino en mente, solo disfrutando del viaje en coche. Pero sabía que era una fantasía. Las cosas nunca serían así y estaba aprendiendo a aceptarlo. La verdad era que siempre era mejor padre en las fantasías que en la vida real. A Bug aquello no le impedía quererle con tal intensidad que el amor por su padre le resultaba igual de inherente que el color de la piel.

El chirrido de los neumáticos le obligó a darse la vuelta. Un Camaro IROC-Z blanco entró derrapando en el aparcamiento y se detuvo a escasos centímetros del parachoques trasero del Duster. Bug vio que se bajaban tres blancos y se encaminaban hacia su padre cuando este se acercaba al Duster con los batidos y las hamburguesas. Los hombres pasaron por la ventanilla y a Bug le llegó el tufo a alcohol. Era amargo y desagradable, como el alcohol de setenta grados con que su abuela se frotaba las rodillas. Se irguió en el asiento del copiloto mientras los hombres rodeaban a su padre. El más grande llevaba una camiseta azul claro y sin mangas, que dejaba a la vista los múltiples tatuajes. Los contornos borrosos y el negro pálido que se había vuelto verde hacían que los tatuajes parecieran los garabatos de un niño. En la piel clara del cuello del hombre destacaba un antojo brillante y de color burdeos. Llevaba el pelo engominado hacia atrás y le clareaba.

—Hola, Ant —dijo el hombre.

Bug observó cómo su padre le miraba de arriba abajo.

—Hola, Rojo —dijo al fin.

—Sube al coche, Ant —dijo Rojo.

—¿Qué pasa, Rojo? ¿Eh? Hemos terminado. Se acabó —dijo Anthony.

La voz de su padre tenía cierto tono que preocupaba a Bug. Sonaba

como si fuera otra persona. Hablaba con un deje plano y robótico que contrastaba por completo con su jovialidad habitual.

—No hemos terminado, hijoputa. No hemos terminado ni de coña. El martes trincaron a mi hermano —dijo Rojo.

Habló con una ferocidad contenida que daba miedo. Bug pensó que sonaba igual que un perro rabioso que gruñe al otro lado de la verja.

—¿Y a mí qué? Blanco salió por ahí, se compró un Corvette y fue soltando billetes de cien por el bar de Danny una semana después de lo que hicimos. Al *sheriff* no le hace falta ser Matlock pa darse cuenta —dijo Anthony.

—Eres el único que nos puede conectar con aquel lugar. Me llamó anoche y me contó que la poli dice que tienen un testigo que le conecta con el robo de las nóminas. Sé que no soy yo. Ni tampoco Azul. Así que, ¿quién coño crees que queda? Ahora sube al puto coche —dijo Rojo.

Bug vio que se levantaba la camiseta sin mangas. Vislumbró una culata de madera. Tenía una pistola. Aquel hombre tenía un arma y estaba obligando a su padre a que le acompañase.

—Rojo, podemos hablarlo, pero ahora no. Delante de mi hijo, no —dijo Anthony.

Bug observó cómo entornaba los ojos y parecían rendijas. También sabía lo que significaba aquello. Era la misma cara que había puesto su padre la noche anterior en el bar. Un hombre le había dicho que le iba a meter un tiro como no dejara en paz a su mujer. Su padre se acabó la cerveza y luego cogió el taburete y golpeó al hombre hasta dejarle medio muerto. Poco después se marchó del bar de Sharkey. Su padre le había hecho prometer que no le contaría a su madre que había ido a un bar, y Bug coincidió en que, desde luego, su madre no tenía que enterarse de aquello.

Unos truenos retumbaron al este. Comenzó a llover con más intensidad.

—¿Por qué no? Necesita ver qué les pasa a los soplones. No te lo voy a repetir, Ant. Sube al puto coche.

Bug estaba pasando la pierna por encima de la palanca de cambios antes de comprender por completo lo que hacía.

—No voy a dejar aquí a mi hijo, Rojo. ¿Me vas a disparar delante de toda esta gente? —le preguntó Anthony.

—No me tientes, Ant. A mi hermano le van a caer veinticinco años. No me tientes.

Bug se escurrió con sigilo al asiento del conductor.

—No soy un puto soplón, Rojo. ¿Quieres que vaya contigo? Pues vale, pero sígueme y deja que acerque a mi hijo a casa.

Bug agarró la bola ocho de la palanca de cambios.

—Te crees que soy tonto. No voy a dejar que te pongas al volante de ningún coche. Lo último que veré serán las putas luces traseras.

Bug pisó el embrague con cuidado y metió primera en el Duster. El motor ronroneó como un hombre silencioso que carraspea.

—Rojo, por favor. Aquí no —dijo Anthony.

Bug clavó la mirada en su padre. Su padre se percató y le miró. Asintió con la cabeza de forma tan sutil que tuvo que ser un gesto inconsciente. Bug quitó el freno de mano.

—Mete el culo en el coche, negro. No te lo voy a repetir. Último aviso, Ant —gruñó Rojo. Su cara era representativa del apodo.

Anthony miró de soslayo al Duster.

—Lo que tú digas, Rojo —dijo Anthony.

Bug levantó el pie izquierdo del embrague y con el derecho dio un pisotón al acelerador. La funda de cuero del volante estaba embadurnada de sudor. Lo agarró cuando el Duster dio un brinco hacia delante. Anthony le estampó a Rojo en la cara la bandeja de cartón con las bebidas y saltó a la izquierda. El humo de los neumáticos traseros envolvió al Duster cuando el motor aulló.

El espacio entre el Duster y los tres hombres que se enfrentaban a su padre medía menos de seis metros. El Duster fue de cero a ochenta mientras iba cerrando dicha distancia. Bug oyó gritos por las ventanillas abiertas. Los gritos parecían de mujer, pero provenían de dos de los tres hombres delante de él.

El impacto fue horrendo. Todo el coche tembló cuando los arrolló. Uno de los hombres salió despedido al cielo. Rojo y el otro desaparecieron debajo del parachoques delantero del Duster. Bug pisó el acelerador hasta el suelo y les pasó por encima. Oyó cómo los cuerpos rebotaban contra el chasis. Le recordó a aquella vez que su madre atropelló un mapache con el

viejo Ford LTD, un golpe sordo que recorrió todo el coche. Llegó a cien a la ventanilla de los pedidos. Al pasar volando, vio que la joven blanca tenía la boca en forma de una «o» enorme. Pisó el embrague y el freno al mismo tiempo que torcía el volante a la izquierda. El Duster se caló de golpe, derrapó y se detuvo.

Anthony se levantó del pavimento y corrió hacia los tres cuerpos desparramados por el suelo. Parecía que les sangraban todos los orificios. Azul tenía marcas de neumático en los antebrazos y en el pecho. Tenía la cabeza retorcida en un ángulo anormal, en dirección contraria a la posición de la pelvis. Timmy Clovis había salido volando por los aires y había aterrizado justo de cabeza. De la parte posterior del cráneo le goteaba una masa fibrosa, de color rosa y rojo. Beauregard se dio cuenta de que era el cerebro.

Rojo Navelly gimió.

Anthony se arrodilló junto a él. Tenía las dos piernas dobladas hacia atrás a la altura de las rodillas, igual que un pájaro. El pecho de Rojo estaba aplastado y formaba una superficie cóncava en el costado derecho. La sangre le manaba a borbotones de los oídos y de la boca. Se le había desprendido una tira de piel del lado derecho de la cabeza, lo que había sacado a la luz una fea herida roja. Cada vez que respiraba, le salía más sangre que luego le manchaba la barbilla. Tenía marcas de neumático en los muslos.

—Te dije que delante de mi hijo no —dijo Anthony. Le tapó la nariz y la boca a Rojo con su enorme manaza.

—¿Está...? ¿Está bien? —chilló una vocecita. La chica de la caja había salido de detrás del mostrador.

Anthony se inclinó sobre el cuerpo de Rojo.

—¡Corre a llamar a emergencias! ¡Corre! —gritó sin darse la vuelta.

Oyó cómo los pies de la chica chocaban con el pavimento al correr. Rojo intentó mover la mano hacia la pistola, pero no parecía que le funcionara bien. Tembló una vez, luego dos, y luego se quedó quieto. La vida se le apagó de los ojos igual que una bombilla que se atenúa poco a poco.

Beauregard estrujaba el volante con tanta fuerza que le dolían los

antebrazos. Veía una esbelta nube de vapor blanco que emergía de debajo del capó. El propio capó estaba abollado en el centro. Notaba una presión en el pecho, como si tuviera un elefante encima.

—Baja del coche, Bug. No le des a la poli un motivo pa que te metan un tiro cuando lleguen —dijo Anthony.

Abrió la puerta y ayudó a Beauregard a salir del coche. Beauregard se agachó y se puso las manos en las rodillas. Esperó un chorro de vómito que nunca le salió. Anthony le acarició la espalda con su enorme manaza.

—No pasa na, Bug. Vomita si hace falta. No estás hecho pa esta vida. Es buena señal —dijo Anthony.

—Te iban a matar —dijo Beauregard entre jadeos secos.

—Sí, creo que lo tenían en mente, Bug. No te preocupes, le voy a decir a la poli que ha sido un accidente. Todo va a salir bien.

Cuatro semanas después, a Bug le condenaron a cinco años en el reformatorio por homicidio involuntario.

Para entonces, hacía mucho que su padre se había marchado.

Capítulo 19

—Despierta, Ronnie.

—Déjame en paz, Reggie. Me duele la cabeza como si tuviera a un gnomo cavándome un túnel con una cuchara —dijo Ronnie.

La boca le sabía igual que el fondo de un barril de petróleo. Si la memoria no le fallaba, la noche anterior se habían pimplado tres botellas de Jameson. Reggie y él se habían tomado la mayor parte, pero las dos mexicanas también habían bebido lo suyo. ¿Cómo se llamaban? Guadalupe y Esmeralda. Los nombres les pegaban. Quizá.

—Ronnie, despierta, por favor.

Las habían conocido en Richmond, en la taberna de Laredo. Las trajeron a la caravana de Reggie para pasar una noche de bacanal tan desenfrenada que hasta Hugh Hefner se habría sonrojado. Lo último que recordaba Ronnie era que una de las chicas le chupaba la polla como si la hubieran envenenado y él tuviera el antídoto en los huevos.

—¡Ronnie, despierta de una puta vez!

Habían pasado dos semanas desde que dieron el golpe y no bajaba el ritmo ni un ápice. Después de tanto hablar de playas arenosas y cielos azules, ya no tenía prisa en abandonar Virginia. Jenny le había dejado tirado, pero no era grave. El mismo día que se piró, encontraron a la bollera quemada, más crujiente que el pollo frito de la abuela. Por lo que decían en las noticias, la poli supuso que ella y Jenny estuvieron involucradas en el atraco. No mencionaron nada de ningún posible cómplice. La presión no había desaparecido, pero había bajado de olla exprés a cacerola normal.

—Deberías hacerle caso a tu hermano.

Ronnie abrió los ojos de golpe al mismo tiempo que buscaba la pistola debajo de la almohada. Le había dado el dinero a Reggie para que la comprara por lo legal. Una Beretta de 9 milímetros.

—Ah, ahí no está, hermano. Será mejor que te sientes.

Ronnie se volvió con tal lentitud que podría haber estado demostrando cómo se mueven las placas tectónicas.

A los pies de la cama había dos hombres, uno a cada lado de Reggie. Uno de ellos tenía una cicatriz desagradable en un lado de la cara. Lucía una camisa blanca de vestir, con el cuello desabrochado y los faldones por fuera. El otro hombre era igual de ancho que un frigorífico. Vestía una americana azul y una camiseta negra. La barriga apenas le cabía en la camiseta. Él era el que le clavaba el cañón de una 357 a Reggie en las costillas.

—Buenos días, cielo —dijo el hombre de la cicatriz y la barba a lo coronel Sanders.

—¿Venís de parte de Chuly? Porque ya le di la pasta al Mofeta. Se lo pagué to con intereses —dijo Ronnie.

El hombre de la cicatriz se estremeció y rio:

—No, no venimos de parte de Chuly. Y no somos tan malos como Mitchell el Mofeta. En realidad, no.

Ronnie se sentó y dejó que la manta cayera y le tapase la cintura. Reggie tenía los ojos como platos. Ronnie se estrujó el cerebro. ¿Las últimas semanas había cabreado a alguien para que mandara a unos tipos a apretarle las tuercas? Se quedó en blanco.

—Mira, no sé de qué va to esto, así que ¿por qué no me iluminas un poco, macho? —preguntó Ronnie.

Le habló al hombre de la cicatriz. Parecía ser el cerebro de la operación. El hombre de la cicatriz sonrió.

—Bueno, a ver cómo te lo explico. La has cagado, Ronnie. La has cagado tanto que más te vale buscar a tu mamá, meterte por la raja y volver a intentarlo desde el principio. Pero como no es posible, tienes que levantarte, vestirte y venir con nosotros. Date prisa. Quiero llegar al desayuno. En el armario no tenéis na más que una caja de cereales llena de

dinero. No me la puedo comer, ¿no? —dijo el hombre de la cicatriz.

Ronnie había oído antes la frase «se le heló la sangre», pero nunca significó mucho para él. Siempre creyó que sonaba a que un guionista de Hollywood se había autoconvencido de que quedaba guay. Ahora que el frío le corría por las venas, entendió aquella frase intemporal. Sabían lo del dinero, lo cual implicaba una de dos opciones. A: solo se trataba de un allanamiento de morada fortuito. No parecía probable. Una caravana pequeña y cubierta de óxido no era el objetivo habitual de las bandas de ladrones de casas. Aquellos tipos no se parecían a los yonquis colocados que iban en busca de un blanco fácil. Así que le quedaba la opción B: eran profesionales que habían venido a buscarlos específicamente a él y al dinero. Era la opción que le helaba los huesos. La opción que conducía a todo tipo de malos desenlaces. Decidió hacerse el tonto y ver si aquellos tipos le explicaban a qué estaban jugando.

—Espera un momento, o sea, ¿qué pasa, tío? No sé qué pasa. Dame una pista. Venís aquí en plan Wyatt Earp y esas mierdas —dijo Ronnie. Habló con tonos graves y suaves y endulzó las palabras.

El hombre de la cicatriz frunció el ceño.

—No me estás escuchando.

Desenfundó su propia pistola y le disparó a Reggie en el pie derecho. El estruendo ensordecedor del disparo inundó el diminuto dormitorio. Ronnie saltó hacia atrás y se tapó los oídos. Reggie cayó al suelo, abrazándose la pierna derecha. La luz que se colaba por la ventana le subrayó el rostro pálido y sudado.

—¡Joder, tío! —chilló Ronnie.

Reggie se desplomó y se quedó tumbado en posición fetal. Sus gemidos eran lastimeros y agudos. El hombre de la cicatriz apuntó a Ronnie con la pistola. Era una 38 con culata de madera. En semejante manaza, parecía un juguete.

—¿Haces el favor de vestirte? Lo de desayunar iba en serio.

Capítulo 20

Beauregard llevaba años sin bailar. No porque no disfrutara, sino porque nunca parecía tener tiempo para ello. Entre atender el taller, a los niños, a Ariel y a su madre, tenía menos tiempo libre que dientes una gallina. Cuando estuvo metido hasta las cejas en la mala vida, Kia y él iban en coche hasta Richmond sin pensárselo dos veces. Se arreglaban, entraban en las discotecas y bailaban hasta que encendieran las luces para echarlos. Se marchaban después de haberse gastado más en alcohol derramado de lo que la mayoría de la gente ganaba en una semana.

Había pasado tanto tiempo que a Beauregard le preocupaba no ser capaz de seguir el ritmo. Pero allí estaba, en medio del bar de Danny, sintiéndolo y dando vueltas al compás con Kia. Le rodeaba la cintura con un brazo y le posaba el otro en las tersas caderas. La música reverberaba por los altavoces de las paredes e inundaba el bar de una carnalidad tribal. Beauregard notaba cómo se abría paso por su cuerpo mientras Kia se le apretaba contra la ingle. Incluso después de tantos años, aún cautivaba al salvaje que vivía en su entrepierna. Kia era la Afrodita untada de caramelo para su Pan bañado en chocolate.

La canción terminó, pero no se rompió el hechizo. Sus cuerpos se acercaron más y Beauregard le acercó la boca al cuello. Bajo el perfume, el olor de la piel de Kia era más embriagador que la colonia de quinientos dólares que se había comprado aquella mañana. También se había comprado un conjunto nuevo y había ido a la peluquería.

—Y ahora, señor Montage, vamos a salir y me vas a llevar a bailar y a

beber y, si tienes suerte, esta noche vas a echar un polvo de primera —le dijo después de arrasar con las compras.

No costó convencerle. El dinero del golpe a la joyería les había dado un respiro. Qué menos que disfrutarlo. Ronnie era una comadreja, pero no se había equivocado en aquello.

«Eric, Caitlin y el pequeño Anthony no lo están pasando muy bien estos días, ¿eh?», pensó Beauregard.

Se había planteado seriamente mandarle dinero a Caitlin. No mucho, solo lo suficiente para ayudar con las facturas o comprarle un juguete al bebé. Había estado dándole vueltas largo y tendido antes de quitarse la idea de la cabeza. Las cosas aún no se habían calmado. No había forma de acercarse a Caitlin y Anthony, lo cual no le impidió seguir pensando en ellos. Sobre todo, en aquel bebé. Iba a crecer en calidad de miembro del mismo club al que pertenecía Beauregard, la hermandad de los hijos sin padre.

«Pero no sería miembro si tú no hubieras contribuido a reclutarle, ¿no?», pensó.

Kia le acarició el muslo.

—Por cómo has bailado conmigo, creo que lo andas buscando —le susurró al oído.

Beauregard se obligó a sonreír.

—Todos los días y dos veces los domingos —susurró Beauregard.

Kia rio y le besó. A Beauregard se le inundó la boca del regusto a *whiskey* y a brillo de labios con sabor a chicle.

—¡Eh, vamos a pedir chupitos! —propuso Kelvin.

Le pasaba el brazo por la cintura a una mujer que Beauregard no había visto nunca y que tampoco esperaba volver a ver. Kelvin también tenía ingresos que derrochar. El taller estaba teniendo más trajín que un cojo en un concurso de patear culos. Beauregard jamás lo admitiría, pero Javon tenía razón. El incendio de Precision los había ayudado. Le entristecía muchísimo.

—Vale, ¿qué queréis? —preguntó.

—Nada muy fuerte. Me van esos chupitos de motos azules —dijo la amiga de Kelvin.

Era un bellezón alto, de pelo largo y castaño con mechas rubias y un bronceado natural que había conseguido con mucho esfuerzo. Hubo unos cuantos parroquianos que se quedaron mirándolos al entrar, pero sin rencor. Para ellos, era otra blanca más que se había pasado al otro bando.

—¿Y qué tal unas zorras pelirrojas? —propuso Kia.

—Conozco a unas cuantas de esas —dijo Kelvin. Su amiga le dio un codazo.

—Voy a pedir unos chupitos de escalera real —dijo Beauregard.

Se dirigió a la barra mientras los demás volvían a la mesa. Beauregard se apoyó en la barandilla llena de muescas que bordeaba la parte superior de la barra y levantó la mano.

—¿Qué te pongo? —le preguntó el camarero.

—Cuatro de escalera real.

—Ahora mismo.

—La escalera real es la mano más difícil de conseguir en el póquer. Casi nunca sale —dijo el hombre sentado a la derecha de Beauregard, que se volvió y asintió con la cabeza.

—Sí, eso dicen —apuntó. No estaba seguro de si era lo que decían o no; se limitó a darle conversación.

—Sí, es más común la mano del muerto —dijo el hombre. Se apartó el pelo de la cara y Beauregard vio que tenía más cicatrices que la barandilla de la barra.

—¿Cómo?

El hombre sonrió a Beauregard.

—Ases y ochos. La mano del muerto. Era la que tenía Bill Hickok, el Salvaje, cuando se le acercaron por la espalda y le volaron la cabeza —dijo el hombre.

—Ah, sí. Es verdad —dijo Beauregard.

El camarero volvió con los chupitos. Los colocó delante de Beauregard y se marchó. Beauregard cogió los cuatro vasos de chupitos y se dispuso a marcharse.

—Yo, personalmente, nunca atacaría a nadie por la espalda. Si te fuera a matar, iría de frente y te metería dos tiros en la cara. Así nos lo enseñaron en Irak. Dos balazos —dijo el hombre.

Beauregard se detuvo y examinó la cara ruinosa del hombre, que seguía sonriendo.

—Ajá. Bueno, que pase buena noche —dijo Beauregard.

Cogió los chupitos y volvió a la mesa. Sonó una canción nueva en la gramola y algunas parejas regresaron a la pista de baile. Beauregard repartió los chupitos.

—¡Toma ya! Lo he notado hasta en los dedos de los pies —dijo Kelvin. Su amiga se rio y se apoyó en él.

—¡Joder! ¿Intentas emborracharme y aprovecharte de mí, Bug? —le preguntó Kia.

La piel le resplandecía bajo una pátina de sudor y de purpurina del maquillaje.

Beauregard le hizo cosquillas en la barbilla.

—No me voy a aprovechar, a menos que tú quieras —dijo.

Kelvin soltó una risotada aguda.

—Listillo —dijo Kia, pero luego se apoyó en Beauregard y le volvió a besar.

Él también la besó y, entonces, miró por encima del hombro de Kia, disimulando. El hombre de las cicatrices no le quitaba ojo.

Beauregard apartó la vista. Abrazó a su mujer y luego echó un vistazo rápido al bar. Reconocía a la mayoría de los parroquianos o le sonaba quiénes eran, excepto el tipo de la barra y dos hombres sentados a una mesa, cerca de la pared del fondo a la derecha. Ambos eran igual de altos que Beauregard, pero mucho más anchos. Vestían americanas azules y camisetas negras. Los dos tenían sendas jarras de cerveza delante, pero apenas las habían tocado.

Beauregard estudió sus rostros. Eran de lo más normales y corrientes, caras de pan con una rendija estrecha por boca. Lo único que destacaba en ellos eran los ojos. Ojos marrones y muertos, igual que monedas de un centavo que hubieran estado bajo tierra.

El condado de Red Hill no era un lugar que los forasteros visitaran a menudo. No estaba en la encrucijada de ninguna carretera principal. El acceso a la autopista era, principalmente, la vía de escape de los lugareños. Los rostros desconocidos eran una rareza. Beauregard observó a los dos

hombres de la mesa. Tenían la vista clavada al frente o miraban al techo de vez en cuando. Nunca giraban la cabeza hacia la barra. Nunca miraban en la dirección del hombre de las cicatrices.

—Haz caso a tu intuición. El día que no lo hagas, la cosa se va a la mierda.

Se lo había oído decir a su padre una docena de veces. Era un dicho ordinario, pero también certero. Ahora su intuición le estaba hablando. Le susurraba que pasaba algo raro con los tres rostros desconocidos.

Beauregard sacó el móvil y le envió un mensaje a Kelvin: «Lleva a las chicas afuera».

Kelvin cogió su móvil. Leyó el mensaje y escribió la respuesta: «¿Qué pasa?».

Los dedos de Beauregard volaron por la pantalla: «Los tíos esos de la mesa y la barra. Tengo que echarles un ojo».

Kelvin le envió una larga respuesta: «¿Quieres que las mande a casa? No te voy a dejar. 3 contra 2 es mejor que 3 contra 1».

—¿A quién le escribes? —le preguntó Kia.

Intentó cogerle el móvil, pero Beauregard la agarró de la muñeca, se llevó la mano de su mujer a la boca y se la besó. Kia puso los ojos en blanco y quitó la mano de un tirón.

—Toda la gente que conoces está aquí —dijo. Sonreía como un payaso loco.

—Jamal va a traer un coche al taller. Tengo que ir a abrirle.

Kia saltó de la silla y se le sentó a Beauregard en el regazo. Le rodeó el cuello con los brazos.

—Noooo, no te vayas. ¡Si acabamos de empezar!

Le besó en el cuello, pero él creyó que le apuntaba a la mejilla.

—Estás borracha, cielo. Le voy a pedir a Kelvin que os lleve a casa. Es medianoche y tenemos que recoger a los niños. K, ¿te importa llevarlas a casa y recoger a Darren y a Javon? —preguntó Beauregard.

—¿Seguro? —le preguntó Kelvin. La jocosidad que se le oyó antes en la voz se había evaporado.

—Sí, seguro. Te llamo mañana.

—Bug, yo voy contigo —dijo Kia.

—Cariño, te tienes que ir a casa. Mañana trabajas. Ve con Kelvin y los demás. Yo iré a casa dentro de un rato —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Kia.

—Nada. Tan solo he de abrirle a Jamal. Un día me compraré una grúa propia y no volveremos a tener este problema —dijo. Le acarició la barbilla otra vez, pero no se inmutó.

—¡No! Aquí pasa algo —farfulló.

El último chupito la estaba afectando. Parecía que también le había mejorado la habilidad de detectar mentiras.

—No, cariño, no pasa nada. Enseguida voy a casa —dijo Beauregard.

Se la quitó de encima y se puso de pie. Kia se levantó y se tambaleó, pero Beauregard la cogió del codo izquierdo y la sujetó. Kelvin y su amiga también se levantaron. Beauregard le dio un beso en la mejilla a Kia.

—Te veo ahora, cielo —susurró.

—¿Seguro? —le preguntó Kelvin.

—Sí, seguro. Te veo mañana en el taller —dijo Beauregard.

—Tráeme un donut cuando vengas a casa —dijo Kia.

—Claro, cariño. Te quiero.

—Más te vale —dijo.

Kia fue a la puerta, seguida de Kelvin y su amiga. Kelvin miró por encima del hombro. Beauregard no dijo nada. Kelvin siguió a las chicas y salió del bar.

Beauregard dio media vuelta y fue a la barra. Al pasar por la mesa de los dos rufianes pueblerinos, los observó de cerca. Al de la izquierda se le notaba un bulto en la cintura del pantalón, en el lado derecho. A Beauregard no le impresionó que hubieran entrado con una pistola en el bar de Danny. No tenía gorila.

La mayoría de los clientes se tomaba como una sugerencia el cartel de la puerta que prohibía las armas. Beauregard pasó caminando al lado del hombre de las cicatrices, que estaba sentado a la barra y tenía un bulto en la zona lumbar, debajo de la camisa blanca.

Fue al baño de la parte trasera del local. Abrió el grifo y se lavó la cara. En un bar de su pueblo había tres hombres armados que no había visto antes. ¿Los Thompson habrían contratado a unos matones forasteros? No le

pareció probable. Patrick y su padre eran más de ensuciarse las manos. Si iba a haber problemas, se ocuparían ellos mismos. Beauregard se secó la cara con una toalla de papel.

Desde que vio el reportaje sobre Eric, había seguido las noticias de tanto en tanto. Habían encontrado a la encargada de la joyería abrasada en su piso. La novia de Ronnie se había marchado de su pueblo, pero había dejado un cadáver. La policía decía que los arrestos con motivo del atraco eran inminentes, pero Beauregard creyó que era una trola de campeonato.

—Alguien está atando los cabos sueltos —le dijo a su reflejo.

Era el riesgo que corrías por vivir la mala vida. Daba igual lo listo que fueras o lo bien que lo planearas, siempre había la posibilidad de que en tu bar favorito se presentara un palurdo dispuesto a meterte dos tiros. Era la espada de Damocles quede buen grado te colgabas sobre la cabeza cada vez que dabas un golpe.

Respiró hondo y salió del baño. Cogió una silla libre de una de las mesas del bar y la acercó a la mesa de los dos pistoleros vestidos con americanas baratas. Se sentó al lado del tipo de la izquierda.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó el zurdo.

—Depende —dijo Beauregard.

Con la rapidez de un gato, le cogió la pistola al zurdo con la mano izquierda mientras le sujetaba la muñeca con la derecha. Boonie siempre decía que tenía las manos de su padre. Apretó el cañón de la pistola contra la masa dura de la barriga del zurdo.

—A lo mejor me puedes explicar por qué vosotros y vuestro amigo de la barra lleváis toda la noche sin quitarme el ojo de encima.

El diestro metió la mano debajo de la mesa, pero Beauregard negó con la cabeza.

—No. Pon las manos en la mesa, con las palmas hacia abajo. Ya mismo, o empiezo a apretar el gatillo y no paro hasta que haga tope.

Al diestro se le puso la cara más roja que un globo del circo, pero hizo lo que le dijo.

Beauregard notó un hormigueo en el cuello. Se le acercaba alguien por la espalda. No apartó la vista de los dos pistoleros. El hombre de las cicatrices acercó una silla y se sentó. Llevaba un vaso lleno de un líquido

oscuro.

—Eres un espabilado, ¿eh? Aunque, pa serte sincero, hasta un mono manco podría haber pillado por sorpresa a Cari. No te ofendas, Cari —dijo el hombre de las cicatrices.

A Cari no parecía ofenderle nada, ni siquiera que le clavaran una pistola en el estómago.

—¿Quién os envía? —preguntó Beauregard.

No se volvió para encarar al hombre de las cicatrices. Siguió apretando la pistola contra la barriga de Cari. Habían puesto una tristona canción de amor en la gramola. Las parejas bailaban despacio en el viejo suelo de parqué. Los cuerpos trazaban pequeñas órbitas elípticas con delicadeza, al compás de las lúgubres notas que emitían los altavoces.

—Directo al grano. Pero no te toca hacer preguntas. Te toca abrir los ojos y las orejas —dijo el hombre de las cicatrices.

Se metió la mano en el bolsillo. Beauregard le hundió la pistola aún más a Cari en la carne.

—Eh, Quemado... —advirtió Cari, su voz era un ruido grave.

—No te preocupes, Carl, Beauregard es un chico listo. No te va a destripar aquí mismo sin motivo alguno. Tengo una cosa en el móvil que ha de ver —dijo Billy.

Puso el teléfono en la mesa y tocó la pantalla. Beauregard bajó la vista.

Había un teléfono móvil en la mesa. Se veía un vídeo breve. El vídeo mostraba las luces traseras de un coche que abandonaba el aparcamiento del bar de Danny. Beauregard entornó los ojos. Eran las luces traseras de un Nova. El Nova de Kelvin.

—Te íbamos a pillar cuando te marcharas, pero nos has descubierto. Éramos cinco tíos. Nosotros tres en un coche y dos chavales más en otro. Se rumorea que eres un salvaje con mala hostia. Pero cuando te has sentado con el amigo Cari, me he dicho a mí mismo: «Bueno, hora de bailar». Así que les he pedido a mis chicos del otro coche que sigan a tus amiguitos. He visto lo rápido que eres. Hay que joderse, eres más rápido que una pelea a cuchillo en una cabina telefónica. Igual piensas que a lo mejor te da tiempo a dispararnos a mí, a Carl y a Jim Bob —dijo Billy.

Cari se sobresaltó.

—Pero si mis chicos no tienen noticias mías en, digamos... —continuó —, ah, no sé, cinco minutos, le van a prender fuego al coche ese y va a parecer el puto árbol de Navidad de la Casa Blanca.

Beauregard amartilló la pistola de Cari.

—¿Y si no te creo? ¿Y si os disparo a los tres, llamo a mi amigo y le digo que pise a fondo? Ese Nova corre que se las pela.

Billy sonrió.

—Seguro que sí. Pero son un montón de suposiciones, ¿no, Beauregard? Vamos, anda. Como decía, eres un chico listo. Devuélvele la pistola a Cari y vámonos de viaje. Hay una persona que tiene que hablar contigo, y no es de esas a las que les gusta esperar.

Beauregard se apoyó en la pistola y se la hundió todavía más a Carl en la carne. Podía dispararle, no había ninguna duda. ¿Podría acertar también al de la derecha y al que Carl llamaba el Quemado? Incluso si disparaba a todos, ¿podría Kelvin dar esquinazo al coche que le seguía? Como decía el Quemado, eran un montón de suposiciones.

—Tictac, tictac —dijo Billy.

Beauregard pensó en lo que le había dicho Boonie acerca del modo en que morían los hombres como él. No quería llevarse a Kia consigo. Ese honor se lo reservaba a los hombres como los tres sentados a la mesa con él y a quienquiera que fuese su jefe. Le metió la pistola a Carl en la cinturilla de los pantalones.

—Vámonos —dijo.

Billy le dio un buen trago a su bebida. Hizo una mueca y luego puso el vaso en la mesa. Cogió el móvil y deslizó los dedos por la pantalla. Se lo guardó en el bolsillo.

—¿Ves? Ahora ya no hay por qué adelantar la Navidad.

Capítulo 21

No le vendaron los ojos. Era mala señal. Significaba que no les importaba que viera adonde iban, lo cual, con toda probabilidad, quería decir que no iba a salir de allí adonde iban. Tampoco le ataron las manos. No hacía falta, en realidad. Al fin y al cabo, tenían su póliza de seguros.

Beauregard se sentó entre Jim Bob y el Quemado. Iban en un Cadillac CTS de 2010, un bonito sedán de tamaño medio con un potente motor de tres litros. Una luz fantasmagórica y pálida bañaba el interior del coche. Las luces LED recorrían el interior de las portezuelas y del suelo. No era más que un sutil toque de luz, nada demasiado excesivo. Beauregard se dio cuenta de que habían echado el seguro para niños. Había pensado dar un codazo a Jim Bob, abrir la puerta y sacarle de un empujón después de quitarle la pistola. Le metería el cañón en el ojo al Quemado y le sugeriría que contactase con sus chicos y les dijera que se retirasen. Comprendió que los bienintencionados defensores de los consumidores le iban a desbaratar aquel plan.

Se incorporaron a la autopista de un salto y pusieron rumbo al oeste. El Cadillac atravesó la noche. Beauregard notó cómo se le taponaban los oídos cuando empezaban a ascender por las montañas Blue Ridge, que dividían Virginia en dos a intervalos irregulares.

Al final, tomaron una salida cerca de Lynchburg. El desvío de la autopista los condujo a la calle principal, con robles a los lados, de un pintoresco villorrio, escondido cerca de la montaña denominada Peaks of Otter. Por toda la calle, las farolas verde oscuro jugaban al cucú-tras con los

árboles de glicina. Había una pancarta desplegada en la fachada de un imponente edificio de granito bordeado de columnas, y proclamaba que faltaba una semana para la feria de Kimball Town. El coche se desvió de la calle principal y se metió por otra igual de bien iluminada. Se detuvo delante de un estanco, al final de la acera. Era el último establecimiento de una breve hilera de tiendas. Un escaparate enorme interrumpía la fachada de ladrillos. Un letrero resplandeciente sobre la puerta delantera decía que se llamaba «El Estraperlo». El cartel de neón del escaparate decía que estaba cerrado. Jim Bob le clavó el cañón de la pistola a Beauregard en las costillas.

—Intenta cualquier cosa, lo estoy deseando. Así podré apretar el gatillo hasta que haga tope —dijo Jim Bob. Miró con rencor a Beauregard, mostrando unos dientes torcidos.

—Ya vale, Jim Bob, ya sabes que el Lento quiere hablar con este chaval —le dijo Billy al abrir la puerta.

Jim Bob empujó a Beauregard hacia la misma puerta. Todos salieron del coche por el mismo lado. Cari bajó y, antes de que Beauregard pudiera reaccionar, le dio un puñetazo en el riñón derecho. Beauregard trastabilló y se cayó contra el coche. Respiró hondo, tosió y luego se irguió.

—¡Me cago en la puta! ¿Tenéis la chorra pequeña o algo? ¡Ya vale! El Lento quiere hablar con él. No va a poder hablar si está potando y meando sangre —dijo Billy.

Beauregard no detectó que su bienestar le preocupara de verdad. Al Quemado solo parecía preocuparle no decepcionar al Lento, quienquiera que fuera.

—Lo siento, Billy —murmuró Cari.

Beauregard supuso que Quemado debía de ser el apodo de Billy. Le pareció extraño y cruel, si bien es cierto que uno no elige su apodo. Si lo eligiera uno mismo, a él nadie le llamaría Bug.

Billy, alias el Quemado, llamó a la puerta del estanco. La abrió un chico blanco y delgado, de rostro somnoliento y pelo rubio y ralo.

—No habéis tardado na —dijo el chico.

—No se resistió mucho. ¿Está aquí? —preguntó Billy.

El chico negó con la cabeza.

—Aún no.

—Vale —dijo Billy.

Les indicó con un gesto que entraran en el local.

—Después de ti —le dijo a Beauregard.

Beauregard entró en el estanco. Las luces del techo estaban apagadas, pero había bastantes artículos de regalo, carteles de neón y relojes de pared como para iluminarle el camino. Todos los carteles y los relojes representaban escenas de películas antiguas. Beauregard reconoció algunas, otras no. Allí estaban Ricky Sam al piano de *Casablanca* sobre un fondo rojo. En la pared opuesta, colocado por encima de una estantería llena de puros, había un reloj adornado con el rostro de sonrisa maníaca de Richard Widmark en el papel de Tommy Udo en la versión original de *El beso de la muerte*, enmarcado por un fuego químico de azul frío.

El muchacho que abrió la puerta pasó corriendo al lado de Beauregard y llamó a otra puerta, una situada detrás del mostrador. La abrió un hombre que era una bestia parda. Jim Bob obligó a Beauregard a entrar a empujones. La trastienda lucía una decoración escasa. Había un escritorio de roble barato con un anacrónico teléfono de dial giratorio cerca del borde. Las paredes eran losas vacías de hormigón gris. Había una silla de madera detrás del escritorio y tres sillas de metal delante. Los confines espartanos de la estancia contrastaban vivamente con la chabacanería del resto del establecimiento.

—Siéntate —le dijo Billy.

Solo había un sitio vacío en las tres sillas. Ronnie estaba sentado en la primera y Quan, en la segunda. Beauregard se sentó al lado de Quan.

—Bug, lo... —comenzó a decir Ronnie, pero Beauregard le cortó en seco.

—Cierra la boca —le dijo.

Ronnie agachó la cabeza. Beauregard se cruzó de brazos. Quan se sujetaba la cabeza con las manos. Respiraba con fuerza, trabajosamente. Daba golpecitos con el pie derecho, como al compás de la sección rítmica más rápida del mundo. En el rincón había un ventilador cuadrado que movía el aire sofocante. En el techo brillaba una única bombilla encerrada en una jaula de alambre. En el rincón más alejado de la trastienda, a la

izquierda, había unas cuantas cajas de leche apiladas, eran de plástico y estaban vacías. Beauregard se figuró que había sido un almacén en algún momento. Ahora era una cutre sala de tortura que hacían pasar por despacho.

Les habían dado una tunda a Quan y a Ronnie. A Quan le sangraba la boca a chorros. Tenía la camiseta blanca de baloncesto llena de manchas rojas. Ronnie tenía una hinchazón debajo del ojo izquierdo y la nariz tumefacta y torcida. Tampoco los habían atado a ninguno de los dos. Era obvio que no hacía falta. No se iban a resistir. Beauregard se percató en cuanto entró allí. Los hombros encorvados y las miradas desanimadas contaban la historia de su sumisión. Si se le presentaba la oportunidad de luchar, no le serían de ninguna ayuda.

Beauregard oyó cómo crujían los goznes de la puerta.

—¡Vaya, ya está aquí toa la cuadrilla! —dijo una voz aguda y trémula.

Beauregard notó que Quan daba un respingo.

En la trastienda entró un hombre alto y delgado. Llevaba un par de pantalones chinos bien planchados y una camisa negra de cuello abotonado debajo de un chaleco negro y de pana. Tenía las caderas estrechas y los brazos angulosos y puntiagudos. Su cara, rubicunda, era enjuta y terminaba en una barbilla extremadamente afilada. Tenía un montón de pelo castaño con toques de gris y todo de punta, como si hubiera metido el dedo en un enchufe mientras llevaba un peluquín malo. Se quedó de pie en el centro de la estancia, justo debajo de la luz solitaria. Les sonrió, una sonrisa picara que se le extendió por el rostro igual que la leche derramada. Le poblaban la boca unos dientes enormes y demasiados blancos para ser reales.

—Así que vosotros sois *Los más torpes del Oeste*, ¿eh? —dijo el hombre.

Se rio de su propia broma. Un instante después, todos sus hombres también rieron. Señaló con un gesto la silla que había detrás del escritorio. Cari la agarró y el hombre se plantó delante de Quan. Se cruzó de piernas. Una sonrisa socarrona sustituyó a la anterior.

—Me encantan las pelis. Da igual de qué tipo. Pelis de terror, policíacas, pelis antiguas y pelis nuevas. Joder, hasta me gustan las comedias románticas. Me encantan las de John Hughes. ¿Y Molly

Ringwald? ¡Guau! —dijo el hombre.

—Lo sentimos mu... —intentó decir Ronnie, pero el muro con patas que les había abierto la puerta de la oficina le atizó en la nuca.

Ronnie salió despedido hacia delante y se desmoronó en el suelo. Jim Bob y Cari le cogieron por los brazos y volvieron a sentarle en la silla.

—Pero algunas de mis favoritas son las pelis de atracos. Me encantan esas mierdas, tío. Siempre me chifla cuando los atracos van más suaves que una puta de veinte dólares —dijo el hombre.

Se levantó y le dio la vuelta a la silla. Volvió a sentarse y puso los brazos en el respaldo antes de apoyar la barbilla en las manos.

—Contádmelo. ¿Cómo lo conseguisteis? ¿Os cosisteis unos cronómetros a los guantes? ¿Qué tipo de motor llevaba aquel coche? ¿A quién se le ocurrió lo de salir volando por el puto paso elevado? Hay que tenerlos cuadrados, ya te digo.

No habló nadie.

—Venga, no pasa na. Ahora sí podéis hablar —dijo el hombre.

Tampoco habló nadie.

—Era un V8 modificado con inyección de nitrógeno —dijo Beauregard, por fin.

El hombre le guiñó un ojo.

—Mola, mola. ¿Ves? A eso me refería. A las mierdas de las pelis de atracos —dijo.

—¿Eres el Lento? —le preguntó Beauregard.

Oyó pasos a sus espaldas. Se preparó para un impacto, pero el hombre situado delante de él levantó la mano.

—Espera, Wilbert. Este tío me acaba de recordar que me he olvidado de los modales. Mi madre me puso Lazarus Mothersbaugh porque morí en el parto y luego resucité cuando me desenredaron el cordón del cuello. Pero por aquí tos me llaman el Lento. Creo que porque son demasiado lentos pa decir mi nombre completo —dijo el Lento.

A todos sus hombres les entró una risa tonta, salvo a Billy. Tenía la mirada perdida.

—Y ahora volvamos al asunto que nos ocupa. Si hubierais atracado cualquier otra joyería de cualquier otro sitio, estaríais tan panchos. Pero

atracasteis una que me pertenecía, lo que significa que estáis de mierda hasta el cuello —dijo el Lento.

Sonrió, pero esta vez el gesto pareció forzado. Beauregard pensó que era una sonrisa de actor, nada más que una parte de la interpretación.

—¿Habéis oído hablar de mí? —les preguntó el Lento.

Quan levantó la mano.

—¡Coño, chico! ¡Que no estás en clase de Lengua! —dijo el Lento.

Cari se rio.

—Me habéis hecho un putadón con la joyería esa. Era mi ventanilla pa los pagos, por así decirlo. Me agencié unos cuantos diamantes en un trato del que no hace falta hablar ahora. Digamos que soy un socio silencioso de unos proyectos interesantísimos. Pero, hijo, los diamantes esos son mejores que la pasta. Más fáciles de transportar e imposibles de rastrear. Me vienen de perlas pa pagar dos o tres de las pibas mexicanas esas del oeste. Sí, señor, allí me lo había montado de lujo. Y vosotros lo mandasteis a tomar por culo. Ahora la poli anda husmeando. Y algunos de mis negocios se han ido al garete —dijo el Lento. Se chupó los dientes y asintió con la cabeza—. ¡Hay que joderse! ¡Menudo atraco! La verdad, me quito el sombrero ante vosotros. Y la chica esa, ¿cómo se llama, Quemado?

—Jenny.

—Sí, Jenny. Dijo que tú eras el cerebro, Ronnie. El que lo montó to —dijo el Lento. Señaló a Ronnie con un dedo largo y flaco. Ronnie estaba más pálido que un fantasma—. Pero Beauregard, tú ibas al volante. ¡La hostia! ¡Condujiste de puta madre, chaval! —El Lento siguió señalando a Ronnie, pero giró la cabeza para mirar a Beauregard—. No era tu primer rodeo, ¿a que no? —le preguntó.

Beauregard no dijo ni una palabra.

—Contéstale —dijo el Quemado.

—No.

El Lento se levantó y caminó alrededor de Beauregard. Se agachó y le acercó la boca a la oreja.

—He preguntado por ti, chaval. Dicen que eres capaz de adelantar al diablo en la carretera al infierno —dijo el Lento. Se irguió—. Da igual lo mucho que me guste vuestro estilo, chicos, y bien sabe Dios que os doy

puntos por el estilo, pero no puedo pasar por alto algo así. O sea, me habéis robado y ahora tenéis que compensármelo —dijo el Lento con una cadencia cantarína. Sonaba igual que un predicador baptista en una reunión de creyentes fanáticos.

Señaló a Wilbert. El hombretón salió de la oficina. Volvió un momento después con cinco cajas de cereales. Vació el contenido de las cajas en el escritorio. Los fajos de dinero se derramaron por el escritorio igual que el botín de una cosecha de otoño.

—Habréis sacado una buena tajada. Contando con vuestras partes más lo que le quedaba al viejo Ronnie, habréis sacado unos setecientos mil dólares por los tres millones. Es una buena proporción —dijo el Lento.

Beauregard y Quan fulminaron con la mirada a Ronnie. El Lento se rio a carcajadas.

—¡Ay, Señor! ¿Os ha racaneado a todos? ¡Qué puta pena! —dijo.

Dio la vuelta para mirarlos de frente.

—Tenemos las partes de Ronnie y de Jenny. A Quan no le quedaba lo suficiente como pa molestarnos, pero aun así nos lo quedamos. Beauregard, tú has tenido suerte. No voy a mandar a mis chicos a poner tu casa patas arriba buscando tu tajada. Sospecho que no eres tan tonto como pa llevarla encima. Y a estas alturas ya da igual. Incluso aunque tuviéramos to, me seguiríais debiendo pasta. Cualquier otro día, ya estaríais más muertos que el beicon que he desayunado —dijo el Lento.

Se volvió a sentar en la silla. Beauregard notó que todo aquello conducía a un «pero». Si los fuera a matar, no los habría congregado allí para una reunión de equipo. El Lento quería algo. Y con todas sus ganas.

—Sin embargo, Dios os ha sonreído hoy. Sí, señor, os habéis cruzado en mi camino en una época en que preciso de chicos que posean habilidades especiales —dijo el Lento. Beauregard reconoció esa frase de alguna estúpida película de acción de hacía algunos años—. Sé que parece imposible porque soy un tipo encantador, pero tengo ciertos problemas con un chaval de Carolina del Norte. No nos ponemos de acuerdo acerca de quién dirige qué por aquí. Y he de reconocérselo, me ha tenido ocupado de pelotas allí al sur. Pero voy a ganar, porque él solo tiene soldados. Yo tengo familia —dijo el Lento.

Asintió con la cabeza a sus hombres y ellos le devolvieron el gesto.

—Uno de sus soldados tiene la desagradable costumbre de darle a la meta. Por casualidades del destino, está en deuda con uno de los míos. A cambio de lo que le debe, el soldado en cuestión me ha contado un secretito. A su jefe le va a llegar un cargamento por las Carolinas. Un camión lleno de platino que ni siquiera se supone que ha de estar a este lado del país —dijo el Lento. Alzó las manos como si se lo suplicara—. Y aquí es donde entráis vosotros. Me vais a conseguir ese cargamento. No va a ser fácil. El chaval este tiene un montón de armas y no le importa una puta mierda fardar de ellas. Y si el soldado tiene razón, el cargamento este vale un huevo pa él. Si lo pierde, le haría muchísimo daño. Así que, ya sabéis, lo va a pelear igual que un perro por su hueso. Pero si me lo conseguís, bueno, pues estaremos en paz.

«Es mentira», pensó Beauregard.

—¿Qué os parece, chavales? Supongo que ya sois todos de la familia —dijo el Lento.

—¿Conoces la ruta y la fecha? ¿Sabes cuántos coches acompañan al camión? Dices que tiene armas, así que asumo que llevará coches de escolta —dijo Beauregard.

Se preparó para el impacto, y esta vez sí que le atizaron. Un golpe rápido entre las escápulas, como a un conejo. Se agarró a los lados de la silla. El dolor le centelleó por la espalda hasta el muslo derecho, pero no se cayó.

—Sinceramente, es una buena pregunta, Beauregard. De verdad que sí. Pero nuestra familia funciona igual que una de verdad. Ahora soy tu padre. Y no me hables a menos que te dé permiso —dijo el Lento.

Tiró del respaldo de la silla y se echó atrás hasta que dos patas se despegaron del suelo. Mantuvo el equilibrio un instante antes de apoyar las cuatro patas.

—Otra cosa que no hacemos en esta familia es irnos de la lengua. Cabalgamos juntos y morimos juntos. Nunca nos chivamos de los miembros de la familia. Jamás —dijo el Lento. Se pasó una mano por la maraña de pelo—. Beauregard, ¿a que no adivinas cuál de tus socios te ha delatado? Jenny nos contó todo sobre Ronnie y Quan, pero no tenía ni puta

idea de quién eras tú. Nunca te habríamos encontrado si uno de ellos no se hubiera ido de la lengua. Te daré una pista. Es el mismo chico que se iba de la lengua en el club de estriptis y contaba cómo había tenido que cargarse a un payaso durante el atraco.

Beauregard no respondió. No necesitaba la pista. Puede que Ronnie fuese un tramposo, pero no un chivato.

—¡Ay, Dios! —gimió Quan.

—Dudo que le vayas a ver —dijo el Lento.

Billy se sacó la pistola. Una 38 pequeña y negra. Le disparó a Quan en la cara tres veces. En el interior de la pequeña trastienda, cada tiro sonó igual que un cañón. Beauregard notó que le llovían gotas cálidas en el lado derecho de la cara. Quan se resbaló de la silla y se desmoronó sobre un costado. Su cabeza cayó a los pies de Beauregard. A Quan le tembló todo el cuerpo. Emitió un jadeo lastimero y luego se quedó quieto.

—¡La hostia puta, tío! —chilló Ronnie.

Un puño del tamaño de un jamón le golpeó en un lado de la cabeza. Ronnie salió volando y aterrizó contra el escritorio. Esta vez nadie fue a recogerlo.

—El chico este era igual que una nevera rota. No se le podía confiar ni una mierda. Los tipos así no valen pa na, salvo pa practicar el tiro al blanco —dijo el Lento.

Beauregard no miró el cadáver de Quan ni a Ronnie, boca abajo en el suelo. Miró fijamente un punto de la pared detrás del escritorio.

—¿Quieres hacer el favor de levantarlo? —dijo el Lento.

Cari cogió a Ronnie y le volvió a sentar en la silla. El Lento arrimó la silla hacia delante hasta que las patas quedaron apretadas contra los muslos de Quan.

—Así está la cosa, chicos. Estáis en deuda conmigo. Así que os vais a encargar del platino. Si no, mato a tos vuestros seres queridos. Me los cargaré delante de vosotros y despacio. Quizá le pida al Quemado que les prenda fuego. Quizá les pida a los chicos que los maten a martillazos. Da igual cómo, que os quede claro que van a acabar muertos. Y luego iréis vosotros. Os lo prometo. Yo cumplo mi palabra —dijo el Lento.

Se levantó y se apoyó las manos en las rodillas. Miró a Bug a los ojos,

luego centró su atención en Ronnie y, luego, otra vez en Bug.

—Os veo el odio en los ojos, chicos. No pasa na. Odiadme to lo que queráis. Si andáis estrujándoos los sesos pa dar con un modo de joderme, olvidaos del tema. Si Dios no pudo matarme cuando nací, vosotros dos no lo vais a conseguir ahora. Intentad algo raro y os obligo a elegir a cuál de vuestros seres queridos le cortan el cuello primero —susurró.

Dio un paso atrás y le dio una palmadita en el hombro a Billy.

—El Quemado os va a dar la información sobre la ruta, el día y la hora. Os entregarán un móvil de prepago con un número guardado. Cuando hayáis terminado, y me refiero a en cuanto hayáis terminado, llamáis a ese número. Aparte de eso, creo que ya hemos acabado —dijo el Lento.

—Arriba —dijo Billy.

Beauregard y Ronnie se levantaron. Jim Bob los mandó hacia la puerta a empujones.

—Andando, Rock and Roll —dijo Billy.

Ronnie parpadeó. Se le comenzaron a anegar los ojos de lágrimas, pero por fin empezó a andar. Beauregard miró al Lento por encima del hombro y luego salió por la puerta después de Ronnie.

Cuando se marcharon, Wilbert y el chaval sacaron una lona de detrás de las cajas y envolvieron el cadáver de Quan. Cari los ayudó.

—Ve a por la furgoneta.

El chaval salió trotando por la puerta delantera. Wilbert se puso a recoger los fajos de billetes. Cari colocó las tres sillas en el rincón, cerca de las cajas.

—Podríamos hacernos con el camión ese —dijo Cari.

—Sí, claro que sí, pero entonces la Sombra sabría que tenemos a un infiltrado. Deja que lo intenten los chicos estos. Si él ve una banda interracial, no nos echará la culpa. Se piensa que no somos más que un puñado de paletos racistas y catetos —dijo el Lento.

—¿No es así? —dijo Cari.

El Lento sonrió.

—Esa no es la cuestión.

El chaval volvió al establecimiento. Wilbert y él llevaron el cadáver de Quan a la furgoneta. El Lento se cruzó de piernas. Cari se apoyó contra la pared. Sabía que el Lento estaba a punto de soltar un discurso.

—El camión va a llevar dentro más de quinientos kilos de rollos de platino. Vamos a matar unos cuantos pájaros de un tiro. Nuestro hombre sigue infiltrado. Dejamos sin blanca a la Sombra. Sacamos más del triple de lo que nos mangaron los chicos esos. Y cuando nos traigan el camión, que el Quemado los convierta en putas velas —dijo el Lento.

—¿Siempre tienes un plan? —preguntó Carl.

El Lento se alisó el chaleco con sus manazas.

—Como decía mi viejo: «Mientras» ellos recogen manzanas, yo planto semillas.

Capítulo 22

El coche los dejó justo al lado de la salida.

—Aquí tenéis el teléfono, la fecha y la ruta. Os queda una semana —dijo Billy.

Le dio a Ronnie un móvil de tapa y un pedazo de papel por la ventanilla. Jim Bob se marchó quemando rueda. La grava salió volando y por poco no los golpeó. Era tarde. Beauregard miró el reloj. Casi las cinco de la madrugada. El cielo seguía oscuro, pero el amanecer estaba a la vuelta de la esquina.

—Bug, no lo sabía —dijo Ronnie.

Beauregard comenzó a caminar y Ronnie fue detrás de él.

—Te juro que no tenía ni puta idea. ¿Cómo iba a saberlo? Bug, ¿qué vamos a hacer?

Alcanzó a Beauregard y le puso la mano en el hombro. Beauregard se volvió y estranguló a Ronnie con las dos manos. Le arrastró por el arcén y le tiró a la cuneta. Ronnie agarró a Beauregard de los brazos, pero le sirvió de lo mismo que si hubiera intentado doblar el acero con las manos desnudas. A Beauregard se le marcaban los bíceps en las mangas de la camisa. Echó todo el peso encima de Ronnie mientras le asfixiaba y le dejaba sin aliento. Ronnie trató de arañarle los ojos, pero Beauregard tenía los brazos demasiado largos.

—Me... nece... sitas... —graznó Ronnie. Emitió un batiburrillo confuso, pero Beauregard lo entendió.

Ronnie empezó a poner los ojos en blanco y a pestañear. Beauregard le

soltó y se dejó caer en la cuneta. Ronnie se incorporó y se apoyó en el codo izquierdo. Se frotó el cuello con la mano derecha, esgarró y escupió un montón de flema al suelo.

—Solo quedamos tú y yo, Bug. Nos necesitamos el uno al otro si queremos salir de esta.

—¡Cállate! ¡Cierra la boca y escúchame un momento! Sabes que no nos va a dejar marchar, ¿no? Incluso aunque robemos el camión, nos va a matar. Igual que ha matado a Quan. Igual que ha matado a Jenny. Igual que ha matado a esa chica, la encargada. Ya has oído lo que ha dicho de la poli. Anda limpiando toda esta mierda. La única razón de que sigamos vivos es que quiere ese camión. Y le tiene miedo al tipo del que hablaba. Son nuestro as en la manga. El camión y el miedo —dijo Beauregard.

—¿Ya tienes un plan? —preguntó Ronnie.

—Llevo pensando un plan desde que disparó a Quan —dijo Beauregard.

Salió trepando de la cuneta y siguió caminando por la carretera. Ronnie esperó un buen rato antes de seguirle. Justo cuando intentaba hacerle una pregunta a Beauregard, los adelantó un camión tractor que se marchaba del pueblo.

—¿Qué? —le preguntó Beauregard.

—Que si crees que Jenny está muerta —dijo Ronnie.

Beauregard siguió caminando.

—Sí.

—Se suponía que íbamos a ir juntos al baile de graduación cuando estábamos en el instituto. Me expulsaron una semana antes del baile. La esperé en el aparcamiento hasta que terminara. Cuando salió del instituto, la luz del pasillo la iluminó por detrás. Parecía un ángel pelirrojo. Imagino que ahora es un ángel de verdad —dijo Ronnie.

Beauregard no respondió. El sonido de las pisadas sobre la grava que delimitaba el arcén inundaba el espacio que los separaba.

—Este plan tuyo, ¿incluye matar a esos hijoputas? —le preguntó Ronnie.

Beauregard se metió las manos en los bolsillos.

—Sí.

—Son malos, ¿verdad, Bug? ¿A que son unos hijoputas malos? —le

preguntó Ronnie.

—Eso creen, pero sangran como todos los demás.

Regresaron al bar de Danny a las ocho. Beauregard llevó a Ronnie a la caravana.

—Dame la información de la ruta —dijo Beauregard.

Había aparcado la camioneta detrás del coche de Reggie. Ronnie se rebuscó en el bolsillo y sacó el trozo de papel.

—Te llamo mañana. Nos van a hacer falta al menos otras dos personas. ¿Se puede venir Reggie con nosotros? —preguntó Beauregard.

Ronnie se encogió de hombros y luego se pasó los dedos por el pelo.

—No sé. Sí sabe conducir, pero no vale pa na con la pistola. No aplastaría ni una uva en una pelea de comida —dijo.

—Si todo va como me imagino, lo único que tendrá que hacer es conducir. Te llamo mañana —dijo Beauregard.

Ronnie bajó de la camioneta. Se asomó por la portezuela. Había bajado del todo la ventanilla del copiloto.

—Bug, te juro que, de haber sabido que la joyería era de un tipo así, nunca os habría involucrado a ninguno —dijo.

La mirada que le lanzó Beauregard obligó a Ronnie a cerrar la boca de forma audible. Se irguió y se apartó de la camioneta. Observó cómo Beauregard salía marcha atrás por el camino de entrada, a casi sesenta por hora. Al llegar a la carretera, dio media vuelta de un volantazo. Quemó rueda y se fue, rumbo al horizonte.

Ronnie entró en la caravana. Reggie estaba tumbado en el sofá con el pie en el reposabrazos. Lo tenía envuelto en cinta americana y lo que parecía una camiseta vieja. Ronnie cerró de un portazo. Reggie se enderezó en el sofá. Sostenía la pistola de Ronnie en la mano derecha. Blandió el arma y apuntó a la puerta.

—¡Por Dios bendito, tonto del culo! Suelta la pistola —gimió Ronnie.

Reggie parpadeó unas cuantas veces.

—¡Coño, Ronnie! Lo siento. Creí que había vuelto un tío de esos —dijo.

Ronnie le tendió la mano a Reggie, que se quedó inmóvil durante unos instantes.

—Ah, sí. Toma. Ni siquiera sé cómo funciona este trasto —dijo al darle la pistola a Ronnie.

—Hay que apretar el gatillo, imbécil —dijo Ronnie.

Reggie se retorció y se levantó haciendo un esfuerzo. Se acercó renqueando a su hermano con pasos tambaleantes. Le dio un abrazo y le apretó con una fuerza inesperada.

—Creí que no ibas a volver nunca —le sollozó al oído.

—¿Qué? ¿Y dejar to esto? —dijo Ronnie.

Reggie le soltó y Ronnie le ayudó a volver al sofá. Reggie se desplomó y Ronnie también se desplomó a su lado. Los dos echaron la cabeza atrás y la apoyaron en el respaldo con movimientos que daban miedo, de tan parecidos que eran.

—Ronnie, ¿quiénes eran los tíos esos? —dijo Reggie.

—Problemas con P mayúscula —dijo Ronnie.

Cerró los ojos con fuerza. El sueño se le acercaba con sigilo, igual que un asesino.

—¿Qué tal el pie? —le preguntó Ronnie.

—La bala entró y salió. No debe de haber dado a ningún nervio ni na, porque aún puedo mover los dedos del pie. Me la he limpiado con un poco de agua oxigenada y me la he vendado con la cinta.

—Te dolerá que te cagas —dijo Ronnie.

—Me quedaba un poco de OxyContin. Ya sabes, ahora estoy bien —dijo Reggie.

Ronnie se frotó la frente.

—Reggie.

—¿Sí?

—¿Cómo se enteraron de que el dinero estaba en las cajas de cereales?

—Entraron a punta de pistola, Ronnie. Se... se me escapó. Lo siento, pero ¿no es lo que querían? ¿El dinero? —resopló Reggie.

—No. Lo quieren to, Reggie. Quieren to lo que tenemos.

Beauregard aparcó al lado del coche de Kia. Había salido el sol y el cristal resplandecía con el rocío. Bajó de la camioneta y entró en casa. Reinaba un

silencio sepulcral. Se dirigió a la habitación.

Entró con sigilo y sin dar la luz. Se estaba quitando la camisa cuando se encendió la lámpara de la mesilla.

—¿Dónde coño estabas? —le preguntó Kia. Llevaba puesta una camiseta de su marido y nada más.

—Me ha surgido una cosa —dijo él.

—¿Y no has podido llamarme?

—No.

Frunció el ceño al examinarle.

—Bug, tienes sangre en la cara —le dijo. Sonaba lejana, como si le hablara a través de un par de latas conectadas por una cuerda.

—No es mía.

Beauregard se quitó la camisa y se bajó los pantalones. Salió de la habitación y fue a la ducha. Se quitó los calzoncillos y los calcetines y abrió el grifo para que se calentara el agua. Pasó el pie por encima del borde de la bañera, entró y dejó que el agua le golpeará de lleno en la cara.

Estaba empezando a enjabonarse cuando alguien corrió la cortina de la ducha con tanta fuerza que se le soltaron unas cuantas anillas.

—Bug, ¿qué coño pasa? —dijo Kia. El agua le salpicó en la cara y en el pecho y le empapó la camiseta.

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

—Es por el golpe, ¿a que sí? ¡Te lo dije! ¡Te dije que te olvidaras del tema, coño! Que vendieras el puto coche, pero no, no me hiciste caso. Y ahora te pasas toda la noche fuera y vienes aquí con sangre de otra persona en la cara —bufó.

El bufido se convirtió en un sollozo. Beauregard la sujetó y la abrazó con fuerza.

—Me voy a encargar de ello. Te lo prometo —dijo.

Kia se apartó de un empujón. Beauregard le escudriñó el rostro. Seguía llorando, pero las lágrimas se perdían en el agua que les caía encima a ambos.

—Siempre dices que te vas a encargar de ello. Pero me he pasado la noche aquí, esperando a que me llamaran y me dijeran que habías muerto. No te vas a encargar de nada si me dejas viuda —dijo—. Ya sé que te

cabreaste conmigo porque hablé con Jean, pero era cierto. ¿Sabes cuántas veces he organizado tu funeral en mi cabeza? Que te vas a encargar de ello. ¿Cómo te puedes quedar ahí plantado y soltármelo sin inmutarte?

Beauregard cerró el grifo. Salió de la ducha. Kia dio un paso atrás. Beauregard la esquivó con el brazo y cogió una toalla. Se secó la cara y el pecho, luego volvió a colgar la toalla en la percha.

—Porque siempre lo consigo —dijo al final.

Capítulo 23

Kelvin levantó la mano para llamar la atención de la camarera. Ella se acercó trotando; vestía unos vaqueros demasiado ceñidos y una camiseta demasiado corta.

—¿Qué quieres, cielo? —le preguntó.

—Dos cervezas —dijo Kelvin.

—Dicho y hecho, tesoro.

Volvió con dos botellas de cerveza tibia. Kelvin cogió la suya y le dio un buen trago.

—¿En serio crees que va a funcionar? —preguntó Kelvin.

—No me queda otra —dijo Beauregard. Bebió un sorbo de cerveza.

—Bueno, ¿cuándo tenemos que ir a Carolina del Norte? —le preguntó Kelvin.

—No te puedo pedir que lo hagas, K —dijo Beauregard.

La camarera pinchó una canción de *blues* en la gramola. Al equipo de música del bar de Danny le costó adaptarse a los graves del bajo que emitían los altavoces. En el bar solo había otros dos parroquianos, sentados en el rincón. Kelvin y él acababan de cerrar el taller por aquel día. Kelvin le había propuesto tomar una cerveza. Cuando se sentaron, Beauregard le soltó todo lo que le había sucedido durante las últimas treinta y seis horas. No se lo podía contar a Kia y tampoco se lo quería contar a Boonie. Kelvin era la única persona con quien podía hablar. No le había estado pidiendo ayuda. Solo necesitaba desahogarse.

—No, a tomar por culo. Si crees que voy a dejar que des otro golpe con

ese Jesse James de pacotilla y su hermano retrasado, se te ha ido la olla. Él es la razón por la que te has metido en este lío —dijo Kelvin.

—El lío es mío y me toca desenredarlo.

—Beauregard, no me obligues a decirlo.

—¿A decir qué?

Kelvin habló con voz grave:

—Te debo una. No solo por haberme dado trabajo. Te debo una por Kaden. Déjame ayudar. Necesito ayudarte —dijo.

—Por aquello no me debes ni una mierda —dijo Beauregard.

—No estoy de acuerdo. Déjame participar —dijo Kelvin.

Beauregard se acabó la cerveza. Levantó dos dedos y la camarera le guiñó un ojo desde el otro lado de la barra. Justo cuando inundaba el bar una empalagosa canción cincuentera, entraron varias personas más, de una en una.

—Tenemos seis días para prepararnos.

—¿Qué tipo de resistencia nos podemos encontrar? —le preguntó Kelvin.

La camarera les sirvió las cervezas. Beauregard esperó a que se marchara para continuar.

—Mucha, creo. He estado preguntando por ahí sobre este tipo. Parece que el Lento y él andan a la gresca desde hace tiempo. ¿Te acuerdas de Curt Macklin? ¿El del desguace de coches robados de Raleigh? Me ha dicho que la mayoría de los gánsteres y las pandillas de las Carolinas y de Virginia le siguen el rollo a este tío. El Lento es el único que le planta cara; y no le está yendo muy bien. Curt me ha contado que el Lento mandó a varios de sus chicos a un sitio donde el tipo cocinaba meta. Se los devolvió al Lento en un cubo de veinte litros —dijo Beauregard.

Kelvin hizo una mueca.

—¿Cómo le llaman?

—Curt dice que lo único que ha oído es que le llaman la Sombra. Le he preguntado si de verdad es para tanto. Me ha contestado que es aún peor —explicó Beauregard.

—¿Y por qué nunca hemos oído hablar de él? ¿Ni del tal Lento? —preguntó Kelvin.

Beauregard se encogió de hombros.

—Imagino que, para la mierda a la que se dedican, no les hacen falta conductores.

—¿Y cuál es? —le preguntó Kelvin.

—He hablado con un soldadito de Newport News que conozco. Conduje para él hasta Atlanta. Me ha contado que, en resumen, el Lento controla todo lo que hay al oeste del valle del Roanoke. Tiene unos cuantos estancos por ahí y también da préstamos con intereses —dijo Beauregard.

—Vamos, un usurero de libro —dijo Kelvin.

Beauregard asintió.

—El chaval que conozco me ha contado que la pasta gansa le viene de traficar con chicas por el corredor que va de Washington D. C. a Maryland. Así se las suministra a un montón de tipos del gobierno y a militares. Se supone que es universitario. Se graduó en química o no sé qué mierdas. Controla la meta, la heroína y las pastillas que entran por Virginia Occidental. Y también se dedica al *whisky* de contrabando —explicó Beauregard.

Kelvin rio.

—Lo hará por los viejos tiempos. ¡La hostia! Así que te has metido entre un aspirante a Pablo Escobar que trocea a los hijoputas y los mete en cubos de grasa y un Walter White paleta. Cuando la cagas, la cagas a base de bien.

Beauregard puso los ojos en blanco.

—Si no te quieres meter en esto...

—No he dicho eso. Me apunto. Además, mis dos novias se van a pasar el fin de semana fuera del pueblo, así que tampoco tengo nada que hacer —dijo Kelvin. Le dio un buen trago a la cerveza—. ¿De verdad vas a intentar enfrentarlos al uno contra el otro como si fuera una partida de ajedrez?

—No es ajedrez. Se parece más a jugar con maquetas de trenes. Los vamos a poner en la misma vía y a dejar que se estrellen uno contra otro —dijo Beauregard.

—¿Crees que el pueblerino sureño va a picar?

—Creo que el tal Sombra se lo está comiendo vivo. Quiere hacerle daño, pero también necesita lo que hay en el camión. Ya estaba entre la

espada y la pared antes de que apareciéramos nosotros y le robásemos su banco clandestino.

—¿Y cómo piensas salir vivo del fuego cruzado?

—Me voy a poner en contacto con la Sombra y a decirle dónde he planeado quedar con el Lento y llevarle el camión. Luego lo dejaré allí una hora antes. Los dos aparecerán al mismo tiempo.

—Bueno, parece sencillo, lo que significa que algo se irá a la mierda —dijo Kelvin—. Espera, espera. ¿Y si el Lento desenfunda antes que el señor Sombra?

—Tengo un fusil con mira —dijo Beauregard.

—¡Joder! Así están las cosas, ¿eh? —dijo Kelvin.

Beauregard le dio otro sorbo a la cerveza.

—Sí, así es. Pero antes de nada, tenemos que robar el camión.

—Sí, eso va a ser lo divertido —dijo Kelvin.

Ronnie estaba sentado en el sofá con la puerta abierta. El aire acondicionado por fin había sufrido una muerte espantosa. Escupió agua y freón como si tuviera una tuberculosis mecánica. Reggie estaba tumbado en su habitación con el pie en alto. Por la puerta abierta, Ronnie podía ver el atardecer. Las vetas naranjas y rojas surcaban el cielo. La luz del sol danzaba por la superficie encerada de su Mustang. No lo había vuelto a conducir desde que volvió de ver cómo le volaban la tapa de los sesos a Quan. Al coche solo le quedaba un cuarto del depósito de gasolina. Bastaba para ir al bar de Danny, pero ¿y luego qué? No tenía suficiente dinero para pagarse una copa, ni tampoco para volver a casa.

—¡Ah, cómo caen los poderosos! —dijo.

Le dio un sorbo a la última cerveza del frigorífico, lo cual tampoco sonaba muy próspero. Una semana atrás, estaba esnifando cocaína de la teta de una hipster, ahora andaba racionando la cerveza. La vibración del móvil interrumpió el triste réquiem por la vida que acababa de perder. Ronnie se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

—Hola, Bug.

—Vía libre. ¿Tu hermano está bien para conducir?

—Bueno, más o menos. Le dispararon en el pie cuando vinieron y me trincaron. Se lo ha apañado con un poco de gasa y cinta americana. Va por ahí dando saltitos, igual que Bates el Patapalo, pero debería valer —dijo Ronnie.

Hubo un silencio tenso en la llamada.

—Bueno, tendremos que apañárnoslas. Nos vamos a Carolina del Norte el viernes por la noche —dijo Beauregard.

—Bug, aún no me has contado de qué va tu plan. ¿Cómo vamos a recuperar nuestro dinero? —preguntó Ronnie.

Más silencio.

—Ronnie, no vamos a recuperar el dinero. Si el plan sale como creo, vamos a recuperar nuestras vidas. Deberías haber guardado un poco de pasta en un sitio seguro y no en cajas de cereales —dijo Beauregard.

Se cortó la llamada.

—¡Qué te jodan, Bug! Era buena idea —le dijo Ronnie a la nada.

Capítulo 24

Beauregard se ajustó el pañuelo a la nariz y a la boca. Lucía impresa la imagen de una calavera y unas tibias cruzadas. Había visto que los personajes de algunos de los videojuegos a los que jugaban Darren y Javon llevaban máscaras similares. Se caló la gorra de béisbol. Se había ajustado el disfraz por lo menos media docena de veces desde que Kelvin le envió un mensaje y le dijo que ya se encontraba en su puesto.

Comprendió que, en realidad, estaba nervioso. Ese sentimiento le era tan desconocido que fue desagradable cuando se dio cuenta. A menudo, cuando estaba a punto de dar un golpe, le invadía una sensación de tranquilidad. Saber que había calculado todos los resultados posibles y que se había preparado para cualquier eventualidad le transmitía una sensación de paz.

Aquella noche no sentía nada de paz. Aquella noche, se sentía igual que un aficionado. Una virgen que titubea y va dando tumbos camino del éxtasis o del dolor. Seis días. Seis condenados días para planearlo, organizar los detalles necesarios e ir a Carolina del Norte a dar el condenado golpe. Se ajustó el macuto, que se le clavaba en los hombros. Respiró hondo. Unos cuantos mosquitos le zumbaron alrededor de la cara, parecía que los atraían el aliento caliente y la promesa de un gigantesco trago de su rica y deliciosa sangre. Los espantó y miró el reloj. Las manecillas brillaban tenues en la oscuridad. Eran las diez en punto. El hombre del Lento juró que el convoy pasaría por Pine Tar Road entre las diez y las diez y media. Juró sobre una pila de biblias que iba a pasar por allí para evitar la autopista y a los agentes

fanáticos que vigilaban los radares ocultos. Aun así, Beauregard no estaba seguro de cuánto se podía uno fiar de la palabra de un drogata.

Las langostas gemían en el bosque pantanoso, detrás de Beauregard. Por la frente le corrió un río de sudor y le cayó al ojo derecho. Se lo limpió con el dorso de la mano enguantada, luego anduvo como los cangrejos por la cuneta seca y poco profunda y se acercó más al borde de la carretera. El sol se había puesto dos horas antes, pero el asfalto aún irradiaba calor. Beauregard volvió a mirar el reloj.

—Vamos, vamos —susurró.

Beauregard tocó la culata de su 45 milímetros. La llevaba guardada en la zona lumbar. Sabía que estaba allí, pero le tranquilizaba tocarla. No había tenido tiempo de que la Locura les consiguiera armas. Otro ejemplo más de lo mucho que había bajado los estándares de calidad con aquel robo particular. Pero no era un golpe normal, ¿no? Su desesperación y la avaricia de Ronnie los habían metido a todos en un avispero rodeado de víboras. A pesar de la sorprendente falta de preparación y las severas vicisitudes que había experimentado su suerte desde que habían atracado la joyería, aún planeaba salir vivo de allí. El Lento se había equivocado con él, igual que muchas otras personas. Personas como su propia madre. O los chicos de Precision. Los tipos del banco. La familia de la madre de Ariel. Incluso, a veces, su propia mujer. Todos le subestimaban.

Su padre decía que cuando Bug se proponía algo, era como una piedra que bajaba rodando por la ladera de la montaña. Y que Dios se apiadase de quien se interpusiera en su camino.

El móvil de prepago le vibró en el bolsillo.

Beauregard lo sacó y miró la pantalla. Era un mensaje de texto de Kelvin y decía: «Aquí viene. A cinco minutos».

Beauregard se enderezó y dejó que el macuto se le resbalara de los hombros. Abrió la cremallera y sacó una bengala de carretera. La encendió y fue trotando hasta un Lincoln Continental de 1974, desgastado y moteado de óxido. Cuando le explicó la situación a Boonie, el viejo insistió en ayudar a conseguir el vehículo que Beauregard necesitaba para el plan. Eso fue después de pasarse diez minutos soltando una diatriba cargada de blasfemias sobre Ronnie Sessions y las circunstancias de su nacimiento.

Beauregard había intentado no involucrarle, pero, como muchas cosas recientes, no le había salido según lo planeado.

Del Lincoln emanaba un intenso olor a gasolina en oleadas nauseabundas. Beauregard lanzó la bengala por la ventanilla abierta del conductor y dio un salto atrás. El coche se prendió fuego con un gran estruendo. Había diluido la gasolina un poquito para que el coche no explotase, sino que ardiera con unas buenas llamas, estables. Volvió al bosque con sigilo, sacó de la mochila un par de prismáticos de visión nocturna y continuó agazapado. Había aparcado el Lincoln en horizontal, atravesando la estrecha carretera secundaria. Una carretera estándar y de dos carriles, que no fuera autovía, oscilaba entre los tres y los cuatro metros de anchura. De la proa a la popa, un Lincoln medía unos seis metros de largo. Los coches que recorrían a toda leche Pine Tar Road no podrían esquivarlo ni en condiciones óptimas. Ahora que estaba ardiendo y bloqueaba la carretera, tendrían que detenerse.

Al menos eso era lo que Beauregard esperaba que pasara. Envío un mensaje a Ronnie y a Reggie: «A vuestros puestos. Diez minutos».

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. La luz de las llamas que devoraban el Lincoln dibujaba sombras extrañas en el asfalto. Al arder, el cuero y el plástico emitían nubes negras de humo, que ascendían a la luna de cuarto creciente y al cielo negro y azulado que servía de telón de fondo. Beauregard entendía por qué habían elegido aquella ruta. Llevaba más de una hora sin ver un coche. Pine Tar Road atravesaba varios condados, cuya población total era menor que la de un barrio de Manhattan. Era la ruta que él habría escogido.

El ruido de dos vehículos que se aproximaban le sacó de su ensimismamiento. Un par de potentes faros LED espantaron la oscuridad. Una furgoneta Ford Econoline blanca coronó la colina, seguida de un SUV negro de cuatro puertas. El conductor de la furgoneta probablemente no esperaba ver un coche en llamas en mitad de la carretera a las diez en punto de un jueves por la noche. Beauregard observó cómo clavaba el pie en el freno y la furgoneta empezaba a dar coletazos. El peso de su cargamento hacía que le costara maniobrar. Beauregard se guardó esa información para más tarde. El SUV negro también dio un frenazo. Durante un instante,

Beauregard creyó que el SUV iba a alcanzar por detrás a la furgoneta, pero el conductor del SUV contaba con la ventaja de unos frenos mejores y una capacidad de maniobra superior. Detuvo el vehículo a unos escasos ocho centímetros de las puertas traseras de la furgoneta.

Era lo único en lo que el tipo del Lento se había equivocado por completo. No era un camión el que transportaba la mercancía de contrabando para la Sombra, era una furgoneta. El Quemado los había llamado el día después de que vieran cómo se cargaba a Quan y les había proporcionado apenas esa pizca de información. El infiltrado los había llamado aterrado. Beauregard se preguntó a qué le tendría más miedo, a la Sombra o a perder un contacto. Cuando Beauregard preguntó por la marca y el modelo de la furgoneta, el Quemado no se lo creyó.

—¿Y qué más da? —le preguntó el Quemado.

—También necesito el número de la matrícula —dijo Beauregard, ignorando la pregunta del paleta de las cicatrices.

—Casi desearía ver lo que andas planeando, chaval —dijo el Quemado con una risita.

Beauregard se obligó a no romper en mil pedazos el barato móvil de tapa. El infiltrado del Lento les consiguió la información, pero no fue hasta aquel preciso momento cuando Beauregard se creyó de verdad que tenía los datos correctos. La furgoneta era tal como la había descrito. Una Ford Econoline de 2005 con ventanillas solo para el conductor y el copiloto. La clase de vehículo que veías todos los días en la carretera y apenas reparabas en él por ser tan omnipresente.

El conductor del SUV apagó los faros, pero dejó encendidas las luces de posición. Beauregard miró por los prismáticos.

Tres hombres salieron del vehículo. Fueron caminando hasta la parte delantera de la furgoneta, que aún tenía los faros encendidos a plena potencia. Aunque hacía más de veinticinco grados, dos de ellos llevaban sudaderas con capucha, claras y anchas. Entre la iluminación de los faros y el resplandor del fuego, Beauregard logró distinguir con claridad los bultos que llevaban en la cintura, debajo de las sudaderas. El tercer hombre, el conductor, no se esforzó en esconder su arma. Blandía un AR-15 en sus manazas color caoba. El triunvirato se quedó mirando el coche en llamas,

intercambiaron miradas y luego volvieron a contemplar el amasijo de fuego, acero derretido y cristales rotos que les cortaba el paso. Al mirar por los prismáticos, todo cobraba un brillo esmeralda. Incluso las llamas del coche parecían irradiar un verdor amarillento.

—¿Llamamos a alguien? —preguntó uno de los negros de las sudaderas.

—¿Y a quién coño vamos a llamar? ¿Al puto oso Smokey? —preguntó el conductor.

Llevaba una camiseta de baloncesto de los Washington Wizards. Tenía unas largas rastas que le caían por la espalda a modo de espirales serpentinadas.

Antes de que el primer negro de la sudadera, quien había hecho la pregunta pertinente y un tanto ingenua, pudiera responder, una camioneta coronó la colina y se detuvo detrás del SUV. Los tres hombres se volvieron y plantaron cara al recién llegado. El conductor se puso el AR-15 a un lado y se adentró en las sombras. El conductor de la camioneta apagó el motor y las luces. La puerta de su lado se abrió con un crujido y Kelvin bajó de un salto. Llevaba una de las camisas del taller, a la que le había quitado el parche con el nombre.

—¡Eh! ¿Qué coño pasa? —preguntó mientras se acercaba caminando a los hombres y al coche, que ya ardía por completo.

El conductor, el Rastas, salió de las sombras y blandió el AR-15. No apuntó a Kelvin con el fusil, pero tampoco se lo dejó colgando a un lado. Lo sostuvo con cierta inclinación, delante del abdomen. Beauregard respiró hondo. Le había dicho a Kelvin que tenía que ser muy convincente. Asegurarse de parecer enfadado y confundido. Sin embargo, caminaba por la cuerda floja en precario equilibrio. Si les parecía demasiado tranquilo, podrían sospechar. Si les parecía demasiado vehemente, podrían limitarse a dispararle por si acaso.

—¿Y tú quién coño eres, tío? —preguntó el Rastas.

Kelvin fingió que le sorprendía el arma. Dio un paso atrás y levantó las manos.

—Eh, tío, no busco problemas. Solo intento llegar a mi casa —dijo Kelvin.

Permitió que la arrogancia y el enfado se le desvanecieran de la voz y los sustituyó por cautela y miedo. Beauregard pensó que podría ganar un Oscar por aquella actuación.

—Da media vuelta y ve por otro lado, primo —dijo el Rastas. Ahora sí apuntaba a Kelvin con el fusil.

«Mierda», pensó Beauregard.

Soltó los prismáticos y cogió la 45 milímetros. Apuntó al Rastas. Nadie dijo nada. Beauregard oía el crepitar del fuego a medida que consumía el antiguo coche de lujo, el ulular de un búho solitario, los motores al ralentí de la furgoneta y del SUV y el latido de su propio corazón alborotado. Las langostas habían bajado el tono y el volumen de su serenata hasta un nivel casi imperceptible.

Beauregard notó una presión en el estómago, igual que si tuviera una boa constrictor en las tripas. Guardaba dos cargadores extra en la mochila, por si las cosas se ponían feas. Se sujetó la muñeca derecha con la mano izquierda y mantuvo firme el pulso de la mano de la pistola. Debería acabar con el Rastas ya mismo. Luego acabaría con los Encapuchados negros. Las llamas alumbraban lo suficiente y calculó que podría acertar al Rastas, sin duda. Los Encapuchados negros quizá le diesen más problemas. Se ocultaban en las sombras.

Cuanto más esperaba, más probable era que Kelvin se fuera a comer una bala. Entrecerró los ojos, pero no logró ver hasta dónde había apretado el gatillo el Rastas. Él mismo estaba aplicando casi un kilo y medio de presión al gatillo de 2,3 kilos de la 45 milímetros.

—Mira, tío, esta es la única carretera que puedo tomar. No sé qué pasa y no me interesa averiguarlo, pero llevo un extintor en la camioneta. Si apagamos el fuego, podemos empujar el coche, despejamos el camino y todos seguimos a lo nuestro. Y lo mío no tiene nada que ver con vuestros asuntos —dijo Kelvin.

Silencio.

—Tenemos que llegar a Winston-Salem antes de las dos —dijo uno de los Encapuchados negros.

Kelvin se encogió de hombros. Los músculos de los antebrazos del Rastas se tensaron como cabos.

«No se lo va a tragar», pensó Beauregard. Comenzó a levantarse de las asclepias y los brezos que había al lado de la carretera.

—Mira, mi mujer me va a arrancar la cabeza de un mordisco porque cree que le estoy poniendo los cuernos. Vamos a echarnos un cable, tío —dijo Kelvin.

—¿Y es verdad? —le preguntó uno de los Encapuchados negros.

—¿Que si es verdad qué? —preguntó Kelvin.

—Que le pones los cuernos.

El Rastas le hizo un gesto con el AR-15.

—Ve a por el extintor —refunfuñó.

Kelvin asintió con la cabeza y volvió trotando a la camioneta.

Cogió un extintor fino y rojo de detrás del asiento. Regresó al coche, quitó la anilla y roció el Lincoln. Una nube blanquecina de CO2 envolvió el coche y humedeció las llamas. Kelvin tuvo que darle otras tres ráfagas más antes de que el fuego se apagara por completo.

—Voy a ver si lo puedo poner en punto muerto. Luego lo empujamos. Tened cuidado, todavía quema un cojón —dijo Kelvin.

Con cautela, metió la mano por la ventanilla y tuvo cuidado de no tocar con el brazo la puerta del coche, que aún humeaba. Beauregard lo había dejado en punto muerto, pero era todo parte de la actuación.

—¡Eh, ya está en punto muerto! —dijo. Dio un paso atrás y se quitó la camisa por la cabeza. Fue hasta la parte trasera del coche. Se envolvió las manos en la camisa y se hizo un sucedáneo de manopla de cocina—. Vamos a tener que empujar todos. Es un Lincoln, y de los viejos. Pesa un huevo —agregó.

Los Encapuchados negros se metieron las manos en los bolsillos de las sudaderas y se situaron a sendos lados de Kelvin. Beauregard vio cómo se abría la puerta de la furgoneta y observó que la luz ámbar del techo cobraba vida. Comenzó a bajar un negro grande y corpulento que llevaba una gorra de béisbol con la visera rota.

—No levantes el culo de la furgoneta —dijo el Rastas.

El conductor de la furgoneta volvió a subir, pero no cerró la puerta del todo. La luz del techo parpadeó y se apagó.

—Eh, tío, todos tenemos que arrimar el hombro —dijo Kelvin.

—Ya casi lo tenéis. Tengo fe en ti —dijo el Rastas.

Seguía apuntando a Kelvin con el fusil. Se quedó entre la furgoneta y el Lincoln.

—Tyree, este coche pesa un cojón. Venga, tío. Vamos a moverlo y a largarnos —le dijo al Rastas uno de los Encapuchados negros.

Beauregard se acercó un poco más a la carretera.

Tyree dejó el fusil en la carretera. Se situó al lado del Encapuchado negro situado a la izquierda de Kelvin.

—No pienso mancharme la camiseta —dijo Tyree cuando apoyó la zapatilla Air Jordan en el maletero.

—Vale, lo pillo. Vamos, a la de tres —dijo Kelvin.

—Una.

Beauregard guardó los prismáticos en el macuto y salió arrastrándose de la seca cuneta. Se agachó hasta que volvió a andar como los cangrejos. Se acercó poco a poco a la puerta del conductor de la furgoneta. Sus zapatos de suela de goma patinaron por la grava y el asfalto como una exhalación.

—Dos.

Beauregard apretó la espalda contra el lateral de la furgoneta.

—¡Y tres! —exclamó Kelvin.

Los cuatro empujaron el Lincoln con las manos y con el pie. El chirrido de metal contra metal inundó la noche cuando los frenos rechinaron contra los rotores.

Beauregard se puso de pie y apuntó al conductor con la 45 milímetros. El tipo tenía un rostro ancho de piel clara, casi morena. Miró fijamente la pistola de Beauregard, igual que un pájaro a una serpiente. Su mano flotó por encima del claxon, pero Beauregard negó con la cabeza. Con la mano libre, se sacó un pedazo de papel blanco del bolsillo. Aplastó el papel contra el cristal.

El papel rezaba: «Apaga la luz del techo. No hagas ningún ruido. Ve a la parte trasera y tumbate boca abajo. Si no obedeces, te mato».

El conductor no había cerrado la puerta del todo, así que Beauregard agarró la manija y la abrió despacio. Con un gesto, indicó al conductor que fuera a la parte trasera. El hombre escurrió su considerable masa por la consola central y se tumbó en la parte trasera de la furgoneta. Beauregard

hizo una bola con el papel, se lo guardó en el bolsillo y subió a la furgoneta. Vio que el otro había seguido las instrucciones con el cuidado y la obediencia de un niño. Cerró la puerta con delicadeza y luego se quitó la mochila sin soltar la pistola. Con la mano libre, sacó dos juegos de esposas del macuto. Le entregó los dos al conductor.

—Esposa el extremo de uno de los juegos a una de las correas que sujetan el palé. Engancha el otro extremo a la cadena de las otras esposas. Luego ponte ese par. Date prisa —susurró Beauregard.

—¿Me vas a disparar? —le preguntó el conductor. Su voz era un silbido trémulo.

—No, si te pones las esposas —dijo Beauregard.

Miró el reloj. Tomar el control de la furgoneta le había llevado un minuto y medio. Justo según lo planeado.

—Así vale, colegas —dijo Kelvin.

El Lincoln humeante estaba colocado sin cuidado y en diagonal en el carril dirección norte de Pine Tar Road. Lo habían retirado lo justo para poder pasar.

—Sí —dijo Tyree.

Recogió el AR-15 y volvió a apuntar a Kelvin, que levantó las manos delante de él. Soltó la camisa del taller y dio un paso atrás.

Beauregard observó el panorama por el parabrisas. Toda la saliva de la boca se le evaporó al instante. Se le entrecortó la respiración.

—No lo hagas —murmuró.

—Eh, tío, vamos —dijo Kelvin.

Tyree se le acercó caminando y le puso el cañón en la mejilla. Lo empujó hasta que el cañón se le hundió a Kelvin en la cara.

Beauregard se plantó en el asiento del conductor. Llevaba la 45 milímetros en la cintura, pero si disparaba a través del parabrisas, la bala se desviaría. La furgoneta era un arma mortífera de casi tres mil kilos, si le hacía falta. Beauregard observó cómo Tyree le apretaba aún más en la mejilla a Kelvin con el cañón del fusil. Se estremeció por completo.

—No, no, no, tienes que hablar y convencer a ese hijoputa —dijo Beauregard, sin que le importase si le oía o no el conductor.

Vio el rostro de Kelvin a la intensa luz azulada de los faros. Resultaba

extremadamente expresivo. Tenía los ojos como platos. Le llegaron fragmentos de la conversación a modo de frases amortiguadas. No se distinguían las palabras, pero el AR-15 dejó perfectamente clara la naturaleza de las amenazas del Rastas.

Beauregard metió la marcha en la furgoneta. Podía salvar la distancia que la separaba de Tyree en menos de tres segundos, lo cual no importaría porque, si Tyree apretaba el gatillo, Kelvin moriría antes de caer al suelo.

Beauregard se aferró al volante con una fuerza mortal.

—Yo en tu lugar olvidaría todo lo de esta noche. Si te vuelvo a ver, donde sea, dejo viuda a tu mujer. ¿Me captas? —dijo Tyree.

—¿Que me olvide de qué? —preguntó Kelvin.

—Venga, Tyree, nos tenemos que ir —dijo uno de los Encapuchados negros.

—Lárgate, tío —dijo Tyree.

Kelvin bajó las manos y recogió la camisa. Recuperó el extintor vacío y rodeó caminando a los tres hombres. Echó un vistazo a la furgoneta al volver a la camioneta. Subió y cerró la puerta. El pañuelo de Beauregard ondeó al tiempo que exhalaba profundamente todo el aire del pecho.

—Subid al coche —dijo Tyree.

Los otros dos se apresuraron en volver al SUV. Según regresaba al vehículo, Tyree dio un golpecito en el capó de la furgoneta. Las ventanillas y el parabrisas eran oscuros, grises y ahumados. En la pálida penumbra de la noche de Carolina del Norte, con los cegadores faros LED quemándole las retinas, Tyree no se percató de que Beauregard ocupaba el asiento del conductor.

—Vámonos, Ross —dijo Tyree después de darle un golpecito al capó.

Se subió al SUV. Beauregard metió la marcha y pisó el acelerador. El convoy volvió a ponerse en movimiento. Kelvin contó hasta cincuenta antes de partir también. Para cuando coronó la siguiente colina, las luces traseras del SUV eran meros puntitos rojos.

Beauregard mantuvo la furgoneta cerca de los cien por hora mientras navegaban por la carretera serpentina que se retorció entre las colinas de Carolina del Norte. Detrás de él, el SUV guardó una distancia aproximada de un coche; los faros, inclinados hacia abajo, le rebotaban en los espejos

laterales. Guardó la pistola en el macuto con la mano derecha y sostuvo el volante con la izquierda. Cambiando de manos, agarró el volante con la derecha y deslizó la izquierda debajo del salpicadero, cerca de la puerta. Sus ágiles dedos encontraron la caja de fusibles de la furgoneta. Visualizó las características técnicas de la caja de fusibles. Las había memorizado del manual de reparaciones Chilton. Era capaz de hacerse una imagen mental de la caja negra y cuadrada, con los fusibles de dos patas, de distintos colores y dispuestos en tres breves filas que iban de un extremo a otro de la caja. Beauregard contó para sí mismo a medida que pasaba los dedos por los rectángulos de plástico duro.

«Uno, dos, tres y cuatro abajo. Uno, dos y tres a la derecha», pensó.

Tiró del fusible de las luces de freno de la furgoneta y lo desenchufó. Dejó que se le cayera de los dedos y hundió hasta el fondo el pie en el acelerador. La furgoneta dio una sacudida hacia delante cuando el motor chilló. Se acercaba una curva pronunciada, pero Beauregard no aflojó el acelerador. La tomó a ciento trece kilómetros por hora. Notó cómo las ruedas traseras intentaban escurrirse a la derecha al tomar la curva. Tiró del volante a la izquierda y pisó el freno con ternura. Al mirar por el espejo lateral, vio que el SUV ahora quedaba a una distancia de seis coches por detrás. Hizo una mueca, pero el pañuelo le ocultó el rostro cuando echó un vistazo rápido al retrovisor. Volvió a dar un pisotón al acelerador. El motor de la furgoneta gimió y protestó, pero Beauregard no le dio cuartel. El velocímetro se detuvo en los doscientos y él tenía la intención de no bajar mucho en los próximos dos minutos. La carretera se precipitaba hacia otra curva de horquilla que le obligó a hundir el freno con el pie izquierdo mientras mantenía el derecho firme en el acelerador. La furgoneta se dejó llevar por la curva igual que un hombretón que fuera sorprendentemente diestro en la pista de baile. Examinó el retrovisor lateral. Los faros del SUV tardaron unos instantes en aparecer.

Beauregard oyó el ritmo *staccato* de unos disparos que estallaban detrás de él. Levantó el pie del freno y dedicó todas sus fuerzas a clavar el acelerador en el suelo. Volvió a mirar el espejo lateral. Estalló otro fogonazo de disparos, a pesar de que los faros del SUV iban quedando atrás. Pronto habrían desaparecido del todo. Era probable que la cuadrilla

del SUV hubiera supuesto que el conductor de la furgoneta había decidido traicionarlos y fugarse con el botín del jefe.

Era justo lo que Beauregard quería que pensarán.

Ante él se desplegó un largo tramo de carretera recta, igual que una cinta negra. Miró el velocímetro. Ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora.

Beauregard pescó el móvil del bolsillo. Sostuvo el volante con la mano izquierda y bajó la vista con rapidez para recorrer la lista de contactos. Cuando llegó al que decía Ri, pulsó el botón verde de «llamar». Volvió a fijar los ojos en la carretera y vio que una cierva de color castaño paseaba con elegancia por el medio de la calzada.

—¡Me cago en la puta! —gruñó.

Beauregard dio un volantazo a la derecha mientras soltaba el acelerador, pero sin frenar. Oyó el crujido del palé de la parte trasera cuando la gravedad tiró de él con unas manos invisibles e insistentes. Guio la furgoneta por el estrecho arcén y sorteó a la cierva, que no parecía darse cuenta de nada. El neumático delantero derecho trató de escurrirse por la cuneta, pero Beauregard se negó a dejarlo escapar. Había llegado demasiado lejos y le quedaba mucho que recorrer como para andarse con esas chorradas. Pisó el acelerador y torció el volante a la izquierda, con fuerza. La furgoneta dio un coletazo, se estremeció y luego el neumático delantero derecho volvió a encontrar la carretera y se clavó al asfalto. Beauregard hizo todo aquello con la mano izquierda mientras seguía pegándose el móvil a la oreja derecha.

—¿Qué pasa? —vociferó Ronnie.

—Nada. Prepárate. Dos minutos —dijo Beauregard. Colgó y lanzó el móvil al portavasos.

A treinta metros quedaba otra serie de colinas. Había conducido dos veces por aquella carretera desde que llegaron la mañana del día anterior. Reparó en cada hoyo, bache, recodo y curva. Los detalles se le grabaron a fuego en la mente igual que cuando marcan al ganado. Miró el espejo lateral. Los faros del SUV no se veían por ninguna parte. Tenían el vehículo más rápido, pero él contaba con mayor pericia.

En la cima de la segunda colina, Beauregard vio un camión blanco que

se ponía en marcha delante de él y salía de su zona de descanso en la parte más ancha del arcén. Aflojó el acelerador y cogió el móvil. Volvió a llamar a Ronnie.

—Tienes que ponerlo a cien. Voy a toda pastilla —dijo Beauregard. Las palabras le salieron en breves ráfagas entrecortadas.

—Hecho. ¿Quieres que abra la puerta ya?

—Sí.

Beauregard volvió a arrojar el móvil a un lado.

Boonie les había conseguido la camioneta y otros dos vehículos para el plan de Beauregard. El camión lo tuvo que robar él mismo. Kelvin y él se escabulleron a Newport News y se lo mangaron a una tienda de artículos de fontanería de la avenida Jefferson. La furgoneta que iban a robar medía 4,6 metros de largo, 1,8 de ancho y 2 de alto. El camión de Akers e Hijo tenía la anchura y la profundidad suficientes y el espacio justo para el golpe. Al principio tenía una puerta enrollable que se subía y se enrollaba en dos lamas metálicas instaladas en el techo. Beauregard le había quitado la puerta enrollable y, además, le había hecho unos cuantos apaños.

Ronnie había querido ir pegando tiros, pero Bug sabía que eso sería una estupidez de campeonato. Supuso, con acierto, que la cuadrilla que protegía la furgoneta iría armada con artillería pesada. No tenía el tiempo ni el dinero para meterse en una carrera armamentística.

Beauregard se acercó un poquito más al camión.

En vez de enrollarse hacia arriba, la puerta del camión comenzó a abrirse hacia fuera, igual que la tapa de un ataúd. Con una lentitud angustiosa, continuó abriéndose hasta que quedó casi paralela a la carretera. Después de una pausa sobrecogedora, se abrió otro poco más hasta que el borde tocó la carretera. El sellado de goma que le había instalado a la parte superior de la puerta empezó a humear a medida que la fricción comenzaba a devorarlo. Solo tenía unos instantes antes de que la goma se desgastara y las chispas empezaran a puntear la noche. La puerta en sí estaba hecha de varillas roscadas y soldadas unas con otras, siguiendo un patrón de líneas cruzadas, como una malla de alambre de pajarera. La había situado entre dos placas de acero de seis milímetros. Había montantes, de cinco centímetros de ancho, que reforzaban la puerta de abajo arriba. Se

terminaban justo a 7,6 centímetros antes del sellado que protegía el borde de la rampa. Kelvin le había ayudado a montar el sistema hidráulico que abría y cerraba la puerta. Todo el sistema lo controlaba un conmutador que colgaba del volante del camión.

Cerrada, no se diferenciaba de las puertas de ningún otro camión.

Abierta, se convertía en una rampa.

Beauregard se concentró en la rampa. Habían llegado a otro tramo llano, que duraba poco menos de cinco kilómetros. Ronnie iba a cien. Tendría que poner la furgoneta al menos a ciento cinco para entrar en el camión y luego hundir los frenos para que la furgoneta no se estrellara contra la cabina. Era su mejor oportunidad. Dentro de unos tres minutos la carretera se iba a convertir en una montaña rusa y así iba a seguir durante los próximos ocho kilómetros, hasta que pasara junto a una gasolinera desolada.

Aceleró la furgoneta hasta los ciento cinco y apuntó a la rampa. Entonces lo sintió. Lo sintió por primera vez aquella noche. El subidón, la energía, la relación simbiótica entre hombre y máquina. El zumbido de las vibraciones que ascendían desde el asfalto por las ruedas y el sistema de amortiguación, como si fuera sangre que corriera por sus venas hasta alcanzarle las manos. El motor le hablaba en la lengua de los caballos de vapor y de las revoluciones por minuto. Le dijo que ansiaba correr.

La emoción por fin había llegado.

—A volar —susurró Beauregard.

Acertó a la rampa a ciento trece kilómetros por hora. La furgoneta se meció igual que un esquife en mar abierto. Beauregard oyó cómo el conductor gemía en la parte trasera. Gruñendo, soltó el acelerador una infinitésima pizca. Había ajustado la rampa para que la pendiente que subía de ella al borde del remolque fuera mínima, pero si ascendía demasiado rápido, reventaría los neumáticos delanteros. Sin previo aviso, el camión salió disparado hacia delante, acelerando con violencia. Beauregard pudo notar cómo la rampa se le escurría debajo de las ruedas.

—¡Mierda! —refunfuñó Beauregard.

Soltó el acelerador y la rampa desapareció por completo de debajo de la furgoneta. Los neumáticos delanteros se estrellaron contra el asfalto igual que las bombas Fat Man y Little Boy. La furgoneta se zarandeó de izquierda

a derecha mientras Beauregard se peleaba con el volante. Cuando lo tuvo bajo control, buscó el móvil a tientas. Pulsó el botón de «llamar» con el pulgar derecho a la vez que sujetaba el volante con la mano izquierda.

—¿Qué ha pasado? —dijo Beauregard cuando contestó Ronnie.

—Lo siento, se me ha resbalado el pie. Coño, Bug, lo siento. Yo...

Beauregard le cortó en seco.

—Sigue a cien. Vuelvo a entrar —dijo.

Habían perdido la mejor oportunidad de la recta larga. Ahora había más colinas empinadas que se cernían delante de ellos. Beauregard apretó los dientes al mismo tiempo que la furgoneta luchaba por tirar de sí misma y subir mientras los transportaba a él, al conductor y el palé de platino.

Ronnie intentaba mantener el camión firme, pero se sacudía, iba más rápido colina abajo y más lento cuando le costaba subir. Era imposible calcularlo bien en aquellas vaguadas tan cortas.

No se veían faros en el espejo. Aún no. Respiró hondo. Tenían otra oportunidad. No era lo ideal, pero no les quedaban más opciones. Después de aquella última loma, la carretera volvía a allanarse. Solo que aquella vez era cuestión de metros, no de kilómetros.

Cuando Beauregard descendió la colina, vio cómo la rampa escupía chispas brillantes y naranjas. El sellado de goma se había quemado y el metal estaba en contacto con el asfalto. Las chispas parecían luciérnagas del infierno. Sesenta metros. Tan solo le quedaban sesenta metros antes de que la carretera se terminara y volviera a la autopista principal. Sesenta metros para conseguir que aquello funcionara. La autopista principal eran sesenta y cuatro kilómetros de asfalto llano y cuatro carriles de ancho. Una vez la tomaran, el SUV los alcanzaría. No podría dejarlos atrás en aquel tramo. Beauregard se concentró en la rampa. Los potentes faros de la furgoneta iluminaron el interior del camión, que reflejó la luz y se la devolvió. A través de la granizada de chispas, vio los cuatro sacos de arena que había instalado en la pared para que hicieran tope. Por la ventanilla vio cómo pasaba volando por una gasolinera desolada e iluminada por centelleantes farolas de vapor de sodio. Las luces amarillas le dejaron vetas ictéricas detrás de los ojos.

Quedaban cuarenta y nueve metros.

Beauregard ojeó el espejo retrovisor. Vio cómo el resplandor de los faros se alzaba sobre la última colina que habían dejado atrás. El SUV aún no había coronado aquella cima, pero lo lograría en cuestión de segundos. Se debatía entre conseguirlo ahora o que le disparasen en la puta cara.

Treinta metros.

Beauregard gruñó y pisó el acelerador. La aguja del velocímetro superó de prisa los ciento quince kilómetros por hora y se acercó a los ciento treinta. Dejó atrás una señal rectangular y verde que le anunció que Pine Tar Road estaba a punto de terminarse.

«Condúcelo como si lo hubieras robado, ¿no?», pensó Beauregard.

Hundió el acelerador en el suelo. Al mismo tiempo que el velocímetro llegaba a los ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora, las chispas envolvían la furgoneta igual que una ola de estrellas fugaces.

—¡Ahí! ¡Ahí está, hostias! —voceó Tyree.

El SUV giró a la derecha de un volantazo y entró en una gasolinera desolada y poco iluminada. De la gasolinera al final de Pine Tar Road había un kilómetro y medio. Tyree dio un pisotón al freno y bajó del vehículo de un salto, con el AR-15 en una mano. Los Encapuchados negros le siguieron. Llevaban las armas metidas debajo de las camisetas y guardaron las distancias con Tyree.

Quieta, bajo las amarillentas farolas de vapor de sodio que se alzaban por encima de los surtidores de gasolina, se hallaba la furgoneta. Las polillas revoloteaban encima y debajo de la marquesina que tapaba los surtidores, proyectaban siluetas extrañas que aleteaban y bailaban por la superficie de la furgoneta. Tyree se acercó por la retaguardia con pasos lentos, calculados. Se apoyó la cantonera del fusil en el bíceps derecho mientras abría la manija trasera con la mano izquierda. Las puertas se abrieron con un crujido horrendo.

—¡Hijo de puta! —dijo Tyree.

La furgoneta estaba vacía. No había conductor, platino ni nada. Tyree agarró la puerta trasera y la cerró de un portazo. Volvió a abrirla y a cerrarla de un portazo. Lo repitió otras cinco veces. La séptima y última vez fue

demasiado para la ventanilla trasera. Explotó en un millón de esquirlas. Los fragmentos de cristal templado y gris llovieron por el hormigón.

Tyree echó la cabeza atrás y aulló:

—¡Hijo de la gran puta!

Dentro de la tienda, el cajero estaba metiendo una litrona de cerveza en una bolsa marrón para su único cliente. Los dos observaron con preocupación creciente cómo el hombre del aparcamiento daba portazos a la furgoneta una y otra vez. El cliente y él dieron un brinco cuando oyeron cómo el hombre del aparcamiento le ladraba al cielo y se rompía el cristal de la puerta trasera. El cajero echó un vistazo por el ventanal delantero de la gasolinera.

—No suena bien. Y tampoco tiene buena pinta. Creo que el chaval ese tiene un arma. ¿Crees que debería llamar a la poli? —le preguntó el cajero cuando le entregó la bolsa marrón al cliente.

Reggie cogió la bolsa y el cambio.

—No es asunto mío, tío —dijo.

Le tembló la voz un poco, pero como el cajero no tenía ni pajolera idea de quién era, no se dio cuenta. Reggie desenroscó el tapón de la cerveza y echó un buen trago al salir de la gasolinera. Se levantó un viento cálido de ninguna parte. Revolvió las servilletas, las tapas de plástico y las colillas que poblaban el aparcamiento. Reggie fue rumbo a la autopista, paseando y alejándose en diagonal de la furgoneta y del SUV. Intentó darle otro sorbo a la cerveza, pero le temblaban las manos y se la derramó por toda la camiseta.

—¡Eh, blanquito! ¿Has visto quién conducía esta furgoneta? —le preguntó una voz a sus espaldas.

Reggie se detuvo. Notaba como si se le cerrase la garganta. Se aferró a la litrona. Exhaló con rapidez y se volvió para mirar de frente al trío que estaba de pie junto a la furgoneta.

—No —dijo.

Tyree dio un paso al frente. Reggie clavó la mirada en el arma que blandía. La cerveza que llevaba en las tripas empezó a tratar de subir y salirse del estómago.

—¿No has visto nada? —le preguntó Tyree.

—No, seguro que no —dijo Reggie.

El pie herido le empezó a palpar. Comenzó a dar golpecitos con él, como si marcara un ritmo que solo oía Reggie. Tyree dio otro paso al frente. Ahora solo los separaban treinta centímetros.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Sí —dijo Reggie. La voz se le volvió grave, apenas era un ronquido audible.

Tyree le miró fijamente.

Sonó un móvil. Contestó uno de los Encapuchados negros.

—¡Eh, Ty! Es la Sombra. No consigue contactar con Ross. Quiere hablar contigo.

Tyree apretó la culata del fusil. Iba a dar otro paso al frente, pero se detuvo. Le aguantó la mirada a Reggie durante unos instantes, luego tragó saliva y extendió la mano izquierda.

—Dame el teléfono —dijo Tyree. Su voz había perdido un poco del tono amenazante.

Reggie asintió con brusquedad y se marchó a pata por la carretera. Tras recorrer unos doscientos metros, a sus espaldas aparecieron un par de faros e iluminaron todo a su alrededor. Reggie se paró, se volvió y se protegió los ojos con la mano libre.

Una camioneta mugrienta se detuvo a un lado de la carretera. La puerta del copiloto se abrió con un crujido, igual que una cripta. Reggie fue cojeando hasta la camioneta y subió trepando.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó Kelvin.

—Sí. He hecho lo que me dijo Bug. En cuanto vi que pasaban el camión y la furgoneta, salí y conduje hasta la gasolinera. Los tíos esos llegaron como dos segundos después de que entrara en la tienda —dijo Reggie. Le dio otro sorbo a la litrona.

—¿Y no me has pillado una birra? —dijo Kelvin.

Reggie se aferró a la litrona y se la llevó al pecho.

—No sabía que querías una.

Kelvin rio.

—Tranquilo, Cletus. Solo te estaba tomando el pelo —le dijo Kelvin cuando se incorporaron a la carretera.

Capítulo 25

Bug permaneció sentado a oscuras en la furgoneta y esperó a que Ronnie girase. Se trataba de un giro a la izquierda para tomar un viejo camino de tierra asfixiado por las malas hierbas, justo después de pasar por una tienda de piensos cerrada. El camino de tierra ascendía por una cuesta empinada que terminaba en un prado llano. Beauregard supuso que, en algún momento, habría habido una casa en aquel prado, pero hacía tiempo que había desaparecido. La naturaleza aún no había reclamado el lugar por completo. Había encontrado aquel sitio el día anterior, al dar una vuelta con Kelvin en el Lincoln mientras Ronnie y Reggie se apoltronaban en el motel. No creía mucho en el destino ni la suerte, pero fue fortuito dar con aquel sitio. Quedaba a poco más de un kilómetro de la autopista, estaba en mitad de ninguna parte, y disponía de suficiente espacio para que maniobrasen el camión, la furgoneta y la camioneta que conducía Kelvin. A esas horas de la noche, nadie repararía en ellos a menos que los fueran buscando.

Beauregard esperaba que nadie viniera a buscarlos. No le entusiasmaba matar a nadie. Al mismo tiempo, tampoco le ponía de los nervios hasta darle un tic. Era un engorro. El asesinato siempre era un engorro. Si no había alternativa, tenías que asumir que te ibas a ensuciar y limpiarlo lo mejor que pudieras. Cuando encontraron a aquellos chicos que liquidaron a Kaden, la vieja Crunchi lo limpió todo por ellos muy bien.

El camión se detuvo. La bomba hidráulica resolló y se estremeció cuando bajó la rampa otra vez. Beauregard arrancó la furgoneta y descendió marcha atrás por la rampa, despacio. Tocó el suelo, torció el volante a la

derecha, metió la marcha y se puso al lado del camión. Apagó el motor, bajó y se apoyó en la puerta del conductor. Los faros del camión dieron al prado un brillo espeluznante momentos antes de apagarse. Un pinar rodeaba el prado. Beauregard oyó cómo se abría la puerta del camión y se cerraba de un portazo. Ronnie fue hasta la parte trasera de la furgoneta.

—¡Lo hemos conseguido, hostias! —dijo.

Levantó la mano para que le chocara los cinco. Beauregard le miró la mano hasta que Ronnie la bajó y la dejó colgando a un lado.

—Aún no hemos acabado. Tenemos que cargar la camioneta.

—¿Y qué pasa con... el pasajero?

—No ha visto una mierda. Hay que cargar la camioneta y esposar a ese cabrón a la rama de un árbol. Si es listo, esperará a que nos vayamos y usará las esposas para soltarse, como si fueran una sierra de alambre —dijo Beauregard.

—¿Crees que es buena idea? ¿Le dejamos sin más? —le preguntó Ronnie.

Beauregard se bajó el pañuelo y se destapó la boca.

—He dicho que no ha visto una mierda. Además, tampoco es que se vaya a chivar a la poli.

Ronnie se encogió de hombros y dijo:

—Solo preguntaba. La Sombra es peor que la poli.

Se metió las manos en los bolsillos. Beauregard reparó en la silueta de una pistola pequeña metida en el bolsillo derecho. Allí aguardaba como un escorpión dormido. Letal e inerte, todo a la vez.

—Ajá.

Un par de faros ascendieron por el camino de acceso poblado de maleza.

Kelvin entró en el prado y luego dio media vuelta, de modo que la parte trasera de la camioneta coincidió con la de la furgoneta. Echó el freno de mano y sonó un clac. Reggie y él bajaron y se reunieron con Ronnie y Beauregard en mitad del campo.

—A la caja de cambios le quedan unos seis metros más —dijo Kelvin.

—No pasa nada. Ronnie, coge la linterna del camión. Vamos a sacar al colega de la furgoneta y a buscar un árbol al que atarle. Luego podemos

cargar la camioneta —dijo Beauregard—. Quiero que estemos de vuelta en la carretera antes de medianoche.

—Oye, he estado pensando. ¿Cómo se va a enterar el Lento de si nos quedamos unas cuantas bobinas pa nosotros? Ya sé lo que dijiste, pero, en serio, ¿crees que el hijoputa ese va a echar en falta dos rollos? Joder, con dos rollos nos basta a los cuatro. Conozco a un tío que puede hacernos un precio buenísimo —dijo Ronnie.

Beauregard le puso la mano en el hombro a Ronnie. Le apoyó el pulgar en la clavícula. Los saltamontes verdes comenzaron a llamarse unos a otros en la maleza. Beauregard le clavó el pulgar a Ronnie debajo de la clavícula y le apretó en el plexo braquial.

—¡Ay! ¡Coño, Bug! —chilló Ronnie.

Se inclinó y se apoyó una mano en la rodilla mientras con la otra intentaba quitarse la mano de Bug del hombro.

—No se habla de quedarse con nada. No se habla de lo que el Lento sabe o no sabe. Lo único de lo que te quiero oír hablar es de cargar la puñetera camioneta. Ahora saca al colega de la furgoneta —dijo Beauregard.

Soltó a Ronnie, que se tambaleó hacia atrás y chocó con su hermano. Beauregard se desató el pañuelo y se lo dio a Ronnie.

—Pónselo.

Ronnie no le quitó ojo a Beauregard durante un buen rato y, por un instante, Beauregard creyó que se le iba a lanzar encima. Beauregard sintió algo parecido al alivio porque por fin iban a pelearse, pero luego el fuego desapareció de los ojos de Ronnie.

—Joder, Bug. Solo es una idea. Mierda. ¿Tienes la puta llave de las esposas? —le preguntó Ronnie.

Beauregard se sacó las llaves del bolsillo. Le puso el pañuelo en la mano izquierda a Ronnie y las llaves en la derecha. Ronnie cerró las dos manos con fuerza y se marchó ofendido a la furgoneta. Abrió la puerta trasera y subió.

—Escúchame. Te voy a vendar los ojos. Luego voy a quitar las esposas de la correa. Si quieres volver a ver tetazas y culazos, haz justo lo que te diga. ¿Lo pillas? —dijo Ronnie.

—Lo... pillo —dijo el conductor.

Ronnie se sentó a horcajadas encima del hombre, que estaba boca abajo, e intentó atarle el pañuelo a la cabeza. Los dos extremos apenas casaban cuando Ronnie trató de hacer un nudo sencillo.

—¡Menudo cabezón, coño! Es como una puta calabaza —dijo Ronnie en voz baja.

Gruñendo, tiró con fuerza de la tela que le tapaba los ojos al hombre y la ató con un nudo prieto y diminuto.

Quitó las esposas de la correa metálica que sujetaba los rollos de platino al palé. Se levantó, agarró a Ross por el cuello abotonado de la camisa vaquera y le ayudó a ponerse de pie. Se movieron despacio hacia atrás, arrastrando los pies, hasta dar con el parachoques.

—Vale, baja. ¡Cuidado! No tengo ganas de levantarte del suelo, gordo —dijo Ronnie.

El conductor tanteó el aire con el pie mientras intentaba tocar el suelo. Ronnie le soltó el cuello y le agarró el brazo.

—Baja. Ahora el otro pie.

El conductor pisó el suelo con los dos pies. Ronnie le sujetó en una especie de ángulo recto. Giró la cabeza para mirar a Beauregard.

—¿Dónde lo quieres hacer? —le preguntó.

—Mala forma de expresarlo —dijo Kelvin.

Antes de que Ronnie pudiera responder, el nudo diminuto que había hecho se desató casualmente. El pañuelo se le cayó al conductor de la cara y flotó perezoso hasta posarse en el suelo. El conductor miró por encima del hombro derecho, justo a la cara de Ronnie. Se sostuvieron la mirada medio segundo antes de que el preso se retorciera, se zafara de Ronnie y se marchara corriendo por el prado.

—¡Me cago en la puta! —voceó Ronnie.

Sacó una 32 milímetros del bolsillo y empezó a disparar al conductor. Este comenzó a correr en zigzag. Alcanzó la linde de los árboles y se esfumó por el bosque.

—¡A por las linternas! —gritó Beauregard.

Kelvin fue corriendo al camión y cogió dos potentes linternas Maglite. Le lanzó una a Beauregard.

—¡Vamos! ¡Reggie, ven conmigo! —dijo Beauregard. Se fue a los árboles.

—¡Ya le has oído, capullo! —voceó Ronnie.

Echó a correr hacia el bosque. Kelvin le adelantó cuando se dirigieron a los pinos, como si Beauregard se hubiera quedado quieto. Reggie los siguió cojeando, pero su forma de trotar no denotaba mucha prisa.

Beauregard encendió la linterna. Los pinos y las azaleas silvestres cobraban un aspecto fantasmagórico en la penetrante luz amarilla. Se abrió paso por la vegetación, agachándose para esquivar las ramas bajas, y saltó por encima de los troncos podridos de los árboles que ya habían muerto cuando él seguía en el reformatorio. Se detuvo un instante y escuchó. Trató de ignorar a los insectos y los animales y de escuchar solo los sonidos que haría un gordo asustado que corría por su vida. En parte se preguntó si Ronnie le había atado el pañuelo adrede con un nudo corredizo o algo así. Había tenido tantas ganas de matar al conductor que quizá lo habría hecho para obligarle a él a cargárselo. Dejó de pensar en ello. Era una jugada de ajedrez. Ronnie era de los tipos que solo juegan a las damas. Ronnie Sessions, el Torpe, ese debería ser su apodo, en vez de Rock and Roll. El tío era un inútil de nacimiento. Ni siquiera sabía atar una venda.

Delante de él se alzaba un terraplén pronunciado, moteado de pinos agonizantes y cedros enfermizos. Era increíble lo alto que le sonaba su propia respiración, como el fuelle de una antigua acería. La 45 milímetros le pesaba en la zona lumbar. Se la sacó y la blandió en la mano derecha mientras sujetaba la linterna en alto con la izquierda.

Oyó un crujido y un chasquido a sus espaldas, a la izquierda. Eran Ronnie, Kelvin y Reggie. Volvió a echar un vistazo al terraplén. ¿Podría el conductor, que estaba a dos hamburguesas con queso de un paro cardíaco, haber ascendido por una colina tan empinada en menos de dos minutos? En circunstancias normales, Beauregard habría dicho que no, pero el miedo les daba alas a los hombres. Comenzó a subir por el terraplén. Se esforzó y alcanzó la cresta en menos de cinco minutos. Hizo una pausa y respiró hondo. Le faltaba el aliento.

En la noche resonaron las primeras notas de «Born Under a Bad Sign». Eran agudas y estridentes, casi robóticas. A alguien le gustaba el *blues* y

tenía esa canción como tono de llamada. Beauregard giró la cabeza a la derecha con rapidez.

Se dio cuenta demasiado tarde de que el bosque le estaba confundiendo. Cuando se volvió, el conductor se estrelló contra él. Se desplomaron haciendo un ruido de mil demonios y Beauregard quedó debajo. Le crujió la muñeca derecha al golpearse con una raíz o una roca. El dolor no tardó en subirle por el brazo derecho y notó cómo se le escurría la pistola. La mole del conductor le estaba aplastando contra el suelo. Cada inhalación era un sufrimiento. Según buscaba la pistola a tientas, notó cómo el metal caliente se le clavaba en la garganta. No podía respirar. Con calma, casi de manera abstracta, se dio cuenta de que el conductor le estrangulaba con las esposas. Beauregard soltó la linterna, dejó de buscar la pistola y empujó para levantar al conductor y a sí mismo del suelo. Los dos cayeron de lado, pero el conductor seguía aferrándose a él. Las manos de Beauregard treparon por la cara del conductor igual que un par de tarántulas. Encontró con los pulgares los ojos de su agresor, justo cuando comenzaba a arderle el pecho y unos puntos negros empezaban a bailarle delante del rostro.

Beauregard le clavó sendos pulgares al hombre en las cuencas. El conductor gritó igual que un oso herido. Dejó de apretarle el cuello a Beau con la intención de protegerse los ojos. Beauregard se alejó rodando del conductor. Tomó grandes bocanadas de aire y salió correteando a cuatro patas por el suelo del bosque. Revolvió los detritos con la mano una y otra vez. Su pistola. Necesitaba su pistola.

El haz de su linterna empezó a bailar entre unos árboles que quedaban a unos treinta centímetros delante de él.

Beauregard se volvió y se puso boca arriba justo a tiempo de bloquear, en parte, el golpe del conductor. Había agarrado la linterna con las dos manos y la blandía como si fuera una porra. Beauregard se llevó las piernas al pecho y le dio una patada mientras se protegía de sus golpes con las manos. Tenía que ponerse de pie. Olvidarse de la pistola. De pie estaban en igualdad de condiciones, literalmente.

Un halo iluminó al hombre por la espalda a la vez que una descarga de disparos resonaba en el bosque. Una ligera niebla de sangre y fragmentos de hueso inundó el aire que separaba a Beauregard del conductor. Comenzó a

caerse hacia delante. La sangre le manaba de dos heridas en el centro del pecho. Beauregard cogió el cuerpo cuando se abalanzó sobre él y la linterna se le cayó de las manos. Empujó a la izquierda el cadáver del conductor y se retorció hacia la derecha. Tenía la cara y el cuello moteados de gotas de sangre. Ronnie y Kelvin ascendieron a la cresta. Los dos llevaban pistola. Kelvin también blandía la otra linterna. Pasó por encima del conductor y le tendió la mano libre a Beauregard. Beauregard la agarró, Kelvin tiró y le puso de pie.

—¿Estás bien? —le dijo.

—Sí. Casi toda es sangre de él.

—Tío, ¿por qué se largó corriendo? ¿Se creía que aquí arriba había un bufet? —le preguntó Kelvin.

Beauregard negó con la cabeza. Notó cómo una sonrisa intentaba dibujársele en el rostro y dijo:

—Te debo una.

—No, ya estamos en paz. Aunque le debes una a Ronnie. Creo que él ha sido el que le ha dado —dijo Kelvin.

Beauregard miró por encima del hombro de Kelvin. Vio cómo Ronnie bajaba la vista y contemplaba el cadáver del conductor. Tarareaba una melodía que Beauregard no reconoció. Beauregard volvió a prestar atención a Kelvin.

—Vamos a volver a la furgoneta y a cargar todo. Quiero regresar a Virginia antes del amanecer —dijo Beauregard.

El plan era que Kelvin y él condujeran la camioneta. Ronnie y Reggie, gracias a que Ronnie los había metido a todos en aquel lío, tendrían que correr el riesgo de ir en el camión robado.

Kelvin estaba a punto de responder cuando le explotó la mejilla izquierda. El fluido caliente le salpicó a Beauregard en el pecho. Un dolor agudo le desgarró el deltoides derecho cuando Kelvin cayó redondo al suelo. Beauregard saltó hacia atrás. Se movió más por instinto que por otra cosa. Notó cómo flotaba en mitad del aire durante lo que le parecieron minutos antes de que su cuerpo se estrellara contra la ladera occidental del terraplén. Bajó dando volteretas mientras los disparos salían zumbando de la cresta y las balas rebotaban contra los troncos secos de los pinos

enfermos. La tierra y las ramas y las hojas muertas se le metieron por la camisa y los pantalones y en la boca a medida que su cuerpo se precipitaba por la pendiente de la colina. El mundo era un remolino de caleidoscopios hasta que dio una última vuelta. El ancho tronco de un viejo pino se le lanzó contra la cara y luego solo hubo oscuridad.

Capítulo 26

Por un momento, Beauregard creyó que se había quedado ciego. El mundo parecía oscuro y lleno de sombras. Parpadeó y sintió que le caía por la cara algo cálido y húmedo. Mandó la mano izquierda a explorar y se tocó el rostro. Era sangre. Tenía sangre en los ojos. Encima del ojo izquierdo, se le había coagulado una herida, pero sus dedos ásperos la volvieron a abrir.

No estaba ciego. Aún era de noche. Se sentó, y se arrepintió de inmediato. El vómito le subió corriendo por el esófago y le salió por la boca. Se apoyó en el costado izquierdo y lo echó al suelo. Se sentía como si estuviera atrapado en un tiovivo.

Respiró hondo e intentó volver a sentarse. Esta vez no vomitó, pero no le faltaron las ganas. Un búho le ululó desde alguna parte. Escuchó para captar más sonidos, como de personas caminando o de voces compadeciéndose de él. Pero todo lo que oyó fueron los típicos sonidos del bosque por la noche. Dudó y luego mandó la mano izquierda de expedición. A subir por el brazo derecho. Cuando se tocó el tajo con los dedos, frunció los labios con fuerza y gruñó. El tajo era de unos cinco centímetros de largo, pero poco profundo. La bala le había rozado.

Abrió y cerró la mano derecha. Los dedos se movieron, aunque a regañadientes. Se tocó la frente. Tenía un chichón del tamaño de un huevo de gallina justo encima de la ceja izquierda, un poco a la derecha de la laceración que le había sangrado en los ojos. Miró el reloj. El pálido brillo de la esfera no bastaba para llamar la atención de nadie. Eran las dos y media de la madrugada. Habían perseguido a aquel tipo por el bosque sobre

las once. Se había pasado más de tres horas inconsciente.

Kelvin llevaba tres horas muerto. Su primo, su mejor amigo, llevaba tres horas muerto.

El puto Ronnie Sessions. Debería haberlo visto venir. Debería haberse preparado. Le había visto la cara a Ronnie cuando el Lento echó el dinero encima del escritorio. La mirada mísera y hambrienta que decía que Ronnie no quería renunciar al botín que tanto le había costado ganar. Beauregard había visto aquella mirada y no le había hecho caso. Fue una insensatez suponer que el deseo de vivir de Ronnie compensaba su avaricia. Con lo que no había contado era con que, para Ronnie, una vida sin dinero no era vida. Ahora, a causa de su codicia y de la arrogancia de Beauregard, Kelvin estaba muerto.

Cerró los ojos. Tenía que levantarse y ponerse en marcha. Kia y los niños estaban en el punto de mira de un psicópata pueblerino y cinéfilo. Un pueblerino que esperaba que le entregasen una furgoneta llena de metales preciosos antes del domingo por la noche. El infiltrado le contaría que la furgoneta nunca llegó a su destino. Después, el Lento se sentaría y esperaría una llamada que nunca harían. El Lento supondría que le habían traicionado. Enviaría al Freddy Krueger palurdo a por él. Ariel estaba a salvo porque no sabían nada de ella. Pero Kia y los niños tenían que marcharse del pueblo. Beauregard se metió la mano en el bolsillo. Sacó el móvil de prepago. Estaba roto. Probablemente se le había roto al caerse.

—Mierda —graznó.

Tendría que volver a subir la colina. Se habrían llevado la furgoneta mucho antes. Había dejado las llaves puestas. Otro error. Aunque la camioneta y el camión seguirían allí. Era probable que Ronnie tuviera las llaves del camión. No pasaba nada. Podría puentearlo o podría cogerle las llaves a Kelvin del bolsillo y conducir la camioneta.

Le golpeó un dolor igual de fuerte que un terremoto y los temblores le sacudieron todo el cuerpo. Notó los espasmos del esófago, pero no le quedaba nada más en el estómago, así que le dieron arcadas secas. Gruñendo, se golpeó a sí mismo. Con fuerza. Unos instantes después volvió a golpearse. Los temblores empezaron a remitir. Se volvió y se apoyó en las manos y las rodillas. Respiró hondo y empujó hasta ponerse de pie. El

mundo a su alrededor titiló como si atravesara un muro de agua. Cerró los ojos y se serenó. Respiró hondo otra vez y comenzó a subir por el terraplén. Cada paso era como caminar por la melaza. Se tambaleó, mantuvo el equilibrio y siguió avanzando. Cuanto más se acercaba a la cima, más despacio ascendía. Sabía lo que le esperaba allí arriba. Sabía lo que iba a ver en cuanto escalara aquella colina anodina de Carolina del Norte. Pero tenía que verlo, y no solo porque necesitara un juego de llaves.

Se lo merecía. Se merecía enfrentarse al vacío blanco que se habría grabado en lo que quedara del rostro de Kelvin. Así que subió. Se agarró a los retoños y arañó la tierra húmeda y subió. Avanzó camino de su penitencia con una determinación macabra.

Los ojos muertos de Kelvin le saludaron en cuanto llegó a la cima de la colina. La cabeza le colgaba a un lado y tenía la boca entreabierta. La herida de la mejilla era un cráter rojo y crudo. Por el agujero se veían los restos puntiagudos de los dientes.

Beauregard se dejó caer al suelo al lado del cadáver. Las hormigas le correteaban por la cara. Algunas le entraban y salían por la boca abierta. Beauregard le cogió la mano. Era como si tocara un pedazo de cera dura y fría. Los dedos de Kelvin estaban rígidos como una piedra. Trató de sacudirle las hormigas de la cara, pero empezaron a temblarle las manos. Negó con la cabeza y se serenó. Las hormigas que espantó volvieron a trepar por la cara de Kelvin con la habilidad implacable de una mente colmena. Intentó cerrarle el ojo bueno que le quedaba, pero el párpado se negó a quedarse abajo. Agachó la cabeza hasta que la apoyó en el pecho de Kelvin. El olor fétido de la muerte reciente era tan intenso que pudo saborearlo. Se lo tragó y retó a su estómago a que se rebelara.

—En cuanto me ocupe de todo esto, volveré y te enterraré como es debido. Te lo prometo. Nunca deberías haber estado aquí. Nunca me debiste una mierda —le murmuró al pecho de Kelvin.

Pasaron unos instantes. Beauregard vio en su mente escenas del pasado, como una película casera montada con viejos rollos de ocho milímetros. Kelvin y él tuneándose las bicicletas pegando cartas en los radios para reproducir el sonido de una motocicleta. Kelvin retándole a conducir sin luces por Callis Road y sabiendo de sobra que Bug lo haría. Kelvin de

esmoquin entregándole un anillo. Aquellos momentos y un millar más similares le cortaron el alma como si fueran cuchillas y se la despellejaron.

Al final, Beauregard levantó la cabeza. Se tocó la cara. La sangre, la sangre de Kelvin y del conductor, seguía seca en la comisura de sus ojos. No había llorado. Se odió un poco a sí mismo por ello, pero ya habría tiempo para las lágrimas más tarde. Buscó las llaves en el bolsillo delantero de Kelvin. Fue a cuatro patas por el suelo y revolvió la tierra en busca de su pistola. La encontró a treinta centímetros de donde el conductor y él habían caído al suelo. Se la guardó en la cintura de los pantalones y bajó deslizándose por la otra ladera del terraplén. En cuanto llegó al prado vio que tanto el camión como la camioneta estaban inclinados a un lado. Les habían rajado los dos neumáticos del lado del conductor.

—Te crees muy listo, ¿eh, Ronnie? —dijo Beauregard.

Cuando estuvieron buscando el punto de reunión, Beauregard reparó en unas cuantas casas que había en la carretera, más adelante. Unas cuantas caravanas y algún *bungalow* de estilo ranchero. La mayoría de las casas tenían coches aparcados en el camino de entrada. Algunas hasta tenían garaje.

Red Hill quedaba a seis horas. Dependiendo de qué clase de coche birlara y de cuánto combustible le quedase, podría llegar en ese tiempo y solo tendría que parar una vez a por gasolina. En el bolsillo llevaba poco más de doscientos dólares en efectivo. En aquellas condiciones llegaría a Red Hill sobre las ocho, hora arriba, hora abajo. Podría sacar del pueblo a Kia y a los niños antes de las nueve. Boonie podría apañarle las heridas. Luego trataría con el señor Ronnie Sessions y el señor Lento Mothersbaugh.

Beauregard cruzó el prado andando. Se escabulló entre los pinos igual que un espectro y se dirigió al norte.

En la carretera escaseaban los coches mientras Ronnie cruzaba la frontera estatal y entraba en Virginia. Reggie había reclinado el asiento y se había quedado roque. No había dicho ni una palabra desde que bajaron de la colina.

—Eh, ¿tienes hambre? —le preguntó a Reggie.

—No —dijo Reggie.

—¿Te vas a pasar así todo el día?

—¿Así cómo?

—Ahí sentado como la puta esfinge.

—No dejo de pensar en el día que fuimos a casa de Bug, cuando te apuntó con la pistola. Te clavó el cañón en la tripa. Estaba dispuesto a matarte delante de todos por haberte presentado en su casa sin avisar. No dejo de preguntarme qué nos va a hacer por haber matado a su colega —dijo Reggie.

—Uno, de haber sabido que no ibas a parar de decir gilipolleces, no te habría contado na. Y dos, Beauregard está muerto —dijo Ronnie.

—¿Seguro que está muerto? ¿Bajaste la colina y comprobaste que se había roto el cuello? Ah, espera, ya sé la respuesta —dijo Reggie.

—¿Sabes qué? ¡Calla la boca! Vuélvete a dormir —dijo Ronnie.

Reggie cambió de postura en el asiento y giró la cabeza para mirar la puerta. Ronnie pulsó un botón de la radio, pero no pasó nada. Clavó la vista al frente intentando ignorar lo que le había dicho Reggie.

—Le di. Sé que le di.

Reggie se echó a reír.

—Ah, ¿sabes que le diste? ¿De verdad? Te voy a decir lo que sé yo. Sé que se la has jugado a Bug y que el Lento ese nos ha matado. Ya lo sabes, ¿no? Nos has matado a los dos, hostias. Bug va a venir a por nosotros. Vendrá a por nosotros y nos matará como si fuéramos cucarachas. Si no, nos matarán el Lento y sus chicos. Estamos jodidos de cojones —dijo Reggie. Se cruzó de brazos y miró por la ventana.

—Reggie, eso no va a pasar. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? Quan confiaba en ti. Kelvin confiaba en ti. Bug confiaba en ti. Joder, Jenny confiaba en ti. ¿Y de qué les ha servido? —dijo Reggie.

Ronnie le puso la mano en la rodilla.

—No eran mis hermanos. Mira, incluso aunque no le haya dado, es probable que se rompiera el cuello al caer rodando por la colina.

—Siempre dices que confíe en ti, pero siempre te vas inventando

mierdas sobre la marcha —dijo Reggie con una voz igual de plácida que un lago helado.

—¿Querías volver a ser basura blanca y pobre? ¿Eh? Esta furgoneta lleva dentro veintiocho rollos de platino. Bug dijo que cada rollo pesa cuatro kilos y medio. Si nos los pagan a mitad de precio, tendremos dinero suficiente pa largarnos de Virginia y montárnoslo en algún sitio donde toas las carreteras conduzcan a la playa —dijo Ronnie.

Reggie no respondió.

—Se lo iba a dar to, Reggie. To. Los tres millones de dólares pa segundas oportunidades se iban a esfumar —dijo Ronnie.

Reggie se quitó la mano de Ronnie de la rodilla.

—Siempre vamos a ser basura, Ronnie. El dinero no lo va a cambiar —dijo Reggie—. Ronnie abrió la boca para refutar la afirmación de Reggie, pero no le salió nada. La verdad era una forma rara de zanjar una discusión.

Condujeron en silencio unos cuantos kilómetros. Ronnie abrió la boca para decir algo y que Reggie dejara de pensar en la situación actual cuando el móvil de prepago le empezó a vibrar en el bolsillo. Ronnie estuvo a punto de salirse por un lado de la carretera. ¿Por qué llamaban tan pronto? Miró el reloj. Eran poco más de las cinco de la madrugada.

—¿Son ellos? —preguntó Reggie.

—No, son de *¿Quiere ser millonario?* —dijo Ronnie. El sudor le chorreaba por la frente como una marea negra.

—Será mejor que lo cojas.

—¡Cierra el pico! Déjame pensar, ¿vale? —dijo Ronnie.

El teléfono siguió vibrando. Ronnie tamborileó con los dedos en el volante. El teléfono dejó de vibrar. Luego, casi de inmediato, empezó otra vez. Al final, Ronnie metió la mano en el bolsillo y contestó:

—Diga.

—Rock and Roll, creía que me estabas ignorando. Por poco hieres mis sentimientos. ¿Dónde está la furgoneta? Mi contacto dice que la Sombra está bastante cabreado porque no ha llegado a Winston-Salem. Les está preguntando qué ha pasado a los chicos que la custodiaban, pero no le

gustan mucho sus respuestas. Les va a sacar los dientes hasta que le den respuestas que sí le gusten. —El Lento soltó una risita—. He de reconocerlo, no dejáis de impresionarme, pero ¿no se suponía que me ibais a llamar en cuanto lo consiguierais? Creía que teníamos un trato —dijo el Lento.

Ronnie dejó en el aire aquella última frase durante un instante antes de contestar.

—Ha pasado una cosa. ¿El tal Beauregard? Ha robado la furgoneta.

—Ya lo sé. Es lo que os mandé hacer —dijo el Lento.

—No, no lo entiendes. Teníamos la furgoneta y luego él y otro tío que le acompañaba nos la jugaron a mi hermano y a mí. Nos disparó y se largó con la furgoneta —dijo Ronnie.

Hubo un silencio incómodo que se hizo notar en la red móvil. Pareció que el teléfono se volvía más pesado.

—¿Dónde estás, chaval? —dijo el Lento. Habló adrede con una dicción marcada.

—¿Yo? Estoy a unos cuarenta y cinco minutos de mi casa. Se dejó atrás uno de los vehículos que usamos. Supongo que tuvimos suerte —dijo Ronnie.

Una hilera de coches le adelantó como si se hubiera quedado quieto. Miró el velocímetro. Iba a ciento trece. La furgoneta traqueteaba igual que una lavadora llena de ladrillos.

—Vale. Ve a casa y estate atento. Vamos pa allá. A ver si podemos averiguar adonde ha huido el colega este —dijo el Lento.

Se cortó la llamada.

—¿Por qué les has dicho que vamos a casa? —preguntó Reggie.

—Pa ganar tiempo.

—Al final tendremos que ir a casa.

—No, de eso na. Vamos al Wonderland a ver a tu novia. Conozco a un tipo que puede vender la mierda esta. No puedo ir a verle sin avisar antes. Necesitamos unas pocas horas más —dijo Ronnie.

—Pues a Ann no le caes muy bien —dijo Reggie.

—Me importa una mierda. Mientras no me coma, no pasa na —dijo Ronnie.

El Lento dejó el teléfono en el escritorio. Billy terminó de atender a un cliente en la parte delantera del local y luego fue caminando hasta la oficina de la trastienda.

—Rock and Roll dice que el tal Beauregard se ha largado con el camión —dijo el Lento.

—¿Cómo quieres encargarte de ello? —le preguntó Billy.

El Lento sacó una pipa y la relleno con un montoncito de oloroso tabaco con sabor a manzana.

—Llama a los chicos que tienes vigilando sus casas. Cuando aparezcan Ronnie y su hermano, que los traigan aquí. Que traigan también a la familia de Beauregard. Si ha huido con la furgoneta, intentará avisar a su mujer. Si la traemos aquí, él nos entregará la furgoneta. Si la tiene —dijo el Lento.

—¿Si la tiene? —preguntó Billy.

El Lento encendió la pipa y le dio una buena calada.

—Quizás haya huido con la furgoneta, pero me pareció más listo. También puede ser que esté boca abajo en una cuneta y la tenga el Sessions ese. En cualquier caso, lo vamos a averiguar. Quizá tengamos que presionarlos un poquito, pero lo averiguaremos —dijo el Lento mientras exhalaba una nube de humo azulado.

Capítulo 27

Beauregard entró en el área de descanso con el Jeep escondido en una nube.

De debajo del capó salía un vapor que envolvía todo el vehículo. Acababa de cruzar la frontera estatal y de volver a Virginia. El reloj de la radio decía que eran las nueve de la mañana. La aguja del termómetro del motor estaba tan hundida en el rojo que necesitaba declararse en bancarrota. Beauregard aparcó el Jeep y apagó el motor. Miró el espejo retrovisor antes de salir del coche. La estrecha caravana que había allanado tenía un botiquín sorprendentemente bien surtido. Vendas grandes y pequeñas, agua oxigenada, alcohol de setenta grados y algunas aspirinas. La camiseta negra de manga larga que había cogido le quedaba demasiado grande y los pantalones, demasiado largos, pero por ahora valdrían. Se la jugó con el Jeep desde el principio: una reliquia cubierta de herrumbre que perdía mucho aceite y tenía desgastados los dos neumáticos delanteros. Parecía el atrezo abandonado de una película apocalíptica.

Aun así, había conseguido llevarle hasta Sussex antes de que empezara a exhalar el último suspiro. Beauregard bajó y abrió el capó. Más vapor se le arremolinó en la cabeza. El olor nauseabundo y dulzón del anticongelante se le metió por la nariz. Despejó el vapor a manotazos. Al lado del radiador, vio una columna de vapor que salía de un agujero del tamaño de un alfiler.

Echó un vistazo al área de descanso. Era una de las más grandes de la autopista. Había una hilera de mesas de pícnic bajo los enormes robles. Un edificio de ladrillo albergaba los baños, las máquinas expendedoras y la oficina de información. Beauregard se dirigió a las mesas de picnic.

Las tres primeras estaban vacías. Nada en las mesas y nada en suelo bajo ellas. Menuda suerte había tenido al detenerse en un área de descanso con un personal de limpieza meticuloso. La cuarta mesa la ocupaba una familia asiática desayunando. Beauregard trató de sonreír cuando se les acercó.

—Disculpen.

El padre le evaluó y le miró con recelo.

—Siento molestarlos, pero ¿tienen un poco de pimienta?

El padre lo consultó con la madre en silencio. Las miradas que intercambiaron parecieron reconocer que la pimienta no era un arma mortífera que pudieran blandir contra ellos. Los dos niños, un chico y una chica menores de diez años, buscaron en las bolsas de comida rápida y sacaron varios sobrecitos de pimienta. La madre los reunió y se los entregó a Beauregard.

—¿También vas a desayunar? —le preguntó la niñita.

Beauregard sonrió.

—No. Se me ha calentado el coche porque el radiador tiene una fuga. Con un poco de pimienta taparé el agujero un ratito —dijo.

La niña asintió con la cabeza como si todos los días debatiera sobre reparaciones de emergencia de automóviles.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó el niño.

La madre le chistó.

—Un accidente —dijo Beauregard.

Se guardó los sobrecitos de pimienta en el bolsillo.

—Gracias —dijo.

Regresó al Jeep. A medio camino, se detuvo y se volvió.

—Oigan, ¿no tendrán un móvil?

Kia estaba echando la leche para los cereales de Darren cuando oyó que llamaban a la puerta. Javon seguía en la cama. Se había pasado toda la noche despierto y dibujando mientras Darren y ella veían una maratón de películas de animación. Terminó de servir la leche y le pasó el tazón a Darren.

—Cómete el desayuno —dijo.

Se levantó y fue a la puerta. De camino a abrirla, le empezó a sonar el teléfono móvil. Kia se detuvo y torció hacia la habitación. Luego volvió a mirar la puerta. El móvil dejó de sonar. Continuó hacia la puerta.

—Mamá, te has olvidado de los cereales —dijo Darren.

Apenas le oyó. Echó un vistazo por la ventana con forma de rombo que había en el centro de la puerta. Había un blanco en el porche. Y otros dos blancos de pie al lado de un Ford LTD último modelo. El del porche era igual de grande que un frigorífico. Los otros dos eran mucho más pequeños. El hombre del porche llevaba una camisa blanca de cuello abotonado y pantalones vaqueros. Los dos del coche vestían camisetas y vaqueros. Uno llevaba puesta una gorra desgastada de la marca CAT.

Kia abrió la puerta una rendija.

—¿Puedo ayudarle?

El hombretón dio un tirón y Kia soltó la puerta. Se quedó en la entrada; llevaba una de las camisetas de Beauregard y unos pantalones cortos de chándal. Desafortunadamente, era consciente de lo mucho que se le pegaban al culo.

—¿Estás casada con un tal Beauregard? —le preguntó el hombretón.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó.

El hombretón la miró de arriba abajo.

—Ve a por los niños, os venís todos con nosotros —dijo.

—No pienso ir a ningún sitio con usted, y mis hijos tampoco. Ahora dígame qué coño pasa —dijo Kia.

El hombretón se volvió hacia los dos que estaban apoyados en el coche y los llamó con un gesto. Sin previo aviso, agarró a Kia del brazo y comenzó a sacarla de la casa a rastras. Se movió con una velocidad tan increíble que Kia ya estaba en el primer escalón antes de que empezara a resistirse. Le arañó los ojos y le dio una patada en las pelotas. Solo consiguió un gruñido por las molestias. El blanco de la gorra de CAT pasó rozándolos. A Kia se le rompió el corazón cuando oyó cómo Darren comenzaba a chillar:

—¡Mami! ¡Mami! ¡Mami! —aulló cuando el hombre de la gorra de CAT lo sacó a rastras de la casa, tirando de su delgado brazo.

El tercer hombre entró en la casa mientras llevaban a la fuerza a Kia y a Darren al coche. Kia se retorció y luchó con todas sus fuerzas, pero no sirvió de nada. Era como intentar pelear contra una montaña.

El hombretón dejó de arrastrarla. Se arrimó a ella y le rodeó el cuello con el antebrazo. Kia notó algo frío y duro contra la sien. Nadie se movía. Kia se esforzó en mirar hacia la casa. El tercer hombre estaba saliendo de allí marcha atrás y con las manos en alto. Cuando llegó al último escalón, se detuvo.

Javon estaba en el porche y blandía una pistola. Era una Beretta de 9 milímetros y de la serie 92. Una de las pistolas de su padre.

El hombretón aferró a Kia con más fuerza.

—Vale, espera un momento y baja la pistola. No quieres herir a nadie, ¿a que no? —le preguntó.

Javon no se movió. Sostenía el arma con firmeza y se sujetaba la muñeca con la mano libre.

—No, así que soltad a mi madre y a mi hermano —dijo.

No tartamudeó ni susurró. Habló con una voz alta y clara que le estaba a punto de cambiar.

—Mira, hijo, no sabes ni cómo funciona —dijo el hombre.

Javon no apartó la vista del hombretón. Quitó el seguro.

—Soltad a mi madre y a mi hermano —dijo.

El hombretón seguía tratando de decidir cómo manejar la situación cuando el de la gorra de CAT desenfundó su pistola y murmuró por lo bajo:

—¡A tomar por culo!

Javon apuntó el arma en su dirección y apretó el gatillo. La pistola le saltó en la mano, como si estuviera viva. El hombre de la gorra de CAT se agazapó. La bala le pasó silbando por encima de la cabeza y reventó el faro del LTD. Javon siguió apretando el gatillo. Pasó del hombre de la gorra al que tenía justo delante. A este le brotó una flor roja en el pecho, mientras se desmoronaba igual que una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. No llegó a desenfundar.

El hombretón apartó la pistola de la cabeza de Kia y apuntó a Javon. En cuanto lo hizo, una bala le impactó en el cuello. Apretó el gatillo en un acto reflejo, pero sin apuntar. El de la gorra de CAT se tiró al suelo y se arrastró

hasta el lado del conductor del LTD. Levantó la pistola y disparó por encima del capó.

El hombretón volvió dando tumbos al LTD. La pistola se le escurrió de la mano y aterrizó en la hierba. Se desplomó hacia el interior del coche y las piernas le quedaron colgando por la puerta. El de la gorra de CAT subió de un salto al asiento del conductor. Arrancó el motor y tiró de la camisa del hombretón para intentar meterlo del todo en el coche. Las balas rompieron el parabrisas cuando estaba metiendo la marcha atrás. Los pies del hombretón se arrastraron por el suelo mientras salían marcha atrás del jardín y se marchaban zumbando por el camino.

Javon siguió apretando el gatillo, aunque la pistola ya no disparase más balas.

—¡Javon! —chilló Kia—. ¡Javon, llama a emergencias!

Javon siguió apretando el gatillo.

—¡Javon, llama a emergencias! —chilló ella.

Los ojos se le salían de las órbitas. Tenía la cara y el pecho cubiertos de vetas rojas. Sujetaba a Darren en los brazos. Fue entonces cuando Javon por fin lo entendió. Entró corriendo en casa y fue a la habitación de su madre. El teléfono móvil estaba en la mesilla. Apuntó la pistola hacia el suelo. Cogió el móvil y marcó el número de emergencias. Los chillidos de su madre reverberaban por toda la casa.

—Emergencias, ¿qué le sucede? —le preguntó una voz robótica.

—Han disparado a mi hermano —dijo Javon.

Soltó la pistola y también se puso a chillar.

Kia estaba sentada en la sala de espera, justo debajo de una televisión que emitía en bucle un anuncio del hospital. La luz de los fluorescentes del techo se reflejaba en las baldosas blancas del suelo y le daba dolor de cabeza. Le picaban los ojos. Se había pasado llorando todo el trayecto de la casa a urgencias. No le dejaron sentarse en la parte trasera con Darren. Todo el camino hasta el hospital se lo pasó mirándole fijamente por una ventana pequeña que había en la cabina de la ambulancia. El conductor había intentado que se pusiera el cinturón, pero no le hizo caso. No podía quitarle

el ojo de encima. Si seguía mirándole, no podría morir. Se lo dijo a sí misma mientras salían disparados por la carretera. Siempre que pudiera verle, no moriría.

Kia hundió la cabeza entre las manos. Notaba una maraña de nudos en el pecho que no dejaban de tensarse. Jean le frotó la espalda mientras ella miraba el suelo a través de los dedos entreabiertos. Darren tenía solo ocho años. Se suponía que los niños de ocho años no mueren. Se supone que gastan bromas estúpidas y se niegan a lavarse el tatuaje falso que les ha hecho su hermano.

—Kia.

Alzó la cabeza. Beauregard venía corriendo por la sala de espera y la llamaba. No chillaba, sino que empleaba a plena potencia su voz grave de barítono. Cuando dobló la esquina, se detuvo a metro y medio de ella. Estaba hecho un cristo. El lado izquierdo de la cara era una enorme magulladura. Llevaba una camiseta negra, de manga larga y de Lynyrd Skynyrd, de la que le sobraban dos tallas. Y un par de pantalones demasiado grandes que le colgaban de la cintura.

—Kia, ¿qué han dicho? —preguntó.

Le fulminó con la mirada.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar qué ha pasado? —le interpeló.

Beauregard bajó la vista.

—Fui a casa. Vi los agujeros de bala. Fui a casa de los vecinos. Linda me lo contó. Se me averió el coche. Habría estado allí, pero se me averió el coche —dijo.

Kia apenas podía oírle.

—Han venido unos hombres a nuestra casa. Hombres que te buscaban a ti —dijo Kia. Se levantó del asiento.

—Lo sé. Intenté llamarte, pero no contestaste —dijo Beauregard.

—No empieces. Ni si te ocurra. Si no te hubieras marchado con el blanco ese a dar un puto golpe, no tendrías que haber llamado —dijo Kia. Habló enseñándole los dientes.

—Kia, vamos afuera a hablar —dijo Beauregard.

—¿A hablar de que, Beauregard? ¿De cómo la cagaste con unos gánsteres y vinieron a nuestra puta casa? ¿Quieres hablar de cómo te dije

que vendieras el maldito coche? Pero no lo querías vender, ¿no? Porque no querías deshacerte del coche de tu querido papaíto. Mi hijo está en el quirófano luchando por su vida porque a ti te importa más un chivato muerto que tus propios hijos. Mi otro hijo está en la comisaría porque ha tenido que disparar a dos personas para que no se llevaran a su madre y a su hermano pequeño. ¿Lo entiendes, cabronazo? Hoy mi hijo ha tenido que matar a una persona. Pero supongo que a ti te parece normal. Es una tradición familiar de los Montage, ¿no?

Beauregard sabía que intentaba hacerle daño. La única persona que conocía tus puntos débiles mejor que la mujer que te crio era la mujer con quien compartías la cama. Pero lo aguantó todo. Lo aguantó como nunca antes, porque Kia tenía razón. Él le había traído aquel horror a su familia, pero no significaba que no los quisiera.

—También son mis hijos, Kia —dijo Beauregard.

Kia dio un paso adelante y le abofeteó. Su mano diminuta le dio de lleno en la mejilla magullada. Las luces le parpadearon delante del rostro. Por un momento, Beauregard notó que algo frío y extraño le florecía en el pecho. Levantó la mano derecha y cerró el puño, pero solo durante una fracción de segundo. Se lo merecía. Aquello y mucho más.

—No, hoy no. Hoy son mis hijos y he de protegerlos. Protegerlos de gente como tú —dijo Kia.

Apretó el cuerpo contra el de Beauregard. Sus extremidades parecían cables de acero. El aliento le olía a humo y a ácido estomacal.

—Kia, yo no soy esa gente. Soy su padre.

—Vete.

—Se me averió el coche. Habría estado allí, pero se me averió el coche.

—¡Que te vayas! —se desgañitó.

Kia le aporreó el pecho con los puños. Cuando Beauregard intentó abrazarla, ella huyó de él como de la peste.

—¡Vete de una puta vez!

—No, Kia, por favor —dijo mientras intentaba tocarla.

Kia volvió a desgañitarse. Fue un aullido gutural y crudo sin palabras discernibles, pero en una lengua que se entendía con claridad.

Jean se levantó y la atrajo hacia su pecho. Kia se derrumbó en los

brazos de su hermana. Jean la guio de vuelta al asiento.

—Vete, Beauregard. Te llamaré cuando sepamos algo —dijo Jean.

Él se giró en un círculo casi perfecto de trescientos sesenta grados. Los administrativos, las enfermeras, los celadores y los demás pacientes, todos, le miraban con la boca abierta.

—Se me averió el coche. Habría estado allí, pero se me averió el coche. Lo arreglé y fui directo a casa. Lo arreglé —dijo por lo bajo.

Lo repitió mientras se encaminaba hacia la puerta automática de cristal. Y otra vez cuando iba caminando hacia el Jeep cubierto de herrumbre que aguardaba en el aparcamiento, con un destornillador incrustado en el contacto de la llave.

Beauregard subió y cerró de un portazo. Empezó a chillar y a darle manotazos al volante. Todos los músculos de su cuerpo trabajaban al unísono con el diafragma. Le empezó a doler el pecho cuando se encorvó y aulló. Las personas que caminaban por el aparcamiento agacharon la cabeza y apartaron la vista al pasar deprisa junto al Jeep. El ruido que salía de aquel vehículo maltrecho no necesitaba explicación ni traducción.

Era el sonido puro e inconfundible de la desesperación.

Capítulo 28

Boonie abrió la puerta de su casa con una mano a la par que hacía equilibrio con las seis cervezas que llevaba en el hueco del brazo libre. El cielo estaba lleno de vetas de magenta mientras el sol se hundía en el horizonte. Cuando atravesó el umbral, se le revolvieron las tripas y a punto estuvo de vomitar.

Beauregard estaba sentado en su butaca reclinable de cuero.

—¡Joder, hijo! Me has dado un susto de la hostia. ¿Qué coño haces aquí? —le preguntó Boonie.

Beauregard levantó la cabeza.

—La he cagado, Boonie —dijo.

Boonie cerró la puerta y le miró con atención.

—¿Qué coño te ha pasado en la cara?

—Tenías razón. Sobre Ronnie, sobre todo —dijo Beauregard.

Boonie se sentó en el sofá que quedaba perpendicular a la butaca.

—Cuéntamelo —dijo.

Beauregard se pasó la mano por la frente con cautela. Se lo contó todo a Boonie. La joyería, el Lento, la furgoneta, Kelvin y todo, hasta lo que le había pasado a Darren. Boonie escuchó en silencio, sin interrumpir ni una vez ni preguntar nada. Cuando Beauregard terminó, Boonie se levantó, fue a la cocina y volvió con un tarro de conservas. Desenroscó la tapa, le dio un sorbo y lo depositó en la mesa de centro que había entre ellos.

—Lo siento, Bug. ¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó Boonie.

Beauregard giró la cabeza y apoyó la mejilla buena contra el lateral de la butaca. La superficie estaba fresca. El aire acondicionado centralizado de

Boonie trabajaba a destajo.

—¿Sabes qué? Me imaginaba a mí mismo como dos personas. A veces era Bug y a veces era Beauregard. Beauregard tenía mujer e hijos. Tenía una empresa e iba a las funciones escolares. Bug... bueno, Bug robaba bancos y furgones blindados. Conducía a ciento sesenta kilómetros por hora por las curvas de horquilla. Bug tiraba a la trituradora de coches a la gente que mató a su primo. Intenté separarlos, a Beauregard y a Bug, pero papá tenía razón. No se puede ser dos clases de bestia.

—Al final, una de las bestias se libera y desata el caos. Lo manda todo a tomar por culo —dijo.

Cogió el tarro de conservas y le dio un trago. Cuando lo apoyó, casi la mitad de su contenido había desaparecido. Las lágrimas se le escapaban por la comisura de los ojos.

—Han disparado a mi hijo, Boonie. Han disparado a mi hijo porque Bug la cagó y Beauregard no estaba allí para solucionarlo.

—Lo vamos a solucionar, Bug. Solo dime qué quieres que hagamos —dijo Boonie.

Beauregard se inclinó hacia delante en el asiento.

—Lo voy a arreglar. Quizá necesite un par de favores.

—Lo que sea —dijo Boonie.

—He aparcado en la carretera, junto a esa casa antigua de Carver Lane. Necesito llevar ese coche al desguace y deshacerme de él. Luego necesito que me prestes un vehículo. No puedo hacer nada con mi camioneta.

—Vale, no hay problema. Pero ¿qué vamos a hacer con el tema de Ronnie y del Lento? —preguntó Boonie, con la voz llena de rencor.

Beauregard sonrió. La sonrisa apenas le pasó del borde de la boca.

—No vamos a hacer nada. Voy a encontrar a Ronnie y a recuperar la furgoneta. Solo hay dos sitios en los que podría estar. No puede acudir a nadie sin más para vender un botín tan grande. Por cómo colocó los diamantes, sé que tiene un contacto, pero tardará un par de días en hacer un trato. No creo que sea tan tonto como para ir a su casa, lo que nos deja el Wonderland. Cuando recupere la furgoneta, voy a llamar al señor Lento.

Boonie gruñó.

—No te puedes enfrentar a estos chicos tú solo. Los payos esos del

Wonderland no valen una mierda, pero el tal Lento es una mala bestia.

—Ya han matado a Kelvin por mi culpa.

—Y yo no voy a dejar que te maten a ti. Anthony era como un hermano pa mí, pero tú eres como un hijo. No puedo dejar que te marches de aquí solo, como si fueras un puto vaquero. Tu familia te necesita. Joder, yo te necesito, cabezota hijo de puta —dijo Boonie.

Beauregard se inclinó hacia delante y miró fijamente a Boonie a los ojos.

—Ya me he marchado, Boonie. Sé lo que crees que necesita mi familia, pero te voy a decir lo que necesito yo. Necesito que hagas por mis hijos lo que hiciste por mí. Estar allí. Creo que ahora entiendo por qué se marchó mi padre. Beauregard y Bug son la misma persona. Y esa persona no vale para una familia.

Boonie se quitó la gorra y se golpeó la rodilla con ella.

—Deja de decir chorradas. Eres su padre. Eres el marido de Kia. Te necesitan. Si te marchas, cometerás el mismo error que Anthony —dijo Boonie. La saliva le salió volando de los labios.

Beauregard se puso de pie. Boonie también, aunque tardó un poco más en levantarse. Se caló la gorra manchada.

—Si no me quieres ayudar, me marchó —dijo Beauregard.

Boonie se cruzó de brazos.

—Haría lo que fuera por ti, ya lo sabes. Pero vi lo que Anthony le hizo a tu madre cuando se marchó. Lo que te hizo a ti. Sé que creía que estaba tomando la decisión correcta, igual que tú. Pero los dos os equivocáis. Bug, mira a tu alrededor. Eres lo más parecido a una familia que tengo estos días. No lo hagas —dijo Boonie.

—Esta cosa que llevamos dentro. Esta cosa de mi interior. La cosa que llevaba dentro mi padre. Es como el cáncer. Tiene que acabar conmigo, Boonie. Kia no es igual que mi madre. Los niños no van a crecer jodidos, igual que yo. Javon no va a ir al reformatorio. Le soltarán por defensa propia. Y si Darren sale de esta... —Beauregard tragó con dificultad—. Cuando Darren salga de esta, su hermano, su hermana y él van a crecer y a marcharse de Red Hill. Van a ir a la universidad y a enamorarse. Tendrán sus propios hijos. Pero la única forma de que eso pase es si les echo el

guante a Ronnie y al Lento. Si puedes ayudarme, te lo agradeceré. Si no puedes, quita de en medio. También te lo agradecería —dijo Beauregard.

Boonie respiró hondo por la boca. Movi6 los ojos y mir6 m6s all6 de Beauregard, a la pared detr6s de la butaca. Colgadas en ella hab6a fotos antiguas con marcos baratos. Boonie y su mujer. El primer d6a en el desguace. 6l y Anthony posando al lado del Mercury Comet del 67 de Boonie. Volvi6 a fijar la vista en Beauregard.

—Vamos a mover el coche. Luego nos ponemos con to lo dem6s —dijo Boonie.

—Hola, mam6 —dijo Beauregard.

Su madre se estremeci6 y le temblaron los p6rpados. Los abri6 despacio y Beauregard pudo ver c6mo le funcionaba la mente mientras luchaba por concentrarse.

—Est6s hecho una mierda —dijo al fin.

Beauregard se r6o entre dientes.

—Lo s6.

—¿Qu6 hora es?

—Las nueve pasadas.

—¿Te han dejado entrar despu6s del horario de visitas?

—No les he dado a elegir.

Su madre le mir6 de reajo durante un buen rato.

—¿Qu6 pasa? ¿Te han dicho que solo me queda una semana?

—No. Oye, mam6, ¿te acuerdas de aquella vez que cogimos todas las moras esas en los alrededores de la caravana? Cogimos como cuatro kilos. Pap6 vino despu6s y me trajo aquella figura de acci6n, una imitaci6n de los G. I. Joe. Creo que se llamaba Action Man o algo as6. Vino con ella y nos ayud6 a coger parte de las moras. Luego entramos en casa y preparaste una tarta de moras. ¿Te acuerdas?

—Te habr6n dicho que me voy a morir dentro de una hora —dijo Ella.

Beauregard ech6 la cabeza atr6s y se r6o. Ella se estremeci6.

—Dios, hablas igual que tu padre.

Beauregard dej6 de re6r.

—No. Solo estaba pensando. No siempre nos fue mal. Ya sabes, a pap6, a ti y a m6. Aquel d6a fue bonito. No nos comport6bamos as6 a menudo.

—¿Así cómo?

—Como una familia —dijo Beauregard.

Ella clavó la vista al frente.

—Te marchas, ¿verdad? —dijo.

—¿Por qué lo dices?

—Las madres conocen a sus hijos.

—No me marcho. Solo tengo que encargarme de unas cosas.

—Ajá. Es lo que dijo tu padre. Luego, un día, se encargaron de él.

Beauregard se levantó de la silla. Se situó junto a la cama de su madre. Se apoyó en la barandilla, se inclinó y la besó en la frente.

—A veces puedes ser igual de mezquina que una serpiente de cascabel cubierta de arsénico, pero eres mi mamá y te quiero —le dijo al oído—. No espero que me lo digas tú a mí.

Con delicadeza, le pasó la mano por el ceño antes de dirigirse a la puerta. Ella observó cómo salía caminado y torcía por el pasillo. Se lamió los labios secos.

—Adiós, Bug —susurró.

Capítulo 29

Reggie se metió otra raya. Llevaba mucho tiempo sin darle a la coca. Prefería el subidón meloso y lánguido que proporcionaba un poco de heroína. Sin embargo, a falta de pan, buenas son las tortas. Ann tenía coca, así que se metió coca. En cuanto le llegó al torrente sanguíneo, recordó por qué no le gustaba. La sensibilidad de cada centímetro de su piel aumentó en un mil por cien. Incluso cada pelo parecía recibir estímulos sensoriales. Ann le quitó la ampolla y se echó una delgada línea en el dorso de la mano. Se la esnifó y, de inmediato, empezó a frotarse la nariz con energía.

—¡La madre que la parió! Esta mierda es potente —dijo.

—Ajá —dijo Reggie. El corazón le latía en el pecho al ritmo de una danza tradicional irlandesa.

—Venga, vamos a hacer algo. La coca me pone cachonda.

—¿Qué? ¿Tienes hambre? —preguntó Reggie.

Ann arrugó la nariz y le agarró la entrepierna.

—¡No, que estoy cachonda! Ya comeremos luego —arrulló.

Reggie dejó que le pusiera encima de ella. Mientras dejaba que le bajara los pantalones, oyó un alboroto en la parte delantera. Era lo habitual. El Wonderland no era más que un largo alboroto con momentáneos respiros de paz y tranquilidad.

Siempre que Beauregard pasaba por el Wonderland, se maravillaba de que lo siguieran llamando así. Era incapaz de creer que ninguno de los zombis colgados y endogámicos que lo frecuentaban entendieran el concepto de sarcasmo. Para ellos, sí que era un «País de las Maravillas».

Beauregard pensaba que un nombre más apropiado sería el «País de Perder toda la Esperanza» o el «País de las Ladillas y la Sífilis». Bien oculto en las colinas onduladas del condado de Caroline, al final de una rara ruta turística, el Wonderland era una especie de oasis: un conjunto de cuatro casas móviles conectadas para formar una T de dos patas cerca de un lago pintoresco. El entorno pastoral del Wonderland contrastaba con el entretenimiento que ofrecía. Uno podía disfrutar de una gran variedad de vicios en el Wonderland. Los más populares eran los clásicos favoritos: sexo y drogas con, por si acaso, un toque de *whisky* de contrabando.

No se había molestado en ir a casa de Reggie y Ronnie. Ronnie era un mierdecilla mentiroso y traicionero, pero ni siquiera él era tan estúpido. Habría pensado que se había deshecho de Bug, pero sabía que aún tenía que vérselas con el Lento. De ninguna manera iba a volver a la caravana. Querría ir a algún lugar donde se sintiera a salvo. Algún lugar donde pudiera relajarse mientras trataba de vender el platino. Algún lugar donde pudiera celebrar haberles ganado la partida a Bug y al Lento.

Definitivamente, el Wonderland daba el perfil.

Había una colección de coches y camionetas de ruedas descomunales aparcados a la derecha, cerca del pie de la montaña. El coche de Reggie estaba aparcado al lado de una camioneta que llevaba la bandera confederada en la luneta trasera. Por una de las ventanas de la monstruosidad de casas móviles se oía a todo volumen la típica música honky-tonk. En los viejos tiempos, a un sitio como aquel lo podrían haber llamado un «local de chupitos». En la actualidad, una descripción más apropiada era «local de chutarse». Beauregard se metió la 45 milímetros en la cintura y fue dando pisotones por el musgo y la hierba hasta el pie de la T, donde habían montado una rudimentaria puerta de entrada.

Junto a la puerta había un hombre delgado, sentado en un taburete y dándole sorbos a una petaca. Lanzó a Beauregard una mirada inquisitiva.

—¿Qué pasa, macho? —le preguntó.

—¿Qué pasa, Tiro? —dijo Beauregard.

El Tiro le dio un sorbo a la petaca.

—¡Cuánto tiempo! Si buscas a Jimmy, hoy no es tu día. Le trincaron. Está cumpliendo dos años de condena en Coldwater por posesión con fines

de venta —dijo el Tiro.

—No, no busco a Jimmy —dijo.

Un hombre bajo y ancho, con una gorra de béisbol de la bandera confederada y un rostro como un camino de grava, vino paseando hasta la puerta. Llevaba un vaso rojo, de plástico y lleno de alcohol. Beauregard estudió la escena. La primera caravana hacía las veces de bar y sala de estar. Un bellezón de pelo negro azabache llamado Sam estaba de pie detrás de una barra hecha con un viejo tablón de contrachapado y unas cuantas cajas de leche. Cerca de la barra había cinco o seis pufs muy raídos. Había unas cuantas personas repantigadas en ellos como si fueran muñecas. El resto de los parroquianos estaban sentados a dos mesas de jardín, de plástico. Había un hipster con el pelo largo, pantalones cortos beis y sandalias charlando con Sam cerca de la barra. Nadie le prestaba mucha atención a la chica desnuda que bailaba en el escenario hecho con una vieja mesa de la cafetería de un instituto. Un cartel de neón de Coors colgaba de la pared detrás de ella. Le daba a su piel un brillo rojo y demoníaco. El resto de las luces estaban atenuadas lo justo para que pudieras encontrar tu cristal de metanfetamina si se te caía. Un tufo acre inundaba el aire. Era una poción de bruja a base de marihuana, *whisky* y olor corporal.

—¿Ahora esto lo lleva Sam?

—Podría decirse que sí. Me refiero a que es su hermana.

—¿Y qué tal va?

El Tiro se encogió de hombros.

—Bien. La mayoría de la gente hace como si Jimmy siguiera aquí.

—Ajá. Oye, Tiro, ¿dónde están Ronnie y Reggie? He visto el coche de Reggie fuera.

Los ojos marrones y llorosos del Tiro miraron de izquierda a derecha. Dudó antes de responder.

—Bueno, Ronnie se marchó hace un rato. Reggie anda ahí detrás —dijo.

—Gracias.

—¿Qué quieres, chaval? —dijo el hombre de la gorra confederada. Las palabras llevaban un tono de recelo.

—Nada —dijo Beauregard.

Pasó al lado del tipo de la gorra confederada, que alargó la mano y le cogió del brazo. Beauregard miró la mano que le agarraba el brazo y luego al dueño de la mano.

—¿Es que no podemos tener un solo sitio donde no metáis las narices? ¡Hay que joderse, habéis tomado la Casa Blanca! —dijo el de la gorra confederada.

—Como no me quites la mano de encima, te la vas a comer —dijo Beauregard.

—Bobby, vale ya —dijo el Tiro.

Se bajó de un salto del taburete y quitó la mano de Bobby del brazo de Beauregard. Bobby murmuró algo, pero Beauregard le ignoró. Se abrió paso por la primera caravana hasta que llegó a la intersección de la T.

¿Izquierda o derecha? Beauregard decidió que no importaba. Tenía que estar en una de las habitaciones de allí detrás. Jimmy Spruill alquilaba por horas las habitaciones de la parte superior de la T, por si acaso querías colocarte en privado con tu alma gemela de una noche. Allí detrás, el Wonderland renunciaba a cualquier excusa de civismo. Las cuatro caravanas unidas una detrás de otra eran un tártaro lleno de humo y cubierto de ascuas mortecinas y agujas usadas. Nadie levantó la vista de los cinturones que se ataban a los brazos para reparar en su presencia cuando pasó por allí. La disposición de las habitaciones iba cambiando a medida que avanzaba de una caravana a la siguiente. A veces le quedaban a la derecha, luego estaban a la izquierda. Ninguna tenía puerta. En su lugar, lucían cortinas de cuentas o sábanas colgadas de una barra extensible para la ducha. Cuando Beauregard echaba un vistazo, no le reprendían. Unas cuantas veces hasta le invitaron a unirse a la fiesta.

Reggie estaba en la última habitación de la última caravana. Su culo blanco y pálido subía y bajaba encima de la chica grandota que había estado en su caravana hacía unas semanas. Llevaba los pantalones amontonados alrededor de los tobillos. La mujer abrió los ojos y se quedó mirando fijamente a Beauregard por encima del hombro de Reggie.

—¡Cariño! —voceó.

—Ya... casi —jadeó Reggie.

—¡Cariño, hay alguien aquí! —chilló.

Reggie se quedó congelado en mitad de una embestida. Beauregard entró en la habitación y agarró a Reggie del pelo. Le apartó de encima de la chica grandota y le estampó la cara contra la pared. Cuando le tiró de la cabeza, a Reggie le manaba sangre de la nariz y de la barbilla. Volvió a estamparle la cara contra la pared, donde dejó un sangriento Jackson Pollock.

—Venga, Reggie, súbete los pantalones. Tenemos que hablar —dijo Beauregard.

Reggie se subió los pantalones mientras Beauregard le sujetaba de un mechón de pelo. Después de que se tapara el esmirriado culo, Beauregard le sacó a rastras de la habitación. La mujer luchaba por salir de la cama. Los enormes pechos se le derramaban por la barriga como una avalancha.

—¡Suéltale! —chilló.

Beauregard la ignoró y arrastró a Reggie por el pasillo. Reggie intentó aferrarse a las paredes con las uñas, pero no encontró de dónde agarrarse. Ann por fin se levantó y se embutió en una camiseta. Fue renqueando detrás de Beauregard y Reggie lo más rápido que pudo. Cuando Beauregard llegó a la sala de estar delantera, el Tiro se bajó de un salto del taburete.

—¡Eh, Bug! Pero ¿qué coño pasa? —preguntó.

Bobby se levantó de un brinco del puf y se lanzó a por Beauregard y Reggie. Beauregard se imaginó que había estado buscando pelea desde que vio cómo un rostro marrón entraba por la puerta. Mientras Bobby se abalanzaba a por ellos, Beauregard se sacó la 45 milímetros de la cintura. Le dio la vuelta para cogerla por el cañón y le estampó la culata a Bobby en la boca y en la mandíbula. La gorra de béisbol de la bandera confederada salió volando cuando echó la cabeza atrás con un crujido. Beauregard condujo a Reggie a un lado, a la par que Bobby chocaba contra una de las mesas de jardín. Las copas salieron volando cuando la mesa se derrumbó bajo su peso. Beauregard se movió en círculo con la 45 milímetros. Trazó una panorámica en la sala, apuntando con el cañón.

—¡A por él! —chilló Ann.

—Me le llevo de aquí. Si alguien tiene un problema con eso, que lo diga —pidió Beauregard.

No habló nadie. Beauregard salió marcha atrás por la puerta arrastrando

a Reggie, que iba sin camisa y llorando.

—¿Os vais a quedar ahí sentados? ¡Menuda mierda de amigos! —berreó Ann.

De una gran jarra de plástico, Sam vertió un poco de *whisky* de contrabando en un tarro de conservas y se lo dio al hipster.

—No se puede discutir con una 45 milímetros —dijo con la voz ronca.

Los hombres que habían estado sentados a la mesa demolida fueron acercándose a la barra. Las conversaciones que se habían silenciado volvieron a su volumen habitual. La chica del escenario bajó y otra más flaca ocupó su lugar. El Tiro y otros tipos ayudaron a Bobby a levantarse y le dieron unas toallas de papel para que se limpiara la sangre de la boca. Después de un momento, era como si no hubiera pasado nada. Y en efecto, no había pasado nada.

Beauregard abandonó la 301 y tomó las estrechas carreteras secundarias que salían del condado de Caroline y regresaban a Red Hill. Se pegó a la línea blanca mientras conducía por la carretera de un solo carril que hacían pasar por una de doble sentido. Reggie yacía en el asiento del copiloto con la cara apretada contra el cristal. Ni él ni Beauregard hablaron. No había nada que tuvieran que decirse.

Beauregard torció a una carretera cubierta de grava. Dejaron atrás una torre de telefonía rodeada por una valla nueva y brillante, de malla metálica, que relució a la luz de los faros de la grúa. Beauregard se desvió de la carretera de grava y tomó un camino estrecho y cubierto de asfalto resquebrajado. El camino conducía a un claro donde se alzaban los restos de una vieja fábrica igual que un Stonehenge espurio.

—Sal. No corras o te disparo por la espalda —dijo Beauregard.

Reggie se bajó de la grúa. Salió corriendo en cuanto tocó el suelo con los pies. Se dirigió a los árboles que rodeaban el claro. Beauregard disparó al aire. Reggie se tiró al suelo. Las hojas de hierba le arañaron el pecho. Notó que una mano le agarraba del pelo y tiraba hasta levantarlo. Dejó que le arrastraran de vuelta a la grúa. Beauregard le empujó contra la puerta del copiloto. Se miraron un momento a los ojos.

Beauregard le dio un puñetazo en el estómago. Reggie se dobló y luego cayó de rodillas. Hizo un ruido lastimero, como si se atragantara.

Beauregard creyó que Reggie iba a vomitar, pero no devolvió. Siguió haciendo más ruidos, como si se atragantara, y luego levantó la cabeza. Beauregard se puso en cuclillas para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Solo te lo voy a preguntar una vez. ¿Dónde está Ronnie?

—Yo no lo sabía. No sabía na. Nunca habría participado —resolló Reggie.

Beauregard se puso la 45 milímetros de la cintura cerca de la zona lumbar. Le cogió la mano izquierda a Reggie con la suya y, con la derecha, abrió la puerta del copiloto de la grúa. Para cuando Reggie se dio cuenta de lo que pretendía, ya era demasiado tarde para resistirse.

Beauregard agarró la muñeca de Reggie y le sujetó la mano contra el marco de la puerta. Cerró de un portazo y le pilló la mano.

A Reggie se le llenó la boca de una bilis caliente y punzante y esta vez sí vomitó. El vómito le salió por encima de los dientes sueltos y le resbaló por la barbilla. Chilló. Pataleó. Se tragó un poco de vómito y luego devolvió otra vez.

—¿Dónde está, Reggie? —le preguntó Beauregard.

Una brisa ligera agitó la hierba del claro. Las hojas se ondularon como las olas de una laguna.

—No... lo... sé —dijo Reggie.

Beauregard abrió la puerta y volvió a darle un portazo a Reggie en la mano. Reggie echó la cabeza atrás y aulló. Abrió los ojos de par en par, eran del tamaño de un dólar de plata.

—No me... obligues a decírtelo. Es mi hermano. No me obligues a decírtelo. Le vas a matar si te lo digo —lloró Reggie. Gruesas lágrimas le cayeron por las mejillas abriendo senderos en la sangre de la barbilla.

—Te voy a matar a ti si no me lo cuentas. Vinieron a mi casa, Reggie. Dispararon a mi hijo. Todo porque Ronnie no pudo ceñirse al plan. No quiero hacerte más daño, Reggie. Pero te lo haré. Y no voy a parar hasta que me digas dónde está. Si te desmayas, te despierto. En cuanto se te entumezca esta mano, empezaremos con la otra. Luego pasaremos a los pies. Luego a la polla. Le voy a dar de comer a esta grúa, pedazo a pedazo —dijo Beauregard.

—Lo siento mucho. No sabía lo que iba a hacer.

—Ya lo sé, Reggie. Lo sé. ¿Dónde está Ronnie?

La nuez de Reggie subió y bajó igual que un señuelo de pesca. Beauregard abrió la puerta.

—¡Espera! —suplicó Reggie.

—No tengo tiempo para esperar, Reggie.

—Por favor, es mi hermano.

—Y Darren es mi hijo.

Ninguno dijo nada. Mientras transcurrían los segundos, un perro ladró a lo lejos.

Reggie agachó la cabeza.

—Se ha ido al condado de Curran. Al otro lado de las colinas estas. Se queda en casa de una tal Amber Butler. Creo que vive junto a Durant Road. No sé qué ha hecho con la furgoneta.

Beauregard se puso de pie.

—Vale, vale —dijo con tono robótico.

Reggie alzó la vista y le miró. Tenía los ojos rojos y anegados en lágrimas.

—Tengo miedo, Bug.

Beauregard desenfundó la 45 milímetros.

—No hay nada que temer, Reggie. Cierra los ojos.

Beauregard volvió al desguace justo antes del amanecer. En la parte trasera de la grúa llevaba una lona azul del tamaño de un hombre. La oficina estaba cerrada, pero sabía que Boonie guardaba una llave extra en un viejo Pontiac, al lado del edificio principal. Cuando la consiguió, entró y cogió otra llave de la repisa que había a la izquierda del escritorio de Boonie. Volvió a salir y cogió la lona del tamaño de un hombre de la parte trasera de la grúa. Se la cargó a los hombros con un gruñido grave. Rodeó la parte de atrás de la oficina caminando con pesadez y se dirigió a un Chevy Cavalier destartalado. Con una mano, abrió el maletero con la llave que había cogido de la repisa. Arrojó la lona azul al maletero y lo cerró de un portazo. En cuanto terminó, volvió a la oficina y cerró la puerta al entrar. De camino al

sofá, recogió su móvil del escritorio de Boonie. Tenía un mensaje de texto. Era de Jean, no de Kia, y decía: «Darren ha salido del quirófano. Le han sacado la bala. Aún está delicado».

Beauregard se dejó caer en el sofá. Se aplastó el móvil contra la frente. Darren por fin había salido del quirófano. Darren, a quien le encantaba reírse de la absurdidad de las palabrotas. Le habían sacado una bala a su hijo pequeño. Le empezaron a arder los ojos. Hundió la cara en las manos. La tristeza y la culpa le sobrevolaron el corazón igual que los buitres. Se frotó los ojos y apartó aquellos sentimientos.

Podrían comerse su corazón cuando aquello hubiera terminado.

Capítulo 30

Ronnie se inclinó y se encendió el cigarrillo en el fuego de la cocina de Amber. Inhaló profundamente y dejó que el humo le inundara los pulmones. El cáncer nunca supo mejor. Fue a la ventana y abrió las lamas de la persiana. Nada. Solo oscuridad. Dejó que el humo de los pulmones le saliera por la nariz. Amber acababa de marcharse a empezar el turno en el hospital. Le había pedido que le birlara un poco de Percocet, pero ella había palidecido ante el encargo.

—Ronnie, ya no me va eso. Ahora tengo mi plaza. No puedo cagarla.

—Joder, pues entonces consígueme unas aspirinas extrafuertes. Necesito algo —había dicho.

Se tomaría lo que pudiera conseguir. Tenía los nervios igual de sensibles que una úlcera. Se había pasado el día intentando contactar con Reggie y no había manera. Ni siquiera le saltaba el buzón de voz del teléfono. Solo sonaba un par de veces y se desconectaba. Dio otra calada al cigarrillo y dejó que el humo le fluyera por la nariz y por la boca. El Lento le había estado reventando el móvil de prepago, tanto que al final se había quedado sin saldo.

Ronnie tiró al fregadero un poco de la ceniza del cigarrillo. Amber tenía su propia caravana al final de un largo camino de acceso, igual que Reggie. A un lado del camino había un maizal y, al otro, una arboleda de nogales poco frondosa. Era difícil que alguien le tendiera una emboscada. Tampoco es que nadie supiera dónde estaba. Siempre que no dieran con Reggie. Pero el Lento no sabía nada del Wonderland. Por lo menos Ronnie no creía que

lo supiera. Ronnie inhaló otra vez. Tal vez tuviera que pasarse por el Wonderland, recoger a Reggie y marcharse a la costa oeste. En Virginia no les quedaba nada. Ya no. Ni siquiera podía...

Un motor estaba acelerando fuera, en la oscuridad. Ronnie volvió a la ventana. No veía la luz de ningún faro. Corrió a por su bolsa y cogió la pistola. Apagó el cigarrillo en el linóleo y dejó la caravana a oscuras. Respirando fuerte, echó un vistazo por la persiana. El motor estaba cerca. Casi sentía las vibraciones según aceleraba una y otra vez. Se chupó los dientes. ¿Conseguiría llegar al Mustang? Había al menos diez pasos de la puerta delantera al coche. Se lamió los labios. El motor dejó de acelerar. Ahora se oía un pitido metálico y agudo. Ronnie abrió un poco la persiana.

—¡Ah, mierda! —gritó. Corrió a la puerta trasera.

Una grúa se abalanzaba contra la caravana con los faros apagados. Mientras Ronnie atravesaba la cocina corriendo, la grúa se estrelló contra la caravana. La pared delantera implosionó y proyectó una lluvia de cristal, metal y madera al interior de la casa rodante. El rugido del motor lo inundó todo. El impacto lanzó a Ronnie contra el frigorífico. La manija le dio en el costado derecho, igual que un puñetazo al riñón. Rebotó contra el frigorífico y se dirigió a la puerta trasera.

La abrió de una patada y bajó de dos en dos los escalones desvencijados de madera. Ya casi había llegado al suelo cuando alguien agarró la puerta y le golpeó con ella. Perdió el equilibrio y se cayó al suelo. La pistola le saltó de la mano y desapareció en la oscuridad debajo de la caravana. Ronnie rodó, se puso boca arriba y usó los pies para dar una patada a la puerta y enviarla contra quienquiera que la hubiese agarrado.

La puerta salió despedida y le dio a Beauregard en la cara. Notó que se le rompía algo en la nariz. Sangre y mocos le manaron de las narices y le corrieron por la cara. Un fragmento de incisivo le bajó por la garganta. Se tambaleó hacia atrás y aterrizó contra la pared trasera de la casa móvil. Se levantó haciendo un esfuerzo y bordeó la puerta batiente con la 45 milímetros por delante. Atisbo la silueta de Ronnie, que entraba corriendo en el maizal que había al lado de la caravana. Beauregard volvió corriendo a la parte delantera de la caravana. Cuando llegó a la grúa, quitó la palanca que había encajado entre el salpicadero y el acelerador. Subió de un salto y

metió la marcha atrás. Al salir de culo, encendió los faros y las luces largas. Solo salía un haz de luz del lado del copiloto, iluminando la oscuridad. Uno de los faros se habría dañado en la colisión. Tendría que bastar con uno. Metió primera y pisó el acelerador hasta el fondo.

Ronnie iba dejando un rastro en los tallos de maíz secos que hasta un ciego podría haber seguido. El faro proyectaba sombras animadas a la par que la camioneta botaba por una hilera tras otra. Ronnie corría en línea recta y dejaba tallos rotos a su paso. Beauregard metió segunda y acortó la distancia. Ronnie debió de darse cuenta de la futilidad de intentar correr más que la grúa siguiendo una ruta lineal, porque torció a la derecha. Beauregard supuso que volvía a la carretera principal. Quizás intentara cruzarla y meterse en el bosque. O quizá corría sin tener ni idea de adonde iba. El terror volvía estúpidos a los listos.

En lugar de dar un volantazo a la derecha, Beauregard clavó los pies en el freno y dio uno a la izquierda. La parte trasera de la grúa saltó por las hileras de maíz igual que una piedra en el agua. Ronnie vio cómo una ola de tierra y de tallos salía despedida hacia él un instante antes de que la parte trasera de la grúa se estrellara contra él y le mandara volando igual que una pelota de *softball*.

Beauregard notó cómo la grúa entraba en contacto con el cuerpo de Ronnie. Fue como atropellar a un venado de buen tamaño. Puso el vehículo en punto muerto y apagó el motor. Cogió la pistola y bajó. Se quedó junto a la grúa y oyó un gemido que venía del oeste. Dio unos pasos entre los frágiles tallos, que se habían secado hasta casi convertirse en polvo después de pasar semanas sin lluvia.

Ronnie yacía boca arriba con las piernas retorcidas en ángulos raros. Incluso a oscuras, Beauregard pudo ver que tenía los vaqueros manchados. Ronnie Sessions perdía fluidos a un ritmo alarmante. Trataba de escabullirse hacia atrás, pero los brazos le fallaban. Beauregard se dejó la pistola colgando a un lado. Se limpió la nariz con el dorso de la mano libre. Su propia sangre parecía petróleo sobre la piel.

—¡Ah, joder, Bug! La he cagado. Ya lo sé. Lo siento. Creo que me he roto las piernas —dijo Ronnie. Tenía la perilla entrecana manchada de color burdeos por la sangre que le salía burbujeando de la boca.

—No, no te las has roto. Te las he roto yo. Y no lo sientes. Solo sientes que haya dado contigo —dijo Beauregard.

Ronnie respiró hondo varias veces.

—Lo siento, Bug. Lo del golpe, Kelvin y todo.

Beauregard le pisó la espinilla y descargó todo su peso en el hueso destrozado. Ronnie emitió un sonido extraño. Era mitad chillido, mitad gruñido ahogado.

—Ni se te ocurra decir su nombre. ¿También sientes lo de mi hijo? Vinieron a mi casa, Ronnie. Mi hijo pequeño está tumbado en una cama de hospital luchando por su vida. ¿También lo sientes? —preguntó Beauregard.

Los ojos de Ronnie se pusieron en blanco en las cuencas y luego enfocaron a Beauregard, que se arrodilló junto a él.

—No te podías ceñir al puto plan, ¿no?

—No podía volver a ser basura blanca y pobre, Bug. Podía soportar ser basura, pero no volver a ser pobre —dijo Ronnie.

Beauregard negó con la cabeza, despacio.

—¿Dónde está la furgoneta, Ronnie?

Un pensamiento atravesó la bruma de dolor que le nublaba el cerebro a Ronnie.

—Has encontrado a Reggie, ¿eh? ¿Le has matado, Bug? Reggie no sabía lo que yo iba a hacer. ¿Has matado a mi hermano, Bug? —le preguntó Ronnie.

Beauregard no dijo nada. Lo único que oía Ronnie era cómo él mismo respiraba con dificultad. Ronnie parpadeó con fuerza tres o cuatro veces. Las lágrimas se le escaparon por las comisuras de los ojos y se le resbalaron por las patas de gallo.

—La furgoneta, Ronnie.

—¡Eh, Bug! ¡Qué te jodan!

Beauregard disparó a Ronnie en la rodilla izquierda. Ronnie abrió la boca por completo en un rictus de dolor. Beauregard se puso de pie.

—Esa ha sido por Kelvin.

A continuación le disparó en la otra rótula. Ronnie vomitó, se ahogó y volvió a vomitar. Con el pie, Beauregard le empujó la cabeza a Ronnie a la

izquierda para que se le despejaran las vías respiratorias. No quería que se desmayara.

—Esa ha sido por Darren —dijo Beauregard—. Te lo voy a preguntar otra vez. ¿Dónde está la furgoneta, Ronnie?

Ronnie estiró el cuello para mirar a Beauregard a los ojos.

—¿Por qué debería decírtelo, Bug? ¿No me vas a matar? —preguntó con voz áspera.

—Te puedo hacer mucho más daño antes de que suceda eso —dijo Beauregard.

Ronnie cerró los ojos. Beauregard pudo ver cómo se le movían detrás de los párpados, como si estuviera en fase REM. Transcurrieron unos instantes mientras esperaba a que le respondiera.

—No tengo tiempo para esto, Ronnie —le dijo.

Le pisó la rodilla derecha y le clavó el talón en la herida de bala, justo encima de la rótula. Ronnie berreó y se irguió de la cintura para arriba, igual que un vampiro en un ataúd. Quiso golpear en los muslos a Beauregard, que le dio un rodillazo en la cara. Ronnie cayó en el polvo con los brazos estirados. Con las yemas de los dedos rozó unos cuantos tallos de maíz abatidos. Cuando abrió los ojos, Beauregard vio que ya no le quedaban más ganas de luchar.

—Está en la antigua casa de mi abuelo. En Crab Thicket Road. Es propiedad del banco, pero nadie quiere vivir allí, en mitad de la puta na —resolló Ronnie—. ¡Dios! El mundo está jodido, ¿eh, Bug? —graznó. La sangre le fluía a chorros de la boca.

Beauregard giró la cabeza y escupió un glóbulo de sangre y saliva. Le pisó el pecho a Ronnie y le apuntó a la cabeza.

—El mundo está bien, Ronnie. Somos nosotros los que estamos jodidos —dijo.

Beauregard volvió al desguace sobre medianoche. La camioneta de Boonie seguía allí cuando se detuvo junto a la oficina. Boonie le recibió según bajaba de la grúa. Se quedó de pie delante de la puerta de la oficina, con las manos en las caderas, mientras Beauregard sacaba una lona verde de la

grúa. Se desplomó en el suelo con un batacazo sonoro.

—¿Has descubierto dónde está la furgoneta? —preguntó Boonie.

—Sí —dijo Beauregard.

Boonie suspiró y se tiró de la gorra.

—Podemos ponerle en el Cavalier, con su hermano. Dentro de una hora no serán más que un pisapapeles grande de cojones —dijo Boonie.

Entrecerró los ojos y escudriñó el rostro de Beauregard. Señaló con un gesto el faro reventado y los tallos de maíz pegados a la calandra.

—Parece que no se rindió sin más.

Beauregard se vislumbró a sí mismo en el espejo del lado del conductor.

—Me alegro de que no se rindiera —dijo.

Capítulo 31

—Son 87,50 dólares, señora —dijo el Lento.

Deslizó dos cartones de Marlboro rojo por el mostrador. La anciana apoyó la bolsa con su botella de oxígeno en el mostrador. Sacó un billete de cien del bolsillo de los pantalones amarillos de poliéster y se lo entregó al Lento. Mientras él contaba el cambio para la señora, oyó un silbido estridente que reverberaba en la oficina. Le entregó el cambio a la señora Jackson y entró en la trastienda.

El móvil de prepago sonaba y vibraba en el escritorio.

—¿Diga?

—¿Quieres el platino? Lo tengo yo. Ven aquí. Solo tú, el chaval de las cicatrices y alguien para conducir la furgoneta. Son las dos pasadas. Me imagino que podréis llegar aquí antes de las cinco. Después de las cinco, voy a tirar la puta furgoneta entera a un lago —dijo una voz.

—¿Eres el desaparecido señor Beauregard? Creía que este móvil lo tenía Ronnie.

—Ya no lo necesita más. Te voy a mandar un mensaje con la dirección —dijo Beauregard.

El Lento se rio entre dientes.

—Beau, creo que no entiendes cómo va esto. Tú no me das órdenes. Tú no me dices dónde ir o qué hacer. Yo doy las órdenes, hijo. Si te digo que me traigas la furgoneta, me traes la maldita furgoneta. Si te digo que te comas un sándwich de mierda, te comes el puñetero sándwich de mierda y me pides un vaso de pis para tragártelo. Así funcionan las cosas por aquí —

dijo. Oyó cómo Beauregard respiraba al otro lado de la línea.

—Creo que no lo entiendes. Tú necesitas esto más que yo. Y créeme, Lento, no te conviene que yo vaya ahí. Mandaste hombres a mi casa. Amenazaron a mi mujer. Dispararon a mi hijo pequeño. Vamos a quedar en un lugar neutral para acabar con esto. Si voy ahí, es probable que mate todo lo que vea. ¿Quieres la dirección o no? —dijo Beauregard.

El Lento apretó el móvil.

—Vale. Mándamela, chaval. Vamos a tener unas palabritas cuando te vea —dijo.

—A las cinco en punto —dijo Beauregard. Se cortó la llamada.

El Lento observó cómo una estrecha grieta se deslizaba por la pantalla del teléfono móvil mientras lo apretaba con fuerza.

Beauregard cerró el móvil de tapa y lo puso en el escritorio de Boonie.

—¿Ha dicho que sí? —preguntó Boonie.

—No le queda otra. La Sombra le está dando para el pelo. Ha perdido la joyería. Lo necesita —dijo Beauregard.

—¿Crees que va a funcionar? —le preguntó Boonie.

Beauregard se frotó los muslos con sus anchas manos. Aún le dolían las piernas de la caída. El dolor le estremecía, pero también le espabilaba.

—Tengo que conseguir que funcione —dijo.

Se levantó de la silla. Boonie también se puso de pie. Salió de detrás del escritorio y se plantó delante de Beauregard. Pasó un segundo, luego otro y otro más. El momento se estiró más y más hasta colapsarse bajo el peso de su propia tensión. Boonie rodeó con los brazos a su amigo y le apretó con fuerza. Beauregard le devolvió el abrazo.

—No pasa na. To va a salir bien —dijo Boonie.

—Pase lo que pase, asegúrate de que Kia, Ariel y los niños reciban lo que les he dejado —murmuró Beauregard contra la mejilla de Boonie.

—No te preocupes por eso. Ve a encargarte de tus asuntos, chaval —dijo Boonie.

Soltó a Beauregard, dio un paso atrás y se frotó los ojos. Beauregard asintió con la cabeza y luego se dirigió a la puerta. La abrió y se detuvo un momento. El sol vespertino talló una sombra alargada a su alrededor.

—Quería a papá. Pero tú has sido mejor padre para mí de lo que jamás

podría haber sido él —dijo.

Atravesó la puerta abierta y la cerró al salir.

Beauregard pasó por el hospital después de marcharse del desguace de Boonie. Fue directo a la planta de la UCI. En el mostrador de enfermería había una enfermera alta y demacrada, con el pelo marrón avellana y recogido en un moño austero.

—Disculpe, ¿en qué habitación está Darren Montage? —preguntó Beauregard.

La enfermera levantó la vista del portapapeles. Sus ojos verdes y claros eran severos.

—Solo la familia directa puede verle, señor.

—Soy... Soy su padre.

—Ah, ya veo. Está en la habitación 245. Solo se le puede visitar durante quince minutos —dijo. Volvió a concentrarse en el portapapeles.

Beauregard entró en la habitación como si el suelo fuera de lava. El olor penetrante y antiséptico del hospital era aún más denso en la UCI. Era como hubieran mojado toda la zona con desinfectante Lysol.

Darren yacía boca arriba en mitad de la cama. La cabecera estaba ligeramente elevada y permitía que las luces del techo le iluminasen la cara. Le daban un aspecto sobrenatural. Beauregard sabía que era pequeño. La última vez que le llevaron a una revisión al médico, les dijeron que era un poco menudo para su edad. En mitad de la cama del hospital, conectado a los tubos y las máquinas, se le veía de lo más minúsculo. Como una de sus figuras de acción. Beauregard se acercó a la cama. Le cogió la mano a su hijo, extremadamente diminuta. Estaba fría al tacto. Las máquinas pitaban y silbaban igual que un artilugio de las viñetas de Rube Goldberg.

—Jamás he deseado nada de esto para ti. Ni para tu hermano y tu hermana. Pero os lo he traído yo. Otra persona habrá apretado el gatillo, pero lo he hecho yo. He de admitirlo. Espero que algún día sepas lo mucho que lo siento. Da igual lo que pase hoy, no creo que te vuelva a ver, Apestoso. Así que quería decirte que te quiero. Un padre que quiere de verdad a sus hijos no hace nada para herirlos. No los pone en peligro. No a

propósito. No es un forajido ni un gánster. He tardado mucho tiempo en darme cuenta —dijo Beauregard.

Se apoyó en la barandilla, se inclinó y besó a Darren en la frente.

—Nunca voy a volver a haceros daño —dijo.

Ariel se estaba probando unas gafas de sol cuando le sonó el móvil. Lo miró, no reconoció el número y pulsó «colgar». Volvió a sonar unos instantes después. Era el mismo número. Gruñó y esta vez sí contestó.

—Diga.

—Hola —dijo Beauregard.

—Hola. ¿Tienes móvil nuevo? —le preguntó.

—Sí. ¿Qué haces?

—Rip y yo estamos en el centro comercial. ¿Qué pasa?

—Ah, nada en realidad. ¿No te estarás gastando el dinero ese? —le preguntó Beauregard.

—No. Rip y yo solo estamos pasando el rato. Los dos tenemos el día libre.

—Ah. Bueno, solo quería decirte una cosa.

—¿Qué?

Beauregard se espantó a una mosca de la cara. La furgoneta ya no tenía aire acondicionado, así que tuvo que bajar las dos ventanillas.

—Que te quiero.

Beauregard oyó por el móvil el indistinguible alboroto de voces incorpóreas. Vestigios sonoros a la deriva de un gran centro comercial estadounidense. La cacofonía de cientos de pasos. Todo menos la voz de su hija.

—Yo... yo también te quiero, papá —le dijo por fin.

—Me tengo que ir, cielo —dijo Beauregard.

—Vale —dijo Ariel.

Se cortó la llamada.

Beauregard se guardó el móvil en el bolsillo. Bajó de la furgoneta, sujetando la escopeta de dos cañones con cuidado en el hueco del brazo. Por el cielo ondulaban cúmulos de nubes esponjosas, oscureciendo el sol de

la tarde. Fue caminando hasta la parte delantera de la furgoneta y se apoyó en el capó mientras observaba cómo un coche negro y largo serpenteaba por Crab Thicket Road.

Capítulo 32

El Cadillac se detuvo cinco metros delante de Beauregard. Se quedó al ralentí bajo el sol del crepúsculo, gruñendo a su presa igual que una bestia depredadora. Se abrió la puerta del copiloto y bajó Billy. Se abrieron ambas puertas traseras. Salieron el Lento y un hombre que Beauregard no reconoció y se quedaron junto al coche. El Lento vestía un polo color tostado claro y pantalones blancos. Parecía que una criatura del bosque le hubiera anidado en el pelo rebelde. Sonrió a Beauregard con una mueca. Comenzó a caminar hacia delante, pero Beauregard le apuntó con la escopeta.

—Ahí vale —dijo.

—Bueno, aquí estamos, Bug. ¿Se supone que es un enfrentamiento? Como en...

Beauregard le cortó en seco.

—No, no lo es. Solo te voy a dar lo tuyo y nos vas a dejar en paz a mí y a los míos.

El Lento se deslizó la lengua por los labios.

—¿Dónde están Ronnie y Reggie, Beauregard? —le preguntó.

—En ningún sitio del que tengas que preocuparte —contestó Beauregard.

—Mira, si así es como tratas a tus compañeros, ¿cómo voy a confiar en ti? ¿Cómo sé que no has sustituido todo el platino por papel de aluminio? —preguntó el Lento.

—Ven a echar un vistazo. Avanza despacio —dijo Beauregard.

—Compruébalo, Quemado. Mira si nos vamos a ir a casa contentos —dijo el Lento.

Beauregard no dejó de encañonar a Billy con la escopeta mientras caminaba de espaldas. Billy le siguió a una distancia relativamente segura hasta que alcanzaron la puerta trasera de la furgoneta. Beauregard le señaló la puerta con la escopeta. Billy asió la manija y luego volvió la vista hacia Beauregard, cuyo escurridizo rostro marrón era inescrutable. Billy abrió la puerta al mismo tiempo que saltaba hacia atrás.

—No me reproches que esté nervioso —dijo.

Beauregard hizo caso omiso. Billy asomó la cabeza por la puerta batiente. Allí, en la parte trasera de la furgoneta, había un palé de rollos de metal de cinco o seis pisos. Billy cerró la puerta y volvió andando al Cadillac. Beauregard le siguió, escuchando cómo crujían sus pasos sobre la hierba muerta y seca. El sudor le chorreaba por la cara, pero no se atrevió a secarse los ojos.

—Bueno, ¿qué me cuentas, Quemado? —preguntó el Lento.

—Está ahí dentro —dijo.

—Las llaves están en la furgoneta —dijo Beauregard mientras comenzaba a retirarse.

—Espera. No puedo meter a un miembro de mi familia en esa furgoneta solo con tu palabra —dijo el Lento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Beauregard.

—Digo que ¿por qué no nos arrancas tú la furgoneta? Pa asegurarnos de que no es como el principio de *Casino* —dijo el Lento.

Beauregard no se movió.

—¿O nos has preparado una sorpresita ahí dentro, Beauregard? —preguntó el Lento.

Unos cuantos cuervos graznaron cuando pasaron volando por encima. Se habían despejado las nubes y toda la furia del sol caía sobre ellos.

—Vale —dijo.

Metió una mano por la ventanilla del conductor y giró la llave. El motor revivió con una tos y un estertor, pero al final arrancó y se puso en marcha. Se quedó al ralentí con la misma aspereza de una pulidora de rocas.

—Mierda, ¿va a aguantar hasta el final del camino? —preguntó Billy.

—Aguantará bien —dijo Beauregard.

—Pues vale. Sal, ve a subirte y síguenos a casa —dijo el Lento.

Beauregard dio un paso atrás y a la izquierda. El hombre a quien no reconoció vestía una camiseta interior blanca y pantalones vaqueros azules que le quedaban, por lo menos, una talla demasiado pequeños. Se subió a la furgoneta.

—¿Tiene aire acondicionado? —preguntó con una voz de pito, como de flauta metálica.

—No —dijo Beauregard.

El Lento le examinó con las manos en las caderas.

—Sabes que esto no ha terminado, ¿no? Te vamos a ver pronto, hijo —dijo el Lento. Le guiñó un ojo a Beauregard.

—Si queréis venir a por mí, adelante. Esto... —Señaló la furgoneta con la cabeza—. Esto es para que dejéis a mi familia tranquila. Lo nuestro es entre tú y yo. No te preocupes, estaré por aquí. Pero creo que vas a andar liado una temporada con el señor Sombra y sus colegas —dijo Beauregard.

—Puede ser. Aunque no te preocupes, no nos vamos a olvidar de ti —dijo el Lento.

Volvió a entrar en el coche. Billy fingió disparar a Beauregard con el pulgar y el índice mientras subía al asiento del copiloto. El conductor metió la marcha atrás. Retrocedió hasta un arbusto de madreselva, luego dio la vuelta y bajó por el camino de acceso. Sal los siguió. Se abrieron paso por la maleza y los baches al ritmo de un caracol.

El Lento sacó el teléfono móvil.

—Cuando se marche, seguidle. Luego le cogéis y le traéis con su familia al estanco. Se le va a hacer más largo que un fin de semana de tres días. No os andéis con gilipolleces con este chaval. Entrad ahí pegando tiros. No dejéis que desenfunde antes —dijo el Lento. Colgó el móvil y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Quieres que vayamos de refuerzo? —le preguntó Billy.

—No. Necesitamos llevar la furgoneta. Tengo facturas que pagar y te quiero conmigo —dijo el Lento.

—¿Seguro que se pueden encargar ellos? —preguntó Billy.

—Más les vale —dijo el Lento.

Se recostó en el asiento y echó un vistazo a los cedros que bordeaban el camino. Billy encendió la radio. No dejó de mover la aguja del dial hasta que encontró una canción de *country*. Nada de esa mierda suave de Nashville, sino una canción de *country* de verdad, con *steel guitars* y una melodía empapada de *whisky*.

Beauregard observó cómo se marchaban con calma por el sendero. El sol del atardecer bañaba los vehículos en un delicado tono magenta. Sacó un móvil y marcó el número del teléfono de prepago que el Lento le había entregado a Ronnie.

Era un hombre práctico y no le entusiasmaba mucho la ironía. A pesar de ello, pensó que resultaba algo apropiado que hubiera usado aquel móvil como detonante de la bomba.

Nunca había hecho una bomba, pero no era muy difícil. En cierto sentido, era como el sistema de arranque de un coche. Había llamado a la Locura y este le había dado un tutorial por teléfono. Tras una visita rápida a la ferretería y unas cuantas pruebas, estuvo lista. El convoy llegó al final del camino de acceso y se detuvo un momento.

Beauregard pulsó «enviar».

La explosión no se pareció a un hongo nuclear, pero, aun así, fue impresionante. Hacía un instante que la furgoneta estaba allí y, al siguiente, era una bola de fuego que se expandía a un ritmo exponencial. A pesar de que la furgoneta se encontraba a unos buenos veinticinco metros, la onda expansiva golpeó a Beauregard igual que un mazo. Los oídos se le destaponaron con tanta fuerza que pensó que quizá se habría roto los tímpanos. La escopeta le salió volando de las manos cuando aterrizó de culo. Por suerte, no se disparó. El mundo era una piñata que se retorció y le daba náuseas. Cerró los ojos e intentó mantener el equilibrio. Al pasar de apoyarse en el trasero a las manos y las rodillas, oyó los sonidos del sufrimiento por encima del rugido del fuego.

No estaban muertos. Quizás estuvieran jodidos, pero no estaban muertos.

La sobreabundancia de saliva le inundaba la boca, pero no vomitó. Respiró hondo y se levantó del suelo haciendo un esfuerzo. Se protegió los ojos con la mano a la par que miraba a través del fuego. La luneta trasera

del Cadillac se había esfumado. La puerta del maletero botaba arriba y abajo igual que una estríper en la barra. El parachoques había desaparecido en combate. Era un testimonio de la ingeniería estadounidense que el coche aún se moviera. Se detuvo un momento mientras se abría la puerta del conductor y sacaban a empujones un cadáver, que cayó al suelo. La puerta se cerró y, en cuestión de segundos, Beauregard observó cómo las ruedas traseras lanzaban trozos de tierra y de hierba muerta mientras el Cadillac aceleraba por Crab Thicket Road.

—Mierda —murmuró.

Para haber sido su primera incursión en la fabricación de bombas, la aniquilación completa de la furgoneta fue impresionante. Sin embargo, la furgoneta solo era la mitad del problema. Su intención era haber acabado también con el Cadillac. Fieran cuales fueran sus intenciones, ya no importaban. No podía dejar que se escaparan.

Recogió la escopeta y se dirigió al granero. Se erguía en mitad del brezo y la vara de oro, como si hubiera caído de la estratosfera. La pintura de las puertas se había descolorido hacía mucho tiempo. Solo quedaba una insinuación carmesí en la superficie. Beauregard abrió las puertas de un tirón.

El Duster aguardaba en las sombras del viejo granero, igual que un lobo gigante en los recovecos de una cueva. Beauregard arrojó la escopeta al asiento del copiloto. Subió y arrancó el motor. Rugió al revivir, revolviendo las décadas de polvo del granero. Los tubos de escape dieron un concierto según metió la marcha y salió zumbando. Rodeó los restos de la furgoneta, pasó por encima del cadáver que había en la hierba y llegó al asfalto casi a setenta kilómetros por hora.

—¡Sácanos de aquí de una puta vez! —chilló el Lento.

El asiento trasero estaba lleno de cristales y de sangre. La puerta del maletero botaba arriba y abajo igual que la boca de una marioneta enorme. El coche viró con brusquedad de un lado de la carretera al otro, pero en ningún momento frenó.

—¡No puede cogernos! —le contestó Billy a voces.

El Lento echó un vistazo por lo que quedaba de la luneta trasera.

El Duster se abalanzaba sobre ellos igual que mil kilos de trueno y acero.

Beauregard se iba aproximando al Cadillac como un tiburón que acorrala a una foca. Metió cuarta. El parachoques delantero del Duster besó el espacio vacío que antes ocupaba el parachoques. El Cadillac dio un bandazo y se puso fuera de su alcance. La única luz trasera que le quedaba brilló igual que el ojo de un demonio cuando frenó antes de una curva de horquilla que se acercaba. Beauregard aplastó el freno y el embrague y se dejó llevar por la curva, justo detrás del Cadillac. Mientras tanto, se inclinó a la izquierda.

La luneta trasera del Duster se rompió. Le llovieron esquirlas de cristal en la espalda y los hombros. Se sujetó al volante, pero el Duster trató de escapársele. La parte trasera dio coletazos como si bailara salsa. Beauregard redujo la marcha, retomó el control y luego volvió a pisar el acelerador. Echó un vistazo rápido al retrovisor. Había un Mazda azul celeste persiguiéndole. Por la ventana del copiloto se asomaba un hombre con una pistola. La persecución de tres vehículos se incorporó a la carretera 603, un tramo recto de trece kilómetros que seccionaba el condado de Red Hill. El hombre del coche azul volvió a disparar al Duster. El espejo del lado del copiloto desapareció.

Beauregard hundió el pie en el embrague, pisó el freno y metió la marcha atrás. Luego, soltó el embrague de inmediato, volvió a pisar el freno con el pie izquierdo y dejó plano el acelerador con el derecho mientras retorció el volante a la izquierda. Todo aquel elaborado juego de pies se tradujo en que el Duster trazó un giro de ciento ochenta grados. Circulaba marcha atrás a ochenta kilómetros por hora, cara a cara con el Mazda. El conductor del Mazda pisó el freno a la vez que se preparaba para una colisión inminente. El copiloto salió despedido hacia delante y luego cayó atrás.

Beauregard cogió la escopeta con la mano derecha, se la pasó a la izquierda y encajó los cañones entre el espejo lateral y el marco de la puerta. Compensó la puntería a la izquierda y vació los dos cañones contra

el coche azul. El retroceso hizo que la escopeta le saltara de la mano. Se cayó por la ventana y repiqueteó contra la carretera.

Había apuntado al conductor, pero disparó abajo y le agujereó la calandra. Empezó a manar vapor de debajo del capó. Momentos después, el capó se abrió igual que una caja sorpresa. Beauregard repitió las maniobras previas y giró el Duster otros ciento ochenta grados. Al tiempo que completaba la media vuelta, un camión de la basura pasó con rapidez a su lado, por el carril contrario, y por poco no le recortó el morro del coche. El camión de la basura viró con brusquedad hacia su derecha justo cuando el coche azul le invadió el carril.

Beauregard apenas oyó la colisión a lo lejos, cada vez más atrás. Los oídos le pitaban sin cesar. Metió la quinta marcha. Los neumáticos del Duster se aferraron al asfalto. Se pasó al carril contrario y se puso al lado del Cadillac. Atisbo brevemente la cara ruinosa del Quemado antes de que un monovolumen le obligase a frenar y a regresar al carril de sentido norte. La explosión seguramente le había mermado los reflejos al Quemado, porque disparó con la pistola por la ventanilla del Cadillac, no acertó al Duster ni por asomo y le rompió la ventanilla al monovolumen, que se salió de la carretera y cayó a la cuneta.

El paisaje cambió de densos bosques sin explotar a amplios campos abiertos. Beauregard volvió a meter quinta. Se puso al lado de la aleta trasera y estrelló el Duster contra el Cadillac casi a ciento cincuenta por hora.

Por el espejo retrovisor, Billy vio cómo se le acercaba. Cuando el Duster se estampó contra ellos, pareció igual de inevitable que la puesta del sol.

«Ese hijoputa sí que sabe conducir», pensó.

Beauregard observó cómo el Cadillac daba coletazos por la carretera. El Quemado intentó enderezarlo, pero no era buen conductor. Se pasó al rectificar y el Cadillac se salió de la carretera, chocó con la cuneta y saltó dando volteretas en el aire. Se estrelló contra una valla que rodeaba un pasto. Rodó unas cuantas veces más y mandó a unas vacas a corretear en busca de refugio. Terminó descansando del revés, con las ruedas aún girando. Del capó manaban aceite y gasolina que se derramaban por el

suelo. Beauregard derrapó y se detuvo. Volvió marcha atrás y condujo por la vía de servicio que discurría junto al prado. Guio al Duster por la valla destrozada.

Se detuvo a unos metros del Cadillac. No apagó el motor, solo lo puso en punto muerto y echó el freno de mano. Sacó la 45 milímetros de la guantera y salió del coche. El empalagoso tufo a refrigerante de motor se mezclaba con el olor crudo y desagradable que rodeaba a los bóvidos en mitad del verano. Beauregard apuntó la 45 milímetros a la puerta del conductor, que estaba del revés. Tomó bocanadas de aire rápidas y superficiales según se aproximaba a la puerta. De la ventanilla salía un brazo extendido y bronceado. La mano yacía encima de una bosta de vaca. Beauregard le dio una patada al brazo. El resto del cuerpo se deslizó del asiento del conductor y se desplomó en el techo del coche, era una maraña floja de miembros. El Quemado se había apagado.

Beauregard pasó al asiento de atrás.

Una ráfaga de balas atravesó la puerta trasera. Beauregard notó dos pinchazos abrasadores en el antebrazo y en la zona baja del muslo. Era como si le hubieran golpeado con un martillo increíblemente duro y diminuto. Un martillo al rojo vivo que le quemaba hasta los huesos. Se tambaleó y cayó al suelo. Aterrizó de costado. La cabeza y el cuello se le embadurnaron de mierda de vaca. ¿Dónde estaba la pistola? Se le habría caído. La puerta trasera comenzó a crujir y a abrirse. Beauregard se levantó del suelo haciendo un esfuerzo y volvió al Duster.

El Lento se cayó y salió del asiento trasero. Tenía el brazo izquierdo igual de retorcido que el alambre del pan de molde. Se esforzó en ponerse de pie y se apoyó contra el Cadillac. Alzó una Desert Eagle del calibre 380 y escrutó el campo.

—¿Dónde estás, chaval? ¿Te escondes detrás del coche? Creo que te he dado. He oído cómo chillabas, chaval. Dame un momento, te voy a rematar. Te dije que el mismísimo Dios no pudo matarme, ¿cómo cojones pensabas que lo ibas a conseguir tú? —voceó el Lento.

Pestañeó. Le parpadeaban luces en la cabeza, igual que fuegos artificiales. La 380 le pesaba mucho en la mano. Si no se apoyaba en el coche, notaba que quizá se desplomaría. Empezaba a pasársele el efecto de

la adrenalina. El dolor le mordisqueaba los límites de la percepción. Le subía corriendo por el brazo y por la espalda. No pasaba nada. Podía encargarse del dolor. Justo igual que se había encargado de Beauregard.

Oyó cómo aceleraba el motor del coche rojo, como si fuera Dios gritándole a Moisés en el monte Sinaí. Notaba que sus maltrechos oídos le sangraban. Vio que Bug aparecía de improviso en el asiento del conductor. El Lento blandió la pistola y empezó a apretar el gatillo.

Beauregard se agachó hasta que dio con la barbilla en el volante. Una bala agujereó el parabrisas y le pasó silbando por encima de la cabeza.

Pisó el acelerador hasta que quedó plano.

El Duster arrolló al Lento y le atrapó entre la calandra y la parte trasera del Cadillac, que giró como un tiovivo cuando el Duster lo embistió. El Lento desapareció debajo de los neumáticos delanteros. Beauregard notó cómo el coche botaba una vez, luego dos. Retiró el pie del acelerador. Empujó el embrague, metió la marcha atrás y regresó. El coche botó una vez, luego dos. Beauregard pisó el freno y el Duster se caló.

Beauregard se recostó en el reposacabezas. El entumecimiento de la pierna derecha se le estaba extendiendo por el costado derecho. En el antebrazo izquierdo le faltaba un pedazo de carne del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. La sangre le bajaba corriendo por el brazo y se le entrelazaba en los dedos. Tenía un agujero en la pierna derecha de los vaqueros que lloraba lágrimas rojas. Respiró hondo. Parecía que el mundo se contraía y se expandía a la vez. Cerró los ojos. Recorrió con las manos las vetas de madera pulida del volante. Los asientos de cuero. Acarició la bola ocho de la palanca de cambios.

—¿Estás listo, Bug?

Beauregard torció la cabeza a la derecha. Su padre estaba sentado en el asiento del copiloto. Vestía exactamente la misma ropa que llevaba puesta la última vez que Beauregard le vio. Una camiseta blanca, sin mangas y acanalada, debajo de una camisa negra, de manga corta y cuello abotonado. Un paquete de cigarrillos en el bolsillo del pecho. Le sonrió.

—Vamos, chaval. ¿Listo para volar? —le preguntó su padre.

—No eres real.

Su padre palideció.

—¿De qué diablos hablas, chaval? Deja de decir sandeces y vámonos.

Beauregard giró la cabeza y miró al frente. Oía las sirenas que venían del extremo norte del condado.

—No eres real. Estás muerto. Es probable que ya lleves muerto bastante tiempo, aunque nunca he dejado de quererte —graznó.

Volvió a cerrar los ojos y arrancó el Duster. Cuando metió la marcha, abrió los ojos y echó un vistazo a la derecha. El asiento del copiloto estaba vacío. Pisar el acelerador era un sufrimiento, pero lo aguantó. Cruzó el pasto conduciendo. Unas cuantas vacas se le quedaron mirando al pasar. El Duster giró a la izquierda para tomar un camino de tierra que había al fondo del campo. El camino pasó de arcilla roja a grava. Beauregard llegó al final y viró a la izquierda, a una carretera secundaria, estrecha y de asfalto. Las sirenas no tardaron en ser meras trompetas tenues que tocaban una melodía fúnebre para un público de bestias.

Capítulo 33

Kia entró en la habitación de Darren con un osito de peluche que llevaba, atado al brazo, un globo que decía «ponte bien». Las máquinas que le monitorizaban las constantes vitales pitaban y zumbaban. Se sentó en la silla situada junto a la cama. Colocó el osito de peluche al lado del cuerpo menudo de su hijo y le cogió la mano diminuta.

—Va a salir de esta —dijo Beauregard.

Kia no giró la cabeza para mirarle. Ni siquiera le prestó atención. Beauregard estaba de pie en el otro rincón de la habitación. El resplandor de la luz fluorescente que lucía sobre la cama de Darren le daba a su hijo un aspecto fantasmal. Salió de las sombras y acercó una silla al otro lado de la cama. El pulso estable del electrocardiograma le resultaba tranquilizador. Significaba que a su hijo le seguía latiendo el corazón. Los segundos se convirtieron en minutos y ninguno de los dos hizo ni un ruido.

—Tenías razón. Debería haber vendido el coche —dijo Beauregard al fin.

Kia tragó saliva y se limpió los ojos.

—Nunca vas a vender ese coche —dijo.

—Le he dicho a Boonie que lo despachurre —dijo.

Entonces Kia sí le miró.

—¿A qué te refieres con que lo «despachurre»?

—Le he dicho que se deshaga de él —dijo Beauregard.

Darren tenía los ojos cerrados, pero le temblaban los párpados. Movimientos espasmódicos y rápidos que tentaban al corazón de

Beauregard con la posibilidad de ver cómo su hijo abría los ojos.

—No me lo creo —dijo Kia.

—No hace falta. Es lo que va a pasar. Puede que ahora mismo estén en ello —dijo Beauregard.

—¿Por qué ibas a hacerle eso al Duster? Te encanta ese coche —dijo Kia.

Beauregard entrelazó los dedos y se quedó mirando el suelo de linóleo deslucido.

—Los hombres que fueron a casa no van a volver —dijo.

—Eso no lo sabes.

—Sí, lo sé.

Entonces Kia le miró. Emitió un ruido a medio camino entre un sollozo y una carcajada.

—Así que te has encargado de ello —dijo.

Beauregard se levantó de la silla. Fue a la ventana y se quedó mirando el aparcamiento del hospital. El sol crepuscular era un faro naranja en el cielo brumoso.

—Un hombre no puede ser dos clases de bestia —dijo Beauregard.

—¿Y eso qué diablos significa, Bug? —le preguntó Kia.

Beauregard agachó la cabeza.

—Cuando mi padre se marchó, sentí como si me hubieran puesto el corazón en un tornillo de banco y me lo hubieran apretado hasta que se les cansaran los brazos. Me destrozó. Y mi madre no me pudo ayudar porque, para ella, era peor que papá la abandonase a ella que a nosotros dos. No se lo reprocho. Mi padre era la clase de hombre que deja un gran agujero al marcharse. Para mi madre fue fácil llenarlo con dolor.

Se volvió y miró a Kia, que vio que su marido tenía los ojos bordeados de rojo.

—No podía hacerlo. No me podía permitir odiarle. Así que le convertí en mi héroe. Fingí que no era un gánster, un borracho, un mal marido ni un mal padre. Salí y arreglé el Duster. Lo conducía por ahí y me decía a mí mismo que, incluso si era todas esas cosas, no importaba porque me quería. Pero sí importa. Importa mucho. Si tu padre es la clase de hombre que puede atropellar a personas con el coche o dispararles en la cara, sí que

importa un huevo. Y no hay suficiente amor en el mundo para cambiarlo —dijo Beauregard.

—Bug, tú no eres tu padre —dijo Kia. Las lágrimas le bailaban en las comisuras de los ojos.

—Tienes razón, soy peor. Mi padre nunca mintió sobre quién o qué era. Lo admitía. Fui yo quien le puso en un pedestal. Él nunca se subió allí. Pero ¿y yo? Yo he mentido todo el tiempo. Te he mentado a ti. Me he mentado a mí mismo. Creí que podría ser un forajido un rato y, el resto del tiempo, padre y marido. Esa era la mentira. La verdad es que soy un forajido todo el tiempo. Jugaba a ser un buen hombre —dijo.

—¿Y cómo se supone que he de reaccionar yo a eso, Bug? ¿Eh? ¿Quieres que te haga sentirte mejor? ¿Que te diga que no importa lo que ha pasado, que eres un buen padre y buen marido? Porque no puedo —dijo Kia.

Le apretó la mano a Darren. Beauregard se puso junto a la cama de Darren y le tocó la otra mano.

—No. Basta de mentiras. Todo lo que he de hacer es mirar a mi alrededor y ver la clase de hombre que soy en realidad. Ariel sale con un pirado y aspirante a gánster. Javon ha tenido que matar a un hombre en la puerta de su propia casa. Darren yace aquí, luchando por su vida. Tú has tenido que presenciar cómo pasaba todo. Kelvin está... —A Beauregard se le quebró la voz.

—¿Qué pasa con Kelvin? —le preguntó Kia.

Beauregard no respondió.

—No puedo seguir haciéndoos esto —dijo.

Se acercó caminando a la silla de Kia y puso las manos en el respaldo. Observó cómo a ella se le tensaban los músculos de la espalda, bajo la blusa. Pudo notar cómo se le ponía rígido el cuerpo, aunque no la estuviera tocando.

—Boonie te está guardando diez rollos de platino. Va a venderlos y a repartirlos entre Ariel y tú. También se va a encargar de la deuda del taller. Cuando me haya instalado, te enviaré más dinero —dijo Beauregard.

Se dirigió a la puerta. Había posado la mano en el pomo cuando oyó la voz de Kia.

—¿Así que huyes? ¿Es eso?

Beauregard se detuvo en seco. El pomo pareció pesarle en la mano lo mismo que un saco de ladrillos. Se lamió los labios. Le habló sin volverse.

—Me has dicho que me vaya.

—Sé lo que he dicho. No hace falta que me recuerdes lo que he dicho.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? Dime qué quieres, Kia.

—No se trata solo de ti o de mí, Bug —dijo Kia.

Beauregard apoyó la cabeza contra la puerta. La superficie de madera pulida le resultó fresca al tacto. Giró el pomo seis milímetros. La puerta se abrió una rendija.

—Sé que te dices a ti mismo que lo haces por nuestro bien, pero ¿es así? ¿O solo tiras por lo fácil y te marchas? —le preguntó Kia.

—¿Crees que es fácil para mí? ¿Crees que apartarme de ti y los niños es fácil para mí? —le preguntó Beauregard.

—Mira, no te puedo prometer nada sobre lo nuestro. Pero si dejas las mierdas de gánster, nunca te impediré que veas a los niños. Si sales por esa puerta, no me hará falta. Te van a odiar ellos solitos. Te lo prometo —dijo Kia.

—Puedo sobrellevar su odio si sé que están a salvo. No lo estarán si están cerca de mí.

—¿Eso crees? ¿En serio? Entonces haz aquello que tu padre no consiguió. Quédate. Cambia —dijo Kia.

Beauregard abrió la puerta. El pasillo estaba lleno de médicos y enfermeros lidiando con toda clase de aparatos. Unos cuantos pacientes atados a los palos del suero intravenoso dejaban atrás al personal, igual que zombis olvidados.

—Te quiero, Kia —dijo Beauregard. Dio un paso y salió al pasillo.

—¡Bug! —gritó Kia.

Se volvió, con miedo de que le hubiera pasado algo a Darren. Kia estaba de pie junto a la cama y de brazos cruzados.

—Si te vas a marchar... ¿te tienes que marchar ahora mismo? O sea, ¿justo ahora? Jean va a venir aquí con Javon, dentro de un rato. Le han soltado. No creo que vayan a presentar cargos. Ha estado preguntando por ti —dijo.

Beauregard volvió sobre sus pasos y entró en la habitación. Kia se quedó mirando a su marido. Le brillaban los ojos con una luz surgida de la furia y la desesperación. Beauregard no sabía qué decir. Esperó a que la voz de su padre compartiera con él unas sucintas palabras de sabiduría, pero aquel espectro ya no le hablaba. Se había quedado solo.

—¿Estás segura? —preguntó Beauregard.

—No, pero no quiero seguir aquí sola —dijo Kia.

Beauregard volvió a la silla. Se sentó y envolvió la pequeña mano de Darren en la suya. Kia se sentó e hizo lo mismo al otro lado de la cama. La mortecina luz del día proyectó sus sombras en la pared opuesta. Las siluetas se solaparon, se entrelazaron igual que unos amantes. El silencio inundó los espacios que los separaban. Kia bajó la barandilla y se tumbó a los pies de la cama de Darren. Beauregard observó la parte trasera de la cabeza de su mujer. La delicada curva del cuello.

Después de un rato, Kia lanzó un suspiro.

—Nunca vas a cambiar de verdad, ¿no, Bug? —dijo.

La frase sonó inexpresiva y apática. Hay quien diría que descorazonada.

Beauregard cerró los ojos. Los rostros salieron deprisa de la oscuridad, a por él.

Rojo Navelly y sus hermanos.

Ronnie y Reggie.

El Lento.

El Quemado.

Eric.

Kelvin.

Otra docena de rostros salió flotando del río de sus recuerdos, con las bocas entreabiertas y los ojos vidriosos. Sus últimas palabras malgastadas en súplicas de piedad. Sus últimos alientos convertidos en un resuello de muerte en la garganta. Otros rostros se les unieron, acompañados por el chirrido de los neumáticos y el chillido de las balas.

Las esposas que había dejado viudas. Las madres que esperaban en vano a que sus hijos volvieran a casa. Los hijos que no volverían a ver a sus padres. Todos aquellos rostros, todas aquellas vidas, ahora no eran más que tierra, cenizas y óxido.

Al final, susurró:
—No sé si puedo.

Agradecimientos

Se dice que escribir es una tarea solitaria. Solo es cierto en parte. He tenido la suerte de que me rodee un grupo increíble de amigos, familiares y colegas escritores que me han apoyado, convencido y, cuando hacía falta, me han dado una rápida patada en el trasero durante este viaje.

Antes que nada, quiero darle las gracias a mi agente, Josh Getzler, y a toda la buena gente de HG Literary. Josh fue la primera persona que creyó en *Maldito asfalto* y siempre ha sido su acérrimo defensor. Siempre estaré agradecido de haberme parado a hablar contigo en el vestíbulo de aquel hotel de St. Petersburg.

Quisiera darle las gracias a mi editora, Christine Kopprasch, y a todas las personas de Flatiron Books. Te has convertido en mi propio Virgilio personal a través de esta *Divina Comedia*. Siempre alentadora, siempre perspicaz y siempre, siempre intentando convertirme en mejor escritor.

Quisiera darles las gracias a algunas de las personas que me regalaron consejos inestimables mientras *Maldito asfalto* partía de una idea a la que le daba vueltas y se convertía en un libro como tal: Eryk Pruitt, Nikki Dolson, Kellye Garrett y Rob Pierce, todos sois escritores talentosos que fuisteis generosos con vuestro tiempo y vuestra sabiduría.

Por último, quisiera darle las gracias a Kim.

Ella sabe por qué. Siempre lo ha sabido.



S.A. COSBY es uno de los autores más importantes que ha surgido en los últimos tiempos en la literatura de crimen, específicamente entre autores sureños de Estados Unidos. Se crio en una familia humilde en un pueblo costero de Virginia. Mientras trabajaba en todo tipo de empleos, escribía ficción y vendía con dificultad, hasta que a través de un amigo, conoció a su agente y le cambió la vida. *Maldito Asfalto* y *Lágrimas de Acero* han sido premiados y aclamados por la crítica y los lectores. «Mis personajes son afroamericanos como yo, y su fuerza y profundidad son el homenaje a mi gente, que ha sido tratada con injusticia e indignidad».

Notas

[1] «Prepárate». (*N. del T.*) <<